
BESAR A LA
ICE QUEEN
GRACE PARKES

BESAR A LA ICE QUEEN

GRACE PARKES

ÍNDICE

1. Lina

No lo hagas

2. Amanda

¿Valiente o temeraria?

3. Lina

¿Has comido?

¿Qué ha sido eso?

4. Amanda

Basta

Esto es disciplina. Este es su aspecto

No

Ella no. Nadie. Nunca más

5. Lina

6. Amanda

No vas a hacer esto

7. Lina

Basta

Estás en problemas

Se dio cuenta de todo

8. Amanda

Te ve. Siempre te ha visto

9. Lina

10. Amanda

Te has acostado con ella

11. Lina

Ah

Te estás enamorando de Amanda Sterline

12. Amanda

Vaya. Aquí estamos

13. Lina

14. Amanda

Vale

15. Lina

16. Amanda
17. Lina

A mi despacho. 9:00. - A. Sterline

18. Amanda
19. Lina
20. Amanda

He estado midiendo lo que no era

21. Lina
22. Amanda
23. Lina

Epílogo

¡Muchísimas gracias!

1

LINA

El vestíbulo de Sterline Technologies destilaba dinero y olía a eucalipto fresco, lo que Lina suponía que venía a ser lo mismo en esta zona de Los Ángeles. Se ajustó la correa del bolso bandolera, cruzó el umbral de mármol y se dijo lo mismo que se venía diciendo desde las cinco y media de la mañana: *Este es tu sitio. Compórtate como tal.*

Treinta y siete plantas de cristal negro se elevaban sobre ella. El edificio había sido diseñado para intimidar, y estaba haciendo un trabajo encomiable. Un guardia de seguridad tras un mostrador de recepción curvo observó su acercamiento con la paciencia desapasionada de alguien que se ganaba la vida clasificando a los seres humanos en categorías: visitante, empleado, entrega, perdido. Lina presentó su carta de oferta, recibió una acreditación temporal y se la enganchó en la solapa de la americana con unos dedos que estaban firmes porque ella obligaba a que lo estuvieran.

En algún lugar ahí arriba, tras puertas cerradas y una reputación que la precedía por leguas, se encontraba Amanda Sterline, consejera delegada, titán de la industria y la mujer a la que cada perfil en *Forbes* llamaba la Reina del Hielo sin molestarse en atribuir el apodo.

Lina había leído cada uno de esos perfiles. Había estudiado los resultados trimestrales, analizado transcripciones de conferencias y guardado en favoritos una charla TED que había visto cuatro veces. Sabía que la división de lujo de la compañía llevaba dieciocho meses perdiendo cuota de mercado a raudales. Sabía que la junta directiva estaba inquieta. Sabía que Amanda Sterline no toleraba la incompetencia, la ambigüedad ni, si los rumores eran ciertos, nada que se pareciera a la calidez.

Bien. Lina no había venido aquí para ser cálida. Había venido para tener razón.

El ascensor era de paredes de cristal y silencioso, de esos que te hacían consciente de tu propia respiración. Lina vio pasar las plantas y pensó en su madre tras el mostrador de la tintorería en Figueroa, planchando la ropa de otros por doce dólares la hora. Pensó en el apartamento de Boyle Heights donde el radiador traqueteaba como un animal atrapado cada invierno. Pensó en la beca para la UCLA, que había sido la primera línea nítida trazada entre la vida que había tenido y la vida que pretendía construir.

Esta es la línea, se dijo mientras el ascensor pasaba de la planta veinte. *Todo lo que venga después de esto es tuyo.*

La planta treinta y dos se abría a un pasillo de madera clara y cristal que parecía diseñado por alguien que creía que la luz natural era una filosofía de gestión. El aire era distinto aquí arriba: más fresco, filtrado, con el leve aroma de un café expreso de una cafetera que ni el apartamento entero de Lina habría podido pagar. Una mujer con americana color crema pasó por su lado sin mirarla, con los tacones castañeteando sobre el hormigón pulido, y el sonido resonó de una forma que hacía que el pasillo pareciera más grande y vacío de lo que era.

Un asistente ejecutivo con auriculares y una carpeta con pinza comprobó el nombre de Lina en una lista, le entregó un cordón para la acreditación y le señaló una sala de conferencias de paredes de cristal que ya se estaba llenando de gente. A través del cristal, Lina contó a once personas sentadas alrededor de una mesa diseñada para exactamente ese número. Trajes a medida. Joyas discretas. La

postura ensayada de personas que habían pasado años aprendiendo a no inquietarse en sillas caras.

Encontró su asiento, el único con un bloc de notas nuevo y sin café, lo cual le decía todo sobre su posición en aquella sala, y dejó el bolso bajo la mesa. La mujer a su izquierda la miró, no registró nada útil y volvió a su teléfono. El hombre a su derecha ya estaba inmerso en una conversación sobre el lanzamiento de un producto cuyas métricas Lina había memorizado durante el fin de semana. Podría haberse unido. Prefirió escuchar.

Primer día. Nueva estratega. Nadie vendrá a salvarte si esto sale mal.

La voz de su madre llegó sin permiso: *Mantén la cabeza baja, mija. No dejes que te noten.*

Lina entrelazó las manos sobre la mesa. No había seguido ese consejo ni una sola vez. Era la razón por la que estaba allí, y la razón por la que su madre seguía sin entender del todo a qué se dedicaba. La estrategia de marketing no era algo que pudieras sostener en las manos. No era una camisa planchada, una falda con el dobladillo hecho, una prenda devuelta en plástico. Era la arquitectura del deseo, y Lina era muy buena en ello.

A las nueve en punto, la puerta se abrió y entró Amanda Sterline.

La sala cambió. Esa era la única forma de describirlo. Las conversaciones no es que se fueran apagando, sino que se cortaron a mitad de palabra, a mitad de pensamiento, a mitad de aliento. Once cabezas se giraron. Lina se giró con ellas e inmediatamente comprendió cada perfil exagerado que había leído.

Amanda Sterline era alta. Eso fue lo primero. Llevaba un traje gris marengo sin más joyas que un reloj que no necesitaba ser caro para anunciar que lo era. Tenía el cabello oscuro, recogido hacia atrás de un rostro construido a base de ángulos: pómulos afilados, una mandíbula que sugería que las discusiones eran algo que ella ya había sopesado y descartado. Sus ojos grises barrieron la sala como

un foco, sin prisas, catalogando cada rostro en el tiempo que la mayoría de la gente tarda en elegir un asiento.

Se movía con economía de movimientos, como alguien que hace mucho tiempo que dejó de actuar para la galería. No hubo ajustes de puños, ni sonrisa de saludo, ni concesiones al contrato social que la mayoría de la gente firma automáticamente al entrar en un espacio con otros seres humanos. Simplemente llegó, y la sala se reorganizó a su alrededor como limaduras de hierro cerca de un imán.

Aquellos ojos se posaron en Lina durante medio segundo. Algo pasó por ellos, el reconocimiento de un rostro que no había visto antes, quizá, o simplemente la evaluación habitual de alguien que cataloga una nueva variable. Lina le sostuvo la mirada. No estaba segura de por qué. Fue instinto, o terquedad, o el desafío silencioso de alguien que se había pasado toda la infancia recibiendo la orden de mirar hacia abajo. Entonces Amanda pasó de largo, dejó una sola carpeta sobre la mesa y no se sentó.

—El cambio de imagen de Élévation lleva seis meses de retraso respecto a las proyecciones —dijo. Sin preámbulos. Sin buenos días. Su voz era baja, controlada, el tipo de voz que no necesitaba volumen porque tenía precisión—. He leído sus propuestas. Tengo preguntas.

Lo que siguió fueron veinte minutos de la disección más metódica que Lina había presenciado jamás. Amanda analizó el plan trimestral de cada ejecutivo con el desapego de un cirujano que retira suturas: clínica, eficiente y totalmente carente de sentimentalismo. El jefe de digital tartamudeó a través de una presentación de diapositivas que claramente había sido pulida por un equipo de cuatro personas y que, aun así, no era suficiente. El vicepresidente de relaciones con los clientes intentó redirigir hacia la «alineación narrativa de marca» y fue interrumpido con un solo dedo levantado.

—Los números —dijo Amanda—. No el cuento.

El vicepresidente se sentó. No volvió a intentarlo. Lina podía oler su colonia desde tres asientos de distancia, algo amaderado y caro

que probablemente se suponía que debía transmitir autoridad. No estaba funcionando.

Echó un vistazo a los rostros alrededor de la mesa. Eran personas que dirigían departamentos, gestionaban presupuestos de decenas de millones, se sentaban en salas donde las decisiones daban forma a los mercados. Y cada uno de ellos tenía miedo de la mujer que presidía la mesa. No como se teme a la crueldad. Lina había visto eso, al crecer, en los jefes que habían hecho sentir pequeña a su madre. Esto era diferente. Era el miedo a ser visto con claridad. A ser medido y no dar la talla.

Lina observaba. Observó las manos de Amanda, quietas y precisas, sin tocar nunca la carpeta que había puesto sobre la mesa. Observó cómo la sala se contraía a su alrededor, la forma en que adultos competentes se convertían en algo más pequeño y cauteloso bajo el peso de aquella compostura. Vio al director financiero estremecerse ante una pregunta sobre la asignación de gastos fijos y recuperarse tan rápido que solo alguien que estuviera buscándolo habría captado el temblor en su mandíbula.

Lina lo estaba buscando. Siempre buscaba.

Ella dirige esta sala como yo quiero dirigir las salas. El pensamiento llegó con fuerza y nitidez. No era admiración, exactamente. Era reconocimiento. El reconocimiento profundo de alguien que operaba a una frecuencia que Lina solo había alcanzado a solas, tarde por la noche, cuando una estrategia encajaba tan perfectamente que el mundo se reducía solo al trabajo y a la respuesta.

Entonces la presentación pasó a la división de lujo. Aparecieron diapositivas en la pantalla de la pared: cuota de mercado decreciente, costes de adquisición de clientes con tendencia al alza, una identidad de marca que parecía diseñada por un comité en 2019 y nunca reconsiderada. El ejecutivo que exponía, un hombre llamado Geoff que tenía el aire resignado de alguien que comunica malas noticias por tercer trimestre consecutivo, repasó los números con el entusiasmo de quien lee una sentencia.

Amanda escuchó. El silencio que siguió a la última diapositiva de Geoff duró cuatro segundos. En aquella sala, cuatro segundos eran

una eternidad.

—¿Alguien —dijo Amanda, y su mirada se desplazó lentamente por la mesa— tiene una perspectiva de por qué esta división sigue operando como si el mercado para el que fue diseñada todavía existiera?

Silencio. Once ejecutivos estudiaron sus cuadernos, sus pantallas, la media distancia. El aire acondicionado zumbaba. Tras la pared de cristal, el horizonte de Los Ángeles centelleaba con indiferencia de media mañana.

Lina miró la diapositiva que aún brillaba en la pantalla: el desglose demográfico, la trayectoria de gasto, la línea plana donde debería haber crecimiento, y la respuesta era tan obvia que le hacían doler los dientes. Ni siquiera estaba escondida. Estaba en los datos como un letrero de neón, y nadie en aquella sala llena de sueldos de seis cifras iba a decirla, porque decirla significaba decirle a Amanda Sterline que la estrategia que su empresa llevaba ejecutando dos años se basaba en una premisa falsa. Nadie en aquella sala quería ser la persona que dijera eso. No a ella. No delante de todos.

NO LO HAGAS

La voz de su madre otra vez: *No desafíes a la persona que firma tus cheques.*

El corazón de Lina se aceleró. Sus manos permanecieron entrelazadas. Mantuvo la voz firme, profesional, despojada de todo excepto el argumento.

—Porque la estrategia trata la aspiración como un grupo demográfico fijo en lugar de como un objetivo móvil.

La sala se quedó en silencio de una forma distinta al silencio de antes. Este era el silencio de quienes acaban de oír cristales rotos y esperan a ver quién sangra.

La mirada de Amanda la encontró. Ojos grises, nivelados, sin revelar nada. —Desarrolle eso.

El pulso de Lina tronaba en sus oídos. Sus manos seguían entrelazadas. Mantuvo la voz uniforme, profesional, despojada de todo excepto el argumento.

—La identidad de marca de Élévation asume que el consumidor de lujo es una persona de cuarenta y cinco años con gustos heredados e ingresos disponibles. Ese consumidor todavía existe, pero no está creciendo. El mercado que crece, el que gasta agresivamente en lujo experiencial, es más joven, más diverso y no responde al posicionamiento de herencia. Su estrategia actual está

hablando un idioma que el mercado en crecimiento no utiliza. —Hizo una pausa. Sintió el peso de la sala sobre ella. Siguió adelante—. La división no está fracasando porque el producto sea malo. Está fracasando porque la historia que cuentan sobre el producto no encaja con la gente que realmente está dispuesta a comprarlo.

El silencio se mantuvo. El pulso de Lina martilleaba, pero su voz había sonado firme, y se aferró a esa firmeza ahora como a una cuerda sobre un cañón. Había dicho lo que nadie más se atrevería a decir, y la sala estaba decidiendo qué hacer con ella.

Lina podía ver a Geoff al otro lado de la mesa, con las manos planas sobre la superficie, la boca ligeramente abierta, con la expresión de un hombre que ve a alguien caminar hacia una autopista. La mujer a su izquierda se había quedado perfectamente quieta, como si el movimiento pudiera atraer la atención. El vicepresidente de relaciones con los clientes se miraba las manos como si pertenecieran a otra persona.

Nadie habló. Nadie se movió. La sala tenía la calidad comprimida y sin aire del espacio entre el rayo y el trueno, ese momento sostenido donde el resultado ya ha sido determinado pero aún no ha aterrizado.

La expresión de Amanda no había cambiado. Ni un solo grado. Estaba de pie a la cabecera de la mesa con las manos a los costados, esos ojos grises fijos en Lina con una intensidad que operaba en un registro diferente a cualquier cosa que Lina hubiera encontrado en un entorno profesional. Ni enfadada. Ni impresionada. Algo debajo de ambas, algo que Lina no podía leer y no tenía tiempo de descodificar.

Tres segundos. Cinco. El vicepresidente de relaciones con los clientes se removió en su silla y el crujido del cuero sonó obscenamente fuerte.

El corazón de Lina golpeaba con fuerza. Mantuvo el rostro impasible. Eso también lo había aprendido de su madre. No el silencio, sino la compostura. El negarse a dejar que la sala vea lo que te cuesta estar en ella.

—Su nombre —dijo Amanda.

—Lina Reyes. He empezado esta mañana.

Algo ocurrió en la comisura de la boca de Amanda que no fue del todo una sonrisa ni fue nada que Lina pudiera nombrar. Duró menos de un segundo e hizo algo incómodo en el pecho de Lina, un apretón rápido e inesperado que no tenía nada que ver con el miedo y todo que ver con la proximidad a una mujer que podía acabar con su carrera con una frase.

—Señorita Reyes. —Amanda cogió la carpeta por primera vez, la abrió y trazó una sola anotación con un bolígrafo que apareció en su mano con la facilidad de un gesto ensayado—. Acaba de identificar el fallo central de una división que once ejecutivos y tres consultores externos han pasado catorce meses diagnosticando mal. —Cerró la carpeta—. Enhorabuena. Ahora usted la dirige.

Lina parpadeó. —¿Perdone?

—El cambio de imagen de Élévation. Plena autoridad, plena responsabilidad. Me informará directamente a mí. —La voz de Amanda no se había vuelto más cálida. En todo caso, se había vuelto más fría, un frío controlado y deliberado, del tipo que era más que una temperatura—. Tendrá su equipo formado para finales de semana. La aprobación del presupuesto pasa por Shane Lawson. Cualquier pregunta debe dirigirse a mi despacho, no a esta sala.

El corazón de Lina martilleaba contra sus costillas. Podía sentir la sala recalibrándose a su alrededor: once rostros con variaciones de asombro, alivio por no ser ellos y la vigilancia cuidadosa de personas que acababan de descubrir que la nueva contratación era una genia o una suicida, y aún no habían determinado cuál de las dos.

Tragó saliva. Afianzó su voz como su madre le había enseñado a afianzar las manos.

—Sin preguntas. Tendré un marco preliminar en su mesa para el viernes.

—Jueves —dijo Amanda. Recogió su carpeta, se dio la vuelta y salió de la sala de conferencias sin mirar atrás. La puerta se cerró tras ella con un suave clic que de alguna manera sonó definitivo.

La sala exhaló. Una docena de conversaciones empezaron simultáneamente, bajas y urgentes, el tipo de charla que ocurre cuando la gente intenta procesar algo antes de haberlo comprendido del todo. Geoff tenía la boca abierta. La mujer a la izquierda de Lina

la miraba con una expresión que se situaba en algún lugar entre la admiración y la preocupación que se le mostraría a alguien que acabara de saltar de un avión.

Lina se quedó mirando la puerta por la que acababa de salir Amanda. Su pulso seguía elevado, sus palmas húmedas contra la silla de cuero. Había venido aquí para ponerse a prueba, para ganarse un asiento en una mesa que aún no conocía su nombre, para empezar a construir el tipo de carrera que no se podía arrebatar.

No esperaba que le entregaran una división antes del almuerzo. No esperaba la forma en que sonó la voz de Amanda cuando dijo *señorita Reyes*, precisa y deliberada, con cada sílaba colocada como una piedra en un muro. No esperaba la forma en que aquellos ojos grises se clavaron en los suyos y la sostuvieron, la forma en que la sala se había quedado quieta a su alrededor como si todos los demás fueran decorado y la única conversación real estuviera ocurriendo en el espacio entre la respuesta de Lina y el silencio de Amanda.

Basta. Es tu directora general. Acaba de darte la mayor oportunidad de tu carrera y la forma más rápida de destruirla.

El peso del asunto se estaba asentando ahora. No solo la oportunidad, sino la exposición. Plena autoridad significaba plena visibilidad. Plena responsabilidad significaba plena culpa si salía mal. Amanda Sterline no le había hecho un favor. Había hecho una apuesta, públicamente, con la carrera de Lina como fichas, y el beneficio les pertenecería a ambas o a ninguna.

Vio lo que yo vi. Y ella tampoco se amilanó.

Lina sacó el teléfono de su bolso y le envió un mensaje a Danielle. Cuatro palabras: *Te llamo esta noche.*

La respuesta de Danielle llegó en cuatro segundos: *¿¿Tan rápido?? ¿¿Bien o mal??*

Lina observó cómo se vaciaba la sala de conferencias a su alrededor, a Geoff recogiendo sus diapositivas con la prisa aturdida de un hombre que acababa de ser relevado públicamente de su fracaso, el bloc de notas que esperaba sobre la mesa frente a ella con sus páginas en blanco y su promesa implícita. Pensó en los ojos grises de Amanda Sterline, en cómo habían sostenido los suyos a través de una sala llena de gente que tenía miedo de hablar. Pensó en Amanda diciendo *jueves* en lugar de *viernes*. No por crueldad, sino por calibración. Comprobando si Lina se echaría atrás.

Ella no se había echado atrás. Había asentido con la cabeza y lo decía en serio.

Aún no lo sé, respondió por escrito. *Pero ahora dirijo una división.*

Luego guardó el teléfono, abrió el bloc, destapó el bolígrafo y escribió dos palabras en la parte superior de la primera página: *Jueves. Marco de trabajo.*

Tenía cuarenta y ocho horas para construir una estrategia que justificara una apuesta que Amanda Sterline había hecho frente a todo el equipo ejecutivo. Cuarenta y ocho horas para demostrar que la mujer que había alzado la voz en una sala diseñada para el silencio valía el riesgo.

Lina hizo clic en el bolígrafo, miró la puerta cerrada una vez más y empezó.

2

AMANDA

Amanda cerró la puerta de su despacho, dejó la carpeta sobre el escritorio y se quedó de pie ante el ventanal durante once segundos antes de confiar en sí misma lo suficiente como para sentarse.

Las vistas desde la planta treinta y siete eran de esas que la mayoría de la gente calificaría de espectaculares: el Pacífico como una fina línea plateada en el horizonte, el centro de Los Ángeles amontonado en cristal y hormigón, y la 405 reptando con un tráfico de mediodía que, desde esta altura, parecía un problema de otra persona. Amanda había dejado de fijarse en las vistas hacía tres años. Ahora eran papel pintado. Un papel pintado caro y bien situado.

Se sentó. Abrió la carpeta. Leyó la propuesta preliminar de Lina Reyes por segunda vez en dos horas.

La propuesta tenía doce páginas. Amanda la había recibido en el paquete de contratación junto con el currículum de Reyes, tres cartas de recomendación que parecían ensayos de admisiones competitivas y una muestra de redacción de su anterior agencia que había llevado al jefe de selección de Amanda a marcar el expediente

con una nota manuscrita: *Está sobrecualificada para el puesto que hemos publicado. Contrátala de todos modos.*

Amanda la había contratado de todos modos. Había situado a Reyes en estrategia de nivel intermedio, lo cual era generoso para una joven de veintisiete años con seis de experiencia en agencias y ninguna en el mundo corporativo. Era el puesto correcto. El puesto seguro.

Y entonces, a los cuarenta y cinco minutos de su primera reunión ejecutiva, Lina Reyes había abierto la boca e identificado el fallo estructural exacto que tres consultoras le habían cobrado a Amanda un total de dos millones de dólares por pasar por alto.

Amanda pasó a la página siete. El análisis demográfico. Lo leyó de nuevo, despacio, como si leyera un contrato. No para comprenderlo, pues la comprensión había llegado a la primera, sino buscando debilidades. Buscaba el fallo. La suposición perezosa, la conclusión gratuita, el lugar donde la ambición había superado al rigor.

No pudo encontrarlo.

El análisis era impecable. No solo correcto, sino elegante; el tipo de pensamiento estratégico que no se limita a resolver un problema, sino que lo replantea de modo que la solución parezca inevitable en retrospectiva. Amanda había cimentado su carrera en esa cualidad exacta. La reconocía como un pianista reconoce las manos de otro pianista.

Cerró la carpeta, la apartó y juntó las yemas de los dedos.

La mujer tenía veintisiete años. Vestía bien, pero no de forma cara. La americana era de corte impecable, el bolso era de cuero auténtico pero no de marca; el tipo de elecciones que toma alguien que entiende la presencia como una estrategia más que como un estatus. Llevaba el pelo suelto. Ondas oscuras y brillantes que se movían cuando giraba la cabeza. Amanda se había fijado en esto desde el otro lado de la mesa de juntas y ahora se percataba de que se había fijado, lo cual constituía su propia categoría de irritación.

La sonrisa. Esa era la parte a la que Amanda no dejaba de volver, y la que más deseaba dejar de recordar. Cuando Amanda había anunciado a la sala que Reyes pasaba a dirigir la división de

Élévation, hubo medio segundo en el que Lina Reyes pareció genuinamente sorprendida, con la boca ligeramente abierta y los ojos muy abiertos; la respuesta espontánea de alguien que esperaba ser castigado y, en cambio, era ascendido. Y entonces la sorpresa se transformó en algo más. No gratitud ni sumisión. Una sonrisa que asomó despacio, se asentó por completo y comunicó con absoluta claridad que Lina Reyes no le tenía miedo a Amanda Sterline.

A Amanda esto le resultó profundamente irritante. También le resultó —y esta era la parte que prefería no examinar— fascinante.

Abrió su ordenador portátil, buscó el expediente de personal de Reyes y leyó el control de antecedentes que ya había revisado dos veces. Educación en escuela pública. Beca completa en la UCLA. Graduada summa cum laude con una doble licenciatura en marketing y sociología, lo cual era o brillante o pretencioso, y probablemente ambas cosas. Dos agencias antes de esta, una pequeña de autor y otra de nivel medio, con trayectorias ascendentes en ambas que sugerían que era el tipo de persona que crecía más rápido que las organizaciones para las que trabajaba.

El nombre de su madre figuraba en los contactos de emergencia. Elena Reyes. Misma dirección en Boyle Heights. Sin padre registrado. Una nota del director creativo de la agencia pequeña: *Lina Reyes es la estratega con más talento que he dirigido en veinte años. Si está leyendo esto, probablemente ya se le haya quedado pequeño cualquier puesto que le esté ofreciendo. Contrátala de todos modos. Hará que parezcas un visionario.*

Amanda cerró el archivo. La recomendación se hacía eco de la de su propio seleccionador, y a Amanda no le gustaba la sensación de que varias personas llegaran de forma independiente a la misma conclusión que ella misma había alcanzado. Hacía que la conclusión pareciera menos una intuición y más una inevitabilidad, y Amanda prefería creer que las cosas que reconocía eran producto de su propio juicio, no la observación obvia de una lista. No necesitaba los antecedentes. Había visto todo lo necesario en la sala de juntas, en la forma en que Reyes había cruzado las manos sobre la mesa, mantenido la voz serena y mirado a Amanda a los ojos mientras le decía, de hecho, que la estrategia de su división de lujo era errónea.

No errónea de forma diplomática. Errónea estructuralmente. El tipo de error que costaba dinero y seguiría costándolo hasta que alguien lo dijera en voz alta.

Todos en esa sala lo sabían. Amanda había visto once rostros esquivar la cuestión como si fuera un cable de alta tensión. Y Lina Reyes, en su primer día, sin nada que la protegiera salvo la calidad de su argumento, había agarrado el cable.

¿VALIENTE O TEMERARIA?

Amanda sopesó la pregunta, le dio vueltas y decidió que no importaba. La valentía y la temeridad producían el mismo resultado. La única diferencia era si sobrevivías.

Amanda se apartó del escritorio y caminó hacia el ventanal. La ciudad se extendía ante ella, indiferente a los pequeños dramas que ocurrían en sus plantas treinta y siete, y presionó una mano contra el cristal frío, dejando que la temperatura la anclara.

Tenía cuarenta y dos años. Había convertido Sterline Technologies de una modesta empresa tecnológica en un imperio de arquitectura de marca mediante decisiones precisas, carentes de sentimentalismo y acertadas. Había sobrevivido a un intento de absorción hostil financiado con información robada de su propia cama. Había reconstruido, reestructurado y emergido de los escombros más dura, más nítida y más controlada de lo que era antes.

No se dejaba descentrar por los empleados. No gastaba recursos cognitivos analizando el pelo, la sonrisa o la compostura de una estratega de marketing de veintisiete años, por muy buena que fuera su propuesta. No lo hacía.

Y, sin embargo, allí estaba, con la mano en el cristal, pensando en Lina Reyes manteniendo el contacto visual mientras decía a un

grupo de altos ejecutivos que la estrategia de la empresa estaba mal. Sin pestañear. Cruzando las manos sobre la mesa, un gesto que debería haber parecido nervioso y que, en cambio, resultó ser una decisión deliberada de quietud.

Amanda retiró la mano del cristal. Suficiente.

Cogió el teléfono del escritorio y marcó la extensión de Shane.

—Lawson.

—Necesito que organice una reunión con Lina Reyes. En mi despacho. Hoy.

Un silencio. Shane llevaba ocho años trabajando para Amanda. Sus silencios eran instrumentos calibrados; cada duración tenía un significado específico. Este duró dos segundos, lo que en el vocabulario de Shane significaba: *Tengo opiniones al respecto que he decidido no compartir.*

—¿A las cuatro le viene bien?

—A las cuatro me viene bien.

Colgó y volvió a mirar por el ventanal. El tráfico en la 405 no se había movido. Amanda pasó las tres horas siguientes revisando proyecciones trimestrales, aprobando dos contratos de proveedores y rechazando una invitación a cenar del jefe de una firma de capital riesgo que llevaba seis meses intentando quedarse a solas con ella. Trabajó con la minuciosidad que había definido su carrera y no pensó en Lina Reyes.

A las cuatro menos cuarto, abrió la propuesta una vez más. Leyó la página siete de pie, con un café que se le había enfriado en la mano y la luz de la tarde cruzando el escritorio en diagonal. El análisis demográfico seguía siendo impecable. El marco estratégico seguía siendo mejor que cualquier cosa que su propio equipo hubiera producido en dos años.

Amanda dejó el café. No le gustaba quedar impresionada. Requería admitir que otra persona había llegado a una conclusión que ella debería haber alcanzado primero, y a Amanda Sterline no le gustaba ser la segunda de nadie. Pero el trabajo era bueno. El trabajo era excepcional. Y la mujer que lo había producido estaba a punto de cruzar su puerta por segunda vez hoy, y Amanda

necesitaba tener muy claro qué era esta reunión y qué no representaba.

Era una calibración. Una conversación necesaria entre una directora ejecutiva y una jefa de división recién ascendida. Era algo operativo. Profesional. No tenía nada que ver con unos ojos marrones, ni con la compostura, ni con la forma exacta en que Lina Reyes sonreía cuando estaba siendo valiente.

Amanda enderezó los papeles de su escritorio, comprobó su reflejo en la pantalla oscura de su portátil y esperó.



Lina Reyes llegó a las cuatro en punto. Ni antes, lo que habría denotado ansia; ni después, lo que habría sido desafiante o desorganizado. Puntual. Amanda tomó nota y lo archivó.

—Siéntese, Srta. Reyes.

Lina se sentó. Llevaba la misma americana de esta mañana, el mismo bolso colgado de la silla, la misma compostura que funcionaba como una segunda piel. Tenía las manos apoyadas en las rodillas. No estaba inquieta. No se mostraba sumisa. Simplemente estaba presente, de forma plena y sin disculpas, en una sala que intimidaba a la mayoría de la gente.

Amanda la observó un instante más de lo estrictamente profesional. No estaba segura de por qué. Había algo en la forma en que Lina ocupaba el espacio —no agresivamente, no sumisamente, sino con la confianza tranquila de alguien que ha decidido, en algún momento, que no va a permitir que ninguna sala la haga sentir que no pertenece a ella—. Su postura era buena. Con la espalda recta pero no rígida, el tipo de alineación que nace de la intención más que de la instrucción. La americana seguía impecable después de todo un día, lo que significaba que se movía con cuidado, o que tenía suerte, o que poseía exactamente una americana que trataba como una armadura.

La habitación olía ligeramente distinto ahora. Aquel aroma cálido otra vez: cedro y algo más suave debajo, apenas perceptible, el tipo

de fragancia que una persona usa para sí misma más que para los demás.

Amanda entrelazó las manos sobre el escritorio, consciente del gesto como una pequeña fortificación.

—Entiende usted lo que le he entregado —dijo Amanda.

—Una división que fracasa, total responsabilidad y una fecha límite para el jueves —la voz de Lina era uniforme—. Lo entiendo.

—No creo que lo entienda. —Amanda se reclinó en su silla. El cuero crujió. Detrás de ella, el Pacífico se volvía dorado en el horizonte, esa hora de luz de Los Ángeles que los fotógrafos persiguen y la mayoría de la gente se pierde porque está atrapada en la 405—. Élévation representa el dieciséis por ciento de la cartera de marcas de Sterline. La junta directiva lleva dieciocho meses observando su declive. Tres consultoras no han logrado revertirlo. Ahora usted es la persona responsable de conseguirlo.

Dejó que eso calara. Observó el rostro de Lina buscando microexpresiones: la tensión alrededor de los ojos, el apretar de la mandíbula, el rasgo que indicara que había asimilado que lo que estaba en juego era más pesado de lo esperado.

No apareció nada de eso. La expresión de Lina se mantuvo firme, atenta y lo suficientemente cálida como para resultar exasperante. Sus ojos marrones sostuvieron la mirada de Amanda con la misma franqueza que en la sala de juntas, sin desafiar ni someterse, encontrándose con ella allí, como si esta conversación entre una directora ejecutiva y una empleada recién llegada estuviera ocurriendo entre iguales.

Hacía mucho tiempo que nadie miraba a Amanda como si fuera su igual.

—Si tiene éxito —continuó Amanda—, habrá demostrado una valía que la mayoría de los estrategas que le doblan la edad no han alcanzado. Su carrera será, a efectos prácticos, a prueba de balas. —Hizo una pausa. Dejó que el silencio hiciera su trabajo—. Si fracasa, habrá fracasado públicamente, a gran escala, con mi nombre vinculado a la decisión de haberla puesto ahí. La industria tiene muy buena memoria, Srta. Reyes. La mía es todavía mejor.

Ahí estaba. La advertencia. Amanda la lanzó como lanzaba todas las advertencias: sin crueldad, sin suavidad, con la limpia finalidad de alguien que expone las condiciones de un contrato. Quería que Reyes lo entendiera. No que tuviera miedo, necesariamente. Sino que comprendiera las dimensiones del terreno en el que se había metido.

Lina guardó silencio durante tres segundos. Sus ojos recorrieron el rostro de Amanda, no buscando exactamente, sino leyendo, de la forma en que alguien lee una página que le resulta genuinamente interesante.

Entonces sonrió.

Era la misma sonrisa de la sala de juntas, y provocó el mismo efecto en el pecho de Amanda, esa compresión rápida y no deseada que no sabía catalogar y no quería examinar. La sonrisa era cálida y directa, y bajo ella latía una precisión que la calidez estaba diseñada para que pasara desapercibida.

—Agradezco la claridad —dijo Lina—. Y quiero que sepa que me tomo esto muy en serio. —Se inclinó ligeramente hacia delante. No lo suficiente para invadir el espacio. Solo lo justo para cerrarlo—. Pero debo decirle que me crezco bajo presión. Cuanto más hay en juego, mejor trabajo. Es el único entorno que siempre ha tenido sentido para mí.

Amanda le sostuvo la mirada. El despacho estaba en silencio. Fuera del muro de cristal, el sol caía hacia el Pacífico y la luz había pasado de dorada a algo más profundo, algo que se reflejó en el cabello oscuro de Lina y que hizo a Amanda sumamente consciente de su calidez.

—Entonces lo veremos —dijo Amanda. Mantuvo su voz plana. Profesional. El tono de sala de juntas que le había servido durante quince años—. Jueves. En mi mesa. No llegue tarde.

—No lo haré. —Lina hizo una pausa y su expresión se suavizó, brevemente, como una ventana que se abre y se cierra—. Y por lo que pueda valer, sé que no tenía por qué hacer esto. Ponerme al mando delante de todo el equipo. Podría haberme ascendido discretamente. Decidió no hacerlo.

Las manos de Amanda se quedaron quietas sobre el escritorio. Había decidido no hacerlo, y el motivo había sido estratégico. Un nombramiento público hacía visible la reestructuración, indicaba urgencia a la junta y establecía una nueva jerarquía antes de que la antigua pudiera resistirse. Era una decisión de gestión. No era personal.

—No tomo decisiones de personal discretamente, Srta. Reyes. La responsabilidad funciona mejor cuando es visible.

—Lo sé —dijo Lina—. No me refería a eso. —Inclinó un poco la cabeza, estudiando a Amanda con una franqueza que rozaba la impertinencia—. Me refería a que me miró en esa sala y vio a alguien por quien valía la pena arriesgarse. La mayoría de los que estaban en esa mesa habrían esperado tres trimestres más de datos. Usted no esperó. —Otra pausa—. Eso me dice algo sobre cómo toma decisiones. Intentaré estar a la altura de la que ha tomado hoy.

El silencio que siguió a esa frase era denso de una forma que a Amanda no le gustó. Denso de sinceridad, con la llana franqueza de alguien que no estaba fingiendo gratitud, sino ofreciendo algo más parecido a un pacto: *Veo que me ves, y te digo que no lo desperdiciaré.*

—Jueves —repitió Amanda, porque era la única palabra que resultaba segura.

Lina se levantó, recogió su bolso y caminó hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo y miró atrás por encima del hombro, y por un segundo de vulnerabilidad Amanda vio todo el peso de lo que había tras esos ojos marrones: inteligencia, determinación y algo más, algo que no era intimidación ni sumisión ni siquiera ambición, sino la expresión abierta de una persona que mira a otra persona y la reconoce.

Entonces Lina se fue, la puerta se cerró y Amanda se quedó sola en su despacho con el Pacífico volviéndose oscuro y el fantasma de una sonrisa que no había pedido y en la que no podía dejar de pensar.

Volvió a su portátil. Abrió un informe presupuestario. Leyó la misma línea tres veces sin asimilarla.

Afuera, los últimos restos de luz se agotaban en el cielo. El despacho olía a café frío, a cuero y al leve residuo de un perfume que no era el de Amanda. Algo cálido, algo con notas de cedro y piel que Lina había traído consigo y había dejado atrás sin saberlo.

Amanda se levantó y abrió el ventanal. Dejó entrar el aire de la tarde. Olía a gases de escape, al océano lejano y al inquieto cosquilleo eléctrico de una ciudad que nunca dejaba de desear cosas.

Esto, se dijo a sí misma, apoyando las palmas de las manos en el alféizar, *es lo que significa la disciplina. Reconoces lo que es. Lo contienes. No te dejas llevar.*

Hacía más de una década, se había dejado llevar. Había dejado entrar a alguien, había dejado que alguien viera las partes de ella que su voz de sala de juntas estaba diseñada para proteger, y ese alguien había cogido cada vulnerabilidad que Amanda había mostrado y la había convertido en munición durante un intento de absorción hostil. Amanda había sobrevivido. Había sobrevivido porque era más lista, más dura y estaba más preparada para la traición que la persona que había apostado en su contra.

No había vuelto a estar desprevenida desde entonces. No estaría desprevenida ahora.

Amanda cerró el ventanal, volvió a su escritorio y abrió el informe presupuestario por quinta vez. Avanzó dos párrafos antes de que la imagen de la sonrisa de Lina volviera a aflorar: cálida, directa, albergando en su interior una confianza que no tenía nada que ver con la arrogancia y todo que ver con conocer el propio valor.

Me crezco bajo presión. Cuanto más hay en juego, mejor trabajo.

Amanda cerró el portátil. La propuesta seguía sobre su escritorio. Doce páginas. El mejor pensamiento estratégico que había visto en años, escrito por una mujer que la miraba a los ojos y no pestañeaba.

La cogió, leyó la página siete una vez más e intentó no pensar en la sonrisa.

No lo consiguió.

3

LINA

Lina tenía reservada la sala de conferencias de ocho a doce y, para las ocho y cuarto, ya había reorganizado los muebles.

La mesa no servía: un rectángulo largo diseñado para la jerarquía, con un asiento de poder en la cabecera y un claro gradiente de importancia que se irradiaba hacia fuera. Lina la empujó contra la pared, dispuso las sillas en un semicírculo informal frente a la pizarra y colocó su ordenador portátil sobre una credenza baja donde todos pudieran ver la pantalla sin tener que estirar el cuello. El aire de la sala olía a rotuladores de borrado en seco y al café rancio que alguien se había dejado en el alféizar de la ventana la noche anterior.

Tiró el café, abrió una ventana y empezó a escribir en la pizarra.

El equipo que había reunido era pequeño, seis personas, seleccionadas a mano de diversos departamentos de la empresa en las setenta y dos horas transcurridas desde que Amanda Sterline le había encasquetado una división en declive y le había dicho que no llegara tarde. Lina se había pasado esas horas leyéndolo todo: cada informe de campaña, cada análisis de la competencia, cada informe trimestral de los últimos tres años. Había extraído listas de personal, cotejado las evaluaciones de desempeño con las métricas de

resultados e identificado a las seis personas en Sterline que realizaban el trabajo más interesante en los puestos menos visibles.

Después, había llamado a cada uno de ellos personalmente y les había pedido que se unieran a su equipo.

Tres habían dicho que sí de inmediato. Dos habían hecho preguntas primero, algo que Lina respetaba; significaba que eran estratégicos, no solo que se sentían halagados. Uno, un analista de datos llamado Marcus, del departamento de segmentación, se había reído y dicho: —Pensar que eres la que le dijo a Amanda Sterline que se equivocaba en su primer día... Sí, cuenta conmigo.

Lina había trabajado durante toda la noche del miércoles para entregar el marco de trabajo el jueves por la mañana. Lo había escrito en la mesa de la cocina de su apartamento de dos dormitorios en Silver Lake, un espacio con buena luz y vistas al limonero del vecino, mientras Danielle le enviaba mensajes de texto con preguntas cada vez más preocupadas.

¿HAS COMIDO?

HAY PIZZA EN LA NEVERA.

Si te mueres de ambición, me quedo con tus botas.

El marco de trabajo había estado sobre el escritorio de Amanda a las siete y cuarenta y cinco de la mañana del jueves, doce minutos antes de que ella llegara. Para el lunes siguiente, Lina ya tenía un equipo, una sala de operaciones y el comienzo de algo que se sentía como un impulso real.

Ahora era martes, y los seis estaban reunidos en la sala de conferencias reorganizada de la planta treinta y dos mientras Lina, de pie ante la pizarra, exponía la estrategia de cambio de imagen de marca que había construido desde cero.

—El problema de fondo no es la línea de productos —dijo, destapando un rotulador azul y dibujando un círculo en la pizarra—. La línea de productos está bien. Materiales de primera calidad, fabricación impecable, una cadena de suministro decente. El problema es la narrativa. —Escribió *NARRATIVA* dentro del círculo—. La historia de la marca Élévation se construyó para un consumidor que define el lujo como exclusividad: dinero antiguo, gusto heredado, el tipo de persona que compra algo porque su madre

compraba lo mismo. Ese consumidor todavía existe, pero no está creciendo. Está disminuyendo.

Dibujó una flecha desde el círculo hacia un segundo espacio de la pizarra y escribió *MERCADO EN CRECIMIENTO*. —El mercado en crecimiento, el que gasta tres veces más año tras año, define el lujo como experiencia. Curaduría. Identidad. Ella no quiere comprar lo que compró su madre. Quiere comprar lo que le dice al mundo quién ha decidido ser ella. —Lina golpeó la pizarra con el rotulador—. Nuestro trabajo es reconstruir la narrativa de Élévation desde los cimientos para que hable a ese consumidor sin perder el ángulo de la artesanía que le da credibilidad a la marca.

Lina dejó el rotulador y se giró para mirar a los presentes, con las manos a los lados. Podía sentir la energía en el espacio: ese zumbido sordo de la gente a la que se acaba de dar permiso para realizar un trabajo interesante, algo que en la vida corporativa es más raro y valioso de lo que la mayoría admite.

Observó la sala. Seis rostros, todos atentos, todos inclinados hacia delante. Marcus ya estaba tomando notas. Priya, la jefa creativa que Lina había sacado de estrategia de marca, asentía lentamente mientras su bolígrafo se movía sobre un cuaderno de bocetos que se llenaba de las formas que Lina quería ver.

—Preguntas —dijo Lina—. Críticas. Cualquier cosa que creáis que estoy planteando mal. Esto solo funciona si nos peleamos por ello ahora, en lugar de encontrar las grietas en el tercer mes.

Se abrió el turno de palabra. Las preguntas llegaron afiladas, específicas; el tipo de preguntas que le confirmaban a Lina que había elegido a las personas adecuadas. Marcus cuestionó sus suposiciones demográficas con datos que ella aún no había visto, y ella recondujo la estrategia en tiempo real, incorporando las cifras de él al marco de trabajo sin perder el hilo. Priya se mostró escéptica con el cronograma de la identidad visual, argumentando que ocho semanas no eran suficientes para un rediseño completo, y Lina lo negoció a diez con una revisión intermedia que las satisfizo a ambas.

Esta era la parte que Lina amaba. No la presentación. Cualquiera podía presentar. Sino la fricción colaborativa de gente inteligente en una sala, poniendo a prueba una idea contra la realidad hasta que la

idea fuera más fuerte que las objeciones. Lo había aprendido en su segunda agencia, trabajando bajo las órdenes de un director creativo que creía que la estrategia era un deporte de contacto y que cualquier plan que no pudiera sobrevivir a su primera discusión no sobreviviría al mercado.

Sentía que se iba acomodando al ritmo del encuentro. La sala estaba cálida ahora: cuerpos y portátiles y el calor colectivo generado por un grupo de personas genuinamente comprometidas en lugar de aparentar compromiso. La luz del sol entraba de sesgo por las ventanas y atrapaba las motas de polvo sobre la pizarra. Alguien había traído donuts que nadie comía porque la conversación era demasiado buena para interrumpirla masticando.

Lina estaba feliz. Reconocía el sentimiento con la claridad distante de alguien que ha aprendido a no fiarse de él, pero ahí estaba. El trabajo era bueno, el equipo era bueno y, por primera vez desde que había entrado por el vestíbulo de Sterline Technologies, Lina estaba haciendo aquello para lo que la habían contratado, y lo estaba haciendo bien.

Llevaba veinte minutos debatiendo con Raj sobre la asignación de canales cuando lo vio. Un movimiento en el borde de su visión. Una figura en el pasillo, tras la pared de cristal, inmóvil mientras todo lo demás se movía.

Amanda Sterline.

Estaba en el pasillo, de brazos cruzados, observando a través del cristal. Estaba de pie como siempre: postura controlada, barbilla nivelada, con esos ojos grises analizando la sala con la minuciosidad pausada de quien lo mide todo y no muestra los resultados a nadie. No se estaba escondiendo. No se estaba anunciando. Simplemente estaba presente, observando, como quien contempla una máquina que ha puesto en marcha y desea ver funcionar.

El pulso de Lina se aceleró. Mantuvo los ojos fijos en Raj, la voz firme y la conversación en marcha, pero cada nervio de su cuerpo se había recalibrado para tener en cuenta a la mujer que estaba al otro lado del cristal.

Te está mirando. No la mires. No actúes. No dejes que vea que la has visto.

Lina hizo lo contrario. Elevó su nivel.

Se volvió hacia la pizarra y dibujó un nuevo esquema, una matriz de posicionamiento competitivo que se había guardado en reserva para la segunda sesión del equipo. Les guió a través de ella con el tipo de claridad que nace de una preparación absoluta y la vibrante electricidad de saberse observada por alguien cuya opinión operaba en una frecuencia que ella aún no había aprendido a ignorar.

Hablaba más rápido sin atropellarse. Conectó ideas que habían sido hilos separados y los tejió en una única narrativa estratégica que hizo que Priya dejara de dibujar y se limitara a escuchar. Respondió a la pregunta de seguimiento de Marcus con una agudeza que la sorprendió incluso a ella, extrayendo un dato de un informe que había leído a las dos de la mañana y utilizándolo como si lo hubiera tenido cargado y listo para disparar.

Estaba presumiendo. Sabía que estaba presumiendo. El conocimiento debería haberla avergonzado, o al menos haberla hecho dudar, pero en cambio lo afiló todo: sus pensamientos, su voz, la forma en que se movía por la sala. Estaba actuando, pero la actuación también era real. La estrategia era buena. Las ideas eran buenas. El equipo era bueno. Y en algún lugar tras el cristal, Amanda Sterline estaba viendo a Lina dominar una sala, y Lina se negaba a dejarse desconcertar o impresionar por la atención.

Se dirigió a la segunda pizarra y empezó a trazar un cronograma. Fase 1: auditoría de marca e investigación de consumidores. Fase 2: rediseño de la narrativa y desarrollo creativo. Fase 3: lanzamiento al mercado con despliegue por etapas. Dibujó líneas de conexión, señaló dependencias y rodeó con un círculo los hitos que determinarían si el consejo renovaba la financiación o cortaba el grifo. Su caligrafía era rápida y legible, otra cosa que había practicado, porque aprendió pronto que la gente confía más en las ideas cuando la letra parece segura.

—Vamos a movernos rápido —dijo al grupo, girándose de nuevo para mirarlos—. Más rápido de lo que nadie en esta empresa espera. Parte del equipo ejecutivo se opondrá. Parte de la junta se opondrá. No pasa nada. La oposición es sana. Lo que necesito de vosotros es un buen trabajo entregado a tiempo y la voluntad de decirme cuándo me equivoco. —Hizo una pausa, dejando que su mirada recorriera cada rostro—. No me interesa un equipo que esté de acuerdo conmigo. Me interesa un equipo que mejore el trabajo. Eso es lo que estoy construyendo aquí.

Priya levantó su bolígrafo. —¿Y cuando Amanda Sterline se oponga?

Lina se permitió sonreír. Era la sonrisa que utilizaba en salas donde sonreír era una elección estratégica: lo bastante cálida para desarmar, lo bastante afilada para señalar que la calidez era una elección y no un defecto. —Entonces yo me opondré con más fuerza.

Hubo risas en la sala. Lina se rió con ellos. Y a través de la pared de cristal, en el pasillo, Amanda Sterline permanecía perfectamente inmóvil, con los brazos cruzados, viendo cómo la mujer a la que había ascendido hacía cinco días hacía creer a un equipo de seis personas que podían lograr lo imposible.

No estás actuando para ella, se dijo Lina. *Estás actuando para ti. Ella simplemente da la casualidad de que está aquí.*

Aquello era casi cierto.

La sesión se prolongó hasta las once y media. Para cuando Lina anunció un descanso, la pizarra estaba cubierta de esquemas codificados por colores, el equipo estaba motivado y Marcus ya había empezado a construir el panel de datos que necesitarían para el seguimiento de la Fase 1. Lina asignó los siguientes pasos, confirmó el seguimiento del miércoles y despidió al grupo con una calidez que no tuvo que fingir. Esta gente era buena. Merecían saber que ella lo pensaba.

Mientras el equipo salía, Lina echó un vistazo hacia el pasillo. Amanda se había ido. El corredor estaba vacío, solo la madera pálida, el cristal y la luz de media mañana moviéndose por el suelo en lentos patrones geométricos.

Lina estaba recogiendo sus rotuladores cuando la puerta se abrió a sus espaldas.

—Señorita Reyes.

La voz de Amanda. Baja, precisa, con la temperatura controlada de una habitación que ha sido ajustada al grado exacto.

Lina se giró. Amanda estaba en el umbral, con una mano en el marco, vistiendo un traje azul marino que era un tono más oscuro que el gris marengo de ayer. Su expresión era neutral, esa neutralidad ensayada que Amanda llevaba como una armadura, sin revelar nada y comunicándolo todo de algún modo a través de lo que callaba.

—Señora Sterline. —Lina mantuvo la voz estable. Su corazón hacía algo complicado que decidió atribuir a la adrenalina de una sesión de estrategia de tres horas.

—Su presupuesto para la Fase 1 asume una reasignación del quince por ciento del gasto actual de Élévation. —Amanda entró en la sala—. Eso requiere la aprobación del consejo para cualquier cantidad superior al doce por ciento.

—Lo sé. He redactado la solicitud de desviación. Shane la tiene.

Los ojos de Amanda se entrecerraron una fracción. —También ha propuesto eliminar dos colaboraciones con agencias que llevan cuatro años vigentes.

—Porque han rendido por debajo de lo esperado durante tres de esos años —dijo Lina—. Las métricas respaldan el recorte. Puedo explicárselas detalladamente.

—He visto las métricas. —Amanda se adentró más en la sala y el espacio entre ellas se contrajo. La sala de conferencias era grande, doce asientos, dos pizarras, una vista de la zona oeste que costaba más por metro cuadrado que el alquiler de Lina, pero con Amanda dentro, las dimensiones se sentían diferentes. El aire estaba más encerrado. La luz era más hiriente. Lina era plenamente consciente de la distancia entre ellas: dos metros y medio, luego dos, luego un metro y medio. Amanda se movía como hablaba, con precisión e intención y sin un solo paso desperdiciado.

—Lo que me preocupa es el cronograma. Propone desmantelar y reconstruir una identidad de marca en cuatro meses. El estándar del

sector para un cambio de imagen de esta escala es de doce a dieciocho.

—El estándar del sector lo fijan empresas que no tienen una división perdiendo cuota de mercado a espuertas mientras deliberan. —Lina no retrocedió. No dio un paso al frente. Se mantuvo firme, sostuvo la mirada de Amanda e intentó no fijarse en cómo se ajustaba la tela azul marino a los hombros de Amanda o en cómo se veía su mandíbula cuando estaba elaborando un argumento en contra—. Cada mes que pasamos deliberando, Élévation pierde otros dos puntos porcentuales de cuota. El coste de la velocidad es el riesgo. El coste de la cautela es la irrelevancia.

Amanda guardó silencio durante tres segundos. El aire entre ellas estaba tenso. No era hostilidad, no era calidez; era algo que se situaba precisamente entre ambas y vibraba con la frecuencia tensa de dos personas que son muy buenas en su trabajo y discrepan fundamentalmente sobre la rapidez con la que puede avanzar el buen trabajo.

—El coste de ambas cosas —dijo Amanda, y su voz bajó medio registro— es que yo seré la persona que responda por el resultado. No usted. No su equipo. Yo.

Lina levantó la barbilla. Las palabras salieron antes de que pudiera sopesarlas, y no deseaba retractarse. —Entonces me aseguraré de que el resultado merezca la pena como para responder por él.

La sala se quedó muy callada. La pizarra zumbaba con la tinta fluorescente a espaldas de Lina. Amanda estaba lo suficientemente cerca como para que Lina pudiera ver el grano fino de la tela azul marino, la fina cadena de oro de su reloj, el único hilo gris en su sien que Amanda o bien no conocía o no le importaba. Olía a algo fresco y arquitectónico: jazmín, tal vez, mezclado con algo más punzante. Nada cálido. Nada acogedor. Un aroma que comunicaba distancia como Amanda lo comunicaba todo: deliberadamente.

La expresión de Amanda se quebró. Una brecha en la neutralidad, tan breve que Lina casi se la pierde, un calor tras esos ojos grises que no era molestia ni conformidad ni valoración

profesional, sino algo desprotegido, algo que parecía el comienzo de una frase que Amanda había decidido no terminar.

El momento duró dos segundos. Entonces la expresión de Amanda se restableció, suave y controlada, y se giró hacia la puerta.

—La solicitud de desviación va al consejo el viernes. Que Shane tenga sus datos de respaldo para el jueves al final del día.

—Los tendrá.

Amanda se detuvo en el umbral. No se volvió, pero Lina podía ver la línea de sus hombros, la posición de su mandíbula, la pequeña tensión en su mano donde descansaba sobre el marco de la puerta. —Su equipo es bueno —dijo, sin inflexión—. No los desperdicie.

Después se marchó, y la sala de conferencias volvió a ser solo una sala de conferencias: rotuladores sobre la pizarra, sillas en semicírculo, el leve olor a borrado en seco y aire acondicionado rancio, y la nota cálida de cedro que Lina acababa de identificar como su propio perfume, lo que significaba que el otro aroma que flotaba en la puerta era el de Amanda.

Lina permaneció en la sala vacía durante un minuto entero. Le temblaban las manos. No era miedo. Era algo más complicado que el miedo, algo que habitaba en el mismo vecindario que la euforia y se situaba incómodamente cerca de la atracción. Presionó las palmas de las manos contra la mesa de conferencias y esperó a que pasara el temblor.

Su pulso volvía gradualmente a un ritmo que podía justificar como intensidad profesional. Miró la pizarra, cubierta por el marco de trabajo que iba a salvar a Élévation o a destruir su carrera, y pensó en la forma en que la voz de Amanda había bajado de tono al decir *el resultado.*

¿QUÉ HA SIDO ESO?

No tenía nombre para ello. No estaba segura de querer uno. Pero estaba ahí, una corriente que corría bajo la fricción profesional, una carga en el espacio entre ellas que no tenía nada que ver con presupuestos o posicionamiento de marca o los estándares del sector para los cambios de imagen.

Lina tapó sus rotuladores, recogió sus cosas y salió de la sala de conferencias.

No buscó a Amanda en el pasillo. No le hacía falta. Aún podía sentir el peso de esos ojos grises, y la siguió hasta su escritorio, donde se sentó, abrió su portátil y se quedó mirando la hoja de cálculo de presupuesto en blanco durante treinta segundos completos antes de que sus dedos recordaran cómo escribir.

El mensaje de texto de Danielle llegó al mediodía: *¿Cómo va la construcción del imperio?*

Lina respondió: *Bien. El equipo es fantástico. El trabajo es fantástico. Todo es total y absolutamente profesional.*

Danielle: *Eso han sido tres "fantásticos" y un "total y absolutamente". Eres una mentirosa pésima. ¿Quién es ella?*

Lina puso el teléfono boca abajo sobre el escritorio y volvió a la hoja de cálculo.

No iba a responder a esa pregunta. No porque la respuesta fuera complicada, sino porque no lo era. La respuesta era directa, obvia y totalmente desaconsejable, y Lina Reyes no había venido a Sterline Technologies para ser desaconsejable.

Abrió la solicitud de desviación, recuperó los datos de apoyo y empezó a construir el caso que iba a presentar a Shane Lawson antes del cierre del jueves.

El trabajo. El trabajo era lo que importaba. Todo lo demás (los ojos grises, el aroma fresco a jazmín, la forma en que Amanda Sterline dijo *no los desperdicie* como si le entregara a Lina algo frágil en lugar de darle una orden) era solo meteorología.

El tiempo pasaba. El trabajo permanecía.

4

AMANDA

La risa era el problema.

Amanda podía lidiar con la competencia. La competencia era algo esperado, se recompensaba, se archivaba de forma pulcra en el organigrama y se evaluaba en intervalos trimestrales. También podía lidiar con la confianza. Había levantado una empresa basándose en la confianza, la llevaba puesta como un segundo esqueleto y la reconocía en los demás de la misma forma en que un depredador reconoce a otro en campo abierto.

Pero la risa. Lina Reyes se reía en las reuniones. No era esa clase de risa impostada, ni esa carcajada pulida que los ejecutivos emplean para indicar que son seres humanos a los que ocasionalmente algo les parece divertido. Lina se reía como se ríe la gente cuando algo les sorprende de verdad: rápida, cálida, el sonido llegaba antes de que ella pudiera darle cualquier forma profesional. Atravesaba las paredes de cristal de su sala de conferencias, llegaba al pasillo y, debido a algún fallo arquitectónico que Amanda pensaba investigar, se colaba en el despacho de Amanda en el piso de arriba.

Habían pasado tres semanas. Tres semanas desde que Amanda había puesto a una estratega de marketing de veintisiete años al

frente de una división en declive, y en ese tiempo, Lina Reyes se había convertido en la persona más visible de Sterline Technologies.

No la más poderosa. Ese puesto seguía siendo de Amanda. Pero sí la más visible, aquella de la que la gente hablaba en el ascensor, aquella cuyo nombre aparecía en los correos interdepartamentales con una frecuencia que Amanda monitorizaba sin admitir que lo estaba haciendo. El equipo de Élévation había empezado a llamarla la «Susurradora de Divisiones», el tipo de apodo que a Amanda le resultaba irritante y, a la vez, una prueba de que Lina estaba haciendo algo bien. La gente no ponía apodos a la incompetencia.

Amanda estaba de pie ante el ventanal de su despacho un jueves por la mañana y observaba el piso treinta y dos a través de la pared interior de cristal. Desde allí arriba podía ver la zona diáfana donde el equipo de Lina había instalado su centro de operaciones. Pizarras blancas cubiertas de estrategias por códigos de colores. Los bocetos de diseño de Priya pinchados en un corcho. Marcus encorvado sobre dos monitores que mostraban paneles de datos. Y Lina, moviéndose por el espacio con la soltura de alguien que llevara allí años en lugar de semanas, deteniéndose ante los escritorios, haciendo preguntas, escuchando con la atención concentrada de quien cree que las personas que hacen el trabajo son los expertos en dicho trabajo.

Hoy llevaba una blusa color crema. Amanda podía verla desde doce metros de altura y a través de dos capas de cristal. Se sentía molesta consigo misma por fijarse en la blusa. Y se sentía aún más molesta por fijarse en cómo ese tono crema resaltaba contra la piel morena de Lina, calidez sobre calidez, como algo diseñado para ser contemplado.

BASTA

Amanda se apartó de la ventana y se sentó a su escritorio. Abrió el ordenador portátil, entró en el sistema de planificación general y empezó a redactar un nuevo memorándum.

Asunto: Protocolos para reuniones interdepartamentales: entrada en vigor inmediata

El memorándum establecía nuevas pautas para las interacciones entre departamentos. Todas las reuniones entre los jefes de división y la dirección ejecutiva requerirían a partir de ahora un margen mínimo de veinticuatro horas para su programación y una agenda preaprobada enviada a la oficina del jefe de gabinete. Las consultas sin cita previa quedaban restringidas a emergencias operativas. Todas las sesiones de estrategia que contaran con la asistencia de la alta dirección requerirían un propósito documentado y una lista de asistentes.

Amanda revisó el memorándum dos veces, ajustó el lenguaje del tercer párrafo para que sonara menos draconiano y más procedimental, y se lo envió a Shane para que lo distribuyera.

Era mantenimiento operativo. Toda organización en crecimiento necesitaba protocolos más claros. El hecho de que el efecto práctico

de este protocolo específico fuera crear una barrera estructural entre la agenda de Amanda y la de Lina Reyes era incidental. Una coincidencia. El tipo de resultado que surgía de forma natural de un buen diseño de procesos y que no tenía nada que ver con el hecho de que Amanda hubiera pasado las últimas tres semanas buscando excusas cada vez más elaboradas para estar en el piso treinta y dos.

Necesitaba distancia. No porque hubiera algo de lo que distanciarse. No lo había. No ocurría nada entre Amanda Sterline y Lina Reyes más allá de la relación laboral normal entre una directora ejecutiva y una jefa de división, sino porque la distancia era cómo Amanda funcionaba. La distancia era lo que la había mantenido lúcida, solvente y emocionalmente intacta durante quince años.

Hacía más de una década, permitió que la distancia se desmoronara. Dejó que alguien se acercara, una mujer llamada Catherine que había sido brillante y cálida, y que había usado esa calidez como una ganzúa, abriendo puertas que Amanda no sabía que se había dejado abiertas. Catherine escuchaba. Catherine hacía preguntas. Catherine hizo que Amanda sintiera, por primera vez en su vida adulta, que ser conocida no era lo mismo que estar expuesta.

Después, Catherine cogió todo lo que Amanda había compartido —los miedos privados, las vulnerabilidades estratégicas, los puntos donde el control de Amanda era más débil— y se lo entregó, organizado y anotado, al grupo de inversión que financiaba la opa hostil contra la propia empresa de Amanda.

Amanda sobrevivió. Luchó contra la absorción con el enfoque frío y despiadado de quien no tiene nada que perder, porque Catherine ya se había llevado lo que importaba y Amanda se negaba a dejar que se llevara también la empresa. Ganó. Reestructuró. Reconstruyó. E instaló, en su propio centro, un protocolo tan rígido como cualquier política corporativa: nadie se acerca. Nadie ve la arquitectura real. Nadie entra en la habitación donde Amanda guarda las cosas que pueden usarse en su contra.

Durante quince años, había funcionado. No iba a abandonarlo porque una estratega de marketing de veintisiete años se riera en

las reuniones, llevara blusas color crema y mirara a Amanda con unos ojos castaños que no vacilaban.

ESTO ES DISCIPLINA. ESTE ES SU ASPECTO

La respuesta de Shane llegó once minutos después: *Oído cocina. Lo distribuyo ahora mismo. Además, tiene una revisión de estrategia a las siete de la tarde con el equipo de Élévation. Sala de conferencias 32-B. Lleva una semana en el calendario.*

Amanda comprobó el calendario. En efecto, llevaba una semana allí. Un control rutinario del progreso de la Fase 1 que ella misma había aprobado cuando no era más que otro punto en su agenda y no un bloque de tres horas de estrecha proximidad con una persona a la que intentaba evitar activamente.

Consideró cancelar. Consideró enviar a Shane en su lugar. Consideró, breve y absurdamente, pedir que todo el equipo de Élévation hiciera la presentación por videollamada desde el piso de abajo.

No hizo ninguna de esas cosas. Era Amanda Sterline. Ella no reorganizaba su agenda en función de la existencia de una subordinada, sin importar cómo se riera esa subordinada, ni qué ropa llevara, ni cuántas veces se hubiera sorprendido Amanda leyendo el mismo informe trimestral sin absorber ni una palabra porque la voz de Lina llegaba a través del sistema de ventilación desde una sala de conferencias a dos pasillos de distancia.

—A las siete —dijo en voz alta, para su despacho vacío, como si confirmara la cita con el Pacífico—. Una hora. Motivos operativos. Eso es todo.

El Pacífico, como era previsible, no opinó nada.

Volvió al informe trimestral y consiguió avanzar dos páginas completas antes de que el sonido de una risa subiera de nuevo desde el piso treinta y dos y volviera a perder el hilo.



La sala de conferencias estaba vacía cuando Amanda llegó a las siete y doce. No llegaba tarde por estrategia. Se había demorado por una llamada de la oficina de Tokio, pero lo bastante tarde como para esperar encontrarse a todo el equipo ya sentado.

En su lugar, se encontró a Lina. Solo a Lina. Sola en la sala con su portátil abierto, tres informes impresos extendidos sobre la mesa y una barrita energética a medio comer sobre el borde de una taza de café que se había enfriado hacía horas.

Lina levantó la vista. —El resto del equipo está en una cena con proveedores. Priya la organizó hace dos semanas, es con el socio de impresión para los materiales del cambio de marca. Yo iba a ir, pero Shane me ha dicho que usted vendría de todos modos para la revisión, así que... —Hizo un gesto hacia la mesa—. Solo estoy yo.

Amanda se quedó en el umbral. El pasillo tras ella estaba vacío. La planta estaba en silencio, ese tipo de silencio que solo se da en los edificios corporativos después de las seis de la tarde, cuando el equipo de limpieza ha terminado y los más ambiciosos ya se han ido a casa o se han retirado a sus despachos con las puertas cerradas. Las luces de la sala de conferencias estaban atenuadas en ese ajuste cálido que alguien había programado para las reuniones nocturnas y, bajo esa luz, el rostro de Lina parecía más suave, menos profesional, más como una persona y menos como una jefa de división.

—¿Quiere que cambiemos la hora? —preguntó Lina—. Puedo reunir a todo el equipo mañana por la mañana.

—No. —La palabra salió antes de que Amanda hubiera terminado de decidirse. Entró en la sala, eligió la silla frente a Lina en lugar de la que estaba a la cabecera de la mesa y dejó su carpeta—. Explíqueme las métricas de la Fase 1.

Se pusieron a trabajar. La mesa que las separaba era lo bastante ancha para resultar profesional, pero lo bastante estrecha como para que Amanda pudiera oler el perfume de Lina, ese cálido aroma a cedro que había notado por primera vez en esta misma sala hacía tres semanas, y que ahora le resultaba tan familiar como los informes trimestrales apilados entre ellas.

Lina abrió el panel de control en su portátil, giró la pantalla para que Amanda pudiera verla y empezó a desglosar los números con la misma claridad que había mostrado en la primera reunión ejecutiva. Los costes de adquisición de clientes habían bajado un once por ciento. La percepción de la marca en el grupo demográfico objetivo había pasado de neutral a moderadamente positiva. El relanzamiento en redes sociales estaba superando las proyecciones por un margen que Marcus había descrito como «estadísticamente improbable y emocionalmente gratificante».

Amanda escuchaba. Hacía preguntas directas, específicas, de esas diseñadas para encontrar el punto débil en una buena presentación, y Lina las respondía con la calma y la seguridad de alguien que ya se había planteado esas mismas preguntas a sí misma y había encontrado respuestas satisfactorias.

El trabajo era realmente bueno. No solo competente, sino meditado, con matices; el tipo de estrategia que comprendía al consumidor para el que había sido creada en lugar de imponer una narrativa desde arriba. Lina había reestructurado el lenguaje visual de la marca para enfatizar la artesanía como identidad en lugar de la herencia como estatus, y los primeros datos sugerían que el mercado estaba respondiendo. Amanda podía ver la forma de lo que Élévation podía llegar a ser, no solo una recuperación sino una transformación, y la claridad de esa visión procedía directamente de la mujer sentada frente a ella, cuyas manos se movían sobre el teclado del portátil con la misma confianza que aportaba a todo lo demás.

Estuvieron debatiendo la asignación presupuestaria del segundo trimestre durante veinte minutos, discutiendo sobre las cifras con un rigor que hacía que la mente de Amanda estuviera más ágil en lugar de defensiva. Lina argumentaba bien. No levantaba la voz, no se amilanaba, no rellenaba los silencios con muletillas. Exponía su postura, la respaldaba con datos y esperaba. Amanda había pasado quince años en salas llenas de gente que discutía para ganar. Lina discutía para llegar a la respuesta correcta, y no le importaba quién se llevara el mérito por encontrarla.

En algún momento entre un debate sobre las colaboraciones con *influencers* y la inversión en publicidad editorial, la conversación cambió.

Amanda no estaba segura de cuándo ocurrió. En un momento estaban analizando el coste por impresión para el sector de estilo de vida, y al siguiente Lina le estaba contando la vez que presentó una campaña a un director ejecutivo de cosméticos que era tan de la vieja escuela que le pidió que tomara notas en lugar de presentar; ella tomó las notas y luego, al final, se levantó y presentó la propuesta igualmente, de memoria, usando las propias objeciones de él como estructura.

—Me contrató —dijo Lina, y estaba sonriendo, con la sonrisa de verdad, la que llegaba rápido y se instalaba por completo—. Luego me despidió seis meses después porque le dije que su línea de productos estaba obsoleta. Pero para entonces ya había conseguido el siguiente trabajo, así que...

Amanda se estaba inclinando hacia delante. No había decidido inclinarse. Su cuerpo había hecho el ajuste sin consultarla, cerrando la distancia entre ellas hasta un punto que ya no era profesional. La pantalla del portátil de Lina se había apagado. Los informes estaban intactos. La barrita energética fría seguía sobre la taza de café.

—Usted tiene un patrón —dijo Amanda, y su voz sonó más baja de lo que pretendía—. Entra en salas donde no tiene poder y se hace con él de todos modos. No por la fuerza. Sino por tener razón.

La sonrisa de Lina cambió. Se volvió más cálida. —Eso suena a algo de lo que usted sabe un montón.

La sala estaba muy silenciosa. El equipo de limpieza se había trasladado a otra planta. Amanda oía el zumbido lejano de una aspiradora a dos pasillos de distancia, y más allá, nada. Las luces de la sala de conferencias proyectaban un charco de oro cálido sobre la mesa entre ellas, y bajo esa luz Amanda podía ver los pequeños detalles que había estado catalogando contra su voluntad: cómo se marcaba la clavícula de Lina sobre el escote de la blusa crema, cómo su pelo oscuro se había soltado de la pinza que llevaba antes, cómo sus ojos eran castaños de una forma que no era sencilla: oscuros en los bordes, cálidos en el centro, como café con luz dentro.

El corazón de Amanda latía demasiado rápido. Lo sentía contra las costillas, un ritmo que no tenía nada que ver con las métricas trimestrales y sí con la mujer sentada a poco más de un metro de distancia en una sala de conferencias en penumbra un jueves por la tarde, mirándola como si estuviera genuina y específicamente interesada en lo que Amanda pensaba sobre su forma de entrar en las salas.

El reconocimiento la golpeó como agua fría. No fue un darse cuenta paulatino como podría haber esperado, sino una comprensión nítida que recorrió todo su cuerpo y llegó completa: se sentía atraída por Lina Reyes. No intrigada. No impresionada profesionalmente. Atraída. El tipo de atracción que empezaba en el pecho y se extendía hacia fuera, el tipo que hacía que las manos se quedaran quietas y la respiración se volviera superficial, el tipo que Amanda había pasado más de una década aprendiendo a reconocer y eliminar antes de que pudiera echar raíces.

Se puso de pie.

—Las métricas son sólidas —dijo. Su voz se había vuelto plana, el registro de la sala de juntas, ese que significaba que la conversación había terminado. Recogió su carpeta con unas manos que estaban firmes porque ella estaba obligándolas a estarlo—. Continúe con la trayectoria actual. Revisaré la propuesta del segundo trimestre cuando esté terminada.

Lina parpadeó. El cambio había sido rápido. Demasiado rápido, sabía Amanda, para parecer natural. Un momento antes habían sido dos personas hablando bajo una luz cálida sobre salas y poder y lo

que se sentía al tener razón, y al siguiente Amanda estaba incorporada con su carpeta apretada contra el pecho, la postura rígida y el rostro bloqueado en esa expresión que le había servido en reuniones de consejo, en negociaciones hostiles y en los largos y fríos meses tras la traición, cuando mostrar cualquier emoción habría sido un suicidio táctico.

La expresión de Lina cambió. No era dolor. Era demasiado controlada para eso, demasiado buena analizando situaciones. Era consciencia. La consciencia de alguien que acaba de ver cerrarse una puerta y comprende que la persona que la cierra tiene miedo de lo que hay al otro lado.

—Amanda... —empezó Lina, y su voz era cautelosa. Incluso dulce. Esa dulzura lo hizo peor.

—Señora Sterline —corrigió Amanda, y la corrección fue más tajante de lo que pretendía. El nombre cayó entre ellas como una cuchilla, cortando la calidez de la última hora en una sola sílaba. Ya estaba en la puerta—. Buenas noches, señorita Reyes.

Se marchó. No miró atrás. Podía sentir la mirada de Lina en su espalda, fija e implacable, durante todo el camino por el pasillo. Recorrió el pasillo vacío con el taconeo resonando sobre el hormigón pulido, pulsó el botón del ascensor y se quedó en la caja de cristal mientras la subía al piso treinta y siete, y no se permitió sentir nada hasta que las puertas se cerraron y estuvo sola.

Entonces se apoyó contra la pared de cristal, presionó las palmas de las manos contra la superficie fría y respiró.

NO

La palabra era absoluta. Final. El tipo de decisión que Amanda tomaba una vez y nunca volvía a cuestionar.

ELLA NO. NADIE. NUNCA MÁS

El ascensor subió. La ciudad brillaba abajo. Amanda se irguió, se ajustó los puños y caminó hacia su coche con la compostura blindada, habiendo decidido, de una vez y para siempre, que aquello que sentía no existía.

Condujo a casa por calles vacías. La 405 estaba despejada a esa hora. Nada entre ella y la costa salvo asfalto, faros y el suave ronroneo de un motor que había elegido porque era silencioso, porque le gustaba conducir en silencio, porque el silencio era seguro.

No pensó en la luz de la sala de conferencias reflejándose en el pelo de Lina. No pensó en cómo se suavizaba la voz de Lina cuando hablaba del director de cosméticos, en la calidez y el humor de la historia, en cómo había ofrecido un pedazo de su pasado sin pedir nada a cambio. No pensó en el momento en que la conversación había pasado de las métricas a otra cosa, algo que habitaba en el espacio entre dos personas capaces de la misma clase de inteligencia y que reconocían esa capacidad en el otro como un lenguaje compartido que ninguna de las dos había aprendido a propósito.

Amanda Sterline no necesitaba que la vieran con claridad. Había construido un imperio basándose en ser opaca. La última persona

que había visto a través de la opacidad usó esa visión para casi destruirla.

Aparcó en el garaje de una casa que costaba más de lo que la mayoría ganaba en una vida y que era hermosa de la forma en que lo son las cosas caras: deliberadamente, correctamente, sin calidez. Entró. La casa estaba en silencio. Siempre estaba en silencio. La había diseñado así: líneas depuradas, colores neutros, nada fuera de su sitio. Una casa construida para una sola persona que había decidido, mucho tiempo atrás, que con una persona era suficiente.

Se sirvió una copa de vino y se quedó ante el ventanal de su cocina mirando al Pacífico, que era negro y enorme y al que nada de esto le importaba.

Bien. A ella tampoco.

La copa de vino se quedó sin tocar sobre la encimera hasta la mañana siguiente.

5

LINA

El champán fue idea de Danielle. La terraza de la azotea fue de Marcus. El veinte por ciento por encima de las previsiones fue de Lina, y pensaba disfrutar de cada uno de sus decimales.

Seis semanas. Seis semanas de trasnochar y madrugar, de sesiones de estrategia que se solapaban unas con otras hasta que el calendario no era más que una serie de pizarras blancas, tazas de café y los prototipos de diseño de Priya pinchados en cada superficie disponible. Seis semanas demostrando, una y otra vez, que la mujer a la que Amanda Sterline había ascendido en su primer día valía la apuesta.

—Por la división que supuestamente iba a fracasar —dijo Danielle, levantando una copa de plástico con un champán que costaba más que el cristal en el que debería haber venido servido. Estaba de pie al borde de la terraza, con el viento tirando de sus rizos, a contraluz con el horizonte de Los Ángeles en esa hora dorada antes del atardecer en la que la ciudad parece que intenta impresionarte. La luz convertía sus pendientes en pequeñas chispas de oro. Sostenía la copa como solía sostener los micrófonos en el karaoke, como si el momento le perteneciera y lo estuviera

compartiendo con generosidad. Y por la mujer que le dijo a Amanda Sterline que se equivocaba y vivió para contarlo.

—¡Por eso! —exclamó Marcus, alzando su copa.

El equipo se echó a reír. Lina se rió con ellos, con una calidez real, sintiendo el burbujeo del champán contra la lengua y el aire nocturno cargado con el aroma seco del jazmín de las jardineras que alguien había instalado a lo largo de la barandilla de la terraza. Podía sentir la risa en las costillas, suelta y genuina, del tipo que solo surge cuando el trabajo está hecho, los números han llegado y ya nadie puede dar marcha atrás. Técnicamente, la azotea era un servicio compartido del edificio, pero a las siete y media de un viernes, la tenían para ellos solos: seis personas, una nevera con champán y unas vistas que se extendían desde el centro hasta el Pacífico.

El hormigón bajo los zapatos de Lina aún conservaba el calor del sol del día. Una brisa recorría la terraza, trayendo consigo gases de escape y algo floral de los jardines del edificio de al lado, mientras la ciudad zumbaba treinta y siete pisos más abajo con la energía baja y persistente de una noche de viernes que empezaba a decidir qué quería ser.

La Fase 1 estaba terminada. Y no solo terminada. Bien hecha. Las métricas habían llegado esa mañana: los costes de adquisición de clientes habían bajado un veintitrés por ciento, la percepción de la marca había pasado de neutral a activamente positiva en el grupo demográfico objetivo, y la interacción en redes sociales había subido por un margen que Marcus había proyectado como «optimista» y que el mercado había devuelto como «real». La junta había programado una revisión formal para la semana siguiente, pero los números hablaban por sí solos, y hablaban alto.

Lina había leído el informe tres veces. Lo había leído en su mesa a las siete de la mañana, con la oficina aún a oscuras a su alrededor y la luz de la pantalla dándole un tono azulado en la cara. Lo había vuelto a leer de pie junto a la ventana, mientras el café se enfriaba, observando el tráfico temprano en Wilshire y sintiendo cómo los números se asentaban en su cuerpo de la forma en que lo hacen las buenas noticias cuando llevas seis semanas conteniendo la

respiración. Lo había leído una tercera vez solo para estar segura, porque Lina aprendió pronto que las cosas que más deseas son las que tienen más probabilidades de que te arrebaten, y necesitaba saber que estos números eran reales antes de permitirse creer en ellos.

Lina se apoyó en la barandilla de la terraza, copa de plástico en mano, y observó a su equipo celebrar. Priya le enseñaba algo a Raj en su móvil, probablemente los nuevos activos de identidad visual que se habían lanzado hacía tres días y que ya estaban superando las proyecciones que elaboraron en la segunda semana. Marcus intentaba explicarle el modelo de datos a Danielle, que asentía con la intensidad educada de alguien que no tenía ni idea de lo que significaba la inferencia bayesiana pero apreciaba profundamente el entusiasmo que le ponía.

Esto era lo que Lina había querido. No solo las métricas, aunque las métricas eran buenas y podía sentir la satisfacción en los huesos, en la relajación de sus hombros y la soltura de su mandíbula, sino esto. El equipo. El trabajo. La prueba de que podía entrar en una empresa donde nadie conocía su nombre y construir algo que importara. Hace seis semanas era la nueva empleada de la que nadie les había advertido. Ahora era la persona a la que el equipo de Élévation miraba cuando el trabajo se ponía difícil, y no la miraban porque Amanda se lo hubiera ordenado, sino porque Lina se lo había ganado. Día tras día, pizarra tras pizarra, decisión acertada tras decisión acertada.

Su madre la había llamado esa tarde. —Estoy orgullosa de ti, mija —le había dicho Elena, y su voz destilaba el orgullo pesado de una mujer que se había pasado treinta años viendo cómo otros se llevaban el mérito de su esfuerzo—. Tú has hecho esto. Tú.

Lina había colgado y se había quedado sentada en su mesa durante dos minutos enteros antes de poder volver a hablar.

Ahora estaba en una azotea del oeste de Los Ángeles con champán en la mano y el cielo tornándose naranja, y pensó: *Así es como se siente una cuando el trabajo da sus frutos. Recuerda esto.*

Estaba a mitad de un sorbo cuando la puerta de la terraza se abrió y Amanda Sterline salió.

El pulso de Lina hizo algo repentino e inoportuno. Se lo achacó al champán.

La conversación no se detuvo. Esa fue la primera sorpresa. El equipo estaba lo bastante relajado, lo bastante festivo, como para que la llegada de Amanda no produjera el vacío habitual. Marcus la miró y alzó su copa. Priya se enderezó ligeramente pero siguió hablando con Raj. Danielle miró a Lina con una expresión que comunicaba, en la taquigrafía de una amistad de quince años, algo así como: *Vaya. Está aquí. Interesante.*

Lina posó su copa en la barandilla y observó a Amanda cruzar la terraza.

Aún llevaba la ropa de trabajo, el traje azul marino, pero se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa blanca hasta los antebrazos. Era lo más informal que Lina la había visto nunca, y el efecto era desproporcionado respecto al cambio. Amanda Sterline con los antebrazos al descubierto emitía una frecuencia distinta a la de Amanda Sterline con la armadura completa. El reloj seguía ahí, la postura seguía siendo precisa, pero algo en esas mangas remangadas sugería una concesión, no a la comodidad exactamente, sino a la posibilidad de que la comodidad pudiera permitirse bajo condiciones controladas.

Llevaba una copa. No una de plástico, sino una copa de verdad, lo que significaba que la había traído de su despacho, lo que significaba que había planeado subir, lo que significaba que no era la llegada espontánea de una consejera delegada que pasaba a ver cómo estaba su equipo. Era una decisión.

Darse cuenta de eso provocó algo cálido y complicado en el pecho de Lina. Amanda Sterline no tomaba decisiones casuales. No deambulaba sin rumbo. Había venido aquí, a esta azotea, a esta hora, porque así lo había decidido, y la elección conllevaba un peso que Lina sintió en el esternón como la primera nota grave de una canción que aún no conocía.

Amanda llegó hasta el grupo y se detuvo. Miró la nevera con champán, la tabla de quesos a medio comer que alguien había traído de la sala de descanso, y a las seis personas bañadas por la luz dorada con sus copas de plástico y sus buenos números.

—Tengo entendido que las felicitaciones son procedentes —dijo ella. Su voz era plana, profesional, con esa autoridad fría que Lina había llegado a asociar con las salas de juntas, las revisiones de presupuestos y la atmósfera controlada del despacho de Amanda en la planta treinta y siete. Pero algo en la forma en que sostenía la copa, con ligereza, por el tallo, como si tuviera práctica sosteniendo copas en salas llenas de gente a la que necesitaba impresionar, sugería que estaba menos cómoda de lo que aparentaba. Su mirada recorrió el grupo con la minuciosidad que Lina reconocía de los informes ejecutivos: catalogando rostros, analizando el ambiente, absorbiendo datos. Amanda Sterline no entraba en un lugar sin prepararse. Ni siquiera a una fiesta en una azotea.

—Un veintitrés por ciento por encima de la proyección en adquisición de clientes —dijo Lina, porque ella era la jefa del equipo y este era su terreno—. Percepción de marca positiva. La interacción social está superando los objetivos de la Fase 1 en todos los canales.

—He visto el informe. —Los ojos grises de Amanda se movieron por el equipo, deteniéndose brevemente en cada rostro. Luego alzó su copa—. Por el equipo —dijo—. Su trabajo ha sido excepcional. La empresa se lo agradece. —Hizo una pausa. Hubo el más mínimo suavizamiento en su expresión, no llegó a ser una sonrisa, sino el espacio donde una sonrisa podría habitar si alguna vez fuera invitada —. Yo se lo agradezco.

El equipo alzó sus copas. Amanda bebió. El brindis fue breve, formal, calibrado con el mismo cuidado que aplicaba a las proyecciones trimestrales y a las negociaciones de contratos. Pero bajo esa formalidad, Lina captó algo más. Un matiz en la voz de Amanda que residía por debajo del registro profesional, medio tono más bajo y suave de lo que Lina le había escuchado jamás. Si una prestaba atención, y Lina siempre lo hacía, sonaba como una mujer que no está acostumbrada a expresar gratitud y que lo hace de todos modos porque el trabajo se lo ha ganado.

Lo dice en serio. De verdad lo dice en serio.

El pensamiento llegó con un calor que Lina no esperaba, extendiéndose por su pecho junto al champán, el aire de la tarde y la luz dorada y baja que hacía que todo en esa azotea pareciera más honesto de lo que sería bajo los fluorescentes.

La conversación del grupo se reanudó. Amanda se quedó en la periferia unos minutos, escuchando, haciendo alguna observación ocasional lo bastante seca como para pasar por humor y lo bastante precisa como para recordar a todos que la consejera delegada estaba allí con ellos. Marcus le hizo una pregunta sobre las proyecciones del segundo trimestre y ella respondió con la exactitud de quien se sabe los números de memoria, cosa que casi con seguridad hacía.

Luego el grupo se fragmentó: Priya y Raj volvieron dentro a por comida, Marcus y Danielle se enzarzaron en un debate sobre la selección de la lista de reproducción de la oficina, y Lina y Amanda se quedaron solas junto a la barandilla de la terraza.

La ciudad se extendía ante ellas. La 405 era una cinta de luces rojas y blancas. El océano era una línea oscura en el horizonte, apenas visible, más intuido que visto. El aire olía a jazmín, a gases de escape y a la baja carga eléctrica de un viernes por la tarde en Los Ángeles, cuando la semana ha terminado y la ciudad decide qué hacer consigo misma.

El corazón de Lina latía más rápido de lo que el champán justificaba. Era sutilmente consciente de los poco más de mil metros que las separaban, del perfume de Amanda traído por la brisa nocturna, ese aroma frío y arquitectónico que era todo ángulos agudos y superficies limpias, el equivalente olfativo de su despacho. De cómo se veían los antebrazos de Amanda bajo la luz cálida, el vello fino y oscuro, los tendones visibles bajo la piel cuando giraba la copa.

Deja de catalogar sus antebrazos. Eres una profesional.

—No tenía por qué haber subido —dijo Lina.

—Lo sé.

—El equipo lo ha agradecido.

—Eso también lo sé. —Amanda tomó un sorbo de su copa. Bajo la luz dorada, su perfil era más afilado de lo habitual: los pómulos, la mandíbula, la línea limpia desde la oreja hasta la barbilla. Sus ojos grises parecían más claros aquí fuera, atrapando el atardecer de una forma que los hacía parecer casi de plata.

Lina se apoyó en la barandilla.—¿Puedo preguntarle algo?

—Parece que pregunta cosas independientemente de si tiene permiso o no.

Lina sonrió.—Touché. ¿Por qué me eligió a mí? En aquella reunión. Podría haber esperado, haberme pedido que hiciera la presentación en privado, haberme dado un proyecto más pequeño para demostrar mi valía. Me puso al frente de una división que fracasaba ante todo el equipo ejecutivo. En mi primer día.

Amanda guardó silencio un momento. Giró la copa en su mano, un movimiento lento que Lina empezaba a reconocer como un gesto de reflexión, de la misma forma que otros daban golpecitos con el bolígrafo o se cruzaban de brazos. Amanda no se inquietaba. Calibraba.

—Porque tenía razón —dijo Amanda—. Y porque nadie más en esa sala se habría atrevido a decirlo.

—Eso no es suficiente. Mucha gente tiene razón. Me ascendió por algo más.

La mandíbula de Amanda se tensó. No mucho. Solo el más leve cambio en la musculatura, el tipo de señal que la mayoría de la gente pasaría por alto. Lina no la pasó por alto.

—Estaba usted de espaldas a una sala llena de gente que quería verla fracasar —dijo Amanda—. Y no miró a ninguno de ellos. Me miró a mí. —Giró la cabeza y, por primera vez esa noche, sus ojos grises se encontraron directamente con los de Lina—. La gente que mira al público está actuando. La gente que mira a la persona al mando está compitiendo. Usted estaba compitiendo.

El aire entre ellas estaba cargado. No era hostilidad. Ni profesionalidad. Era algo más, algo que habitaba en el registro entre el cumplido y la confesión, en el espacio donde dos personas

reconocen que se ven con claridad y aún no han decidido qué hacer al respecto.

—¿Es eso lo que le gustó? —preguntó Lina. Su voz había bajado de tono, igualando la sobriedad de Amanda, y la pregunta conllevaba más peso del que debería. Estaba flirteando. Sabía que estaba flirteando. Ese conocimiento debería haberla frenado. Se trataba de su jefa, su superior directa, la mujer que sostenía la carrera de Lina en unas manos que nunca temblaban. Pero en lugar de eso, todo se agudizó. El aire entre ellas. La luz. El sonido del tráfico allá abajo, el jazmín floreciendo arriba y el modo en que los ojos de Amanda parecían de plata con el sol a sus espaldas.

Amanda apretó los labios, conteniendo algo—. No me gusta nada de esto, señorita Reyes.

—Lina.

—Señorita Reyes. —Pero la corrección fue más suave que la vez anterior. Más amable. El tipo de corrección que era más una costumbre que una convicción.

Lina sostuvo su mirada. El atardecer ya estaba a espaldas de Amanda, tiñendo el cielo de un ámbar profundo, y bajo esa luz Amanda parecía distinta: menos controlada, menos acorazada. Las mangas remangadas, la copa en la mano, esa ligera relajación en los hombros que da el estar fuera en lugar de detrás de un escritorio. Parecía una persona. No una consejera delegada, ni la Reina de Hielo, ni la leyenda que la industria había construido en torno a una mujer que nunca dejaba que nadie se acercara. Solo una persona de pie en una azotea, bebiendo vino, hablando con alguien que la hacía sentir incómoda de formas que prefería no nombrar.

Y bajo esa compostura, bajo los ojos grises, la voz precisa y la distancia que Amanda mantenía como un perímetro de seguridad, Lina vio algo que no esperaba.

Soledad.

No del tipo teatral. No de la que se anuncia con suspiros, ojos tristes y confesiones nocturnas. De la de verdad, la que habitaba en los espacios entre las palabras de Amanda, en las pausas que duraban medio segundo de más, en la forma en que se quedaba en la periferia de una celebración brindando por un equipo del que

estaba orgullosa sin llegar a entrar del todo en el círculo. El tipo de soledad que surge tras pasar más de una década levantando muros de forma tan concienzuda y completa que acabas olvidando que se suponía que debía haber una puerta.

Esa revelación llegó al pecho de Lina y se instaló allí, pesada, cálida y profundamente perturbadora.

Está sola. Lleva años sola. Y es tan buena en ello que se ha convencido de que es una elección en lugar de una consecuencia.

—Gracias —dijo Lina. Su voz era ahora más queda—. Por lo que le ha dicho al equipo. Necesitaban oírlo.

La expresión de Amanda no cambió, pero algo tras sus ojos se abrió: sorpresa, quizá, o gratitud, o la incomodidad de una persona que ha sido vista con más claridad de la que pretendía.

—Se lo han ganado —dijo Amanda. Dejó su copa en la barandilla, se enderezó y volvió a bajarse las mangas, pliegue a pliegue, con precisión, recomponiendo la armadura—. Buenas noches, señorita Reyes.

Volvió a entrar. La puerta de la terraza se cerró tras ella con un suave clic, y la ausencia fue inmediata: un cambio en la temperatura, en la presión, como si alguien hubiera sellado una ventana y el aire se hubiera quedado viciado.

Lina se quedó sola ante la barandilla, mirando la ciudad, el atardecer desvaneciéndose de ámbar a violeta en el horizonte. Tenía las manos aferradas a la barandilla y sentía cómo el metal se enfriaba bajo sus palmas a medida que el sol bajaba. El jazmín seguía floreciendo. El tráfico seguía reptando. El mundo hacía exactamente lo mismo que hacía antes de que Amanda saliera a esa terraza, y nada de eso importaba porque el pecho de Lina estaba lleno de algo para lo que no tenía ninguna estrategia. El champán de su copa se había quedado sin gas. El jazmín seguía brotando. En algún lugar ahí abajo, el tráfico de la 405 seguía su curso lento, indiferente a todo lo que ocurría treinta y siete pisos por encima.

Danielle apareció a su lado.—¿Estás bien?

—Sí. —Lina hizo girar la copa entre sus manos—. Eso creo.

—Es de armas tomar, ¿a que sí?

Lina miró la puerta de la terraza. Cerrada. Vacía. El fantasma del perfume frío y arquitectónico de Amanda aún flotaba en el aire, entre el lugar donde ella había estado y donde Lina estaba ahora.

—Está sola —dijo Lina, y la palabra la sorprendió. No porque fuera incorrecta, sino porque era cierta, y porque la verdad de la misma hizo que el pecho le doliera de una forma para la que no estaba preparada. Pensó en Amanda bajándose las mangas, pliegue a pliegue, reconstruyendo la armadura mientras se alejaba. La deliberación de aquel acto. La disciplina practicada de una mujer que vuelve a recomponerse tras permitirse desmoronarse apenas cinco centímetros de antebrazo expuesto y tres frases de honestidad.

¿Quién se hace eso a sí misma? ¿Quién construye una vida así de hermosa y así de vacía a propósito?

Danielle la estudió—. Cuidado —dijo—. Ese es el tipo de cosas que, una vez que las sientes, ya no puedes dejar de sentirlas.

Lina se terminó el champán. Estaba del tiempo, sin burbujas, y sabía a viernes.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

6

AMANDA

El problema con Lina Reyes era que no se quedaba donde Amanda la ponía.

Amanda tenía categorías. Había mantenido categorías desde su primer año en el mundo de los negocios, cuando un mentor cuyo nombre ya no mencionaba le había dicho que la diferencia entre un ejecutivo competente y uno excepcional era la capacidad de compartimentar sin perder resolución. Amanda había interiorizado este consejo con la minuciosidad que aplicaba a todo: archivaba información, clasificaba prioridades, asignaba a las personas a los cuadrantes de su vida profesional y las mantenía allí.

Lina Reyes se negaba a permanecer en su cuadrante.

Apareció durante la llamada del lunes por la mañana con Tokio, cuando se suponía que Amanda debía estar centrada en la logística del lanzamiento de Osaka y, en su lugar, estaba recordando a Lina apoyada en la barandilla de la terraza el viernes por la noche, con el champán perdiendo el gas y los ojos llenos de algo cálido, constante y del todo demasiado perspicaz. Apareció durante el trayecto a casa el martes, cuando Amanda conducía por la PCH con las ventanillas bajadas, el océano oscuro a su izquierda y la radio emitiendo algo que no reconocía, y pensó en la voz de Lina diciendo: *No tenía por*

qué subir con una dulzura que había sorteado todas las defensas que Amanda había construido y se había alojado en algún lugar tras sus costillas como una astilla que no podía alcanzar. Apareció el miércoles por la mañana a las cinco y cuarenta y cinco, cuando Amanda estaba en su cocina con un café y la primera luz gris entrando por la ventana que daba al este, y se suponía que debía estar revisando la propuesta de la Fase 2 pero, en cambio, estaba pensando en el pelo de Lina al atardecer, suelto y oscuro y atrapando la luz dorada de una manera que hacía que a Amanda se le cerrara la garganta.

Esto era inaceptable.

Amanda se bebió su café. Leyó la propuesta. Hizo notas en los márgenes con un bolígrafo que sujetaba con demasiada fuerza, presionando la punta contra el papel hasta que la tinta traspasó a la página siguiente. Era disciplinada. Había sido disciplinada toda su vida adulta. La disciplina era lo que la había sacado adelante en la adquisición hostil, en la reconstrucción, en los largos años de soledad que ella llamaba independencia y que a veces, en las horas muertas, sospechaba que eran algo totalmente distinto.

No se permitía distracciones. No rememoraba momentos en azoteas. No catalogaba cómo sonaba la voz de una subordinada cuando decía *Está muy sola* a su mejor amiga en el umbral de una terraza de la que Amanda ya se había marchado, porque Amanda no había oído eso. Había estado dentro. Había estado caminando por el pasillo. No se había detenido en la puerta de la terraza ni había escuchado a través de la rendija ni había oído a Lina Reyes dar nombre a esa cosa que Amanda llevaba más de una década asegurándose de que nadie pudiera ver.

No lo había oído. Y si lo había oído, no importaba, porque Lina se equivocaba. Amanda no estaba sola. La soledad requería la consciencia de que faltaba algo, y Amanda había diseñado su vida de forma tan completa que no faltaba nada. No había huecos. No había puertas. Estaba la empresa, el trabajo, la casa en la costa, el vino que se servía por la noche y el silencio que la seguía de habitación en habitación y nunca subía de volumen porque no tenía dónde crecer.

Eso no era soledad. Aquello era arquitectura. Amanda había diseñado su vida como diseñaba su empresa: deliberadamente, con líneas de visión limpias y sin esquinas ciegas. Si la casa estaba en silencio, era porque el silencio era eficiente. Si cenaba sola en la isla de la cocina con las noticias en silencio y el océano volviéndose negro al otro lado, era una preferencia, no una carencia. Ella había elegido esto. Lo había elegido ella, y el hecho de que una estratega de marketing de veintisiete años hubiera mirado los resultados de esa elección y los hubiera llamado *soledad* con una voz llena de anhelo era un error de Lina, no de Amanda.

Amanda terminó su café, enjuagó la taza y condujo al trabajo en el silencio que ella misma había elegido.



La traición había ocurrido hacía más de una década, y Amanda todavía podía sentirla en las paredes.

No los detalles concretos. Esos los había archivado hacía mucho tiempo, bien apretados y guardados en la parte de su mente a la que solo accedía cuando necesitaba recordarse a sí misma cuánto costaba la debilidad. El rostro de Catherine se había desvanecido. La voz de Catherine se había desvanecido. Lo que quedaba era la memoria estructural: la sensación de ser abierta, examinada y utilizada. El conocimiento de que la persona en quien más había confiado había estado transcribiendo sus vulnerabilidades y entregándolas, organizadas por categorías, al grupo de inversores que querían arrebatarle su empresa.

Amanda había amado a Catherine. Esa era la parte de la que no hablaba, ni con Shane, ni con su terapeuta, ni con nadie. La había amado con la apertura total y catastrófica de una mujer que nunca se había enamorado antes y que no sabía que el amor, para algunas personas, era una misión de reconocimiento. Catherine había sido cálida. Paciente. Había hecho preguntas que nadie más hacía, sobre la infancia de Amanda, sobre sus miedos, sobre los lugares donde terminaba la directora ejecutiva y empezaba la persona. Y Amanda

había respondido, porque la calidez de Catherine se sentía como seguridad, y la seguridad era la única cosa que Amanda nunca había sido capaz de construir por sí misma.

Las respuestas se convirtieron en munición. Cada miedo que Amanda había nombrado alguna vez se convirtió en un punto de presión. Cada vulnerabilidad se convirtió en una palanca. La adquisición hostil había sido financiada por capital riesgo, pero había sido diseñada mediante la intimidad, por una mujer que sabía exactamente dónde estaban las defensas más finas de Amanda porque Amanda le había dibujado un mapa.

Había sobrevivido. Había luchado contra la adquisición con un enfoque implacable, al no quedarle nada más que proteger excepto la empresa, porque la empresa era lo único que Catherine no había conseguido robar. Había trabajado dieciocho horas diarias durante tres meses. Había ingerido comidas que no saboreaba, dormido en un despacho que no soportaba abandonar, hecho llamadas telefónicas a las dos de la madrugada a miembros de la junta cuya lealtad ya no podía permitirse dar por sentada. Había ganado. Había reconstruido. Y había tomado una decisión, tras las secuelas, que era tan absoluta e irreversible como cualquier reestructuración corporativa: nadie se acerca, nadie ve la arquitectura, nadie entra en la habitación donde las puertas no tienen cerradura.

Durante más de diez años, esto había funcionado. Le había costado amistades, posibilidades románticas y cualquier esperanza del tipo de conexión que la mayoría de la gente considera esencial para una vida humana. Amanda consideraba que estas eran pérdidas aceptables. La alternativa —confiar de nuevo, abrirse de nuevo, dejar que alguien se acercara lo suficiente como para ver los planos— no era una alternativa. Era un riesgo.

Y ahora Lina Reyes estaba de pie en medio de ese riesgo con sus ojos marrones, su risa cálida y su perspicacia devastadora y no solicitada, y Amanda podía sentir las paredes vibrando con una frecuencia que no habían producido en más de una década.

NO VAS A HACER ESTO

Amanda abrió su ordenador portátil, sacó los materiales de revisión de la Fase 2 y comenzó a prepararse para la sesión de estrategia de la tarde. Leyó cada línea. Comprobó cada número. Construyó sus contraargumentos con el enfoque arquitectónico que aplicaba a todo, apilando dato sobre dato hasta que su posición fue hermética e inexpugnable, y no tuvo nada que ver con la forma en que sonaba la voz de Lina cuando era amable.



La sesión de estrategia era en la sala de conferencias 32-B a las dos en punto. Amanda llegó a las dos y tres minutos; no fue una demostración de poder, aunque la sala lo interpretaría así, sino el resultado de una llamada del director financiero que se había alargado. El equipo al completo ya estaba sentado: Marcus con sus monitores duales, Priya con su bloc de dibujo, Raj tomando notas y Lina a la cabecera de la mesa con tres informes impresos y una pantalla de portátil que brillaba en azul bajo la luz de la tarde que entraba por las ventanas.

Llevaba una blusa verde oscuro. Amanda registró esta información del mismo modo que registraba las amenazas de

seguridad: inmediata e involuntariamente, y con la irritación controlada de alguien que no quería estar registrándola.

—Señorita Sterline —dijo Lina, con una voz profesional, cálida bajo la profesionalidad—. Estamos listos cuando usted quiera.

Amanda se sentó. Abrió su carpeta. Mantuvo la mirada en las proyecciones y no en el hueco de la garganta de Lina donde el tejido verde oscuro se encontraba con la piel. La silla era incómoda, demasiado blanda, diseñada para reuniones largas, y Amanda se sentó hacia delante, con la espalda recta, manteniendo la postura que le había servido de segundo esqueleto durante quince años.

Los primeros veinte minutos transcurrieron según lo previsto. Lina presentó la dirección creativa de la Fase 2: una narrativa de marca basada en la artesanía como identidad, con un lenguaje visual que enfatizaba la textura táctil por encima de la distancia aspiracional. El trabajo era sólido. Amanda podía ver la lógica tras él, las líneas limpias de una estrategia que entendía a su audiencia mejor que cualquier informe que su equipo ejecutivo hubiera producido en tres años. Los datos de Marcus respaldaban cada elección creativa. Las maquetas visuales de Priya eran impactantes, el tipo de imagen de marca que parecía no requerir esfuerzo y que, con casi total seguridad, había necesitado cincuenta horas de minuciosas iteraciones.

Amanda dejó que la presentación fluyera. Dejó que el equipo terminara. Entonces se inclinó hacia delante y abrió su carpeta.

—La dirección creativa es sólida —dijo—. El presupuesto no lo es.

Expuso su contrapunto metódicamente: el gasto de la Fase 2 estaba concentrado al principio en un dieciocho por ciento, lo que comprimía la compra de medios del tercer trimestre y no dejaba contingencia para las colaboraciones con *influencers* hacia las que se movía el mercado. El cronograma asumía ciclos de aprobación que la junta nunca había cumplido a tiempo. El retorno de la inversión proyectado era optimista por márgenes que su equipo de finanzas había señalado dos veces.

Presentó las cifras con claridad, sin hostilidad. No estaba atacando el trabajo. Lo estaba sometiendo a una prueba de esfuerzo, como hacía con todo lo que importaba, y el hecho de que

importara, el hecho de que le preocupara si esto tenía éxito, no solo por la empresa sino por el equipo que lo había construido y por la mujer que los lideraba, era información que Amanda elegía no examinar.

Lina escuchaba. Observaba el rostro de Amanda con esos ojos marrones que nunca apartaban la mirada, esa atención constante y centrada que funcionaba como un foco y hacía que Amanda fuera agudamente consciente de cada microexpresión que producía. Cuando Amanda terminó, la sala se quedó en silencio. Marcus miró a Lina. Priya dejó su bolígrafo.

Lina cogió uno de los informes impresos. —Tiene razón sobre los ciclos de aprobación. La junta nunca los ha entregado a tiempo, que es exactamente por lo que el cronograma ya cuenta con un margen de dos semanas en cada punto de decisión. —Pasó a la segunda página y giró el informe para que Amanda pudiera verlo—. Aquí. Semanas ocho, doce y dieciséis. Cada una tiene una contingencia integrada que no aparece en el cronograma general porque aprendí hace tres agencias que mostrar la contingencia hace que los ejecutivos la traten como tiempo flexible.

Dijo esto sin disculparse, sin deferencia y con una franqueza que cortaba la distancia profesional que Amanda se esforzaba por mantener. Le estaba diciendo a Amanda, delante del equipo, que ya había anticipado esa objeción y había incorporado la solución a la estructura antes incluso de que Amanda hubiera abierto su carpeta.

La mandíbula de Amanda se tensó. No por ira. Fue la respuesta instintiva al ser superada por alguien que estaba mejor preparada que ella. El pecho se le calentó con un complicado nudo de irritación y admiración que se negó a separar en sus componentes, porque separarlos requeriría admitir cuál de los dos era mayor.

—Las colaboraciones con *influencers* —dijo Amanda—. Ha asignado el doce por ciento del presupuesto de medios de la Fase 2. La investigación de mercado de marzo sugiere del quince al dieciocho.

—Datos de marzo —respondió Lina—. La semana pasada realicé un análisis competitivo actualizado. El mercado se ha enfriado en el gasto en macroinfluencers en cuatro puntos desde marzo. El

crecimiento está en los microinfluencers y en la colocación editorial, que es exactamente adonde va ese doce por ciento. —Dio unos golpecitos en el informe—. Página nueve. El análisis actualizado está ahí. Le envié una copia a Shane esta mañana.

Amanda consultó la página nueve. El análisis era limpio, minucioso y correcto. También era algo que su propio equipo de inteligencia de mercado no había señalado, lo que significaba que o bien se les había pasado o no se les había ocurrido mirar. Lina sí había mirado. Lina había mirado porque era el tipo de estratega que no esperaba a que los datos llegaran, sino que salía a buscarlos, y lo había hecho con la calmada minuciosidad de quien entiende que el mejor argumento es aquel que nunca tienes que exponer porque las pruebas ya están sobre la mesa.

Toda la sala los observaba. Amanda podía sentirlo: la atención cargada de seis personas que observaban a su directora ejecutiva ser desafiada y corregida y que elegían no intervenir. Marcus había dejado de teclear. El bolígrafo de Priya estaba quieto. Incluso Raj había levantado la vista de sus notas. Estaban viendo a Lina desafiar a Amanda Sterline con datos y agallas y sin un solo titubeo, y estaban viendo a Amanda absorberlo sin represalias; y Amanda supo, con el instinto visceral de alguien que llevaba quince años dirigiendo salas, que este momento iba a cambiar la forma en que el equipo las percibía a ambas.

—Anotado —dijo Amanda. La palabra fue cortante, profesional, y llevaba implícito un reconocimiento que le costó más de lo que nadie en la sala, excepto Lina, entendería. Cerró su carpeta—. La dirección creativa queda aprobada. El presupuesto se mantiene según lo presentado. Quiero los informes de progreso semanales en mi despacho el lunes a las ocho de la mañana.

—Los tendrá —dijo Lina.

Sus ojos se encontraron a través de la mesa. Un segundo. Dos. La sala vibraba con las secuelas de una pelea que no había sido tal, pero que había tenido la misma carga, la misma electricidad, la misma sensación de que algo había sido puesto a prueba y demostrado, y ninguna de las dos iba a fingir que no había ocurrido.

Amanda se levantó. Recogió su carpeta. El equipo ya estaba pasando al ritmo habitual de después de una reunión: Priya buscando su bloc de dibujo, Marcus abriendo una nueva pantalla en su portátil, la exhalación silenciosa de un grupo que acababa de ver a su líder enfrentarse cara a cara con la directora ejecutiva y salir con el presupuesto intacto.

Amanda caminó hacia la puerta. Llevaba tres pasos por el pasillo cuando lo oyó a sus espaldas; no fueron palabras, sino el sonido de una silla al desplazarse, pasos y luego la voz de Lina.

—Señorita Sterline.

Amanda se detuvo. Se dio la vuelta.

Lina estaba de pie en el umbral de la sala de conferencias, con una mano apoyada en el marco, a contraluz por el sol de la tarde que entraba por las ventanas tras ella. La blusa verde atrapaba la luz y hacía que su piel brillara con calidez, su pelo oscuro caía suelto sobre sus hombros y sus ojos marrones sostenían los de Amanda con la misma firmeza inquebrantable que habían tenido a través de la mesa de conferencias, pero ahora más cerca. Metro y medio. Poco más de un metro.

—Gracias —dijo Lina—. Por confiar en el trabajo.

Amanda tenía la garganta seca. Podía sentir el pulso en el cuello, ni rápido ni lento, sino deliberado, como si su corazón hubiera decidido hacer notar su presencia en el peor momento posible. El pasillo estaba vacío. La luz de la tarde caía oblicua sobre el hormigón pulido entre ellas y rozaba el borde de la clavícula de Lina, donde la blusa verde quedaba abierta.

—Confío en los datos, señorita Reyes —dijo Amanda—. El trabajo se ha ganado la aprobación. No me haga arrepentirme.

—No lo haré.

Las palabras fueron sencillas. Directas. Y bajo ellas latía algo que no tenía nada que ver con presupuestos de la Fase 2, colaboraciones con *influencers* o los informes de progreso semanales que Amanda había exigido. Llevaban el peso de una promesa hecha en un umbral entre dos mujeres que estaban a poco más de un metro de distancia, sin acercarse y sin alejarse.

Aquel medio segundo duró más de un medio segundo. Amanda pudo sentir cómo se dilataba, con el espacio entre ellas cargado de la misma frecuencia que había vibrado en la azotea tres días antes, cuando Lina se había apoyado en la barandilla con el champán sin gas en la mano y había dicho: *No tenías por qué subir* con una dulzura que había hecho vibrar los muros de Amanda.

Amanda fue la primera en romper el contacto visual. Ella era la directora ejecutiva. Ella era quien terminaba las conversaciones, quien elegía cuándo acababa un momento, y este momento había acabado porque ella estaba haciendo que acabara. Dio media vuelta, caminó por el pasillo y no miró atrás. Sus tacones chasquearon sobre el hormigón pulido, regulares y precisos, y el sonido resonó en el pasillo vacío hasta que llegó al ascensor, pulsó el botón y se quedó esperando con la carpeta apretada contra el pecho y el corazón latiendo con un ritmo que no reconocía.

Las puertas del ascensor se abrieron. Entró. Las paredes de cristal le devolvieron su propio reflejo: traje azul marino, postura recta, expresión controlada. La mujer que había pasado más de una década construyendo. La mujer a la que nadie se acercaba.

Lina Reyes se estaba acercando.

Las puertas se cerraron. Amanda pulsó el botón del piso treinta y siete, observó el paso de las plantas y no pensó en unos ojos marrones bajo la luz de la tarde, ni en la forma en que Lina decía *gracias* como si lo sintiera de verdad, ni en el pequeño y devastador hecho de que Amanda había querido acortar ese metro de distancia entre ellas en el umbral y no lo había hecho, y que esa contención le había costado más que cualquier negociación con la junta que hubiera superado en su vida.

Llegó a su despacho. Cerró la puerta. Se quedó junto a la ventana, allí donde el Pacífico se mostraba brillante e indiferente y no ofrecía ninguna respuesta.

Así es la disciplina. Esto es lo que cuesta.

Amanda se sentó, abrió su portátil y comenzó a revisar los informes de progreso de la Fase 2 que no debían entregarse hasta el lunes. Leyó cada línea. Absorbió cada cifra. No pensó en Lina Reyes.

No tuvo éxito.

7

LINA

El coche era un Audi negro con asientos de cuero que olían a nuevo y un conductor que comprendió, a los treinta segundos de que Amanda Sterline entrara en el vehículo, que no se requería conversación alguna.

Lina se deslizó en el asiento trasero junto a ella y cerró la puerta. El clic fue silencioso y costoso, el tipo de sonido que te decía que el coche costaba más que tu apartamento antes siquiera de ver el interior. La mañana era gris, con una niebla de junio entrando desde la costa, convirtiendo las colinas de Hollywood en una acuarela y suavizando los bordes de la ciudad hasta transformarla en algo que parecía casi apacible. El aire acondicionado zumbaba a una temperatura que Amanda probablemente habría especificado con una precisión de medio grado. A través de los cristales tintados, la autopista 10 avanzaba despacio, con las luces de freno emborronadas de rojo por la niebla.

Se dirigían a Malibú. El evento de relanzamiento de Élévation, una velada cuidadosamente organizada para influyentes del sector, ejecutivos de marcas de lujo y esa clase de personas cuya mera asistencia a una fiesta constituía su propia forma de marketing. Lina había organizado la mayor parte. Amanda lo había aprobado todo. Y

ahora estaban sentadas juntas en la parte de atrás de un coche por primera vez, y Lina era plenamente consciente de que la distancia entre ellas era de cuarenta y cinco centímetros y se reducía cada vez que el conductor tomaba una curva.

Amanda estaba leyendo algo en su teléfono. Su rostro estaba iluminado por la pantalla, de un blanco azulado contra la mañana gris, y su expresión era la que Lina consideraba el estándar ejecutivo: concentrada, neutral, sin revelar nada. Esta noche llevaba un vestido negro en lugar de su traje habitual, una concesión al código de vestimenta del evento que había requerido, al parecer, exactamente una sola concesión. El vestido estaba entallado de la misma forma que todo lo que Amanda vestía: ajustado, preciso, diseñado para comunicar autoridad en lugar de invitación. Llevaba el pelo suelto. Lina nunca había visto a Amanda con el pelo suelto. Le caía por debajo de los hombros, oscuro y liso, y le daba un aspecto diferente de una manera que Lina intentaba no catalogar.

Lo estaba catalogando de todos modos. La forma en que la mandíbula de Amanda parecía más suave con el pelo suelto. El modo en que se le marcaban las clavículas sobre el escote. La fina cadena de oro que Lina reconoció de su reloj, que ahora descansaba sobre la piel en lugar de la tela, captando la luz del salpicadero.

BASTA

Lina sacó su propio teléfono y abrió el informe del evento que ella misma había escrito. Lo leyó sin asimilar ni una palabra. El coche avanzaba por Topanga Canyon, serpenteando por colinas que estaban verdes gracias a las lluvias tardías de la primavera, y el silencio entre ellas era, sorprendentemente, cómodo.

No era el silencio cargado de la sala de juntas, donde cada pausa conllevaba el peso de lo no dicho. Ni el silencio tenso del umbral del pasillo, donde el metro y pico que las separaba se había sentido a la vez como demasiado lejos y no lo suficiente. Esto era diferente. Era el silencio de dos personas que habían pasado suficientes horas en la misma órbita como para que la ausencia de conversación no necesitara ser llenada. Amanda se desplazaba por su teléfono. Lina por el suyo. El conductor navegaba por las curvas de Topanga con la destreza fluida de alguien que recorría esa carretera a menudo. El cañón olía a eucalipto y a tierra húmeda, entrando por las rejillas de ventilación, y la niebla se estaba disipando para revelar parches de azul que indicaban que la costa estaría despejada al anochecer.

Lina miró de soslayo. Amanda observaba el cañón a través de la ventana, con el teléfono bajo, y su expresión era abierta de una forma que Lina solo había visto cuando Amanda creía que nadie la miraba. La luz de la niebla suavizaba su perfil, desdibujando los

rasgos afilados que los fluorescentes de la oficina siempre resaltaban.

Parecía cansada. No de forma visible. Amanda Sterline preferiría aparecer en una reunión de la junta en pijama antes que mostrar fatiga. Pero bajo el maquillaje y la postura controlada, Lina podía ver las tenues sombras bajo sus ojos, la ligera tensión en sus hombros que nacía de mantenerse entera con demasiada rigidez durante demasiado tiempo.

¿Cuándo fue la última vez que alguien le dijo que descansara?

El pensamiento llegó sin invitación y Lina lo apartó antes de que pudiera convertirse en algo con lo que tuviera que lidiar. Volvió a su teléfono. Viajaron en silencio el resto del camino, y el silencio fue fácil, y eso era lo más inquietante de todo.



El lugar del evento era una mansión privada en un acantilado con vistas al Pacífico: paredes de cristal, madera cálida, el tipo de arquitectura que existía para enmarcar el océano y hacerte sentir pequeño y rico al mismo tiempo. La entrada estaba flanqueada por olivos, cuyas hojas de un verde plateado captaban la luz de la última hora de la tarde, y el aire olía a sal, buganvillas y a esa limpieza estéril de una propiedad mantenida por gente a la que nunca ves. Lina la había inspeccionado hace tres semanas y había negociado la rebaja del alquiler en un doce por ciento, que había reinvertido en la mejora del catering, lo que había convertido una recepción con cócteles en una experiencia de degustación. Había recorrido esas estancias cuando estaban vacías, medido las líneas de visión, contado los pasos entre la barra y la terraza. Ahora estaban llenas de luz y de gente, y del murmullo bajo de conversaciones que darían forma a la cobertura de la marca el próximo trimestre, y Lina sintió

la satisfacción de un plan bien ejecutado asentándose en sus hombros como agua templada.

El evento ya se estaba llenando cuando llegaron. Lina contó rostros: editores del sector, tres directores de marca de casas de lujo de la competencia, un grupo de influyentes cuyos seguidores combinados superaban la población de varios países pequeños, y esa clase de multimillonarios de Los Ángeles que asistían a los lanzamientos de productos de la misma forma que otros iban a conciertos: por el ambiente, no por la mercancía.

Amanda entró en la sala y la sala se reorganizó por sí sola.

Lina se quedó cerca de la entrada y observó cómo sucedía. Había visto a Amanda dominar una mesa de conferencias, una sala de juntas, un pasillo. No había visto a Amanda dominar una sala llena de gente que, por su parte, estaba acostumbrada a ser la persona más importante presente. El efecto era distinto. En su propio edificio, la autoridad de Amanda era estructural, integrada en la jerarquía, reforzada por la arquitectura. Aquí, entre pares y competidores y personas que no le debían nada, la autoridad era pura.

Se movía entre la multitud con la confianza pausada de quien sabía que la sala acudiría a ella. El vestido negro se movía con ella, ajustado en los hombros, más suelto en el dobladillo, el tipo de corte que sugería movimiento sin revelarlo. Lina había visto a Amanda en traje durante seis semanas. El vestido era un lenguaje diferente. No más suave; a Amanda no se la podía suavizar con tela. Pero sí más fluido, y esa fluidez la hacía peligrosa de una forma que los trajes solo habían insinuado. Estrechaba manos sin sonreír, lo que de algún modo hacía que los apretones de manos fueran más significativos. Habló con el director ejecutivo de una marca de la competencia con una franqueza mordaz que hizo que el hombre soltara una carcajada antes de poder evitarlo. Aceptó una copa de vino de un camarero sin romper el contacto visual con la editora a la que se dirigía, y el gesto fue impecable, como si sus manos operaran de forma independiente a su conversación.

Lina vio a Amanda detenerse junto a un inversor de capital riesgo que llevaba meses intentando conseguir una reunión con ella. Le

dedicó cuarenta y cinco segundos. En esos cuarenta y cinco segundos, le hizo dos preguntas que atravesaron su discurso de ventas hasta llegar a la debilidad estructural subyacente, le dijo que lo consideraría y siguió adelante. El hombre parecía como si lo hubieran besado y abofeteado simultáneamente. Se quedó allí sujetando su copa de vino durante cinco segundos enteros antes de que su socio le tocara el codo y lo dirigiera hacia la zona del catering.

Algo estaba cambiando en el pecho de Lina. No era la admiración profesional que había sentido en la primera reunión, ni el respeto a regañadientes de las sesiones de estrategia, ni siquiera la complicada conciencia que se había estado gestando desde lo de la azotea. Esto era otra cosa. Esto era ver a Amanda Sterline en su elemento, no detrás de un escritorio, ni tras paredes de cristal, sino de pie en una sala llena de gente que ostentaba un poder real y siendo, indiscutiblemente, la persona más formidable de todas.

Lina tenía un nudo en la garganta. Le sudaban las palmas de las manos. Sostenía una copa de champán que no había probado, y sus ojos seguían el rastro de Amanda entre la multitud como la aguja de una brújula sigue el norte: de forma automática, involuntaria, con una atracción que no tenía nada que ver con el interés profesional y todo con el hecho de que Amanda Sterline, con un vestido negro, el pelo suelto y su autoridad irradiando como el calor, era la persona más fascinante que Lina había visto jamás manejarse en un evento.

ESTÁS EN PROBLEMAS

El pensamiento llegó claro y rotundo, y Lina no lo discutió. Dio un sorbo al champán. Era excelente. Apenas lo saboreó. Al otro lado de la sala, Amanda le dijo algo a una editora de Vanity Fair que hizo que la mujer abriera mucho los ojos, y Lina observó el intercambio con la atención desvalida de alguien que ha dejado de fingir que está mirando cualquier otra cosa.

Esto ya no era admiración. La admiración era segura, profesional, el tipo de aprecio que podías archivar y olvidar. Esto era algo con gravedad. Algo que tiraba del pecho de Lina y le acortaba la respiración y hacía que la sala se sintiera simultáneamente demasiado grande y no lo suficiente, porque Amanda estaba a doce metros y Lina podía sentir su presencia como una frecuencia vibrando en los cimientos del edificio.

Su madre habría llamado a esto tonterías. Su madre habría dicho: —Mija, no te enamores de la persona que firma tus cheques. Así es como se adueñan de ti.— Y su madre habría tenido razón. Había tenido razón sobre cada jefe que se había aprovechado de su trabajo, de su silencio y de su disposición a ser invisible en salas donde la visibilidad significaba riesgo.

Pero Amanda no era como esos jefes. Amanda había mirado a Lina al otro lado de una mesa de conferencias en su primer día y la

había visto, no como una amenaza, ni como una subordinada, sino como alguien por quien valía la pena apostar. Y la apuesta había salido bien, y ambas lo sabían, y ese saber era lo que hacía que esto fuera peligroso: porque la gratitud era fácil de gestionar y la admiración era fácil de compartimentar, pero lo que Lina sentía ahora no era ninguna de esas cosas, y no tenía un compartimento para ello.



Sebastian Aldiss la encontró en la barra.

Era alto, de pelo castaño claro y sonreía con la actitud relajada de las personas que nunca han sentido miedo en una sala. El hijo menor de la dinastía tecnológica Aldiss, lo que significaba que tenía un fondo fiduciario del tamaño del PIB de una nación pequeña y la confianza alegre de alguien que nunca había tenido que ganarse su propio asiento en ninguna mesa.

—Tú eres la que construyó el cambio de imagen de Élévation —dijo, apoyándose en la barra junto a ella. Su manga rozó el brazo de Lina. Su colonia era cara, algo cítrico y cálido, diseñado para sugerir tanto riqueza como accesibilidad, que era exactamente lo que los consultores de marca de su familia habrían recomendado. —Todo el sector habla de ello.

—Lo construyó el equipo —dijo Lina—. Yo solo organicé el caos.

—Modesta —su sonrisa se amplió. Tenía buena dentadura, ojos azules y el tipo de encanto que surgía de haber crecido en salas exactamente como esta, donde la conversación era un deporte de contacto y el coqueteo era prácticamente un dialecto—. Mi padre pasó tres años intentando fichar a la estratega jefa de Élévation. Se pondrá furioso cuando le diga que tiene veintisiete años y es mejor en esto que cualquiera en su edificio.

Lina se rió. Fue una risa sincera. Él era encantador, y ella podía apreciar el encanto de la misma forma que se aprecia la buena arquitectura: estéticamente, desde la distancia. —Deberías decírselo. Me vendría bien para ganar influencia.

Sebastian se acercó más. Apoyó el brazo en la barra junto al de ella. —Cena conmigo esta semana. Conozco un sitio en Venice.

—Es una oferta generosa de alguien a quien conocí hace noventa segundos.

—Calo rápido a la gente —sus ojos eran cálidos, directos. Era atractivo. Objetivamente, inequívocamente atractivo. El tipo de atractivo que no requería análisis ni debate interno. Era un hombre guapo al que ella le gustaba y se lo estaba diciendo con la confianza natural de alguien a quien le han dicho que sí lo suficiente como para esperarlo.

Lina sonrió. Él le caía bien. Era fácil estar con él, de la misma forma que la gente es fácil cuando nunca ha tenido que luchar por nada y, por tanto, no arrastra el peso de la batalla. Un mes atrás, ella podría haber dicho que sí. Un mes atrás, una cena en Venice con un hombre apuesto al que le gustara su trabajo y tuviera los buenos modales del dinero antiguo habría sido exactamente el tipo de velada que Lina se permitía: de bajo riesgo, agradable, un recordatorio de que su vida contenía cosas aparte de pizarras, proyecciones presupuestarias y ojos grises que la seguían a través de paredes de cristal.

Pero eso fue hace un mes. Antes de la azotea. Antes del pasillo. Antes del silencio en la parte de atrás de un Audi que se había sentido más íntimo que cualquier conversación que hubiera tenido con un hombre en años.

Abrió la boca para responder, algo amable, algo evasivo, algo que reconociera el halago sin aceptar la invitación, y entonces apareció Amanda.

No de forma dramática. No con la energía territorial de quien marca su propiedad. Amanda apareció junto al hombro izquierdo de Lina de la misma forma que aparece el clima: gradualmente al principio, y luego por completo. Sostenía una copa de vino, tinto esta vez, seguía con el pelo suelto y olía a ese perfume fresco y arquitectónico que Lina llevaba seis semanas respirando en pasillos y salas de juntas. De cerca, bajo la luz cálida de la barra, sus ojos grises tenían motas de un gris más oscuro en el centro, como nubes de tormenta superpuestas. Recorrieron a Sebastian con la

minuciosidad impersonal de un agente de aduanas y no encontraron nada digno de mención.

—Señorita Reyes —la voz de Amanda era nivelada, profesional, y graduada para llegar exactamente a un metro de distancia—. Richard Voss está preguntando por la dirección creativa de la Fase 2. Está junto a la ventana.

Era una instrucción. Una directriz. El tipo de interrupción profesional que ocurría en eventos como este cien veces por noche y no conllevaba ninguna importancia especial.

Excepto que Amanda estaba lo bastante cerca como para que Lina pudiera oler su perfume, ese aroma fresco y arquitectónico que llevaba semanas respirando, y su mano izquierda estaba apoyada en la barra, y las yemas de sus dedos estaban a cinco centímetros de la muñeca de Lina, y no había mirado a Sebastian ni una sola vez desde que apareció.

Sebastian no era tonto. Sabía leer el ambiente. Leyó la distancia entre las dos mujeres, la posición de la mano de Amanda, el hecho de que Amanda no se hubiera presentado porque no lo necesitaba, porque todo el mundo en esa sala ya sabía quién era. Su sonrisa pasó de ser seductora a diplomática.

—Señora Sterline —dijo él—. Un gran evento.

—Señor Aldiss —el reconocimiento de Amanda fue breve, frío y concluyente. Se volvió hacia Lina—. La ventana. Cuando tenga un momento.

Luego se alejó. Sin mirar atrás. Sin reconocer lo que acababa de hacer. Se movió entre la multitud hacia el ventanal donde Richard Voss estaba de pie con una copa de champán y la postura expectante de un hombre al que le habían prometido una charla.

Lina se quedó mirando el espacio que Amanda acababa de dejar. Su pulso martilleaba. Sentía la piel caliente donde la mano de Amanda casi había rozado su muñeca. La barra estaba fría bajo su palma, el champán se estaba quedando sin gas en su copa y el Pacífico se oscurecía tras los cristales, y nada de eso importaba porque Amanda Sterline acababa de cruzar una sala abarrotada para apartar a un hombre de la órbita de Lina, y lo había hecho con la

limpia precisión quirúrgica de quien corta un solo hilo de una prenda, y no lo había admitido, y Lina se había dado cuenta de todo.

SE DIO CUENTA DE TODO

La posición. El momento exacto. Los cinco centímetros de espacio de la barra entre las yemas de los dedos de Amanda y la muñeca de Lina. El modo en que Amanda había dicho *cuando tenga un momento* en lugar de *ahora*, porque *ahora* habría sido una orden y Amanda quería que pareciera una petición, pero el tono no había sido ninguna de las dos cosas. Había sido un reclamo, silencioso e inequívoco, realizado frente a un hombre cuyo único pecado era estar demasiado cerca de algo que Amanda no estaba lista para admitir que quería.

Sebastian se aclaró la garganta. —Bueno. Esa cena.

Lina lo miró. Seguía siendo guapo. Seguía siendo encantador. Estaba de pie en el lugar exacto que Amanda acababa de abandonar, el aire olía a su perfume, y Lina no habría podido estar menos interesada en cenar ni aunque él hubiera sugerido que comieran en la luna.

—Lo dejamos para otra ocasión —dijo ella. Su voz era amable, cordial y totalmente ausente—. Tengo que ir a hablar con Richard Voss.

Dejó su copa en la barra. La condensación dejó un cerco en la superficie de mármol que el camarero limpió antes de que Lina hubiera dado dos pasos.

Caminó hacia los ventanales. Hacia Amanda. Hacia la mujer que acababa de hacer algo posesivo y fingía que no, y cada paso se sentía como una decisión que Lina aún no había tomado pero hacia la que ya estaba caminando.

El Pacífico estaba oscuro tras el cristal. La sala era luminosa y cálida, y estaba llena de personas que importaban en el mundo que Amanda había construido, y ninguna de ellas era la persona hacia la que Lina caminaba; ese hecho, la fuerza de atracción absoluta de saber exactamente dónde estaba Amanda en una sala de doscientas personas, le decía todo lo que necesitaba saber sobre lo que le estaba pasando.

Estaba cayendo. Llevaba semanas cayendo. Y el suelo estaba cada vez más cerca.

8

AMANDA

El trayecto al hotel duró once minutos, y Amanda aguantó siete antes de soltarlo.

Estaban de nuevo en la parte trasera del Audi, el mismo chófer, los mismos asientos de cuero, los mismos cuarenta y cinco centímetros de espacio entre ambas. Pero el silencio era distinto ahora. La calma distendida del viaje de la mañana había sido sustituida por algo comprimido, denso; el silencio de dos personas que habían estado en la misma sala toda la noche y que ahora se encontraban solas y eran tan conscientes de ello que el aire dentro del coche se sentía más pesado que el de fuera.

La Pacific Coast Highway se desenrollaba junto a ellas, con el océano oscuro a un lado y las casas iluminadas de la colina al otro. La niebla había regresado, espesa y gris, desdibujando las farolas en halos y amortiguando el sonido del motor hasta convertirlo en una mera vibración baja en los asientos. Amanda podía oler el mar a través de las rejillas de ventilación. También podía oler el perfume de Lina, esa nota cálida de cedro que había estado respirando toda la velada: en la barra, cerca de los ventanales, en el metro de distancia que las separaba cuando Amanda se había acercado para

sacar a Sebastian Aldiss de la órbita de Lina fingiendo que estaba haciendo otra cosa.

No había estado haciendo otra cosa. Lo sabía. El conocimiento se asentaba en su pecho como algo mal tragado, presionando contra sus costillas, volviendo su respiración superficial. Había cruzado un salón lleno de doscientas personas para plantarse al lado de Lina Reyes y hacer que un hombre se marchara; lo había hecho con el mismo instinto implacable que aplicaba a las negociaciones hostiles y a las adquisiciones de juntas directivas, y aquel instinto no había sido profesional.

Amanda se ajustó los puños. Miró la carretera. Miró la niebla. Miró a cualquier parte menos a la mujer sentada a escasos palmos a su izquierda, con el cabello oscuro suelto y el tirante negro de su vestido visible contra la clavícula.

—Sebastian Aldiss —dijo Amanda.

Su voz sonó uniforme, controlada, afinada en el registro exacto que utilizaba para las revisiones presupuestarias trimestrales. Lo cual estaba mal, porque aquello no era una revisión presupuestaria, y el hecho de que estuviera usando su voz de sala de juntas para hablar de un hombre al que había visto por última vez apoyado en una barra con su manga rozando el brazo de Lina no era, podía admitirlo al menos ante sí misma, algo casual.

Lina giró la cabeza. Bajo la tenue luz del coche, sus ojos castaños se veían oscuros, líquidos, captando las farolas que pasaban en destellos que hicieron que Amanda tensara la mandíbula. —¿Qué pasa con él?

—Es un contacto útil. La familia Aldiss tiene importantes participaciones de inversión en el sector del lujo. —Amanda hizo una pausa. Midió su siguiente frase con el cuidado de quien desactiva un explosivo—. He notado que habéis estado hablando un buen rato.

—Un buen rato —repitió Lina. Su voz era cálida, divertida, y no ayudaba en absoluto a Amanda a mantener la farsa de que aquella conversación era profesional—. Unos cuatro minutos. Me ha invitado a cenar.

Las manos de Amanda se quedaron quietas en su regazo. La reacción fue instantánea y total: una parálisis de cuerpo entero, de

esas que su organismo producía al recibir información para la que el resto de ella no estaba preparada. No miró a Lina. Miró a la carretera, observó cómo la niebla se tragaba las luces traseras del coche de delante y se concentró en respirar con normalidad.

—Es su prerrogativa —dijo Amanda. La frase fue plana y exangüe, y cayó en el espacio entre ambas con el peso sordo de algo sin vida. El estómago de Amanda estaba contraído. Se clavaba los dedos en las palmas con la fuerza suficiente para dejar lunas crecientes. Había visto a Sebastian Aldiss apoyado en aquella barra con su sonrisa fácil y su confianza heredada y su manga rozando el brazo de Lina, y había sentido algo recorrer su cuerpo, algo antiguo, ardiente y completamente ingobernable, y había cruzado la sala antes de que ese sentimiento tuviera nombre.

Lina guardó silencio un momento. Luego se rió; no fue esa risa cálida y genuina que Amanda oía a través de las paredes de las salas de conferencias, sino algo más breve, más agudo, con un filo que Amanda reconoció porque ella misma solía usarlo.

—Amanda.

Su nombre de pila golpeó el aire como una cerilla al encenderse. El pulso de Amanda se aceleró. Lina nunca la había llamado por su nombre. El sonido de las tres sílabas, suave en la boca de Lina, portando una calidez que el protocolo de «Srta. Sterline» había sido diseñado específicamente para evitar, provocó en el pecho de Amanda algo para lo que no tenía categoría.

—Srta. Sterline —corrigió Amanda. Pero la corrección fue hueca, automática, y ambas lo sabían.

—Amanda —repitió Lina, más bajo, y la repetición fue deliberada —. ¿Es que la Reina de Hielo se pone celosa?

Hizo la pregunta con una sonrisa. Amanda podía oírla incluso sin mirar. Era la sonrisa estratégica de Lina, esa que desarmaba antes de golpear, la que parecía cálida en la superficie pero escondía una hoja debajo.

La mandíbula de Amanda se bloqueó. El pulso le latía ahora en la garganta, con la fuerza suficiente para sentirlo contra el cuello de su vestido. El coche era demasiado pequeño. El aire era demasiado cálido. La niebla exterior se había espesado tanto que los faros solo

alcanzaban tres metros por delante, y el mundo se había contraído al interior de un vehículo que olía a cuero, a mar y al perfume de cedro de Lina, y Amanda no lograba encontrar una respuesta pulcra porque no la había.

Celos. La palabra era absurda. Amanda Sterline no sentía celos. Había sobrevivido a una traición que habría destruido a la mayoría. Había reconstruido su empresa de entre los restos de la confianza. Había pasado más de una década construyendo una vida en la que los celos eran estructuralmente imposibles, porque uno no puede tener celos de algo que se niega a desear.

—No me pongo celosa —dijo Amanda—. Los celos requieren una inversión que yo no he hecho.

—Entonces, ¿por qué viniste a la barra?

—Richard Voss me estaba preguntando por la Fase 2.

—Richard Voss estaba a seis metros de mí. Podrías haber enviado a Shane. Podrías haber señalado desde el otro lado de la sala. Cruzaste el salón, te pusiste tan cerca que podía sentir tu brazo contra el mío y hiciste desaparecer a Sebastian Aldiss en menos de treinta segundos. —La voz de Lina era firme, pausada, con el mismo rigor analítico que aportaba a las revisiones de estrategia. Estaba aplicando sus habilidades profesionales a lo que ocurría entre ellas, y lo hacía con una claridad que hizo que a Amanda se le diera un vuelco el corazón—. Eso no es una directora ejecutiva delegando una conversación. Es otra cosa.

La niebla era más densa ahora. El coche avanzaba lentamente a través de ella, con los faros cortando túneles blancos que se colapsaban tras su paso. Amanda podía oír su propia respiración. Podía oír la de Lina. El conductor estaba separado de ellas por una mampara de privacidad que se había subido en cuanto se montaron, y Amanda lo agradecía y lo detestaba a partes iguales; la mampara significaba que estaban solas, y esa soledad era lo que hacía posible esta conversación.

—Está interpretando mal la situación —dijo Amanda. Su voz era firme. Sus manos no. Las entrelazó, presionando una palma contra la otra, usando la presión para mantenerse inmóvil—. Tengo un

interés profesional en la conducta de mis empleados en los eventos de la empresa. Eso es todo.

—Entonces, mírame.

Amanda giró la cabeza.

Lina estaba cerca. Más cerca de lo que dictaba la disposición del asiento, porque se había girado; no fue un movimiento agresivo ni invasivo, sino el cuarto de vuelta de un cuerpo orientándose hacia otro. Sus ojos castaños eran firmes, directos y absolutamente carentes de la deferencia que Amanda había estado esperando durante seis semanas sin recibirla nunca. Miraba a Amanda como la había mirado al otro lado de la mesa de conferencias en su primer día: sin miedo, sin disculpas, con el valor diáfano de alguien que ha decidido que la honestidad es más importante que la seguridad.

—No estoy interpretando nada mal —dijo Lina—. Y tú tampoco.

Las palabras golpearon el pecho de Amanda y se quedaron allí, cálidas e inamovibles. Sostuvo la mirada de Lina. No podía apartarla. No podía construir la distancia profesional que había sido su estado por defecto durante más de una década, porque Lina la miraba con esos ojos castaños y decía aquello que Amanda se negaba a decirse a sí misma, y esa negativa se desmoronaba bajo el peso de una verdad que llevaba cargando desde aquel primer día en la sala de juntas.

TE VE. SIEMPRE TE HA VISTO

El silencio que siguió fue lo más ruidoso que Amanda había oído jamás. Lina no presionó. No volvió a preguntar. Se quedó en su asiento, diez centímetros más cerca de lo que estaba al principio del viaje, y dejó que el silencio hiciera lo que el silencio hace entre dos personas que han dicho algo verdadero y esperan a ver qué sucede a continuación.

El coche entró en la entrada del hotel. El aparcacoches abrió la puerta de Amanda y el aire del mar entró de golpe, con sal y niebla y el sonido distante de las olas, y el momento se rompió.



El hotel era uno de los de Amanda. No era de su propiedad, sino que lo frecuentaba. Un establecimiento boutique en Malibú donde mantenía una reserva fija para eventos que terminaban tarde, porque Amanda Sterline no conducía por la PCH a medianoche con niebla. Llevaba años alojándose allí. Conocía el peso de las puertas del vestíbulo, la temperatura del pasillo, el sonido del océano a través de las ventanas a las dos de la madrugada cuando el resto de la costa dormía. Esa familiaridad debería haberla tranquilizado. No lo hizo. El vestíbulo era pequeño, cálido, iluminado por lámparas que lo

bañaban todo en ámbar. La alfombra se sentía gruesa bajo los tacones de Amanda. El personal de recepción la reconoció y no lo demostró, esa invisibilidad entrenada de un servicio excelente.

Amanda caminó hacia el ascensor. Iba a su habitación. Iba a cerrar la puerta, servirse un vaso de agua, quedarse junto a la ventana mirando el Pacífico y respirar, sola, en una habitación donde nadie la mirara con ojos castaños diciendo *tú tampoco.*

La habitación de Lina estaba en la misma planta. Amanda lo había organizado así. Lo había hecho hacía semanas, cuando el evento aún estaba en fase de planificación y la asignación de habitaciones era mera logística; y la logística de situar a la directora ejecutiva y a su jefa de división en la misma planta había resultado práctica, eficiente y conveniente.

No volvería a organizar algo parecido.

Caminaron juntas por el corredor. El pasillo estaba vacío: luces cálidas, paredes crema, el silencio amortiguado de un edificio diseñado para la privacidad. Sus pasos entraban y salían de ritmo sobre la gruesa alfombra. Los tacones de Amanda repiqueteaban. Los de Lina no. Se había puesto calzado plano en algún momento de la noche, y la ausencia del repiqueteo hacía que su presencia resultara de algún modo más silenciosa y perceptible, como una música de fondo que cesa y te hace consciente del silencio que había estado llenando.

Amanda llegó a su puerta. Habitación 412. Los números de latón estaban pulidos con un brillo suave, el tipo de detalle que cuesta dinero y esfuerzo y comunica ambas cosas sin anunciar ninguna. Se detuvo. Sacó la tarjeta de su bolso de mano. La sostuvo en su mano y no la introdujo en la cerradura.

Podía oír el mar a través de las paredes. Olas sobre la arena, rítmicas e indiferentes, el mismo sonido que habían emitido durante milenios antes de que Amanda Sterline construyera su imperio y que emitirían durante milenios después de que este se desmoronara. El sonido no ayudó.

Lina estaba allí, a un metro detrás de ella. Amanda podía sentirla, no por la vista ni por el oído, sino por esa consciencia visceral que llevaba arrastrando seis semanas y que ya no podía

fingir que era instinto profesional. Podía sentir la presencia de Lina de la misma forma que se siente un cambio en la presión del aire antes de que llegue una tormenta.

—Buenas noches, Srta. Reyes. —La voz de Amanda salió en un registro equivocado: demasiado bajo, demasiado tenue, despojada de ese barniz de directiva que solía hacer que estas frases sonaran concluyentes. Sostenía la tarjeta y no se movía. El corredor estaba vacío. El silencio era total.

—Buenas noches, Amanda.

El nombre de pila otra vez. Suave, cálido, deliberado. Una negativa a aceptar la distancia que Amanda intentaba reconstruir.

Amanda se dio la vuelta.

Lina estaba en el pasillo con su vestido negro, con el cabello suelto y sus ojos castaños sosteniendo los de Amanda con la misma franqueza inquebrantable que llevaba seis semanas volviéndola loca. La luz del pasillo daba calidez a su piel, iluminaba los pequeños pendientes de oro que llevaba y el hueco de su garganta donde su pulso era visible: rápido, constante, a juego con el de Amanda.

—Tiene que parar —dijo Amanda. Las palabras brotaron de algún lugar por debajo de la voz de jefa, por debajo de la directora ejecutiva, por debajo de la mujer que había pasado más de una década aprendiendo a decir todo lo que pensaba sin revelar nada de lo que sentía. Estas palabras estaban desnudas. Sin armadura. Podía oír cómo sonaban: no como una directiva dando una orden, sino como una mujer al borde de algo de lo que no puede regresar, pidiendo una razón para no saltar—. De llamarme así. De mirarme así. Tiene que parar.

—¿Por qué?

—Porque soy su jefa, y esto es inapropiado, y yo no... —A Amanda se le quebró la voz. Una fractura mínima, apenas audible, pero Lina la oyó. Amanda vio que la oía, vio el ligero ensanchamiento de sus ojos, el sutil movimiento de sus labios, la toma de aliento que decía que reconocía el sonido de un muro al romperse y que elegía no apartar la mirada—. Yo no hago estas cosas.

—Lo sé —dijo Lina—. Sé que no lo haces. —Su voz era suave, segura, llena de una ternura contra la que Amanda no tenía defensas, porque nunca había construido defensas contra la ternura, solo contra la crueldad, solo contra la traición, solo contra las armas específicas que Catherine había usado. La ternura no figuraba en su manual. La ternura era un vector de aproximación que Amanda nunca había fortificado, y Lina lo estaba atravesando sin rodeos.

Un metro entre ellas. Setenta centímetros. Amanda no fue consciente de acortar la distancia. Su cuerpo se movía como se mueve en una crisis, por instinto, más allá del alcance de los protocolos que había erigido para evitar precisamente esto. Una mano aún sostenía la tarjeta. La otra estaba a su costado, y de repente estaba en la mandíbula de Lina; su palma sentía la piel cálida, el aroma a cedro lo inundaba todo y los ojos de Lina estaban allí, castaños y firmes y cerca, tan cerca, y Amanda la besó.

No fue un beso suave. No fue controlado. Fue el tipo de beso que ocurre cuando más de una década de disciplina colapsa en un solo pasillo; el peso acumulado de cada impulso reprimido, de cada atracción negada y de cada reconocimiento rechazado estrellándose contra una boca que era cálida y suave y que le devolvía el beso. La mano de Amanda estaba en la mandíbula de Lina; la otra había soltado la tarjeta y aferraba la tela en la cadera de Lina, atrayéndola hacia sí, y Lina emitió un sonido contra su boca que era a la vez sorpresa y reconocimiento y puro deseo, y ese sonido deshizo algo en el pecho de Amanda que ella misma llevaba años sellando bajo llave.

Amanda se apartó. Respiraba con dificultad. Su mano seguía en la mandíbula de Lina. Los ojos de Lina estaban oscuros, muy abiertos, sus labios entreabiertos, su aliento acelerado. El corredor estaba en silencio a su alrededor, vacío y cálido y bañado en ámbar, y el corazón de Amanda latía tan fuerte que podía sentirlo en las yemas de sus dedos.

—No debería haber... —comenzó Amanda.

La mano de Lina subió y se cerró alrededor de la muñeca de Amanda. Sin tirar. Sin empujar. Sosteniéndola. Miró a Amanda con

una expresión tierna, feroz y totalmente desprovista de miedo, y dijo: —No se te ocurra pedir perdón por eso.

Entonces atrajo a Amanda hacia sí y volvió a besarla.

Este beso fue distinto, más lento y profundo. La boca de Lina se movía contra la de Amanda con una deliberación que igualaba el propio control de esta, pero sin perder nada de calidez. Besaba como argumentaba: de forma minuciosa y sin prisas, dándole a Amanda tiempo para sentir cada punto de contacto. Su mano se deslizó desde la muñeca de Amanda hasta su nuca, entrelazando los dedos en el cabello, y el contacto envió una corriente por el cuerpo de Amanda que no pudo suprimir y que no intentó evitar.

La espalda de Amanda golpeó la puerta del hotel. El cuerpo de Lina estaba presionado contra el suyo, cálido y firme, el perfume de cedro mezclándose con el aire salino y el olor a ropa limpia del hotel. Las manos de Amanda estaban en la cintura de Lina, aferrando la tela, y podía sentir el latido del corazón de Lina contra su propio pecho, rápido y fuerte; esa sincronía, dos corazones latiendo demasiado deprisa en un pasillo vacío, fue lo más íntimo que Amanda había experimentado en más de diez años.

Lina se separó un poco. Su frente descansaba contra la de Amanda. Su aliento era cálido en los labios de Amanda. Sus ojos castaños estaban abiertos, tan cerca que Amanda podía ver las motas de ámbar en ellos que llevaba seis semanas intentando no notar.

—Tu tarjeta —susurró Lina—. Se te ha caído.

Amanda miró hacia abajo. La tarjeta estaba sobre la alfombra, junto a su zapato izquierdo, blanca contra el tejido oscuro. Volvió a mirar a Lina, y la mujer que le devolvía la mirada estaba sonrojada, agitada, preciosa y no pensaba irse a ninguna parte. Su mano seguía en la nuca de Amanda. Su pulgar trazaba pequeños círculos contra la piel de Amanda, y cada círculo enviaba un estremecimiento por su columna que no podía controlar y que no quería controlar.

—Lo sé —dijo Amanda.

Ninguna de las dos hizo amago de recogerla.

9

LINA

Lina recogió la tarjeta-llave.

La levantó de la moqueta, junto al zapato izquierdo de Amanda, y al incorporarse quedó cerca, más cerca de lo que el pasillo permitía, más cerca de lo que el profesionalismo autorizaba; tan cerca que podía sentir el calor que emanaba el cuerpo de Amanda a través del vestido negro y ver el pulso acelerado en la base de su garganta. Los ojos grises de Amanda estaban muy abiertos, más oscuros de lo que Lina los había visto nunca, despojados de esa compostura de sala de juntas que normalmente los hacía indescifrables. Ahora eran legibles. Decían lo mismo que decía el cuerpo de Lina, lo mismo que había dicho el beso, lo mismo hacia lo que toda la velada se había encaminado desde que Amanda cruzó un salón lleno de doscientas personas para plantarse junto a ella en una barra y hacer desaparecer a un hombre.

Lina sostuvo la tarjeta en alto.—¿Tu habitación o la mía?

Amanda se quedó inmóvil. Lina lo vio: la rápida expansión de su pecho, el tensar de su mandíbula, la batalla que libraba tras esos ojos grises la mujer que llevaba más de una década construyendo muros contra la mujer que acababa de besar a Lina Reyes en el pasillo de un hotel y no había sido capaz de parar.

—Esto es un error —dijo Amanda. Su voz era ronca, baja, despojada de cualquier barniz profesional.

—Probablemente —Lina tomó la mano de Amanda. Sus dedos estaban fríos. Se cerraron sobre los de Lina de inmediato, con fuerza, como si su cuerpo hubiera tomado la decisión antes de que su mente pudiera alcanzarlo—. La mía está más cerca.

Guió a Amanda hacia el ascensor. Las puertas se abrieron al instante: vacío, paredes de latón, luz cálida. Entraron y Lina pulsó el botón de la cuarta planta; entonces la boca de Amanda volvió a estar sobre la suya, con más fuerza que antes, con ambas manos en el rostro de Lina, besándola con una desesperación que sabía a vino, a aire salino y al peso acumulado de semanas de no hacer esto.

La espalda de Lina chocó contra la pared del ascensor. El cuerpo de Amanda se presionó contra ella, cálido y fuerte, y las manos de Lina encontraron la cintura de Amanda a través de la fina tela del vestido negro. Podía sentir el músculo debajo. El cuerpo de Amanda estaba tenso, controlado incluso ahora, manteniendo a Lina contra la pared con una fuerza que era deliberada más que agresiva. Amanda besaba como discutía: a fondo, con precisión, sin dejar lugar a la ambigüedad. Su boca se movió de los labios de Lina a su mandíbula, a la suave piel bajo su oreja, y Lina emitió un sonido que resonó en el pequeño espacio de latón y provocó que las manos de Amanda se apretaran contra su cara.

Las puertas se abrieron. Cuarta planta. Pasillo vacío. Lina sacó a Amanda del ascensor tirando de su mano y caminaron rápido, sin llegar a correr, con el paso urgente de dos personas que han tomado una decisión y avanzan hacia ella antes de que la razón pueda intervenir. La habitación de Lina era la 407. Sacó la tarjeta de su bolso de mano, falló la ranura al primer intento porque le temblaban las manos, acertó al segundo.

La puerta se abrió. La habitación estaba a oscuras, iluminada solo por el resplandor blanco azulado del océano a través de los ventanales del balcón. Lina entró y tiró de Amanda tras ella; la puerta se cerró con un clic pesado y se quedaron solas.

Durante un momento permanecieron en la penumbra de la habitación mirándose. La luz de la luna a través de las ventanas

volvía plateada a Amanda: sus ojos grises, la piel pálida de sus clavículas, la caída oscura de su pelo contra la tela todavía más oscura del vestido. Parecía un ser mitológico. Algo poderoso e incierto, de pie en el umbral entre lo que había sido y lo que estaba a punto de ser.

—Dime que pare —dijo Amanda. Su voz apenas superaba el susurro—. Dime que pare y saldré de esta habitación y nunca más volveremos a hablar de esto.

Lina dio un paso adelante. Puso sus manos sobre los hombros de Amanda, sintió los finos huesos bajo la tela, el calor de la piel a través de la seda. Alzó la vista hacia esos ojos grises y vio todo lo que Amanda intentaba ocultar: deseo, miedo, la vulnerabilidad pura de una mujer que no había dejado que nadie se acercara tanto en más de una década y que estaba aterrorizada por lo que significaba estar dejando entrar a Lina.

—No voy a decirte que pares —dijo Lina.

El aire escapó de Amanda de golpe, una mezcla de alivio, rendición y algo que sonó como una herida abriéndose; entonces sus manos se posaron sobre Lina, decididas y seguras. Giró a Lina y la presionó contra la pared junto a la puerta, con una mano plana contra el muro sobre el hombro de Lina y la otra en su cadera, manteniéndola en su sitio con una firmeza controlada que envió una oleada de calor por el cuerpo de Lina. La boca de Amanda estaba en su cuello, y Lina echó la cabeza hacia atrás y se dejó hacer, dejando que los sonidos salieran sin filtros, porque la boca de Amanda era cálida y concienzuda, y el contraste entre la mujer fría y compuesta que dirigía salas de juntas y la mujer que presionaba a Lina contra una pared con los dientes en su pulso resultaba embriagador.

—Me has estado volviendo loca —murmuró Amanda contra la garganta de Lina—. Seis semanas. Cada reunión. Cada pasillo. Cada vez que me sonreías y yo tenía que fingir que no deseaba esto.

Lina respiraba agitada. Buscó detrás de Amanda y encontró la cremallera del vestido negro. —Entonces deja de fingir.

Amanda se apartó lo justo para mirar a Lina con una expresión hambrienta, tierna y completamente nueva, un rostro que Lina jamás había visto en ninguna junta, ninguna reunión, ningún perfil

de Forbes. Ese era el rostro que había debajo. El real. El que los muros habían sido construidos para ocultar.

Entonces Amanda volvió a besarla y el mundo se redujo a ellas dos.

El vestido cayó. Primero el de Amanda; las manos de Lina deslizaron la cremallera por la larga línea de su columna, y la tela resbaló para revelar una piel cálida y tersa, perfumada con el jazmín que Lina llevaba semanas respirando a través de las mesas de conferencias. El cuerpo de Amanda era esbelto, fuerte, el tipo de cuerpo que nace de la disciplina más que de la vanidad. Lina deslizó las palmas por los costados desnudos de Amanda y sintió el escalofrío que la recorrió, y ese temblor desbarató algo en Lina: el saber que Amanda Sterline, que no flaqueaba, que no cedía, que dominaba salas enteras por pura fuerza de compostura, estaba temblando bajo su tacto.

Después cayó el vestido de Lina. Amanda se lo quitó con la misma atención focalizada que ponía en todo: encontrando el cierre, soltándolo, deslizando la tela por los hombros y las caderas de Lina con manos firmes y seguras. Lina salió del vestido amontonado a sus pies y se quedó bajo la luz de la luna en ropa interior, y Amanda la miró con una intensidad que hizo que a Lina le ardiera la piel.

—Eres... —comenzó Amanda, y se le quebró la voz. Apoyó la frente contra la de Lina y respiró, con las manos en la cintura desnuda de Lina, y esta podía sentir el temblor que recorría esas manos, fino, involuntario, el temblor de una mujer que se aferra al control por el hilo más delgado posible.

Lina cubrió las manos de Amanda con las suyas. —Te tengo.

Las palabras rompieron algo. El control de Amanda no estalló; se disolvió, como se disuelve el hielo en agua tibia, sin hacerse añicos pero liberándose, y lo que surgió fue una mujer que llevaba deseando esto mucho más de seis semanas y que había terminado de negárselo a sí misma.

Amanda guió a Lina de espaldas hacia la cama. La parte posterior de las rodillas de Lina chocó contra el colchón y se dejó caer, y Amanda la siguió, sosteniéndose sobre Lina con los antebrazos, con el pelo cayendo alrededor de ambas como una

cortina. Besó a Lina de forma profunda y lenta, tomándose su tiempo ahora, y sus manos se movieron con una autoridad a la que Lina se entregó de buen grado, no por una sumisión nacida de la desigualdad, sino por el tipo de confianza que surge al reconocer que alguien es muy, muy bueno en esto y quieres dejar que te lo demuestre.

La boca de Amanda bajó por la garganta de Lina, cruzó su clavícula, descendió más. Besó el espacio entre los pechos de Lina con una ternura que hizo que a Lina le doliera el pecho, luego tomó un pezón en su boca, y la sensación fue aguda y dulce e hizo que Lina se arqueara sobre la cama. Amanda mantuvo sus caderas sujetas con una mano, firme, segura, un mandato silencioso que decía *te tengo, déjame*, y Lina obedeció a la presión porque obedecer se sentía bien, se sentía correcto, se sentía como la conclusión natural de semanas de cruzar miradas con Amanda en mesas, pasillos y azoteas.

—Quédate quieta —dijo Amanda contra su piel, y el aliento de Lina se entrecortó ante la orden baja de su voz.

Se quedó quieta. Amanda la recompensó con su boca, bajando más, presionando besos con la boca abierta en las costillas de Lina, en su estómago, en la curva de su cadera. Enganchó sus dedos en la cinturilla de la ropa interior de Lina y la bajó despacio, mirando a Lina a la cara mientras lo hacía, y el contacto visual fue más íntimo que cualquier caricia. Amanda mirándola con esos ojos grises llenos de deseo y asombro y la feroz concentración de alguien que pretendía ser minucioso.

Cuando la boca de Amanda llegó finalmente a donde Lina la necesitaba, el sonido que hizo Lina fue fuerte y crudo, y resonó en las paredes de la habitación del hotel. Las manos de Amanda mantenían sus muslos separados, firmes y cálidos, y su lengua se movía con la misma devastadora minuciosidad que aplicaba a todo: estratégica, receptiva, avanzando hacia una conclusión que ya tenía trazada. Encontró el ritmo de Lina y se acopló a él, luego lo cambió, tomando el control de la cadencia con una confianza que hizo que las manos de Lina se cerraran en puños sobre las sábanas.

—Por favor —jadeó Lina. La palabra salió rota, desesperada, la primera vez que le pedía algo a Amanda Sterline sin una estrategia detrás.

Amanda levantó la cabeza lo justo para mirar a Lina en la oscuridad. Sus labios estaban húmedos. Sus ojos eran puro fuego. —¿Por favor, qué?

—No pares.

Amanda no paró. Deslizó dos dedos profundamente dentro de Lina, curvándolos hacia adelante, y su boca volvió a su labor, y la sensación dual estalló en el cuerpo de Lina con una fuerza que hizo que su espalda se curvara separándose del colchón. La mano libre de Amanda presionaba plana contra el estómago de Lina, sosteniéndola, anclándola, y Lina podía sentir el orgasmo creciendo como una ola: la presión, la intensidad acumulada, el punto en el que el cuerpo deja de escuchar a la mente y funciona con puro voltaje. Amanda la penetró con fuerza, rápido, dándole exactamente lo que su cuerpo anhelaba.

Lina llegó al clímax con el nombre de Amanda en los labios, no "Sra. Sterline", ni la distancia profesional que habían mantenido durante seis semanas, sino *Amanda*, tres sílabas pronunciadas en la oscuridad de una habitación de hotel en Malibú mientras el océano rompía fuera y la mujer entre sus piernas la sostenía con manos firmes y una boca que se suavizaba sin detenerse.

Lina flotaba. El techo era blanco sobre ella, borroso por unas lágrimas que no esperaba. Amanda subió por su cuerpo y la besó, suave y lento, y Lina pudo saborearse a sí misma en los labios de Amanda; la intimidad de aquello resultó abrumadora.

—Ven aquí —dijo Lina, atrayendo a Amanda, girándolas hasta que Amanda quedó debajo de ella. Los ojos de Amanda se agrandaron, por sorpresa, no por resistencia, y Lina besó el hueco de su garganta donde su pulso martilleaba—. Déjame a mí.

—Lina... —La voz de Amanda era fina, incierta, la voz de alguien en terreno desconocido.

—Déjame —repitió Lina, y su mano se deslizó por el cuerpo de Amanda, despacio, dándole tiempo a detenerla, a reconstruir el

muro, a decir *esto no debe volver a ocurrir jamás* con su voz de sala de juntas antes de que pudiera ir más lejos.

Amanda no la detuvo. Amanda cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó que la mano de Lina se moviera entre sus muslos; el sonido que emitió cuando Lina la tocó fue el más vulnerable que Lina había escuchado jamás de otra persona: una pequeña exhalación ahogada que contenía más necesidad de la que Amanda había mostrado al mundo entero en quince años. Deslizó los dedos por sus pliegues húmedos y se mordió el labio mientras el calor de Amanda en su mano le hacía estremecer la piel.

Lina la tocaba despacio, leyendo cada respuesta, aprendiendo qué hacía que el aliento de Amanda se entrecortara, qué hacía que se aferrara a las sábanas y qué hacía que se presionara contra la mano de Lina con una necesidad que sorteaba todas sus defensas. Amanda estaba húmeda, cálida y receptiva de una manera que le rompía el corazón a Lina, no porque fuera algo nuevo, sino porque claramente era inusual esa rendición, esa disposición a ser tocada, vista y desarmada. La deseaba muchísimo. La penetró con absoluta entrega.

—Mírame —susurró Lina. Amanda abrió los ojos. Grises, luminosos bajo la luna, llenos de algo que se parecía aterradoramente a la confianza. Lina sostuvo su mirada y la acarició, constante e insistente, observando cómo la compostura de Amanda se deshacía hilo a hilo.

Amanda llegó al orgasmo en silencio. Un aliento contenido, un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, su mano encontrando la muñeca de Lina y apretándola con la fuerza suficiente para dejar marcas, con sus ojos grises clavados en los de Lina todo el tiempo. Fue el momento de mayor exposición de Amanda en presencia de Lina, y Lina guardó ese instante como quien sostiene algo frágil, con ambas manos, con delicadeza, comprendiendo el peso de lo que se le había entregado.

Se quedaron tumbadas juntas en la habitación iluminada por la luna. El océano se oía a través de las ventanas, las olas rompiendo en la orilla en intervalos lentos y regulares, indiferentes a todo lo que ocurría en la habitación 407. La cabeza de Amanda estaba en el

hombro de Lina. Los dedos de Lina trazaban patrones lentos en el brazo desnudo de Amanda. El cuarto olía a sexo, a aire salino, a cedro y jazmín; sus perfumes mezclados sobre la piel compartida.

Durante diez minutos, simplemente respiraron. Lina podía sentir el ritmo cardíaco de Amanda ralentizándose contra su propio pecho, el regreso gradual de dondequiera que hubieran ido juntas. La mano de Amanda descansaba sobre el estómago de Lina, con la palma plana y los dedos ligeramente curvados; el gesto era tan desprotegido que a Lina se le cerró la garganta.

Entonces Amanda se incorporó.

El movimiento fue fluido, sin prisas y totalmente deliberado. Sacó las piernas de la cama y buscó su vestido con la calma de alguien que ha decidido que los últimos cuarenta y cinco minutos han terminado y que la siguiente fase ha comenzado.

Lina la observó. No habló. Vio cómo Amanda se ponía el vestido negro, se subía la cremallera por la espalda con una flexibilidad que delataba años de vestirse sola, y se alisaba el pelo con ambas manos. Vio cómo Amanda volvía a convertirse en Amanda Sterline, el reensamblaje ocurriendo en tiempo real, capa por capa, la compostura regresando como una marea.

Amanda se giró. Estaba de pie a los pies de la cama, completamente vestida, con los zapatos en una mano. Su expresión estaba sellada. Los ojos grises que habían estado luminosos diez minutos antes volvían a ser fríos: controlados, profesionales, con la temperatura de una sala de juntas a las siete de la mañana.

—Esto no puede volver a ocurrir —dijo Amanda. Su voz era firme, comedida, en el tono exacto que utilizaba para las revisiones trimestrales de presupuesto y las reestructuraciones de la junta y cualquier otra decisión que anunciara como definitiva—. Lo que ha pasado esta noche ha sido un error de juicio del que asumo toda la responsabilidad. No se repetirá.

Las palabras cayeron en la habitación y se quedaron allí, frías y clínicas sobre las sábanas cálidas. Lina miró a Amanda de pie bajo la luna, con los zapatos en la mano y sus muros completamente reconstruidos, y sintió un dolor enorme en el pecho; no era ira, ni herida, sino la profunda y lacerante tristeza de ver a alguien a quien

acababa de tener en sus brazos elegir la soledad antes que arriesgarse a ser conocida.

—De acuerdo —dijo Lina.

Amanda parpadeó. Había esperado una discusión. Lina podía verlo: el ligero entrecerrar de los ojos, el ajuste en la postura, la disposición para una pelea que no iba a suceder. Amanda se había preparado para la resistencia, porque la resistencia era lo que ella entendía. El asentimiento no estaba en su guion.

—He dicho que de acuerdo —repitió Lina. Se subió la sábana hasta los hombros y miró a Amanda con ojos firmes—. Necesitas que esto sea un error ahora mismo, así que es un error. No voy a discutir contigo sobre lo que acaba de pasar entre nosotras. Tú estabas allí. Sabes lo que ha sido.

La mandíbula de Amanda se tensó. Los zapatos en su mano temblaron, una vibración tan pequeña que la mayoría de la gente la habría pasado por alto. Lina no lo hizo.

—Buenas noches, Srta. Reyes.

—Buenas noches, Amanda.

El nombre fue deliberado. La suavidad en la voz de Lina fue deliberada. La negativa a aceptar el protocolo de "Srta. Reyes" aquí, ahora, en una habitación que aún olía a ellas; eso también fue deliberado.

Amanda caminó hacia la puerta. La abrió. Se quedó en el umbral un momento, a contraluz por la iluminación del pasillo, y Lina vio la más mínima vacilación, un aliento contenido, un giro fraccional de los hombros, como si Amanda estuviera considerando mirar atrás y lo hubiera descartado en ese mismo instante.

La puerta se cerró.

Lina se quedó tumbada en la oscuridad de la habitación del hotel y escuchó los pasos de Amanda alejándose por el pasillo hasta que el silencio fue total. El océano seguía oyéndose. Las sábanas seguían calientes en el lado de Amanda. Lina presionó la palma de la mano contra el lugar donde Amanda había estado tumbada y sintió el calor que ya se desvanecía; la pérdida de ese calor, el enfriamiento gradual de una calidez que no se había ganado el derecho de conservar, se asentó en su pecho como una piedra.

Tú estabas allí. Sabes lo que ha sido.

Lina cerró los ojos. No lloró. Hundió la cara en la almohada que olía al champú de Amanda, a su propio perfume y a la química mezclada de dos cuerpos que se habían encontrado para luego ser separados por una mujer demasiado asustada para aferrarse.

Fuera, el Pacífico continuaba. Olas rompiendo. La marea subiendo. El océano indiferente haciendo lo que siempre había hecho, mientras dos mujeres en un hotel de Malibú yacían en habitaciones separadas e intentaban convencerse de que lo que acababa de suceder podía deshacerse.

No podía.

10

AMANDA

Amanda corrió once kilómetros antes de que saliera el sol.

La PCH estaba desierta a las cinco y cuarto de la mañana: solo asfalto, niebla y la tenue línea gris del océano a su izquierda. Sus zapatillas de correr golpeaban el pavimento con un ritmo que había perfeccionado durante quince años: medido, eficiente, el paso de una mujer que no corría por placer, sino por la misma razón por la que hacía todo lo demás. Control. El cuerpo obedecía a la mente. La mente marcaba el ritmo. El ritmo no cambiaba independientemente de lo que sintiera el cuerpo, y en ese momento el cuerpo de Amanda se sentía como un edificio que alguien hubiera reorganizado de la noche a la mañana mientras ella estaba dentro.

Le ardían las piernas. Le ardían los pulmones. La niebla estaba fría contra su piel y el aire salino le escocía por dentro de la nariz; el rítmico bofetón de sus zapatillas contra el pavimento mojado era el único sonido en casi un kilómetro a la redonda. Corría sin música. Siempre había corrido sin música. La música era algo que entraba en tu cabeza y alteraba lo que había allí, y Amanda prefería gestionar su propio interior sin ayuda.

TE HAS ACOSTADO CON ELLA

El pensamiento llegó en el tercer kilómetro y se quedó. No se desvaneció con la niebla. No disminuyó con la distancia. Se instaló en el pecho de Amanda como un puño y apretaba cada vez que ella respiraba.

Se había acostado con Lina Reyes. En una habitación de hotel en Malibú, con el rumor del océano colándose por las ventanas y la luz de la luna volviéndolo todo plateado. La había besado en un pasillo del hotel con la desesperación de alguien cuya disciplina llevaba seis semanas bajo mínimos, y luego había seguido a Lina hasta una habitación y se había quitado el vestido con unas manos que esperaba que estuvieran firmes y que, en cambio, resultaron estar temblorosas; y había tocado a una mujer a su cargo con una ternura que había traicionado cada regla sobre la que Amanda había construido su vida adulta.

La ternura era lo peor. El sexo podía racionalizarlo. Los cuerpos eran mecanismos simples: estímulo, respuesta, liberación. Podía archivar el sexo en la misma categoría que cualquier otro apetito físico: reconocido, gestionado, concluido. Pero la ternura. La forma en que había apoyado la cabeza en el hombro de Lina después, el modo en que los dedos de Lina habían trazado dibujos en su brazo y Amanda lo había permitido, la forma en que Amanda había

presionado la palma de la mano contra el vientre de Lina y había sentido, durante diez minutos en una habitación a oscuras, algo que no sentía desde Catherine: seguridad.

Esa era la palabra. Seguridad. Habitaba en la memoria de Amanda como una bomba que ya había detonado, y el radio de la explosión lo alcanzaba todo.

Corrió con más fuerza. Quinto kilómetro. Sexto kilómetro. La niebla se estaba levantando y el océano pasaba del gris al azul, y el sol era un disco pálido tras la capa marina. Un corredor la adelantó en dirección contraria, un hombre de unos cuarenta años, con auriculares puestos y la expresión ausente de alguien sumergido en un podcast; no la miró dos veces. Amanda le envidiaba esa falta de expresión. Envidiaba a cualquiera que pudiera correr por una carretera costera un sábado por la mañana sin el recuerdo de la boca de otra mujer en su garganta y el sonido de su propio nombre pronunciado en la oscuridad como una oración.

Octavo kilómetro. Su ritmo cardíaco subía, le ardían las pantorrillas y las endorfinas hacían su trabajo, inundando su sistema con algo parecido a la calma pero que no lo era, porque bajo el alivio químico su mente seguía dándole vueltas a la misma verdad: se había sentido segura en brazos de Lina Reyes, y esa seguridad la había aterrorizado más que el sexo.

En el octavo kilómetro se detuvo ante un banco con vistas al océano, se sentó, sacó el móvil de la funda del brazo y abrió la aplicación de Notas.

Escribió una lista.

Razones por las que esto no puede continuar:
1. Es mi empleada. El desequilibrio de poder es irreconciliable. Cualquier relación estaría sujeta a cuestionamientos legítimos sobre coacción, favoritismo e integridad profesional.
2. Tiene veintisiete años. La diferencia de edad crea una asimetría inherente de experiencia y perspectiva. Lo que ella

siente ahora puede no sobrevivir a la realidad de quién soy yo cuando la novedad se desvanezca.

3. La última persona a la que permití acercarse tanto usó cada vulnerabilidad que mostré como moneda de cambio durante una adquisición hostil. No puedo verificar que las intenciones de Lina sean distintas, independientemente de cómo se sientan. La confianza no es una prueba. Sentirse segura no es seguridad.

4. Mi empresa cotiza en bolsa. Mi reputación es la reputación de la empresa. Una relación con una subordinada sería utilizada como arma por la junta directiva, la prensa y cada competidor que ha estado esperando a que cometa un error que puedan aprovechar.

5. He pasado más de una década construyendo una vida que no requiere a otra persona. He tenido éxito. No estoy dispuesta a desmantelar ese éxito por un sentimiento en el que no confío y que no puedo controlar.

Amanda leyó la lista. La leyó dos veces. Cada punto era válido. Cada punto estaba respaldado por pruebas, experiencias y la sabiduría duramente ganada que da el haberse equivocado catastróficamente con una persona y negarse a volver a equivocarse.

La lista era hermética, lógica y completa.

Se sentía hueca.

Amanda se quedó mirando el océano. Las olas iban creciendo, la marejada de la mañana llegaba del noroeste, paredes de casi dos metros que rompían limpias y blancas contra la orilla. Las vio formarse, colapsar y formarse de nuevo, y pensó en la voz de Lina en la oscuridad diciendo —No voy a decirte que pares— con una certeza que no tenía nada que ver con la imprudencia y mucho con el valor desnudo de alguien que ha decidido que la honestidad importa más que la seguridad.

Cerró la aplicación de Notas. Se quedó mirando el océano. Un pelícano se zambulló, un picado vertical y afilado desde diez metros

de altura, desapareciendo en una ola y emergiendo tres segundos después con algo plateado en el pico. El pájaro no dudó. No sopesó las probabilidades. No elaboró una lista de razones para no lanzarse. Vio lo que quería y se movió.

Amanda se levantó del banco. Corrió los tres kilómetros de vuelta al hotel con la mandíbula apretada y un ritmo agresivo, más rápido que sus habituales cuatro minutos y medio por kilómetro, castigando el pavimento con la energía concentrada de una mujer que no iba a dejarse comparar con un pelícano. Se duchó, se puso la ropa que había traído, pantalones grises, blusa blanca, volviendo a ponerse la armadura pieza por pieza, y dejó la habitación con la compostura totalmente recuperada, habiendo tomado ya todas las decisiones.



Amanda encontró a Lina en el vestíbulo del hotel a las ocho y cuarto.

Estaba sentada en uno de los sillones de cuero cerca del ventanal, con un café en la mano y la bolsa de viaje a sus pies. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca, y esa falta de formalidad, los brazos al aire, el pelo aún húmedo de la ducha, la ausencia de la armadura profesional que ambas llevaban en la oficina, hizo que a Amanda se le cortara la respiración de una forma que no se permitía y que no pudo evitar.

Lina levantó la vista. Sus ojos castaños se encontraron con los de Amanda al otro lado del vestíbulo, y la expresión que había en ellos era firme, cálida y desgarradoramente carente de sorpresa. Había sabido que Amanda haría esto. Lo había sabido cuando dijo —está bien— anoche, cuando dejó que Amanda se marchara sin discutir, cuando eligió no pelear porque comprendía, con la misma claridad que aplicaba a la estrategia de marca y al análisis de la competencia, que Amanda necesitaba creer que esta era su decisión.

Amanda se sentó en el sillón de enfrente. El vestíbulo estaba tranquilo. Una mañana de fin de semana, con la mayoría de los huéspedes aún durmiendo. La luz del sol entraba por los ventanales y caía sobre el suelo de mármol en largos rectángulos amarillos. Un

empleado tras la recepción tecleaba suavemente. La máquina de café en la esquina siseó.

—Lo de anoche fue un error —dijo Amanda. Su voz era la voz de la junta directiva: nivelada, profesional, diseñada para salas de conferencias y negociaciones de contratos y cualquier otro escenario donde la emoción fuera un lastre—. Asumo la responsabilidad. Yo inicié el contacto y no debería haberlo hecho. No se repetirá.

Pronunció las palabras como quien presenta los objetivos trimestrales ante la junta: sin inflexión, sin vacilación, con el desapego aséptico de alguien que lee un guion memorizado y en el que cree. La lista de su teléfono tenía cinco puntos. Podría haberlos recitado todos. Prefirió el resumen.

—Nuestra relación profesional es importante para mí —continuó Amanda—. El trabajo que está haciendo con Élévation es excepcional y no permitiré que un desliz personal lo ponga en peligro. Espero que podamos seguir adelante bajo el entendimiento de que lo de anoche fue un incidente aislado.

Incidente aislado. La frase sonó aún más clínica en voz alta de lo que había sonado en su cabeza. Amanda escuchó cómo aterrizaba entre ambas y quiso retirarla, que fue precisamente por lo que no lo hizo.

Lina dejó el café en la mesa auxiliar. Cruzó las piernas. Miró a Amanda con una expresión suave y directa, que no contenía ni rastro de la deferencia que Amanda esperaba, ni del dolor para el que se había preparado, ni de la ira que habría sabido manejar.

—Te escucho —dijo Lina. Su voz era pausada. Firme. Cálida de una manera que hacía que a Amanda le dolieran las costillas. Sostenía la taza de café con ambas manos, los dedos la rodeaban sin apretar, y Amanda pudo ver las pequeñas marcas en forma de media luna en la muñeca de Lina donde su propio agarre había sido demasiado fuerte anoche durante... No. No iba a pensar en eso. Aquí no. No en el vestíbulo de un hotel con luz matinal y suelos de mármol y un empleado que claramente no parecía escuchar, pero que lo hacía por completo—. Y respeto que necesites decir esto.

—No se trata de lo que yo necesite decir. Se trata de lo que es apropiado.

—Se trata de ambas cosas —dijo Lina—. Y no voy a discutir contigo sobre cuál de las dos importa más, porque creo que ya lo sabes. —Hizo una pausa. El sol iluminó su pelo húmedo, convirtiéndolo de marrón oscuro en algo con destellos cobrizos—. Pero quiero que escuches algo.

Amanda tenía las manos entrelazadas en el regazo, apretándolas la una contra la otra con una fuerza que dejaría marca. Podía sentir su propio pulso en las palmas. Detrás de ella, la puerta de cristal del vestíbulo se abría y cerraba al paso de los huéspedes, dejando entrar el sonido del océano, una breve ráfaga de aire salino y el estallido de las olas que hizo que a Amanda se le erizara la piel con el recuerdo de los sonidos del mar a través de la ventana de una habitación de hotel, la voz de Lina en la oscuridad, la forma en que su propio nombre había sonado en boca de Lina.

—No voy a fingir que lo de anoche no pasó. —La voz de Lina era firme, cada palabra colocada con el mismo cuidado que ponía en las presentaciones de estrategia—. No voy a llamarlo error, ni incidente aislado, ni desliz, porque no fue eso y las dos lo sabemos. Puedes construir el marco que necesites para sobrevivir a la próxima reunión, y yo respetaré ese marco, porque entiendo lo que te cuesta tener esta conversación. Pero no voy a mentir sobre lo que ocurrió entre nosotras para que te resulte más fácil mantener tu protocolo.

Las palabras se asentaron en el pecho de Amanda. Eran cálidas, directas, ofrecidas sin ira ni reproche, y fueron lo más devastador que nadie le había dicho a Amanda en más de una década, porque Lina no estaba peleando. No estaba discutiendo. Simplemente estaba diciendo la verdad, y la verdad era que Amanda podía llamar a lo de anoche como quisiera, y Lina se lo permitiría, pero Lina no participaría en la ficción.

Amanda tenía la mandíbula tensa. Le escocían los ojos. No eran lágrimas, nunca eran lágrimas, aquí no. Pero era el precursor, la presión tras la compostura que indicaba que dicha compostura estaba costando más de lo habitual.

—Eso es... —comenzó Amanda, y su voz no fue tan firme como necesitaba.

—Eso es todo lo que quería decir. —Lina se levantó. Recogió su café, su bolsa, y miró a Amanda con unos ojos castaños que no contenían ni acusación ni rendición—. Nos vemos el lunes, Sra. Sterline. El informe de la Fase 2 estará en su mesa a las ocho.

Salió del vestíbulo. Sus zapatillas blancas apenas sonaban sobre el mármol. La puerta del vestíbulo se abrió y la luz de la mañana lo inundó todo, brillante y cálida, y por un momento Lina se recortó en ella, pelo oscuro, hombros rectos, la bolsa al hombro y el café en la otra mano; luego la puerta se cerró y ella se fue.

Amanda se quedó sentada en el sillón de cuero y miró hacia la puerta por donde Lina se había ido. El sol seguía entrando por los ventanales. La máquina de café seguía siseando. Una pareja cruzó el vestíbulo de la mano, riendo por algo, irradiando la energía relajada de quienes se han despertado el uno junto al otro y están felices por ello. Amanda los vio pasar y sintió algo que no sabía identificar y todo aquello a lo que se negaba a poner nombre. El vestíbulo seguía tranquilo. La cafetera seguía siseando. La luz del sol seguía cayendo sobre el suelo en rectángulos que se movían imperceptiblemente mientras la tierra giraba, y Amanda se sentó en uno de esos rectángulos, sintió su calor en las manos y pensó en Lina Reyes alejándose de ella con una elegancia que Amanda reconoció como algo que ella misma nunca había dominado: la capacidad de ser honesta sin ser cruel.

No ha peleado contigo. No te ha dado la razón. Simplemente te ha dicho la verdad y se ha ido.

Amanda sacó el móvil. Abrió la aplicación de Notas. Leyó la lista de cinco razones. Cada una seguía siendo válida. Cada una seguía siendo lógica. Cada una seguía respaldada por las pruebas, la experiencia y la sabiduría llena de cicatrices de una mujer que se había quemado tan gravemente que aún podía sentir las marcas.

Y ninguna de ellas, ni una sola, abordaba el hecho de que Lina Reyes era la única persona en la vida de Amanda que la miraba a los ojos, desafiaba su autoridad, la llamaba Amanda en lugar de Sra.

Sterline y no se achantaba cuando Amanda arremetía. No porque no sintiera el golpe. Sino porque lo sentía, lo absorbía y elegía quedarse de todos modos.

Amanda había pasado quince años construyendo un mundo en el que esa cualidad era imposible. Lo había construido deliberadamente, ladrillo a ladrillo, reunión tras reunión; la compostura, la distancia y la reputación estaban diseñadas para asegurar que nadie se acercara lo suficiente como para desafiarla sin temer las consecuencias. Toda la arquitectura de su vida profesional se basaba en la premisa de que la proximidad exigía sumisión.

Lina no se sometía a nada. Lina entraba en el despacho de Amanda y le decía que se equivocaba. Lina se sentaba al otro lado de una mesa y la superaba con datos que había reunido a las dos de la mañana. Lina se tumbaba en una cama de hotel y decía —te tengo— con la confianza tranquila de alguien que lo decía de verdad; y el significado de aquello, el peso abrumador de que alguien a quien no le reportaba ningún beneficio ofreciera refugio, era lo único de lo que Amanda no podía huir.

Ni en once kilómetros. Ni en quince años. Ni nunca.

La comprensión fue silenciosa y total, y presionó el pecho de Amanda con el peso de algo de lo que llevaba huyendo seis semanas, once kilómetros y quince años.

No te tiene miedo. Nunca te ha tenido miedo. Y no tienes ni idea de qué hacer con una persona que no te teme.

Amanda cerró la aplicación de Notas. Se quedó sentada en el vestíbulo del hotel otros cinco minutos, sola, bajo el sol, mientras la lista de razones se enfriaba y el recuerdo de la mano de Lina en su vientre, cálida, firme, con la palma plana y los dedos ligeramente curvados, se negaba a desaparecer.

Hizo el registro de salida. Condujo hasta casa. La PCH estaba preciosa bajo la luz de la mañana, el océano azul y con crestas blancas, la niebla disipada para revelar la limpia costa de California en toda su descuidada y costosa gloria. Amanda condujo en silencio,

con las manos en posición, la vista en la carretera, la compostura plenamente recuperada.

La compostura duró hasta llegar a la entrada de su casa. Aparcó. Se quedó en el coche con el motor apagado y el garaje a oscuras a su alrededor, apretó las palmas contra el volante y respiró, y la respiración sonaba mal, irregular, enganchándosele en el pecho; apretó con más fuerza contra el volante hasta que sus brazos estuvieron rígidos y sus nudillos blancos, y el sonido en el garaje oscuro no era llanto, porque Amanda Sterline no lloraba.

Solo era respiración. Una respiración difícil. En un garaje oscuro, a solas, un sábado por la mañana, mientras el resto de la ciudad seguía con su fin de semana y la lista de cinco razones descansaba en su móvil como un contrato que hubiera firmado con la letra de otra persona.

Después de un rato (no contó los minutos), Amanda entró en casa. La vivienda estaba fresca, limpia y en silencio. Se sirvió un café que no necesitaba y se quedó junto a la ventana de la cocina mirando el Pacífico, que era azul y vasto y no ofrecía opinión alguna sobre las decisiones que ella había tomado o sobre las que se negaba a tomar.

El café se enfrió. El océano permaneció.

Amanda también permaneció, de pie en su cocina con su armadura puesta, a solas en una casa construida para una sola persona que había decidido, mucho tiempo atrás, que con una era suficiente. La decisión se había mantenido firme durante más de una década.

Ya no estaba segura de que fuera a durar otra semana.

11

LINA

El titular de *Adweek* se publicó un martes por la mañana y, para el mediodía, la bandeja de entrada de Lina se había triplicado.

La resurrección de marca de Élévation: Cómo una estratega principiante ha reescrito las reglas del juego en Sterline Technologies.

El artículo tenía cuatro mil palabras. Incluía citas de Marcus, un recuadro lateral sobre el trabajo de identidad visual de Priya y una fotografía de Lina de pie frente a la pizarra de la sala de crisis que alguien —sospechaba que Danielle— había filtrado al periodista sin decirle nada. En la foto, Lina aparecía a mitad de una frase, rotulador en mano, con el pelo recogido y una expresión que denotaba esa intensidad concentrada que mostraba en las reuniones sin ser consciente de ello. Parecía, según el mensaje de texto de Danielle que llegó treinta segundos después de que el artículo se publicara, alguien que tenía las cosas claras.

Lina no tenía las cosas claras. Pero los números sí.

La Fase 2 había superado las proyecciones por márgenes que incomodaban incluso a Marcus. Los costes de adquisición de clientes

habían bajado un treinta y uno por ciento respecto a la base de referencia. La percepción de la marca en el grupo demográfico objetivo había pasado de ser moderadamente positiva a activamente entusiasta, una métrica que Lina no sabía que existía hasta que Marcus le había enseñado el panel de control con la expresión de un hombre que ve a un unicornio cruzar la carretera. La interacción en las redes sociales había subido en porcentajes que el equipo de relaciones públicas había dejado de citar porque las cifras parecían erratas.

La junta directiva había convocado una sesión especial. No para evaluar el rendimiento de Élévation —eso ya no se cuestionaba—, sino para hablar de la expansión. La división que llevaba dieciocho meses perdiendo cuota de mercado a chorros era ahora la marca de más rápido crecimiento en la cartera de Sterline, y el crecimiento no mostraba signos de desaceleración. Tres marcas de la competencia se habían puesto en contacto para tantear oportunidades de colaboración. Un conglomerado de lujo de Milán había enviado una consulta preliminar sobre la concesión de licencias del marco estratégico de la marca. El trabajo que Lina había construido a partir de una pizarra y un semicírculo de sillas estaba siendo estudiado ahora por personas que dirigían empresas diez veces mayores que Sterline, y la sensación de aquello, su magnitud, su peso, era algo que Lina aún estaba aprendiendo a sobrellevar.

Lina se sentó en su mesa con su segundo café de la mañana y leyó el artículo tres veces. Se permitió sentirlo: la cálida y expansiva satisfacción del trabajo que ha dado sus frutos, la profunda reivindicación de una apuesta realizada en público por una mujer que había mirado a Lina al otro lado de una mesa de conferencias y había visto algo en lo que valía la pena confiar. Dejó que el sentimiento se asentara en su pecho, en sus hombros, en la distensión de su mandíbula que procedía de respirar con libertad por primera vez en meses.

Luego guardó el artículo y abrió el documento de planificación de la Fase 3, porque la celebración era un sentimiento y la estrategia era una estructura, y Lina sabía cuál de las dos duraba más. Lo había aprendido de su madre, no directamente, nunca directamente,

sino a través de la observación: las mujeres que sobrevivían eran las que seguían trabajando después de que llegaran los elogios, porque el elogio era un fenómeno meteorológico y el trabajo era el suelo que se pisaba.

Danielle apareció junto a su mesa con dos cafés y la sonrisa de alguien que llevaba esperando este momento desde la universidad. —Veintisiete años, prensa nacional, la jugadora estrella de Amanda Sterline. ¿Cómo te sientes?

—Siento que tengo que empezar a planificar la Fase 3 antes de la reunión de la junta.

—¿Esa es tu respuesta? ¿Así es como lo celebras?

—Mi celebración es que el trabajo es bueno, el equipo está a salvo y nadie puede arrebatárnoslo —Lina cogió el café. Estaba perfecto: leche de avena, sin azúcar, el pedido que Danielle había memorizado años atrás. El artículo está bien. El trabajo es lo que importa.

Danielle la estudió con la atención penetrante de una mujer que conocía a Lina desde la semana de orientación de primer año. —Suenas como ella.

—¿Como quién?

—Como nadie. —Danielle bebió un sorbo de su café y cambió de tema, pero sus ojos no cambiaron, y Lina comprendió que Danielle había visto lo que ella intentaba ocultar y estaba decidiendo, por ahora, no darle nombre.

Su madre llamó a la hora del almuerzo. —He visto tu nombre en una revista, mija. —La voz de Elena estaba cargada de algo que Lina reconocía tras años de oírlo contenido: un orgullo que no podía reprimirse, de ese que llena una habitación incluso a través del altavoz de un teléfono—. Tu padre habría... —Se detuvo. Respiró. Empezó de nuevo—. Estoy orgullosa de ti.

Lina apretó el teléfono contra su oreja, cerró los ojos y dejó que la voz de su madre llenara el espacio al que el artículo, las métricas y la prensa nacional no podían llegar. —Gracias, mamá.

—¿Estás comiendo?

—Estoy comiendo.

—¿Estás durmiendo?

Lina pensó en Amanda. En una habitación de hotel en Malibú hace tres semanas. En cómo no había dormido bien desde entonces, con su cuerpo despertándose a las dos de la mañana y buscando al otro lado de las sábanas un calor que no estaba allí.

—Estoy durmiendo —dijo.



Las excusas de Amanda empezaron la semana siguiente.

La primera fue perfectamente razonable: una petición para que Lina presentara las métricas de la Fase 2 directamente al director financiero, en el despacho de Amanda y con Amanda presente. La reunión duró cuarenta y cinco minutos. La presentación llevó veinte. Los veinticinco restantes se dedicaron a discutir las perspectivas del primer trimestre, lo cual no requería ninguna intervención de Lina, pero que Amanda alargó con preguntas cada vez más específicas sobre la asignación de medios y la previsión de tendencias de consumo que ella misma podría haber respondido con los ojos cerrados.

Lina se dio cuenta. No dijo nada.

La segunda excusa llegó tres días después: una invitación para unirse a un almuerzo de trabajo con un socio potencial de una marca de Tokio. El almuerzo duró dos horas. El socio se marchó a los noventa minutos. Amanda y Lina pasaron los treinta minutos restantes en el comedor privado de la planta treinta y siete, comiendo un sushi que ninguna de las dos saboreaba y hablando sobre el panorama de la competencia con la atención concentrada de dos personas que, en absoluto, estaban usando el análisis competitivo como pretexto para estar en la misma habitación.

Lina también se dio cuenta de esto. Se fijó en la forma en que la mirada de Amanda se demoraba en su boca cuando hablaba, para redirigirse rápidamente a las notas sobre la mesa. Se fijó en cómo el cuerpo de Amanda se inclinaba hacia ella cuando se sentaban en la misma sala, una inclinación gravitatoria tan sutil que solo alguien que estuviera pendiente la captaría. Se fijó en que Amanda había

empezado a usar el perfume de jazmín que Lina le había dicho una vez a Danielle que le gustaba, y no estaba preparada para pensar en lo que eso significaba.

Siguió sin decir nada.

La tercera excusa fue la que hizo que a Lina le doliera el pecho.

Amanda le pidió a Lina que revisara un discurso. No un documento de estrategia, ni una propuesta de presupuesto, ni un informe trimestral. Un discurso. Una ponencia que Amanda iba a dar en la cumbre Mujeres en el Liderazgo Empresarial el mes siguiente. El discurso ya estaba pulido. La escritura de Amanda era tan precisa como su voz: cada frase era estructural, cada párrafo avanzaba hacia una conclusión con el impulso controlado de alguien que entendía que el lenguaje era arquitectura. Pero le pidió a Lina que lo leyera de todos modos.

—Una mirada fresca —dijo Amanda, de pie en el umbral del despacho de Lina con el borrador impreso en la mano. Llevaba una americana azul marino, tenía el pelo recogido y se veía exactamente como la mujer a la que Lina había visto entrar en una sala de juntas en su primer día, salvo que ahora Lina sabía cosas sobre ella que la junta no sabía: el sonido que hacía cuando la ternura la sorprendía. La forma en que le temblaban las manos cuando dejaba que alguien se acercara. La pequeña cicatriz en su cadera izquierda de un accidente de bicicleta en la infancia que había mencionado una vez, en la oscuridad, en una habitación de hotel que olía a sal.

—Agradecería su perspectiva sobre la sección de apertura.

Lina cogió el discurso. Sus dedos se rozaron durante el intercambio, los de Amanda fríos, los de Lina cálidos, y el contacto duró medio segundo más de lo profesional.

—Tendré las notas para el final del día —dijo Lina.

Amanda asintió. Se quedó en el umbral un momento más de lo necesario, con sus ojos grises sosteniendo los de Lina con una expresión que la sala de juntas nunca había visto y que nunca se le permitiría ver. Luego se dio la vuelta y se alejó, con el taconeo resonando sobre el hormigón pulido, y Lina se quedó sentada a su mesa sosteniendo un discurso impreso en el que podía oler el

perfume de Amanda y comprendió, con una claridad hiriente, lo que estaba ocurriendo.

Amanda estaba tendiendo puentes. No románticos. Estructurales. Pretextos profesionales, diseñados deliberadamente, cada uno un poco más fino, un poco más transparente, un poco más cerca de admitir que Amanda Sterline echaba de menos estar cerca de Lina Reyes y estaba dispuesta a fabricar razones de proximidad antes que reconocerlo. Cada excusa era una pregunta disfrazada de petición: *¿Sigues aquí? ¿Puedo estar cerca de ti? ¿Me dejarás fingir que esto es por trabajo si yo prometo fingirlo también?*

Lina dejó que fingiera. Era lo más amable que podía hacer, más amable que señalarlo, más amable que obligar a Amanda a nombrar lo que estaba haciendo. Porque el hecho de que Amanda le pusiera nombre significaría que Amanda tendría que tomar una decisión al respecto, y las decisiones de Amanda, cuando implicaban vulnerabilidad, solían terminar con puertas cerrándose.

No puede decirlo. No tiene las palabras para expresar que desea algo que se prometió no volver a desear jamás.

Lina leyó el discurso. Era excelente. Hizo tres sugerencias menores que mejoraban el ritmo del párrafo inicial y no cambiaban nada del contenido, porque el contenido no necesitaba cambios y la excusa tampoco.



Sus conversaciones evolucionaron. No de forma drástica. Nada entre Lina y Amanda había sido nunca drástico, salvo la noche en Malibú, e incluso aquello había tenido la intensidad contenida de dos personas que hacen todo con precisión, incluido desmoronarse. La evolución fue como la marea: lenta, constante, gobernada por una fuerza que ninguna de las dos controlaba. Las conversaciones empezaban como trabajo y derivaban, poco a poco, hacia algo más.

Sucedía durante las reuniones a última hora, cuando el equipo se había ido a casa, el edificio estaba en silencio y Amanda se demoraba en la sala de conferencias o aparecía en la puerta del despacho de Lina con una pregunta que no necesitaba hacerse en persona. Hablaban de la industria. Hablaban de estrategia. Hablaban del discurso, de la cumbre y de los planes de expansión de la junta.

Y entonces, una tarde, Amanda le habló del invernadero.

Estaban en el despacho de Lina. Eran las siete y media. La planta estaba vacía. Lina estaba con las piernas cruzadas en su silla de escritorio con una hoja de cálculo presupuestaria abierta en su portátil, y Amanda estaba sentada en la silla de invitados frente a ella, con un tobillo sobre el otro, leyendo una propuesta con un bolígrafo rojo en la mano. Llevaban veinte minutos trabajando en un silencio cómplice cuando Amanda levantó la vista y dijo, sin preámbulos: —Mi madre tenía un invernadero.

Lina la miró. Amanda sostenía el bolígrafo rojo con laxitud, con la mirada puesta en un punto más allá del hombro de Lina, y su expresión era vulnerable de una forma que solo ocurría fuera de horario, cuando el edificio estaba vacío y podía despojarse del personaje.

—Cultivaba orquídeas —continuó Amanda—. Se le daban mejor las orquídeas que cualquier otra cosa en su vida, incluida la maternidad. Pero el invernadero era... —Hizo una pausa. El bolígrafo giró entre sus dedos—. Era el único lugar de la casa donde era feliz. Yo solía sentarme en el suelo y verla trabajar. Debía de tener seis o siete años. Les hablaba a las orquídeas como la mayoría de la gente les habla a sus hijos.

Las palabras fueron pronunciadas con naturalidad, sin autocompasión, de la forma en que Amanda decía todo: con nitidez, directamente, con peso. Pero bajo esa entrega fáctica, Lina oyó algo más: el sonido de una puerta abriéndose. Una puerta pequeña que conducía a una habitación pequeña, una que Amanda no había abierto a nadie en mucho tiempo.

Lina guardó el detalle. Lo archivó en el lugar donde guardaba las cosas que a Amanda se le escapaban: la cicatriz de la bicicleta, las orquídeas, la forma en que la madre de Amanda había sido mejor

con las flores que con su hija. No hizo preguntas de seguimiento. No presionó. Simplemente miró a Amanda al otro lado de la mesa y dijo: —Mi madre le habla al limonero del jardín de nuestra vecina. Está convencida de que crece mejor cuando le cuenta cómo le ha ido el día.

Los labios de Amanda se contrajeron. No fue una sonrisa. Amanda no sonreía fácilmente. Pero fue el fantasma de una, el esbozo arquitectónico. —¿Y funciona?

—El árbol da el doble de limones que el que hay al otro lado de la valla. Así que, o ella tiene razón, o la tierra de nuestro lado es mejor.

—Yo invertiría en la hipótesis de la tierra.

—Claro que lo harías.

Se miraron. El despacho estaba caldeado, iluminado por la lámpara de mesa de Lina y el resplandor de la pantalla de su portátil. La hoja de cálculo había quedado olvidada. La propuesta estaba boca abajo en el regazo de Amanda. El bolígrafo rojo estaba quieto.

Algo estaba sucediendo en el pecho de Lina. No era la conciencia aguda y eléctrica de las primeras semanas, ni la respuesta física de pulso acelerado y respiración entrecortada que la proximidad de Amanda producía en salas de conferencias y pasillos. Esto era diferente. Era más lento, más profundo, más silencioso. El reconocimiento de que la mujer sentada frente a ella, la directora ejecutiva, la Reina de Hielo, la mujer que la había besado en el pasillo de un hotel y luego se había alejado, era alguien a quien Lina quería conocer. No solo alguien con quien quería acostarse (aunque eso también, todavía, siempre), sino a quien quería *conocer*. El conocimiento profundo y pausado que surge al estar sentada en la misma habitación a las siete y media de un martes por la tarde y enterarse de que la madre de Amanda Sterline cultivaba orquídeas y que ese recuerdo todavía vive en algún lugar bajo la armadura.

AH

El pensamiento fue sencillo. Completo. Llegó sin fanfarria, sin drama, sin la revelación cinematográfica que requieren las historias románticas. Fue solo una palabra, *ah*, y lo contenía todo: la comprensión de que Lina se estaba enamorando de Amanda Sterline, de que llevaba semanas enamorándose, de que el enamoramiento no iba de sexo ni de química ni de la embriagadora fricción de dos mujeres inteligentes en una habitación, sino de *esto*. Esta tarde tranquila. Este sosiego. Esta mujer que acababa de hablarle de orquídeas como si le estuviera entregando material clasificado.

Lina cerró el portátil. Sus manos temblaban ligeramente. No era miedo. Era reconocimiento. La aceptación visceral y total de que aquello hacia lo que se había estado moviendo durante meses había llegado, y no era dramático ni cinematográfico ni venía acompañado de música épica. Solo era una mujer sentada en una silla con un bolígrafo rojo, hablándole de orquídeas.

—¿Qué haces? —preguntó Amanda.

—Me voy a casa. Son casi las ocho.

Amanda miró su reloj. El gesto fue automático: giro de muñeca, ojos abajo, el más breve destello de sorpresa al ver que el tiempo había pasado sin que ella lo registrara. —Es verdad.

Caminaron juntas hacia el ascensor. Se quedaron en la caja de cristal mientras las bajaba al vestíbulo, y la ciudad se extendía ante ellas: el centro reluciente, la 405 como un río de faros blancos, el Pacífico invisible en la oscuridad pero presente, siempre presente, de la misma forma que el océano está presente cuando vives cerca de él y dejas de notarlo hasta que alguien te lo recuerda.

—Buenas noches, Srta. Reyes —dijo Amanda. La formalidad era ahora suave. Casi afectuosa. El título se había convertido en algo distinto entre ellas, no en una barrera sino en un ritual, un gesto familiar que significaba *te veo y elijo, por ahora, mantener la ficción de que esto es profesional.*

—Buenas noches, Amanda —dijo Lina. Usó el nombre de pila como hacía siempre: deliberadamente, con calidez, como una sutil negativa a participar en la ficción.

Los ojos grises de Amanda sostuvieron los suyos. Un segundo. Dos. El vestíbulo estaba vacío, el guardia de seguridad ocupado con su teléfono, el suelo de mármol reflejando las luces del techo en largas vetas de color ámbar. Bajo esa luz, Amanda parecía cansada y hermosa y completamente sola, y Lina sintió el deseo, con una fuerza que la sobresaltó, de acortar los cuarenta centímetros que las separaban y cogerle la mano.

No lo hizo. Caminó hasta su coche en el garaje subterráneo, donde zumbaban los fluorescentes y el hormigón olía a aceite de motor, y los pasos de las dos mujeres chocando al unísono resonaron contra las paredes hasta que Amanda giró a la izquierda hacia su plaza de aparcamiento y Lina giró a la derecha hacia la suya. La distancia entre ellas creció con cada paso, tres metros, seis, nueve, y Lina pudo sentir cómo se abría como algo físico; el espacio entre ambas cobraba peso y dimensión a medida que el eco de los tacones de Amanda se desvanecía.

Condujo a casa a través de la ciudad oscura con las ventanillas bajadas, la radio apagada y el sabor del nombre de Amanda todavía en la boca.

Al llegar, se sentó en el borde de la cama, en su apartamento a oscuras, se apretó las palmas de las manos contra las rodillas y respiró.

TE ESTÁS ENAMORANDO DE AMANDA STERLINE

Las palabras eran ciertas. Habían sido ciertas durante semanas. Pero decirlas, incluso en silencio, incluso para sí misma, incluso en la intimidad de su apartamento en Silver Lake, las hacía reales de un modo que nada más lo había hecho. Ni el beso. Ni el sexo. Ni las tres semanas de pretextos profesionales, silencios vespertinos y pequeños detalles ofrecidos como regalos a través de una puerta cerrada.

Te estás enamorando de ella, y ella se está enamorando de ti, y ninguna de las dos tiene la más remota idea de cómo gestionar esto sin destruir todo lo que habéis construido.

Lina apagó la luz. Se tumbó en la oscuridad y escuchó el limonero de la vecina rozar la ventana con la brisa nocturna. No durmió muy bien. Tampoco durmió mal. Durmió como duerme la gente cuando está en pleno proceso de convertirse en alguien nuevo y aún no ha decidido si esa transformación merece la pena.

12

AMANDA

Las proyecciones del cuarto trimestre estaban extendidas sobre el escritorio de Amanda como un mapa topográfico de todo lo que había construido y de todo lo que aún podía salir mal. Doce páginas. Tres apéndices. Una nota de portada del director financiero que utilizaba la palabra «sin precedentes» dos veces y «extraordinario» una, lo cual, para un hombre que se comunicaba principalmente mediante abreviaturas de años fiscales y suspiros, era prácticamente una ovación en pie. Previsiones de ingresos. Análisis de cuota de mercado. Tres modelos de escenarios distintos que Marcus había entregado esa mañana, cada uno más optimista que el anterior, cada uno respaldado por datos que Amanda ya había verificado dos veces.

Las cifras eran buenas. Las cifras eran excepcionales. El tipo de números que hacían que los miembros del consejo se volvieran indulgentes, los inversores generosos y los perfiles de la industria utilizaran palabras como *visionaria* en lugar de *competente*. Amanda debería haberse sentido satisfecha. Debería haber enviado a Lina a casa hace dos horas, cerrado su portátil, conducido hasta su casa en la costa, servido un vino que no bebería y haberse quedado ante la ventana de su cocina mirando al Pacífico, sintiendo la merecida

satisfacción de una mujer cuya empresa estaba rindiendo por encima de las expectativas.

En lugar de eso, estaba sentada en su oficina del ático a las nueve y catorce de la noche de un miércoles, y Lina Reyes estaba sentada en el sofá de cuero al otro lado de la habitación, y ninguna de las dos hacía ademán de marcharse.

La oficina estaba en silencio. El edificio estaba en silencio, ese tipo de silencio profundo y estructural que solo ocurre después de que el equipo de limpieza se ha ido y el mostrador de seguridad ha caído en su ritmo nocturno. Amanda podía oír el aire acondicionado, el leve zumbido del ventilador de su portátil y, bajo ambos, el sonido casi imperceptible de Lina pasando las páginas. Estaba leyendo la propuesta de expansión de marca que Amanda le había pedido que revisara, y la leía como lo leía todo: a conciencia, con un bolígrafo en la mano, el ceño ligeramente fruncido y el labio inferior atrapado entre los dientes cuando encontraba algo que le interesaba.

Amanda la observaba. Era consciente de que la estaba observando. Llevaba semanas siendo consciente de ello, de ese rastreo habitual, de la atracción gravitatoria de su atención hacia la mujer que, de alguna manera, se había convertido en el centro de cada habitación que ocupaba. Amanda había pasado toda su carrera controlando hacia dónde dirigía su atención. La atención era una moneda de cambio. La invertías donde obtenías beneficios y la negabas en cualquier otro lugar. No había elegido invertirla aquí, bajo el suave resplandor de la lámpara de su despacho, en la curva de la muñeca de Lina mientras su mano sostenía el bolígrafo.

La ciudad estaba oscura tras los ventanales. Treinta y siete pisos más abajo, la 405 era una tenue cinta de luz; el tráfico nocturno era tan escaso que parecía casi pacífico desde esta altura. La oficina olía a cuero, al café espresso que Amanda había preparado a las siete y a la presencia cálida y persistente del perfume de cedro de Lina, que se había filtrado en los muebles, en el aire y en el espacio entre ellas a lo largo de semanas de reuniones tardías, proximidad fabricada y todas las cosas que Amanda estaba haciendo y que se había dicho a sí misma que nunca volvería a hacer.

—Tu plan de integración para la Fase 3 es agresivo —dijo Amanda. No porque el plan necesitara discutirse, sino porque el silencio se estaba volviendo peligroso, el tipo de silencio que invita a la honestidad, y Amanda había pasado más de una década asegurándose de que la honestidad no tuviera ese tipo de acceso.

—Es ambicioso —dijo Lina sin levantar la vista—. Agresivo implica temeridad. Esto es calculado.

—Todo lo que haces es calculado.

Lina levantó la vista. Sus ojos castaños encontraron los de Amanda a través de la habitación, y la calidez que había en ellos, esa calidez abierta y concentrada que Lina dirigía a Amanda y a nadie más, la calidez de la que Amanda llevaba semanas viviendo como una mujer que raciona el agua en un desierto, hizo que a Amanda se le apretara el pecho.

—No todo —dijo Lina.

Las palabras flotaron en la estancia. Amanda miró a Lina sentada en su sofá bajo la suave luz, bolígrafo en mano, la propuesta en el regazo, y pensó en todas las versiones de esta noche que ya había vivido: en las que se despedía y se marchaba, en las que mantenía la ficción profesional, en las que fingía que estar en la misma habitación que Lina Reyes a las nueve de la noche de un miércoles tenía que ver con las proyecciones del cuarto trimestre y no con el hecho de que Amanda no podía volver a su casa vacía, a su silencio y a su vino sin sentir, por primera vez en quince años, el peso de lo que el silencio era en realidad.

—No me he permitido ninguna cercanía —dijo Amanda.

La frase llegó a la habitación sin preámbulos, sin contexto, sin ninguno de los andamios estructurales que Amanda solía levantar alrededor de las declaraciones vulnerables. Lo dijo de la forma en que se dice algo que has estado reteniendo en la boca durante demasiado tiempo: de repente, por completo, como si la alternativa fuera asfixiarse con ello.

Lina soltó el bolígrafo. Dejó la propuesta. Le dedicó a Amanda toda su atención, y Amanda pudo sentir esa atención como la luz del sol sobre la piel fría: calentando, exponiendo, imposible de ocultar.

—No cercanía como concepto —continuó Amanda. Estaba mirando a la ventana, no a Lina. Las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal, y hablaba al reflejo porque hablar al reflejo era más fácil que hablar a la mujer que oiría las palabras y las entendería demasiado bien—. Ni contactos, ni colaboración, ni alianzas profesionales. Eso funciona bien. Me refiero al tipo de cercanía que requiere mostrarle a alguien las partes que no funcionan bien. Las partes que he mantenido bajo llave durante... —Se detuvo. Respiró. Sus manos estaban sobre el escritorio, con las palmas planas, presionando hacia abajo como si el escritorio pudiera moverse—. Durante años. Más de una década. Las he mantenido bajo llave porque la última persona que las vio las usó para intentar destruirme. Después decidí que el problema era la arquitectura. Que si nunca construía puertas, nadie podría cruzarlas.

La oficina estaba tan silenciosa que Amanda podía oír su propio pulso. Podía oír a Lina respirar. Podía oír el edificio asentándose, como hacen los edificios por la noche cuando liberan la tensión térmica del día, y el sonido era tan tenue que resultaba casi imaginario.

—Sé que me he cerrado —dijo Amanda. Su voz era baja, despojada del tono de la sala de juntas, cargada de una crudeza que no había permitido en ninguna estancia desde Catherine—. Sé que me ha pasado factura. Sé cómo se ve desde fuera: el control, la distancia, la reputación. Lo construí todo a propósito, y volvería a construirlo, porque la alternativa era... —Presionó las palmas con más fuerza contra el escritorio—. La alternativa era el riesgo. Y yo no soy una persona que asuma riesgos que no pueda cuantificar.

Se quedó en silencio. El reflejo en la ventana le devolvía la imagen de una mujer con una americana azul marino, sentada tras un escritorio que costaba más que la mayoría de los coches, en una oficina diseñada para comunicar poder e invulnerabilidad, y la mujer del reflejo se veía exactamente como Amanda pretendía: serena, controlada, intocable.

La mujer que estaba tras el escritorio sentía que se estaba desmoronando.

Lina se puso en pie.

Amanda oyó el crujido del sofá, el suave sonido de los zapatos de Lina sobre la alfombra, los pasos cruzando los casi cuatro metros de oficina que las separaban. No se apartó de la ventana. Observó cómo se acercaba el reflejo de Lina —pelo oscuro, blusa color crema, ojos castaños fijos— hasta que estuvo de pie junto al escritorio, lo bastante cerca como para tocarla. Las manos de Amanda seguían planas sobre la madera, su corazón martilleaba y podía oler el cedro y la calidez suave y limpia de la piel de Lina.

—Amanda. —La voz de Lina era suave. Cercana. El nombre de pila pronunciado con la misma ternura deliberada que usaba siempre, esa ternura que esquivaba cada defensa que Amanda había construido porque no intentaba derribarlas. Simplemente llegaba, cálida y segura, sin pedir nada más que ser escuchada—. ¿A qué tienes miedo en realidad?

Amanda giró la cabeza. Lina estaba de pie a menos de un metro. La lámpara del escritorio proyectaba una luz cálida sobre su rostro, y sus ojos castaños estaban abiertos, directos, sin rastro de la cautela que la mayoría de la gente mostraba ante Amanda, y con todo el valor que Lina había demostrado desde el día en que entró en una sala de conferencias llena de altos ejecutivos y dijo lo que nadie más se atrevía a decir.

—A que me vean —dijo Amanda. Las palabras salieron de lo más profundo de su pecho, del lugar donde habitaban las respuestas reales, las que no les había dicho ni a su terapeuta, ni a Shane, ni a nadie más en los quince años transcurridos desde Catherine—. No a que me conozcan. La gente me conoce. La industria me conoce, el consejo me conoce, los perfiles de prensa y las conferencias magistrales y todo lo demás. Conocen a Amanda Sterline. Pero que me *vean*, que alguien me mire y comprenda las partes que Amanda Sterline fue construida para ocultar... eso es lo que me da miedo. Porque la última vez que alguien vio esas partes, las catalogó y se las vendió a quienes intentaban arrebatarme mi empresa.

Lina se quedó callada. No se inmutó. No apartó la mirada. Se quedó junto al escritorio de Amanda bajo la cálida luz de la lámpara y recibió la verdad como recibía todo lo que Amanda le daba: abiertamente, sin juzgar, con la atención constante de una persona

que había decidido que la mujer que estaba tras el escritorio valía el precio de escucharla.

—Yo te veo —dijo Lina—. Te he estado viendo desde el primer día. Y nunca, ni una sola vez, he querido usar nada de eso contra ti.

La compostura de Amanda se quebró. No de forma dramática. Amanda no se rompía de forma dramática; no estaba hecha para el espectáculo. Se quebró como se quiebra la piedra bajo una presión sostenida: una sola línea de fractura, silenciosa, recorriendo los cimientos de algo que se había mantenido en pie durante más de una década. Su mandíbula se relajó. Le escocieron los ojos. Sus manos sobre el escritorio pasaron de estar rígidas a aflojarse, y ese abandono fue lo más aterrador que había experimentado desde la mañana en que se enteró de la traición de Catherine, porque aflojarse significaba soltar, y soltar significaba confiar, y confiar era lo que había jurado no volver a hacer jamás.

—Lo sé —susurró Amanda—. Sé que no lo harías.

Lina acortó el espacio entre ellas y puso su mano sobre la de Amanda en el escritorio. El contacto era cálido, firme; la palma contra el dorso de la mano de Amanda, los dedos rodeando sus nudillos. No era urgente. No era exigente. Era el tipo de contacto que decía *estoy aquí, no me voy a ninguna parte y puedes tomarte todo el tiempo que necesites.*

Amanda giró su mano. Sus dedos se entrelazaron. Miró las manos unidas, sus dedos pálidos y los de Lina, morenos, entrelazados sobre la superficie de un escritorio que no había sostenido más que contratos, proyecciones e informes trimestrales durante quince años, y la imagen era tan ordinaria y tan demoledora que se le entrecortó la respiración.

Se puso en pie. La silla rodó hacia atrás, golpeando el aparador que tenía detrás. Lina estaba justo allí, a medio metro, con la mano todavía en la de Amanda, sus ojos castaños sosteniendo la mirada, y la luz de la lámpara captó los destellos dorados que había en ellos y los volvió cálidos, más cálidos, del color del café con el sol de la mañana. Amanda llevó su mano libre al rostro de Lina, acunó su mandíbula, recorrió su pómulo con el pulgar, sintió el calor de su piel

y cómo a Lina se le cortaba ligeramente la respiración ante el contacto.

—Si hacemos esto —dijo Amanda, y su voz era áspera, el tono de la sala de juntas había desaparecido por completo—, si realmente hacemos esto, necesito que entiendas que seré difícil. Me distanciaré. Intentaré reconstruir los muros, porque reconstruir es lo que sé hacer, y necesitaré que me digas cuándo lo estoy haciendo.

—Lo haré —dijo Lina—. Te lo diré cada vez.

Amanda la besó.

Este beso fue diferente. Aquel de Malibú había sido desesperado, impulsivo, la detonación de seis semanas de deseo reprimido. Este era una decisión. Amanda besó a Lina como hacía todo lo que importaba: deliberadamente, a fondo, con todo el peso de su atención puesto en ello. Sostuvo el rostro de Lina con ambas manos y la besó lentamente, y Lina le devolvió el beso con una calidez que sabía a promesa y olía a cedro y que se sentía, contra la boca de Amanda, como el comienzo de algo que Amanda había pasado más de una década asegurándose de no tener jamás.

Se trasladaron al sofá. El cuero estaba caliente de donde Lina había estado sentada durante horas, y crujió mientras se hundían juntas en él. La espalda de Lina contra el cojín, Amanda sobre ella, las páginas de la propuesta desparramándose por la alfombra mientras sus cuerpos desplazaban el orden cuidadoso que Amanda mantenía en cada habitación. Un bolígrafo rodó por el borde y aterrizó sin ruido sobre la alfombra tupida. A Amanda no le importaba el bolígrafo. No le importaba la propuesta. Le importaba la mujer que tenía debajo, cuyas manos estaban en los hombros de Amanda y cuya boca estaba abierta bajo la suya y cuyo cuerpo estaba cálido y presente y aquí. La americana de Amanda voló. La blusa de Lina también. Piel contra piel bajo la luz de la lámpara, cálida y respirando y viva, y Amanda trazó el mapa del cuerpo de Lina con la atención concentrada que ponía en todo: la curva de su clavícula, la inclinación de su cintura, el sonido que hizo cuando la boca de Amanda encontró la piel suave bajo su oreja.

Esta vez fueron más despacio. En Malibú había sido como una presa rompiéndose: urgente, abrumador, la liberación de la tensión

acumulada. Aquí, en el despacho de Amanda, con la ciudad a oscuras tras los ventanales y la verdad pronunciada en voz alta entre ellas por primera vez, era una conversación. Las manos de Amanda en las caderas de Lina, guiando, firmes. Los dedos de Lina en el pelo de Amanda, tirando suavemente, dirigiendo. La boca de Amanda bajando por el cuerpo de Lina con la misma atención minuciosa que había prestado a las proyecciones del cuarto trimestre, salvo que este era un lenguaje que hablaba con su cuerpo en lugar de con su voz, y la fluidez la sorprendió. Hacía años que no hablaba este idioma con fluidez, y la memoria muscular de la ternura regresó como una canción que creía haber olvidado.

Desnudó a Lina poco a poco. Deliberadamente. Con la boca y las manos y el susurro bajo de palabras que no le había dicho a nadie en más de una década, palabras que no eran del todo cariñosas ni del todo órdenes, sino que habitaban en algún punto intermedio, en el registro donde Amanda era honesta. Lina se deshizo bajo ella con el nombre de Amanda en los labios y la mano apretando la muñeca de Amanda, y Amanda la sostuvo durante todo el proceso como algo que hubiera decidido conservar.

Después, Lina le devolvió la ternura. Sus manos sobre el cuerpo de Amanda eran seguras y cálidas y no mostraban nada de la vacilación que Amanda había esperado. Lina la tocaba como discutía, como planeaba estrategias, como lo hacía todo: con total compromiso y sin disculpas. Amanda se dejó tocar. Se dejó ver. Dejó que la boca de Lina encontrara los lugares que hacían que se le entrecortara la respiración, y no se apartó, no reconstruyó muros, no se refugió en la compostura que le había servido de esqueleto durante quince años. Se tumbó en su propio sofá, en su propia oficina, y dejó que una mujer de la que se estaba enamorando la desmantelara, y el desmantelamiento fue la violencia más suave que jamás había experimentado.

Cuando terminó, se quedaron tumbadas juntas bajo la luz de la lámpara. Las proyecciones del cuarto trimestre seguían sobre el escritorio. Las páginas de la propuesta estaban esparcidas por el suelo. La ciudad brillaba tras los ventanales, treinta y siete pisos de cristal y acero y la luz ambarina de Los Ángeles después de

medianoche, cuando el tráfico se ha aligerado, el cielo se ha despejado y la ciudad parece estar exhalando.

Lina se quedó dormida. Su cabeza estaba en el hombro de Amanda, su respiración era acompasada y cálida contra la clavícula de Amanda, una mano descansaba sobre el estómago de Amanda. Amanda miró al techo y escuchó a Lina respirar y pensó, con la quietud y claridad de una mujer que ha tomado una decisión de la que no puede retractarse:

VAYA. AQUÍ ESTAMOS

El pensamiento no fue de pánico. No fue de alegría. Fue el reconocimiento tranquilo de una mujer que se encuentra al borde de algo que ha pasado más de una década evitando y descubre que el borde, de cerca, se parece menos a un precipicio y más a un umbral.

Acababa de empezar un romance secreto con la mujer que tenía empleada. La mujer que había entrado en su sala de juntas hacía tres meses y que, después de aquello, había cambiado la forma de cada habitación que ocupaba. La mujer que vio a través de la arquitectura de Amanda y no apartó la mirada.

Amanda presionó sus labios contra el cabello de Lina. Cedro y calidez y el leve residuo de laca de una jornada laboral que había empezado hacía catorce horas. Inspiró profundamente. No durmió. Se quedó despierta bajo la suave luz de su oficina del ático con Lina en sus brazos y la ciudad abajo y los muros que había construido todavía en pie a su alrededor, agrietados ahora, fracturados, pero en pie, y pensó en las puertas.

Construiste una vida sin puertas porque a través de una puerta fue como ella entró. Pero una vida sin puertas es una vida sin salidas. Y has estado encerrada dentro de ti misma durante tanto tiempo que olvidaste que era posible salir.

Amanda cerró los ojos. Atrajo a Lina más hacia sí. La oficina era cálida y silenciosa, llena de la intimidad cercana que surge cuando dos personas se acuestan juntas en un espacio que fue diseñado para una sola, y Amanda dejó que esa calidez se le calara hasta los huesos y no luchó contra ella.

No durmió. Pero descansó. Y para Amanda Sterline, descansar era el acto más revolucionario de todos.

13

LINA

El primer sábado empezó con café.

No el refinado expreso que Amanda servía en su despacho, servido por una máquina que costaba más que el alquiler de Lina y en tazas de cerámica tan blancas que parecían fabricadas en un laboratorio. Este era un café que Amanda preparaba ella misma, en la cocina de su casa de Malibú, con una prensa francesa y granos que molía a mano con un nivel de concentración que sugería que estaba realizando una operación a corazón abierto en lugar de preparar el desayuno.

Lina estaba sentada en la isla de la cocina con una de las camisetas de Amanda, gris, suave, con el ligero aroma del detergente de Amanda y la tranquila intimidad de la ropa prestada, y observaba a Amanda presionar el émbolo con ambas manos, con el ceño ligeramente fruncido, el pelo aún húmedo de la ducha y los pies descalzos sobre el suelo de baldosa. La Amanda que hacía café los sábados por la mañana no era la Amanda que dirigía Sterline Technologies. Esta Amanda llevaba una sudadera azul marino con las mangas remangadas, iba sin maquillar y con unas gafas de lectura que se había puesto para comprobar el temporizador y luego

había olvidado quitarse. Esta Amanda parecía una mujer que vivía en una casa, no una mujer que comandaba un imperio.

—Haces el café como si te hubiera ofendido personalmente —dijo Lina.

—Hago el café correctamente. —Amanda sirvió dos tazas sin levantar la vista—. Hay una diferencia entre el esfuerzo y la competencia.

—¿Cuál de las dos explica lo del temporizador?

Amanda deslizó una taza por la isla. Sus dedos se rozaron durante el intercambio; los de Amanda estaban fríos, los de Lina cálidos, un contraste ya familiar pero no por ello menos eléctrico. —El temporizador explica la química. La temperatura del agua y el tiempo de infusión son variables, no preferencias.

—Has puesto un temporizador para una prensa francesa.

—Pongo un temporizador para todo.

—¿Incluso para nosotras?

Amanda la miró. Las gafas de lectura suavizaban la profundidad de sus ojos, y tras ellos Lina pudo ver el destello de algo que no era exactamente diversión ni tampoco vulnerabilidad, sino que habitaba en el espacio intermedio, el espacio que Amanda estaba aprendiendo a dejar que Lina ocupara de forma lenta y cautelosa.

—No todo se puede cronometrar —dijo Amanda. Y la confesión, viniendo de una mujer que había estructurado toda su vida adulta en torno a la precisión y el control, fue lo más parecido a la poesía que Lina le había oído decir.

El café estaba perfecto. Por supuesto que lo estaba.

Se lo bebieron en la terraza trasera, donde el Pacífico se extendía ante ellas bajo la luz de la mañana, azul y plateado, prolongándose hasta un horizonte que parecía dibujado con regla. El aire olía a sal, a eucalipto y al cálido dulzor de la salvia costera que florecía en las colinas tras la casa. Amanda estaba sentada con las piernas cruzadas, sosteniendo la taza con ambas manos y con el rostro vuelto hacia el agua; bajo la luz matinal parecía más joven. No joven de edad. Amanda nunca había sido joven, no en el sentido de descuido que implica la palabra. Pero sí más ligera. Con menos armadura. Las arrugas alrededor de sus ojos eran visibles sin la

iluminación de las salas de juntas para suavizarlas, y Lina las encontró hermosas de una manera que la sorprendió, porque la belleza, para Lina, siempre había sido una cualidad de calidez y movimiento, y Amanda estaba hecha de quietud y aristas.

Pero la quietud contenía calidez en su interior. Lina lo estaba aprendiendo. Semana tras semana, sábado tras sábado, en las horas de silencio cuando la casa estaba vacía y el teléfono apagado y Amanda dejaba que la arquitectura se relajara lo suficiente para que Lina viera lo que había sido construida para ocultar.

Amanda era divertida. No divertida como lo era Danielle, ruidosa, teatral y diseñada para llenar una habitación, sino de una forma seca y silenciosa; el humor llegaba de forma tan inexpresiva que había que escuchar con atención para captarlo. Hacía observaciones sobre el sector, sobre los miembros de su junta directiva, sobre el absurdo de dirigir una empresa que cotiza en bolsa mientras intentaba mantener una relación secreta con una mujer quince años más joven, y las observaciones las hacía con una sequedad que las volvía más cómicas; cada palabra con su peso justo, cada pausa cronometrada, y el remate llegaba exactamente donde no lo esperabas porque el rostro de Amanda no revelaba nada.

—Marcus me ha enviado un memorándum sobre las sinergias del cuarto trimestre —dijo Amanda una mañana de sábado, leyendo su teléfono con la expresión de alguien que revisa el informe de un forense—. Ha usado la palabra «sinergia» once veces. Las he contado.

—¿Qué le has contestado?

—Le he mandado una respuesta de una sola palabra.

—¿Cuál?

—«Doce».

Lina se rió, una risa de verdad, de esas que salen por sorpresa, de las que nacen en el vientre y te hacen echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos. Cuando los abrió, Amanda la estaba observando con una expresión que Lina nunca había visto en ninguna junta, pasillo o despacho a altas horas de la noche: suave, sin defensas, con los ojos grises cálidos tras las gafas de lectura y los labios

curvados en el rastro de una sonrisa que, para Amanda, equivalía a una ovación en pie.

—Deberías hacer eso más a menudo —dijo Lina.

—¿Hacer que Marcus escriba memorándums redundantes?

—Sonreír.

La casi-sonrisa de Amanda cambió. No se hizo más amplia. Amanda no sonreía más ampliamente. Pero sí más profunda, asentándose en las líneas de su rostro como el agua que encuentra un cauce. —Sonrío.

—Colocas la boca en una configuración que técnicamente califica como tal. No es lo mismo.

—¿Y tú sabrías notar la diferencia?

—Sabría notar la diferencia. —Lina alargó la mano a través del espacio entre sus sillas y tomó la de Amanda. Los dedos de Amanda se cerraron sobre los suyos, con fuerza, de inmediato, el agarre de alguien que ha decidido aferrarse y aún está aprendiendo cómo hacerlo sin apretar—. Presto atención.

—Lo sé. —Amanda miró sus manos entrelazadas—. Es una de las cosas más alarmantes de ti.



Las tardes de entre semana eran distintas. Cuidadosas. No podían ser vistas llegando o saliendo juntas, así que desarrollaron un sistema sin llegar a nombrarlo como tal. Amanda enviaba un mensaje con una sola palabra, normalmente una hora, y Lina llegaba a la casa de Malibú cuarenta minutos después, tras haber tomado una ruta por el cañón que evitaba las carreteras principales y a los fotógrafos que ocasionalmente merodeaban cerca de la PCH con la esperanza de pillar a algún famoso haciendo algo digno de mención.

La casa siempre estaba en silencio cuando ella llegaba. Amanda solía estar leyendo, siempre leyendo; los estantes del salón estaban llenos de una variedad ecléctica que abarcaba desde teoría económica y poesía hasta novelas victorianas y, en un descubrimiento memorable, un ejemplar muy sobado de una novela

romántica lésbica de principios de los 2000 sobre la que Amanda se había negado a hablar más allá de decir: «Me la dio Shane», con una rotundidad que descartaba cualquier otra pregunta.

Amanda leía como hacía todo lo demás: por completo, con toda su atención y un bolígrafo en la mano para hacer anotaciones al margen que Lina descubriría más tarde que a veces eran analíticas, a veces personales y, de vez en cuando, simplemente la palabra *no* escrita en firmes mayúsculas junto a una frase que el autor debería haber editado.

—Discutes con los libros —dijo Lina una tarde, leyendo por encima del hombro de Amanda mientras esta estaba sentada en el sillón orejero junto a la ventana con un libro de tapa dura sobre la desigualdad económica abierto en el regazo.

—Discuto con los malos razonamientos. El formato es irrelevante.

—Has escrito «absolutamente no» en el margen de la página cuarenta y siete.

—La tesis del autor sobre la política de goteo era empíricamente indefendible. Merecía la anotación.

—También has dibujado una carita triste.

Amanda cerró el libro. —Me sentía expresiva.

Lina se rió. Lo hacía cada vez más a menudo, reír en casa de Amanda, en presencia de Amanda, con la libertad que daba el estar en un espacio donde la jerarquía profesional se había suspendido y dos mujeres podían simplemente existir en la misma habitación sin el peso de los títulos, las dinámicas de poder y el juicio silencioso de todas las personas que alguna vez habían mirado a Lina y habían visto a la empleada junior, a la joven, a la mujer que Amanda Sterline había sacado de una pila de currículums y colocado frente a una mesa de conferencias llena de gente que le sacaba veinte años.

Aquí, en la casa de Malibú, Lina no era la estratega. Amanda no era la directora ejecutiva. Eran dos mujeres sentadas en la misma habitación a las ocho de la tarde de un miércoles, y la sencillez de aquello era tan radical que Lina a veces tenía que detenerse y respirar ante la extrañeza de sentirse ordinaria en presencia de una mujer que era cualquier cosa menos eso.

A Amanda se le daba constitucionalmente fatal descansar. Este fue el descubrimiento que más sorprendió a Lina, porque la Amanda de la sala de juntas proyectaba una quietud tan controlada que parecía tallada en algo permanente: granito, mármol, el tipo de material que no se inquieta. Pero la Amanda de la casa de Malibú era inquieta de formas que la sala de juntas nunca veía. Reordenaba los libros por autor después de haberlos ordenado por tema. Limpiaba las encimeras de la cocina que ya estaban limpias. Comprobaba el océano a través de las ventanas como si este pudiera haber cambiado de posición desde la última vez que miró.

—No puedes quedarte quieta —dijo Lina una tarde, observando a Amanda volver a doblar una manta que ya había doblado dos veces.

—Estoy quieta ahora mismo.

—Estás volviendo a doblar una manta que has doblado hace tres minutos.

Amanda miró la manta en sus manos con la expresión de quien es pillado en un acto que no era consciente de estar cometiendo. Dejó la manta en el sofá. Se sentó al lado de Lina. Aguantó catorce segundos antes de echar mano a una revista en la mesa auxiliar.

—Amanda.

—Estoy leyendo.

—Te estás escondiendo tras una revista de arquitectura.

—Es un artículo muy interesante sobre muros de carga.

Lina le quitó la revista. La dejó en el suelo. Puso la mano sobre la rodilla de Amanda y sintió la tensión en el músculo, tenso, vibrante, la energía contenida de una mujer que había estado en movimiento durante tanto tiempo que la quietud le parecía una caída libre.

—No sabes cómo parar —dijo Lina. No como un reproche. Con dulzura. De la forma en que se dice algo que has estado observando durante semanas y has decidido nombrar porque nombrarlo es una forma de cuidado.

Amanda se quedó callada. Su mandíbula se tensó. Su mano cubrió la de Lina sobre su rodilla; el agarre era firme, y cuando habló, su voz era baja y carecía del tono de la sala de juntas.

—Si paro, pienso.

—¿En qué piensas?

—En todo lo que he construido. En si ha valido la pena el coste. En si el coste ha sido... —Se detuvo. Su pulgar se movió sobre los nudillos de Lina, de un lado a otro, en un movimiento inconsciente y revelador—. En si quince años de ser muy buena estando sola me han convertido en alguien que no puede ser otra cosa.

Lina giró la mano y entrelazó sus dedos. —Estás siendo otra cosa ahora mismo.

—¿Lo estoy siendo?

—Estás sentada en un sofá conmigo. Sin portátil, sin teléfono, sin informes trimestrales. Solo sentada. Me encanta ver a la verdadera Amanda.

Amanda la miró. La luz de la lámpara era cálida en su rostro, y sus ojos grises estaban abiertos de una manera que la sala de juntas nunca permitía. No vulnerable, exactamente, pero sí indefensa. Los muros estaban ahí. Siempre estaban ahí. Pero Amanda se había dejado las puertas abiertas, y Lina las estaba atravesando tarde tras tarde, y la mujer al otro lado no era la Reina de Hielo ni la directora ejecutiva ni la reputación. Era simplemente Amanda. Inquieta, brillante, divertida de la forma más escueta imaginable, incapaz de estarse quieta sin reorganizar algo, y mirando a Lina con una expresión que decía que sabía que estaba siendo vista y que estaba aterrada y agradecida a partes iguales.

—Solo estamos sentadas —repitió Amanda. Y entonces, tras una pausa que duró tres latidos—: Esto es más difícil de lo que parece.

—Lo sé.

—Tú haces que parezca fácil.

—No es fácil. Simplemente se me da mejor fingir.

La boca de Amanda hizo un leve ademán. Aquella sonrisa fantasma. —A ti se te da mejor todo lo que tenga que ver con otras personas.

—Y a ti se te da mejor todo lo que tenga que ver con hojas de cálculo e intimidación.

—Es lo más bonito que me han dicho en todo el día.

—Son las nueve de la noche. El listón estaba bajo.

Amanda la besó. No fue el beso desesperado del pasillo del hotel ni el beso deliberado del despacho del ático. Fue algo nuevo: ligero,

cálido, el breve roce de boca contra boca que conllevaba afecto en lugar de urgencia. Amanda besaba del mismo modo que sonreía: rara vez, con precisión, como si cada vez fuera medida según un estándar que solo ella comprendía.

Lina le devolvió el beso y saboreó el café, la limpia calidez de la boca de Amanda y el rastro más tenue del chocolate negro que Amanda guardaba en el cajón de la cocina y del que comía exactamente dos onzas cada noche a las nueve. El beso se hizo más profundo sin que ninguna de las dos decidiera que debía ser así. La mano de Amanda en la nuca de Lina, los dedos de Lina deslizándose bajo el dobladillo de la sudadera de Amanda para encontrar la piel cálida; la escalada gradual que ocurría entre ellas con una química tan precisa que se sentía inevitable, como si sus cuerpos se hubieran estado comunicando en un idioma que sus mentes aún estaban aprendiendo a traducir.

Terminaron en el dormitorio de Amanda. Siempre terminaban en el dormitorio de Amanda, porque el dormitorio era donde Amanda estaba más desproteguida: las sábanas blancas, la habitación sobria, el océano audible a través de la ventana entreabierta, y el profundo silencio que descendía cuando Amanda dejaba de intentar controlar el espacio y permitía que el espacio la envolviera a ella.

—Quítate la ropa —dijo Amanda. No era una petición. No llegaba a ser una orden. Era la voz que habitaba en el registro intermedio entre ambas, baja y segura, la voz que Amanda utilizaba cuando había decidido algo y había terminado de deliberar—. Y túmbate.

Lina lo hizo. Mantuvo la mirada de Amanda mientras se desvestía, sin prisas, porque Lina no hacía nada por sumisión y todo por elección, y la elección era deliberada y plena, y comunicaba sin palabras que quería esto, que quería a Amanda, que quería exactamente lo que los grises ojos de Amanda prometían desde el otro lado de la habitación.

Se recostó sobre las sábanas blancas. Amanda la miró durante un largo momento, aún vestida, aún bajo control, todavía la mujer que dirigía juntas directivas y dominaba salas enteras, y que se había pasado quince años asegurándose de que nadie viera qué había tras su compostura. Pero sus ojos estaban oscurecidos y su

respiración era audible, y la compostura, aquí, en esta habitación, con Lina tendida en su cama y devolviéndole la mirada sin vacilar, era una actuación en la que ya ninguna de las dos creía.

Amanda se desvistió sin teatralidad. Se acercó a la cama y presionó su cuerpo entre los muslos de Lina, dejando caer su peso sobre ella con una parsimonia que hizo que a Lina se le cortara la respiración, y la besó. Un beso profundo, lento, el tipo de beso que tiene un destino y no tiene ninguna prisa por llegar. Las manos de Lina buscaron la espalda de Amanda, atrayéndola más cerca, y el sonido que emitió contra la boca de Amanda provocó un cambio visible en la expresión de esta: un oscurecimiento, un tensamiento, la mirada de una mujer que descubre que desear algo y tenerlo no eran tan diferentes como se había dicho a sí misma.

—Dios —susurró Amanda contra su boca—. No tienes ni idea.

—Cuéntamelo —dijo Lina.

Amanda se apartó lo justo para mirarla. La luz de la lámpara era cálida sobre la piel de Lina y los ojos grises de Amanda la recorrieron con una atención que no era clínica sino total, el interés enfocado y vulnerable de una mujer que se había pasado meses sin permitirse mirar y que ahora lo miraba todo. —Eres tan hermosa que hace que resulte muy difícil mantener la compostura.

Lina sonrió. —Entonces no la mantengas.

Amanda la besó bajando por la mandíbula. Por su garganta. La curva de su clavícula, su esternón, la piel suave bajo sus costillas. Besaba con la misma minuciosidad que aportaba a todo lo que consideraba importante, reconociendo el cuerpo de Lina del mismo modo que aprendía una estrategia: metódicamente, con atención, ajustándose a cada respuesta. La espalda de Lina se arqueó cuando la boca de Amanda encontró su pecho, succionando el pezón con una calidez que envió una corriente aguda y dulce directamente a través de su cuerpo.

—Amanda...

—Te tengo —murmuró Amanda contra su piel.

Sus manos separaron los muslos de Lina, firmes y seguras, y la besó bajando por el vientre con una paciencia que era su propia forma de intensidad. Los dedos de Lina se entrelazaron en el cabello

de Amanda. El océano se oía a través de la ventana. La habitación estaba caldeada. Y entonces la boca de Amanda estuvo donde Lina necesitaba que estuviera y el sonido que hizo Lina no fue el de la versión controlada y profesional de sí misma que existía en las salas de juntas y las sesiones de estrategia. Fue algo crudo y sin filtros que llenó la habitación por completo, y Amanda emitió un sonido bajo contra ella en respuesta que decía que aquello le resultaba devastador de la mejor manera posible.

Trabajaba con la precisión de una mujer que había prestado mucha atención y pretendía utilizar todo lo que había aprendido. Su lengua se movía en círculos lentos y deliberados, leyendo cada entrecortar del aliento de Lina, cada tensión en sus muslos, cada sonido involuntario que le indicaba qué estaba funcionando y qué estaba funcionando aún mejor. Cuando deslizó dos dedos dentro de Lina, el sonido que siguió fue inmediato y rotundo; Lina hundió la cabeza contra la almohada y apretó el agarre en el pelo de Amanda al borde del dolor.

—Por favor —jadeó Lina—. No pares. Por favor.

Amanda no paró. Construyó el ritmo con cuidado, curvando los dedos, manteniendo con su boca la presión que hacía que los muslos de Lina temblaran contra sus hombros. Fue minuciosa. Fue implacable. Y observaba el rostro de Lina con unos ojos grises que estaban oscuros, intensos y llenos de algo que no era satisfacción clínica, sino algo mucho más personal: el placer fiero y privado de una mujer que desmorona a la persona que ama.

—Llega para mí —dijo Amanda contra ella. En voz baja, segura, la voz que esperaba ser obedecida.

Lina se deshizo. Su cuerpo se arqueó sobre las sábanas, su mano agarró el cabecero de la cama y de su garganta salió un sonido que era el nombre de Amanda y poco más. Amanda la sostuvo durante todo el proceso, con las manos firmes en las caderas de Lina, con su boca suavizándose pero sin detenerse, prolongando cada último estremecimiento hasta que el cuerpo de Lina finalmente se relajó cálido contra las sábanas.

Regresó besando el vientre de Lina de nuevo. Sus costillas. La piel suave bajo su garganta. Cuando sus bocas volvieron a

encontrarse, el beso fue más lento, más profundo, con sabor a sal e intimidad y a esa calidez particular de dos personas que acaban de entregarse algo que no se puede recuperar.

—Te sientes increíble —dijo Lina cuando pudo volver a hablar. Su voz era ronca, su respiración aún desigual, sus manos recorrían la espalda de Amanda con la intención lenta y deliberada de alguien que no había terminado—. Déjame a mí.

Amanda se quedó inmóvil. La palabra «deja» era siempre la más complicada. Pero las manos de Lina eran cálidas y seguras, y el cuerpo de Amanda estaba diciendo cosas que su mente aún estaba procesando, y tras un momento Amanda exhaló, rodó sobre su espalda, miró al techo y dijo, en voz baja: —Sí.

Lina se tomó su tiempo. Tocó a Amanda con la misma atención enfocada que Amanda le había dedicado a ella: a fondo, específicamente, aprendiendo qué hacía que la respiración de Amanda se cortara, qué hacía que se aferrara a las sábanas y qué hacía que se presionara contra la mano de Lina con una necesidad que puenteaba cada defensa que tenía. Amanda estaba cálida y receptiva, y cuando finalmente llegó al clímax, fue con el nombre de Lina en los labios y sus ojos grises clavados en el rostro de Lina, abierta, deshecha y completamente presente.

Después, yacieron enredadas en la cálida oscuridad, el océano marcando el tiempo a través de la ventana, el latido de Amanda ralentizándose bajo la palma de Lina. Ninguna de las dos habló durante mucho tiempo. No había nada que necesitara decirse. La habitación las contenía.

Amanda se quedó dormida. Su respiración había pasado del ritmo superficial y alerta de la vigilia a la cadencia profunda y regular del sueño, y Lina podía sentir el pecho de Amanda subir y bajar contra su espalda, el brazo alrededor de su cintura pesado y cálido, el aliento en su cuello constante e inconsciente. Amanda dormía como lo hacía todo: por completo. Una vez que su cuerpo finalmente rendía la vigilancia del día, se hundía rápido y profundamente, y la mujer que no podía estarse quieta en un sofá estaba absolutamente inmóvil en sueños.

Lina se quedó tumbada en la oscuridad escuchando respirar a Amanda y mirando el océano a través de la ventana, agua negra, luz de luna plateada, la línea blanca de las olas rompiendo en la orilla, y sintió el peso de lo que estaba a punto de admitirse a sí misma asentarse en su pecho como algo cálido, pesado y permanente.

Quería que esto fuera real.

No las noches robadas y los mensajes cuidadosos y las llegadas por separado y la ficción profesional que mantenían en la oficina, donde Lina decía «señorita Sterline» y Amanda decía «señorita Reyes» y ninguna de las dos miraba a la otra más tiempo del que el profesionalismo permitía. No el secreto. Lo real. Lina quería mañanas de sábado en la terraza y tardes de miércoles en el sofá y la calidez constante de la mano de Amanda rodeando la suya y el humor seco que llegaba sin previo aviso y la forma en que Amanda la miraba cuando las murallas caían: abierta, aterrorizada, deseosa.

Quería ser la pareja de Amanda Sterline. No su secreto. Su pareja.

El deseo era enorme. Llenaba el pecho de Lina y presionaba sus costillas y hacía que su respiración fuera desigual en la habitación oscura mientras Amanda dormía a su lado, ajena a todo, con el brazo alrededor de la cintura de Lina atrayéndola más cerca en un gesto inconsciente que decía más sobre los sentimientos de Amanda que cualquier cosa que Amanda hubiera dicho nunca en voz alta.

Y bajo el deseo, plegado en su interior como una nota escondida en un sobre: el miedo.

Porque querer que esto fuera real significaba arriesgar aquello que lo hacía seguro. El secreto las protegía a ambas, les daba la libertad de ser tiernas sin el escrutinio, de ser honestas sin las consecuencias, de construir lo que fuera que esto era en la quietud y la oscuridad donde nadie podía verlo y nadie podía arrebatárselo. Hacerlo real significaba exponerlo. A la junta. Al sector. A cada persona que miraría a Lina Reyes y vería a una mujer de veintisiete años acostándose con su directora general y reduciría todo lo que habían construido a una transacción.

Lina cerró los ojos. El brazo de Amanda se apretó alrededor de su cintura, y ese apretón fue inconsciente, instintivo, el agarre

reflejo de una mujer dormida que sostiene algo que no está dispuesta a soltar. Lina se presionó contra el calor de Amanda y sintió la sólida longitud de su cuerpo, el músculo magro, las piernas largas, la geografía de una mujer que Lina había memorizado con sus manos y su boca a lo largo de semanas de noches como esta.

Estaba asustada. Estaba asustada por lo mucho que deseaba, por lo específico que se había vuelto ese deseo, por el hecho de que en algún momento de las semanas de cafés de sábado y sofás de miércoles y la fluidez evolutiva de sus cuerpos en la oscuridad, Lina Reyes había dejado de enamorarse de Amanda Sterline y había llegado al fondo.

Estaba aquí. Estaba enamorada. Y el amor no era ese sentimiento elevado y cinematográfico que había imaginado cuando era más joven. Era silencioso y pesado y se asentaba en su pecho como una piedra que cargaría a todas partes, porque dejarla ya no era una opción.

Afuera, el Pacífico seguía su curso. Dentro, Amanda dormía, y Lina yacía despierta en los brazos de una mujer que no podía pronunciar la palabra *amor* y que quizá nunca fuera capaz de hacerlo, y la distancia entre lo que Lina sentía y lo que Amanda podía expresar era el espacio más solitario que jamás hubiera ocupado.

Hundió la cara en la almohada. Respiró. No se durmió hasta mucho tiempo después.

14

AMANDA

Amanda se dio cuenta un lunes por la mañana, de pie frente al espejo del baño en su casa de Malibú con un cepillo de dientes en la mano y el Pacífico visible tras el ventanal a sus espaldas.

Estaba tarareando.

Se detuvo. Se quedó mirando su reflejo: una mujer de cuarenta y dos años con una camiseta blanca y pantalones cortos de dormir, el pelo suelto, la cara lavada y el cepillo de dientes suspendido en un ángulo que sugería que el tarareo había interrumpido un proceso que estaba realizando en piloto automático. No recordaba la última vez que había tarareado. No era una persona que tararease. Tararear era algo no planificado, incontrolado, el equivalente vocal de un cuerpo que se mueve sin el permiso de la mente, y el cuerpo de Amanda no hacía cosas sin el permiso de su mente. Esa era precisamente la cuestión.

Se cepilló los dientes. No volvió a tararear. Se vistió para la oficina —traje marengo, blusa color crema—, poniéndose la armadura pieza a pieza en el mismo orden que había mantenido durante años, y condujo hacia el trabajo por la PCH con las ventanillas subidas, la radio apagada y el silencio tenso de una

mujer que prestaba mucha atención a su propio interior y a la que no le gustaba lo que estaba encontrando.

Estaba feliz.

La felicidad se asentaba en su pecho como algo que hubiese tragado sin masticar: presente, innegable, alojada en un lugar que podía sentir con cada inspiración. Se había ido gestando durante semanas; cada sábado por la mañana y cada miércoles por la tarde le añadían peso, y Amanda la había visto crecer con la cautela de una mujer que comprendía que la felicidad, según su experiencia, no era un destino, sino una trampa. Un preludio. La parte blanda antes de la hoja del cuchillo.

Había sido feliz con Catherine. Durante dos años había sido feliz, de forma estúpida e imprudente, esa clase de felicidad que te hace olvidar vigilar el perímetro, y la felicidad había sido el instrumento de la traición, porque Catherine había necesitado que Amanda fuera feliz para mantenerla ciega. Y la felicidad funcionó exactamente como se pretendía hasta la mañana en que Amanda entró en una reunión de la junta y descubrió que cada temor privado que había compartido en la cama había sido transcrito, catalogado y distribuido a los hombres que intentaban arrebatarle su empresa.

Amanda entró en el aparcamiento de Sterline Technologies y se quedó sentada en el coche con el motor apagado durante treinta segundos, respirando. Las paredes de hormigón eran grises. Las luces fluorescentes zumbaban. El garaje olía a aceite de motor y al caucho de neumáticos caros. Respiró aquel aire industrial y se obligó a pensar en el hecho de que la felicidad era un dato, no una conclusión. Que sentirse bien no significaba estar a salvo. Que esa calidez que se extendía reconfortante por su pecho cada vez que Lina le sonreía desde el otro lado de una habitación no era prueba de nada, excepto de su propia capacidad de reincidencia.

Subió. El ascensor estaba vacío; el trayecto de treinta y siete pisos fue una cápsula vertical de silencio donde consultó el móvil (ningún mensaje de Lina, lo cual era correcto, era el protocolo que habían establecido, y Amanda lo odiaba), se ajustó los puños de la americana y compuso el rostro que llevaría puesto durante las próximas doce horas. Para cuando las puertas se abrieron en la

planta ejecutiva, Amanda Sterline estaba plenamente operativa. La directora ejecutiva salió de la cabina. La mujer que tarareaba se quedó atrás.

Dirigió una reunión matutina con el control y el desapego que la sala esperaba, y cuando Lina presentó las métricas de integración de la Fase 3, de pie a la cabecera de la mesa de conferencias con una americana azul, su pelo oscuro recogido y sus ojos castaños brillantes con el enfoque feroz que aplicaba a los datos, Amanda sintió que la felicidad subía por su pecho como una marea entrante. La aplastó con el peso de su compostura profesional y dijo: —Son cifras sólidas, Srta. Reyes. Explíqueme las tasas de conversión.

La formalidad le supo mal en la boca. Llevaba semanas sabiéndole mal. El protocolo de *Srta. Reyes*, la distancia profesional, la cuidadosa coreografía de dos mujeres fingiendo que no habían pasado la noche anterior en el sofá de Amanda con una botella de vino y una conversación sobre novelas victorianas que había terminado con la mano de Amanda en el pelo de Lina y la risa de Lina cálida contra su cuello. El fingimiento era necesario. Amanda sabía que era necesario. La necesidad no hacía que supiera menos a algo que se estaba obligando a tragar a la fuerza.

Estaba más aguda en las reuniones. También notó esto, como lo notaba todo sobre sí misma, de forma clínica, desde la distancia, con el ojo evaluador de una mujer que había pasado su carrera supervisando su propio rendimiento. Sus respuestas eran más rápidas. Su análisis, más fluido. El cansancio leve que había vivido detrás de sus ojos durante años, ese agotamiento que no procedía del exceso de trabajo sino del esfuerzo sostenido de estar sola, se había disipado, y en su lugar había una claridad que no había experimentado desde antes de Catherine. Pensaba mejor. Hablaba mejor. Tomaba decisiones con una confianza que se sentía ganada en lugar de actuada, y la diferencia era tan marcada que estaba segura de que los demás podían verla.

Vigilaba la felicidad con recelo. La rodeaba como a algo que pudiese estar vivo, buscando debilidades, buscando el coste oculto. Dirigía reuniones. Revisaba contratos. Se quedaba de pie ante el ventanal de su oficina a las siete de la tarde viendo la ciudad

iluminarse a sus pies y pensaba en la boca de Lina y en la risa de Lina y en la forma en que Lina decía *Amanda* con las vocales suaves y una calidez sin filtros, y pensaba: *Así es como empieza. Así es exactamente como empezó la otra vez. Te sientes bien, confías en el sentimiento, y el sentimiento se convierte en una habitación en la que vives, y entonces alguien le prende fuego a la habitación.*

Pero el pensamiento había perdido parte de su mordiente. Amanda también notó esto. El miedo seguía ahí, grabado a fuego, estructural, integrado en los cimientos de todo lo que había construido desde Catherine, pero había cambiado de forma. Se había desplazado. Apuntaba en una dirección que ella no había previsto.



Shane apareció en su oficina a las once de la mañana de un jueves con dos cafés y la expresión que ponía cuando estaba a punto de decir algo que ella no querría oír. Amanda conocía esa expresión. La había recibido durante ocho años, normalmente cuando Shane tenía información que era a la vez verdadera e inconveniente, lo cual era, según la experiencia de Amanda, el único tipo de información que valía la pena tener.

—Cierra la puerta —dijo Amanda.

Shane cerró la puerta. Dejó un café sobre el escritorio y se sentó en la silla frente a ella con sus largas piernas cruzadas y el rostro dispuesto en la cuidada neutralidad de un hombre que quería a su amiga y estaba a punto de decirle algo que la enfadaría.

—Anoche cené con Richard Nakamura —dijo. Richard formaba parte de la junta de Sterline Technologies. Tenía sesenta y tres años, se había formado en Harvard y poseía esa rara combinación de inteligencia y lealtad institucional que lo hacía valioso para Amanda y peligroso para todos los demás.

—¿Y?

—Mencionó a Lina.

El nombre golpeó el pecho de Amanda antes de llegar a su cerebro. El impacto fue inmediato, un apretón rápido e involuntario tras el esternón, la firma física de una mujer que escucha algo privado pronunciado en voz alta en un contexto profesional. Su mano sobre la taza de café se quedó inmóvil. La inmovilidad fue pequeña, una fracción de segundo, un aliento contenido, pero Shane la vio, porque Shane llevaba ocho años leyendo a Amanda y conocía la diferencia entre su inmovilidad profesional y la de otro tipo.

—La mencionó de forma positiva —continuó Shane—. Está impresionado con Élévation. Todo el mundo lo está. Las cifras son notables y la prensa ha estado... ya conoces a la prensa. Les encanta una mujer joven con una historia de éxito rotundo.

—Esta conversación tiene un objetivo. Ve al grano.

Shane dio un sorbo a su café. Sus ojos oscuros eran firmes, cálidos, portadores del afecto constante que era la base de su amistad. Había visto a Amanda en sus peores momentos y en los más reservados, y se había quedado a su lado a pesar de todo.

—Hay conversaciones a nivel de la junta sobre por qué una estratega de primer año de veintisiete años ha recibido el control de una división de lujo en declive por parte de una CEO que nunca, en quince años, ha delegado la autoridad de marca en nadie por debajo del nivel de vicepresidencia. —Shane hizo una pausa. Dejó que las palabras calaran—. Las conversaciones son elogiosas. Por ahora. Richard usó la palabra «protegida». El artículo de Danielle no ayudó; la foto, el perfil, la implicación de que Lina es un descubrimiento personal tuyo. La imagen que se proyecta es...

—¿La imagen es qué?

—La imagen es manejable si no hay nada que manejar. —Shane le sostuvo la mirada—. ¿Hay algo que manejar, Amanda?

La pregunta fue directa. Las preguntas de Shane siempre eran directas. Por eso lo mantenía cerca, por eso confiaba en él cuando no confiaba en casi nadie más, por eso era la única persona en su vida profesional autorizada a sentarse en su despacho y preguntarle algo que no quería responder.

Amanda miró a su mejor amigo al otro lado del escritorio y tomó una decisión que más tarde reconocería como la primera grieta en

los cimientos de todo lo que estaba a punto de construir.

—No —dijo—. No hay nada que manejar.

Sostuvo la mirada de Shane mientras lo decía. La sostuvo como sostenía una junta directiva: directamente, sin pestañear, con la autoridad absoluta de una mujer que llevaba quince años mintiendo a directivos y a la que nunca habían pillado. La diferencia era que nunca le había importado si las juntas directivas la creían. Le importaba si Shane la creía, y ese interés hizo que la actuación fuera más convincente y el coste más severo.

La mentira le supo a ceniza. No le había mentido a Shane en ocho años. Había ocultado, desviado, redirigido; todas las herramientas de una mujer que mantenía la privacidad mediante la omisión estratégica en lugar de la fabricación, pero no había mentido. La mentira se asentó en su boca y quemó.

Shane la estudió. Su expresión no cambió. Tenía demasiada experiencia, era demasiado amable y demasiado cuidadoso con las cosas que amaba para llamarla mentirosa a la cara. Pero sus ojos cambiaron, y Amanda vio en ellos el conocimiento de que no la creía y la decisión de no presionar.

—Bien —dijo—. Porque si hubiera algo que manejar, tendrías que manejarlo tú antes de que alguien más decidiera manejarlo por ti.

Se marchó. El café se enfrió sobre el escritorio de Amanda. Ella no lo bebió. Se quedó ante el ventanal mirando la ciudad y sintió que la felicidad en su pecho se agriaba hasta convertirse en otra cosa. No era miedo, no exactamente, sino la náusea lenta de una mujer que acaba de darse cuenta de que el peligro no está donde esperaba que estuviera.

El miedo se había desplazado.

Durante semanas, el miedo de Amanda había sido por sí misma, por el riesgo para su reputación, su empresa, su arquitectura de invulnerabilidad meticulosamente mantenida. Pero allí de pie ante el ventanal, con las palabras de Shane asentándose en su pecho como agua fría, el primer pensamiento de Amanda no fue sobre Amanda.

Su primer pensamiento fue sobre Lina.

Qué le pasaría a Lina si esto salía a la luz. No a Amanda. Amanda había sobrevivido a una OPA hostil, a una traición y a quince años de

ser la mujer más visible en una industria que castiga la visibilidad en las mujeres. Amanda sobreviviría a un escándalo. Tenía los recursos, la reputación y el poder institucional para capear el temporal. Pero Lina tenía veintisiete años. Lina llevaba en Sterline Technologies cuatro meses. Toda la carrera de Lina, cada puerta que había abierto mediante su talento, su inteligencia y la feroz ética de trabajo que había construido para escapar de la historia de su madre, sería reescrita. Se convertiría en la mujer que se acostaba con su jefa. Cada métrica, cada estrategia, cada cifra que se había ganado por su propia capacidad se atribuiría a la relación, y la atribución sería una mentira, pero la mentira sonaría más fuerte que la verdad, porque las mentiras sobre mujeres jóvenes ambiciosas siempre lo hacían.

Amanda presionó las palmas de las manos contra el cristal. La ciudad brillaba bajo ella. En algún lugar de aquel edificio, Lina estaba trabajando, probablemente en la sala de guerra con Priya y Marcus, probablemente a mitad de una frase, probablemente con esa misma expresión que ponía cuando estaba construyendo un argumento: el ceño fruncido, el labio inferior atrapado entre los dientes, esa intensidad concentrada que Amanda una vez confundió con ambición y que ahora reconocía como algo más fundamental. Entrega. Lina se entregaba al trabajo como se entregaba a todo: por completo, con toda su atención, sin reservarse nada.

Y Amanda lo estaba poniendo todo en riesgo. Cada hora que pasaban juntas, cada mensaje, cada tarde en Malibú, cada noche en la cama de Amanda; cada momento era una prueba que podía usarse para desmantelar la carrera de Lina. Amanda lo sabía porque lo había visto suceder. Había visto a Catherine usar información privada como moneda de cambio, había visto los engranajes de la destrucción funcionar con la frialdad de una máquina, y sabía, sabía en la médula de sus huesos, que el sistema no necesitaba malicia para destruir a alguien. Solo necesitaba información.

La felicidad en el pecho de Amanda seguía ahí. Pero ya no era cálida. Pesaba, y el peso era el de la responsabilidad, y Amanda comprendió con una claridad que le hizo doler la mandíbula que no podía tener ambas cosas. No podía tener a Lina y mantener a Lina a

salvo. Las cuentas eran sencillas. Las cuentas siempre son sencillas. Son los sentimientos los que lo complican todo.

Esa noche, se sentó ante su escritorio y redactó un mensaje para Lina. Lo escribió tres veces. La primera versión era sincera: *Tengo que hablar contigo sobre algo.* Lo borró. La segunda versión era clínica: *Deberíamos discutir la situación.* También lo borró. La tercera versión fue la que envió: *Lo de esta noche queda pendiente. Reunión con la junta mañana temprano.*

Nueve palabras. Profesional. Limpio. El tipo de mensaje que cualquiera podría leer —un miembro de la junta, un periodista, un abogado— y que no significaría nada. El tipo de mensaje que borraba a la mujer que había estado tumbada en un sofá en Malibú hacía dos días con la cabeza de Lina sobre su hombro, leyendo en voz alta una colección de poesía que fingía no poseer.

La reunión de la junta era real. La excusa para no verse, no.

Durante los días siguientes, Amanda empezó a distanciarse. No de forma dramática; Amanda no hacía nada de forma dramática; se había pasado toda su vida adulta asegurándose de que el drama fuera algo que les sucedía a los demás. Pero lo hizo en pequeños y cuidadosos incrementos. Contestaba a los mensajes cuarenta minutos tarde en lugar de a los veinte. Volvió a posponer lo del miércoles. Volvió a posponer lo del sábado. Citó a la junta, la expansión, la preparación del cuarto trimestre, y cada excusa era plausible y cada excusa era una mentira y cada mentira dejaba un sabor metálico en su lengua que eliminaba con un café que no disfrutaba.

Se decía a sí misma que era protección. Se decía que estaba protegiendo a Lina, blindando su carrera, su reputación, su futuro, mediante la creación de esa distancia que las mantendría a ambas a salvo. Se decía que así era como se veía el amor cuando eras Amanda Sterline: no cercanía, sino arquitectura. Construir los muros que mantenían a las personas que te importaban fuera del radio de la explosión.

Se decía eso. No se lo creía. Pero era muy buena actuando según las conclusiones a las que había llegado, independientemente de lo que dijeran las pruebas, y las pruebas —el dolor en su pecho cuando

el nombre de Lina aparecía en su teléfono, cómo su oficina se sentía vacía a las siete de la tarde cuando el edificio estaba en silencio y Lina no estaba sentada en el sofá de cuero con un bolígrafo en la mano y el labio inferior entre los dientes— eran algo que archivaba en *reconocido, no ejecutable* y seguía ignorando.

El viernes por la noche, Lina escribió: *¿Sigue en pie lo del sábado?*

Amanda miró el mensaje durante cuatro minutos. Podía imaginar a Lina enviándolo, probablemente sentada en su cama en el apartamento de Silver Lake, descalza, con el móvil sujeto con ambas manos y sus ojos castaños fijos en la pantalla mientras esperaba. Lina no añadiría nada más. No presionaría. Enviaría la pregunta y esperaría, porque Lina comprendía que empujar a Amanda hacia algo era la forma más rápida de hacer que Amanda retrocediera.

Amanda escribió: *La preparación para la junta se está alargando. ¿La semana que viene?*

Aparecieron los tres puntos. Desaparecieron. Aparecieron de nuevo.

VALE

Una palabra. Sin argumentos. Sin reproches. Solo un *vale*, la misma palabra que Lina había usado en la habitación del hotel en Malibú, la palabra que significaba *veo lo que estás haciendo y no voy a pelear contigo por ello porque pelear es tu lenguaje y me niego a hablarlo.*

Amanda dejó el teléfono boca abajo sobre su escritorio. Presionó las palmas de las manos contra la madera, respiró y escuchó cómo el edificio se asentaba a su alrededor, sintiendo que la distancia que estaba creando se abría como una herida que ella misma se infligía y a la que llamaba cirugía.

La distancia creció. Amanda dejó que creciera. Se quedó en su oficina, en lo alto de un edificio que ella había construido, y observó la ciudad a sus pies mientras se decía que aquella era la opción responsable, la opción adulta, la opción que demostraba que había aprendido la lección de Catherine.

La felicidad seguía ahí. Pero empezaba a parecerse a otra cosa. Algo con bordes más afilados y un centro hueco.

Amanda lo reconoció. Lo había visto antes, en su propio reflejo, en mañanas en las que el café se enfriaba y el océano no ofrecía opiniones.

Era soledad.

Simplemente se había vuelto muy buena llamándola de otra manera.

15

LINA

Lina notó la primera ausencia un viernes.

Fue algo sutil. Un mensaje que llegó con cuarenta minutos de retraso en vez de veinte, redactado con el registro profesional que Amanda usaba para los correos electrónicos en lugar de la taquigrafía escueta y seca que había desarrollado para Lina. *La preparación para la junta se está alargando. ¿La semana que viene?* Lina había leído el mensaje en su coche, en el aparcamiento, con los fluorescentes zumbando sobre ella y el motor todavía caliente; tecleó *Vale*, guardó el teléfono en el bolso y condujo hasta casa a través de la ciudad en penumbra con una sensación en el pecho a la que no podía poner nombre y que ni siquiera intentó identificar.

La segunda ausencia llegó tres días después. Una reunión con Amanda sobre el cronograma de la Fase 3, una reunión que la propia Amanda había programado, fue delegada en Marcus sin mediar explicación. Lina se sentó frente a Marcus y habló de métricas de marca, proyecciones de plazos y posicionamiento en el mercado; Marcus era competente y minucioso, pero no era Amanda, y la ausencia de esta en la sala era una presencia propia: la silla vacía en la cabecera de la mesa, el leve residuo de perfume de jazmín que impregnaba la tapicería tras meses de reuniones, esa

cualidad eléctrica de la atención que la sala poseía cuando Amanda estaba en ella y que desaparecía cuando no estaba.

La tercera ausencia fue un sábado. Amanda le mandó un mensaje a las siete de la mañana: *Ha surgido algo. ¿Podemos posponerlo?*. Lina ya estaba vestida, ya tenía las llaves del coche en la mano, ya llevaba la novela que había estado leyendo en el sofá de Amanda durante las últimas tres semanas con la esquina de la página 214 doblada porque Amanda, que anotaba en los márgenes con bolígrafo y dibujaba caras fruncidas junto a los argumentos mediocres, no tenía marcapáginas.

Lina volvió a colgar las llaves en el gancho. Dejó el libro sobre la encimera. Se quedó de pie en su cocina de Silver Lake, con la luz de la mañana entrando por la ventana y el limonero visible en el jardín del vecino, y la comprensión silenciosa y deliberada de que Amanda se estaba distanciando.

Esperó.

Fue una decisión que Lina tomó con los ojos bien abiertos. Esperó porque presionar a Amanda hacia la honestidad era como empujar agua cuesta arriba: requería un esfuerzo inmenso, resultaba fútil al final y te garantizaba acabar empapada. Esperó porque había observado el patrón de Amanda lo suficiente como para entender su arquitectura: cuando Amanda se sentía insegura, se refugiaba en la estructura. Cuando se sentía vulnerable, levantaba muros. Cuando sentía algo que no podía controlar, pasaba a controlarlo todo lo demás: su agenda, su proximidad, la temperatura de sus mensajes. Y cuando alguien presionaba durante esa retirada, Amanda no cedía. Se reforzaba.

Así que Lina esperó. Fue a trabajar. Dirigió sesiones de estrategia de la Fase 3 con el equipo. Se reunió con Priya para la renovación visual, con Marcus para la optimización de la conversión y con Danielle para el canal de relaciones públicas, y cumplió con su labor con la competencia focalizada que siempre había aportado, porque el trabajo era suyo, siempre lo había sido y seguiría siéndolo independientemente de lo que ocurriera en la casa de Amanda en Malibú, en el despacho de Amanda en el ático o en la cama de Amanda.

Esperó una semana. Luego dos.

Durante la primera semana, se dijo que Amanda estaba ocupada. Amanda siempre estaba ocupada. Aquella mujer dirigía una empresa que cotizaba en bolsa, formaba parte de tres juntas del sector y mantenía un ritmo que habría mandado al hospital a cualquiera con menos disciplina. Estar ocupada era el estado natural de Amanda. El ajetreo era el agua en la que nadaba, y la ausencia de los miércoles por la tarde y los sábados por la mañana podía explicarse por la revisión de la expansión de la junta, la preparación del cuarto trimestre y los otros cien compromisos que consumen el tiempo de un director ejecutivo.

En la segunda semana, la explicación dejó de funcionar. Porque Amanda no estaba simplemente ocupada. Amanda era precisa, y la precisión de su retirada era lo que la delataba: cómo reprogramaba en lugar de cancelar directamente, cómo sus mensajes llegaban en intervalos que parecían medidos en lugar de orgánicos, cómo mantenía la relación profesional con una consistencia tan impecable que la ausencia de la privada se convirtió en una declaración en sí misma. Amanda no se estaba olvidando. Estaba haciendo una criba.

Los mensajes escasearon. El sábado se pospuso de nuevo. El miércoles se canceló. Las interacciones profesionales de Amanda no variaron. Asistía a las reuniones, revisaba informes, hablaba con Lina al otro lado de las mesas de juntas con la autoridad serena que se esperaba de ella, pero la arquitectura privada se había quedado en silencio. Ni tardes en el sofá. Ni café por la mañana. Ni anotaciones secas al margen ni conversaciones sobre novelas victorianas ni la presión suave y cálida de los labios de Amanda contra la sien de Lina al final de una noche en la que no habían hecho nada más dramático que estar sentadas en la misma habitación.

El silencio no era hostil. No era frío. Era peor que ambas cosas: era precavido. Amanda estaba teniendo cuidado con Lina como lo tenía con todo aquello que había decidido proteger, y Lina comprendió, con meses de fluidez ganada a pulso en el miedo de Amanda, que esta no se estaba marchando. Se estaba fortificando. Levantando más los muros, sellando las puertas, volviendo la

arquitectura impenetrable para que nadie pudiera entrar y utilizar lo que encontrase.

Incluida Lina.

Al decimoquinto día, un jueves soleado, una de esas tardes luminosas de California que hacían que las ventanas de la oficina resplandecieran con la luz reflejada, Lina dejó de esperar. Había alcanzado el límite de lo que la paciencia podía lograr, y el límite se sentía como estar al borde de algo y elegir saltar en lugar de esperar a que te empujaran.



La reunión trimestral terminó a las cuatro y doce. La sala de conferencias se vació en el orden habitual: primero el personal subalterno, luego los directores de departamento y después el contingente de vicepresidentes que se demoraba junto a la puerta intercambiando observaciones que nadie había sido lo bastante valiente de hacer durante la reunión. Amanda se quedó atrás, como hacía a menudo, revisando las notas de la sesión con la atención focalizada de una mujer que confiaba más en los datos que en la memoria.

Lina esperó hasta que la sala quedó vacía. Esperó hasta que se cerró la puerta. Caminó hacia la mesa de juntas donde Amanda estaba de pie con una tableta en una mano y un bolígrafo en la otra, con esa expresión de concentración que ponía cuando estaba reorganizando información en su cabeza: el ceño ligeramente fruncido, la mandíbula apretada, los ojos moviéndose por la pantalla con el rastreo rápido y sistemático de una mujer que procesaba datos como otros procesan el aire.

—Tenemos que hablar —dijo Lina.

Amanda no levantó la vista. —Sobre el cronograma de expansión de la Fase 3, Marcus tiene las proyecciones actualizadas...

—No es sobre la Fase 3.

Amanda levantó la mirada. Sus ojos grises se encontraron con los de Lina a un metro de distancia sobre la mesa de juntas pulida, y la

expresión en ellos era controlada, calmada, y manteniendo el registro gélido que Amanda desplegaba cuando quería que una conversación permaneciera en lo profesional: fresca. No fría. Tan fresca como su apretón de manos y su voz, pues todo el aparato de Amanda Sterline estaba diseñado para ser distante, manteniendo la separación a través de la temperatura en lugar de la hostilidad, porque con la hostilidad se puede discutir, pero con la temperatura no.

—Lina. —Amanda dejó la tableta. Su voz era plana. Medida. El registro de la sala de juntas, afinado para conversaciones profesionales en salas con paredes de cristal y sin privacidad—. Este no es el lugar.

—¿Y cuál es el lugar? ¿Tu despacho? ¿Tu casa? Porque llevas dos semanas cancelando ambos.

Las palabras flotaron en la sala sin ira. Lina no había venido a pelear. Ella no se peleaba con Amanda, nunca lo había hecho; había aprendido pronto que la respuesta de Amanda ante la confrontación era volverse más controlada, más precisa, más defendida arquitectónicamente, hasta que la mujer tras los muros estaba tan aislada que nada podía alcanzarla.

Lina no había venido a alcanzarla a través de los muros. Había venido a pedirle a Amanda que abriera la puerta.

—He estado preparándome para la revisión de la expansión de la junta —dijo Amanda. La explicación fue fluida, pronunciada con la soltura de alguien que la había estado preparando, ensayando probablemente, del mismo modo que Amanda ensayaba todo, construyendo las frases antes de que fueran necesarias para que estuvieran disponibles cuando se requiriesen—. El cronograma se ha comprimido. Te pido perdón si mi agenda ha resultado...

—Amanda. —Lina pronunció el nombre en voz baja. A propósito. El nombre de pila, no el cargo, dicho en el tono que usaba en la casa de Malibú y en el despacho del ático y en cualquier otro espacio donde la ficción del profesionalismo se hubiera suspendido—. ¿Qué está pasando entre nosotras?

La pregunta fue directa. Lina la hizo así a propósito porque las preguntas indirectas le daban a Amanda margen de maniobra, y

Amanda podía maniobrar a través de preguntas indirectas como un piloto de combate por el cielo abierto: sin esfuerzo, instintivamente, usando el espacio para evitar el contacto.

La mandíbula de Amanda se tensó. Un pequeño músculo se agitó bajo la piel en la comisura de su boca, la señal que Lina había aprendido a leer tras meses estudiando el rostro que Amanda mostraba al mundo y el que no mostraba a nadie. La señal que significaba que Amanda estaba componiendo una respuesta que no quería dar.

—No sé a qué te refieres. —Amanda volvió a coger la tableta. El gesto fue deliberado, un desvío físico, el cuerpo ejecutando un regreso al trabajo al que la mente aún estaba decidiendo si entregarse—. Tenemos una relación profesional productiva. Si te preocupa el horario de las reuniones, puedo hacer que Lina coordine...

—Acabas de llamarme Lina en una frase en la que intentabas referirte a mí como una tercera persona.

La mano de Amanda sobre la tableta se quedó quieta.

La sala estaba en silencio. Las paredes de cristal mostraban la planta vacía al otro lado: moqueta gris, luces del techo iniciando su ciclo de atenuación vespertino, la silueta distante de un carrito de limpieza al final del pasillo. El edificio se estaba vaciando. El sonido ambiental de un día de trabajo —teléfonos, pasos, el sordo rumor de la actividad humana— se desvanecía en la quietud de la tarde que Lina asociaba con reuniones tardías, umbrales de oficinas y cualquier otro espacio liminal donde la compostura de Amanda se había agrietado lo suficiente como para mostrar a la mujer que había debajo.

—Sé lo que estás haciendo —dijo Lina. Su voz era firme, pero la firmeza le estaba costando. Podía sentir el esfuerzo en su mandíbula, en sus hombros, en el control deliberado de su respiración—. Te estás alejando. Lo estás haciendo con cuidado, de forma incremental, usando tu agenda como aislante, y esperas que, si lo haces lo bastante despacio, no me daré cuenta o aceptaré la excusa.

—No hay ninguna excusa. Hay una agenda.

—Hay un patrón. La agenda es la excusa y el patrón es que te alejas de cualquier cosa que te haga sentir algo que no puedes controlar.

Amanda soltó la tableta. Soltó el bolígrafo. Se quedó de pie tras la mesa de juntas con las manos planas sobre la superficie y sus ojos grises sosteniendo los de Lina con la intensidad controlada de una mujer que estaba siendo descubierta y que estaba furiosa por ello; no con Lina, sino con el propio hecho de ser vista, con el hecho de que alguien la hubiera conocido lo suficiente como para identificar su retirada en tiempo real.

—Esta conversación no es apropiada para el lugar de trabajo —dijo Amanda. Su voz era firme. Sus manos sobre la mesa estaban firmes. Todo en ella era firme, y esa firmeza era lo más condenatorio, porque Lina había sostenido a esa mujer mientras temblaba y había escuchado esa voz cuando se quebraba y sabía, con absoluta certeza, que la firmeza no era calma. Era una armadura.

—Tienes razón —dijo Lina—. No es apropiada para el lugar de trabajo. Pero te has asegurado de que no pueda ocurrir en ningún otro sitio.

Las palabras impactaron. Lina vio el impacto: el brevísimo ensanchamiento de los ojos de Amanda, el ligero tirón en la comisura de su boca, el estremecimiento casi imperceptible que cruzó su rostro y fue suprimido en el mismo instante. Amanda recibió la verdad como recibía todo lo que dolía: absorbiéndolo completamente y sin mostrar nada.

—Creo que deberíamos mantener los límites profesionales —dijo Amanda—. Por el bien de ambas.

—¿Por el bien de quién exactamente? ¿Del tuyo? ¿O me vas a soltar ahora que es por el mío?

Amanda no dijo nada. Su silencio fue una respuesta. La sala estaba tan callada que Lina podía oír el aire acondicionado, el leve zumbido electrónico de la pantalla de la sala de juntas y el sonido de sus propios latidos en sus oídos, rápidos y pesados.

Lina esperó. Le dio a Amanda diez segundos para decir algo honesto. La mandíbula de Amanda se movió. Sus ojos ardían con

algo que la sala de juntas nunca había presenciado. No era ira, ni frialdad, sino la angustia pura de una mujer que estaba haciendo daño a alguien que le importaba y no podía parar porque detenerse requeriría pronunciar palabras que llevaba más de una década asegurándose de no necesitar nunca.

Amanda no dijo nada.

Lina cogió su bolso de la silla donde lo había dejado. Miró a Amanda, de pie tras la mesa de juntas bajo la luz tenue, con las manos planas sobre la madera pulida, los ojos grises fijos y angustiados y completa, perfectamente controlada, y la imagen rompió algo en el pecho de Lina. No su corazón, todavía no, sino lo último que le quedaba de paciencia.

—Cuando aclares si soy algo que deseas o algo que estás gestionando —dijo Lina—, ya sabes dónde encontrarme.

Salió de la sala de juntas. Caminó por la planta vacía con el bolso al hombro y sus zapatos resonando sobre el cemento pulido, con su reflejo moviéndose en las paredes de cristal de los despachos por los que pasaba sin mirar. Llegó el ascensor. Pulsó el botón del vestíbulo. Las puertas se cerraron y se quedó sola en la caja de paredes de latón, con su reflejo devolviéndole la mirada: pelo oscuro, americana azul, ojos marrones que estaban secos porque Lina Reyes no lloraba en los ascensores.

Lloró en el coche.

Consiguió llegar al aparcamiento, a su coche, al asiento del conductor con la puerta cerrada y el motor apagado y las paredes de hormigón gris a su alrededor; entonces su entereza se quebró y las lágrimas brotaron, no del tipo dramático y entrecortado, sino del tipo silencioso y ardiente que resbalaba por sus mejillas y goteaba de su barbilla, con sabor a sal y a la aguda amargura de amar a alguien que no podía dejar de huir de aquello que deseaba.

Lloró durante tres minutos. Luego se limpió la cara con el dorso de la mano, arrancó el motor, sacó el teléfono y llamó a Danielle.

Danielle respondió al segundo tono. —Hola. ¿Qué pasa?

—¿Cómo sabes que pasa algo?

—Porque nunca me llamas a las cuatro y media de un jueves a menos que pase algo o que hayas encontrado un camión de tacos

increíble. Y no estás usando tu voz de camión de tacos.

Lina apoyó la frente contra el volante. El cuero estaba frío contra su piel. El aparcamiento devolvía el eco: el rumor distante de un coche en el nivel inferior, el zumbido del sistema de ventilación, ese silencio hueco bajo tierra que lo amplificaba todo.

—No sé qué soy para ella —dijo Lina. Las palabras salieron ásperas, despojadas de la compostura profesional que había mantenido en la sala de juntas, cargando con todo el peso de dos semanas de silencio y quince días de espera, y con la devastación absoluta de estar a un metro de la mujer a la que amaba y ver cómo esa mujer elegía los muros antes que a ella—. No sé si soy alguien a quien eligió o un riesgo que está calculando. No sé si lo que tuvimos, lo que tenemos, era real para ella o si era solo una... una variable. Algo que dejó entrar en el modelo y luego decidió que el modelo funcionaba mejor sin ello.

Danielle se quedó callada. El silencio en la línea era distinto al de Amanda: era más cálido, más expectante, el silencio de alguien que escuchaba en lugar de fortificarse.

—Se está alejando —continuó Lina—. Lo hace con tanto cuidado que casi parece logística, pero no lo es, Dani. Es Amanda siendo Amanda. Sintió algo que no podía controlar y su respuesta es controlar todo lo que lo rodea hasta que el sentimiento no tenga dónde vivir.

—¿Y tú?

—Y yo estoy sentada en un aparcamiento llorando, así que eso responde a tu pregunta sobre cómo lo llevo.

—Lin. —La voz de Danielle era suave—. La quieres.

No fue una pregunta. Lina cerró los ojos, se apoyó en el reposacabezas y sintió la verdad de aquello presionando contra sus costillas: pesada, permanente, inamovible.

—Sí —dijo—. La quiero. Y no sé si alguna vez va a dejar que lo haga.

El aparcamiento estaba en silencio. En algún lugar sobre ella, treinta y siete plantas más arriba, Amanda estaría de pie en una sala de juntas o sentada en su despacho o haciendo lo que fuera que hiciese Amanda Sterline cuando acababa de herir a alguien y no se

permitía a sí misma sentir la herida. Lina apretó el teléfono contra su oreja, escuchó la respiración de Danielle y miró el techo de hormigón, sintiendo la distancia entre el aparcamiento y el despacho del ático como algo físico, medible, pesado: el espacio vertical entre una mujer que había dicho lo que sentía y una mujer que no podía hacerlo.

—Vente a casa —dijo Danielle—. Tengo vino, opiniones y ninguna intención de dejar que te quedes sentada en un garaje.

Lina puso el coche en marcha. Condujo fuera del aparcamiento, hacia la luz del atardecer, hacia el apartamento de Danielle en Venice; la ciudad se abrió ante ella, vasta, brillante e indiferente, y cargó con el peso de amar a Amanda Sterline a través de cada cruce, cada semáforo en rojo y cada kilómetro de autopista que la separaba de la única persona que la había hecho llorar en un aparcamiento.

El vino ayudó. Las opiniones ayudaron más. Pero nada de eso podía responder a la pregunta que pesaba en el pecho de Lina como una piedra que llevaría a cuestas hasta que Amanda decidiera si quitársela.

¿Soy una elección que estás tomando? ¿O un riesgo que has decidido no correr?

16

AMANDA

La reunión de la junta comenzó a las nueve de la mañana y duró tres horas y catorce minutos; los problemas llegaron en la segunda hora con la precisión pausada de una hoja que se desenvaina en una cena de gala.

Vera Montague formuló la pregunta. Tenía sesenta y un años, era licenciada en Derecho por Yale, antigua asesora jurídica general en tres empresas del Fortune 500 y poseía la habilidad de plantear una consulta hostil como si fuera un ejercicio académico. Estaba sentada cuatro sillas a la izquierda de Amanda, con su cabello plateado inmaculado, las gafas de leer posadas en la nariz y una expresión que transmitía la cálida neutralidad de alguien que estaba a punto de realizar algo clínico y quería que te sintieras cómoda mientras lo hacía.

—Me gustaría hablar sobre la estructura de liderazgo de Élévation —dijo Vera. Dirigió el comentario a la mesa, no a Amanda, lo cual era una señal en sí misma—. El giro de la división ha sido extraordinario, un trabajo realmente excepcional. Los números hablan por sí solos. Pero he recibido algunas preguntas de inversores institucionales sobre la cadena de toma de decisiones, concretamente en torno al nombramiento de una estratega de

primer año para dirigir lo que era, en aquel momento, una marca en declive.

La postura de Amanda no cambió. Sus manos permanecieron entrelazadas sobre la mesa, la espalda recta, su expresión manteniendo esa atención serena que desplegaba en las conversaciones de la junta que requerían gestión en lugar de respuesta. Había estado esperando esto. La advertencia de Shane le había dado tres semanas para prepararse, y Amanda pasó esas tres semanas como pasaba cualquier periodo de vulnerabilidad estratégica: mapeando la amenaza, identificando los ángulos y construyendo las respuestas que cerrarían la conversación sin abrir otras.

—La señorita Reyes fue nombrada basándose en su desempeño durante la revisión de la estrategia de la Fase 1 —dijo Amanda. Su voz era firme, profesional, situada en el registro exacto que utilizaba para las comunicaciones con la junta: autoritaria sin ser defensiva, detallada sin ser evasiva—. Demostró una capacidad estratégica que superaba su nivel de antigüedad, y los resultados han validado el nombramiento. Los ingresos de Élévation han subido un cuarenta y siete por ciento. Los costes de adquisición de clientes han bajado un treinta y uno por ciento. Estos no son resultados especulativos.

—Nadie cuestiona los resultados —dijo David Park. Estaba sentado directamente frente a Amanda; cincuenta y cuatro años, MBA por Stanford, el tipo de miembro de la junta que planteaba el apoyo como preocupación y la preocupación como apoyo, dejándote con la duda de qué estabas recibiendo exactamente—. Los resultados son notables. Pero la imagen de una CEO seleccionando y asesorando personalmente a una joven de veintisiete años para un puesto de liderazgo de división, saltándose la estructura estándar de promociones, esa imagen genera preguntas. No de nuestra parte. Del mercado.

Amanda miró a David Park con la atención concentrada de un jugador de ajedrez evaluando una pieza que se ha movido a una casilla inesperada. Park no era hostil. Era cauteloso. Era el tipo de miembro de la junta que sacaba a relucir problemas no porque quisiera crearlos, sino porque quería que se abordaran antes de que

se hicieran más grandes; la distinción entre crear y sacar a relucir era algo que Amanda había aprendido a leer tras quince años gestionando a hombres que creían que su precaución era un regalo.

—Las preguntas del mercado han sido respondidas por las métricas —dijo Amanda—. Si hay preocupaciones específicas sobre la estructura de la promoción, estaré encantada de proporcionar un desglose detallado de los criterios de evaluación utilizados en el nombramiento de la señorita Reyes.

—Eso no será necesario —dijo Vera. Se quitó las gafas de leer y las plegó con la deliberada parsimonia de alguien que ha logrado lo que venía a lograr—. Solo quería que la discusión constara en acta.

En acta. Amanda escuchó la frase y comprendió lo que significaba: documentación. Vera estaba armando un expediente. No de forma agresiva ni acusatoria, sino sistemática, sentando las bases administrativas que permitirían a la junta decir, más tarde, que habían planteado la cuestión. Que se había preguntado. Que se le había dado a Amanda la oportunidad de abordarlo.

La reunión prosiguió. Amanda navegó por los puntos restantes del orden del día con la precisión concentrada de un cirujano que opera mientras alguien describe un incendio en el edificio. No le temblaron las manos. Su voz no flaqueó. Gestionó tres debates presupuestarios, una revisión de una iniciativa tecnológica y el nombramiento de un comité con la impecable competencia que la junta esperaba, y bajo esa competencia su mente barajaba escenarios con la velocidad implacable de un sistema en modo de emergencia.

Había visto esto antes. No este escenario exacto, ni las preguntas de la junta, ni la creación de actas, ni la cuidadosa coreografía institucional de una investigación sobre la reputación, sino la arquitectura. Catherine había utilizado la misma arquitectura hacía más de una década: sacar a relucir la pregunta, armar el expediente, establecer el patrón y después, cuando se hubieran reunido las pruebas y construido el relato, apretar el gatillo. La diferencia era que Catherine había sido una amante convertida en depredadora, y la junta no era depredadora. La junta era institucional. La junta estaba haciendo lo que hacen las juntas:

proteger la reputación de la empresa identificando vulnerabilidades potenciales y documentando que eran conscientes de ellas.

Amanda era la vulnerabilidad. O mejor dicho, los sentimientos de Amanda por Lina eran la vulnerabilidad, y la junta acababa de comenzar el proceso de descubrir que dicha vulnerabilidad existía, y una vez que la atención institucional se centraba en algo, no apartaba la vista hasta que ese algo quedaba resuelto.

Tras la reunión, se sentó en su despacho con la puerta cerrada y las persianas bajadas, con la ciudad extendida a sus pies, treinta y siete pisos de cristal y luz solar, se presionó las sienes con las yemas de los dedos y respiró. La sala de conferencias aún olía a café y a la fuerte colonia que usaba David Park, sándalo, intensa, el tipo de aroma diseñado para anunciar una presencia en lugar de complementarla. El residuo de la reunión se aferraba a la piel de Amanda como la humedad. La voz de Vera. El gesto de plegar las gafas. La frase *constar en acta.*



La cena del sector era esa misma noche.

Se celebró en un restaurante de Beverly Hills, el tipo de lugar que no necesitaba letrero porque todos los que debían estar allí ya sabían dónde estaba. Manteles blancos. Luz tenue. Vinos que costaban más que las hipotecas de la mayoría de la gente y eran seleccionados por un sumiller que hablaba de las variedades de uva como los teólogos hablaban de las escrituras. La sala albergaba a sesenta personas del más alto nivel del panorama tecnológico y mediático de Los Ángeles; Amanda conocía a cuarenta de ellos por su nombre y tenía intereses contrapuestos con al menos la mitad.

Richard Aldiss llegó tarde, lo cual fue deliberado. Richard tenía sesenta y siete años, era de familia adinerada, presidente de dos firmas competidoras y el tipo exacto de patriarca de la industria que mantenía el poder mediante la proximidad y no por el rendimiento. Se mantenía lo bastante cerca de la acción para ser relevante y lo bastante lejos del trabajo para poder negarlo todo. Llevaba años

intentando socavar a Sterline Technologies, no a través de la competencia directa, sino mediante la lenta erosión social de la reputación de Amanda en eventos exactamente como este.

Amanda estaba en la barra con un vaso de agua con gas cuando Richard apareció a su lado. Era alto, de pelo plateado, vestía un traje gris marengo de hace tres temporadas al que no le importaba el paso del tiempo, y su sonrisa tenía la calidez ensayada de un hombre que llevaba usando el encanto como arma desde antes de que Amanda naciera.

—Amanda. Un trimestre magnífico. Sus números en Élévation son la comidilla de la ciudad —pidió un escocés con la autoridad natural de alguien que espera que el universo se organice según sus preferencias—. Esa joven estratega suya, Reyes, ¿verdad?, todo un descubrimiento.

Amanda bebió un sorbo de agua. Las burbujas le picaron en la lengua. El restaurante murmuraba a su alrededor: conversaciones, risas, el tintineo de copas y cubiertos, y la banda sonora ambiental de la riqueza fingiendo relajación.

—A la señorita Reyes no se la descubrió —dijo Amanda—. Fue contratada a través de un proceso de selección competitivo y promocionada por méritos propios.

—Por supuesto, por supuesto —la sonrisa de Richard se ensanchó. No miraba a Amanda. Miraba a la sala, escaneando a la multitud con la vigilancia natural de un hombre que catalogaba relaciones e influencias como Amanda catalogaba datos—. Solo lo menciono porque, bueno, ya sabe cómo habla la gente. Una mujer joven y hermosa, un ascenso meteórico, la atención personal de una CEO que nunca, y se lo digo como un cumplido, Amanda, que nunca antes había mostrado ese tipo de dedicación por un empleado de nivel júnior —se volvió hacia ella. Sus ojos azules eran brillantes y divertidos, y mostraban la crueldad pulida de un hombre que sabía exactamente lo que estaba insinuando y quería ver cómo ella lo encajaba—. A la gente le encantan los relatos.

Amanda le sostuvo la mirada. La sostuvo como sostenía las salas de juntas, directamente, sin pestañear, con todo el peso de treinta y

siete pisos de cristal y acero y una reputación forjada durante quince años de tener razón más a menudo que cualquier otro en la sala.

—A la gente le encantan muchas cosas —dijo ella—. Los datos sobreviven a los relatos. Buenas noches, Richard.

Se alejó de la barra. Cruzó el restaurante con el vaso de agua en la mano, la espalda recta y sus tacones chasqueando contra el suelo de mármol, y la sala le abrió paso como las salas siempre le abrían paso a Amanda Sterline: sutilmente, con una deferencia disfrazada de cortesía, personas que cambiaban el peso de un pie a otro e inclinaban sus conversaciones para crear espacio para una mujer a la que respetaban y temían a partes iguales. Sonrió a un inversor de capital riesgo al que conocía desde hacía diez años. Asintió al editor de una publicación del sector que una vez escribió un perfil llamándola «la mente más disciplinada de la tecnología estadounidense». Interpretó la velada como interpretaba cada noche en estos eventos: de forma impecable, automática, con los circuitos sociales funcionando por su cuenta mientras su verdadera mente realizaba evaluaciones tras la máscara.

Encontró a Shane cerca del fondo de la sala, de pie con dos inversores y con la expresión que ponía cuando estaba siendo encantador por motivos profesionales pero preferiría estar en casa viendo la televisión.

Le tocó el codo. Él se disculpó. Se situaron en el pasillo cerca de los aseos, donde el ruido del comedor quedaba amortiguado, la iluminación era más suave y Amanda podía hablar sin que nadie le leyera los labios.

—Aldiss lo sabe —dijo ella—. O lo sospecha. Ha hecho un comentario sobre Lina en el que no ha necesitado decir su nombre para que se entendiera.

La expresión de Shane cambió. No fue sorpresa. Shane había estado esperando esto. Pero fue la preocupación concentrada de un hombre que comprendía la mecánica de la destrucción institucional y sabía de lo que era capaz Aldiss.

—¿Qué ha dicho?

—La ha llamado mi descubrimiento. Ha mencionado la atención personal. Ha usado la frase «a la gente le encantan los relatos» —la

mano de Amanda apretaba el vaso de agua hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Podía sentir el frío del cristal contra la palma, el calor del restaurante a sus espaldas y la distancia entre donde estaba y donde quería estar, que era en cualquier otro lugar: la casa de Malibú, el despacho vacío, cualquier sitio donde pudiera pensar sin el ruido de sesenta personas y sin el hombre que acababa de apuntar con un arma a la carrera de Lina y había disparado con una sonrisa.

—Eso es un disparo de advertencia —dijo Shane—. No ha apretado el gatillo todavía. Te está haciendo saber que podría hacerlo.

—Sé lo que es un disparo de advertencia.

—¿Qué vas a hacer?

Amanda miró a su amigo más antiguo. Sus ojos oscuros eran firmes, preocupados, cargados con el peso de ocho años observando a Amanda navegar entre amenazas de las que no podía protegerla. Pensó en Lina. Pensó en Lina de pie en la sala de conferencias hacía dos días, preguntando *qué está pasando entre nosotras* con sus ojos castaños firmes y su voz cargada de una valentía que Amanda nunca había podido igualar.

Pensó en lo que pasaría cuando Aldiss dejara de advertir y empezara a hablar. La historia se escribiría sola: la CEO asciende a una joven, la asesora personalmente, le da una autoridad que ningún empleado de primer año ha recibido jamás. La historia no mencionaría la estrategia de la Fase 1 de Lina que salvó la división. No mencionaría el análisis de la competencia que elaboró a las dos de la mañana ni las métricas de conversión que ingenió de la nada, ni la resurrección de la marca sobre la cual tres publicaciones del sector habían escrito perfiles. La historia reduciría a Lina Reyes, toda su inteligencia, todo su talento, toda su feroz y ganada competencia, a una relación.

Y la relación sería cierta. Esa era la parte que hacía que a Amanda le doliera el pecho. El romance era real, y la verdad se usaría para destruir la mentira, y la mentira era que la carrera de Lina era suya propia; la mentira era lo único que mantenía a Lina a salvo.

—Voy a encargarme de ello —dijo Amanda.

Condujo de vuelta a casa. La autopista de la costa del Pacífico estaba oscura, el océano invisible a su izquierda, los faros cortando la bruma marina en largos haces blancos. El trayecto duró cuarenta minutos, y Amanda pasó cada uno de ellos construyendo el caso. Lo argumentó como argumentaba todo: sistemáticamente, con pruebas, estructurando la lógica para que la conclusión no fuera un sentimiento sino un veredicto. Premisa uno: Aldiss hablaría. Tenía el motivo (competencia), el acceso (conexiones con las juntas de tres firmas rivales) y el temperamento (crueldad disfrazada de observación). No publicaría nada. No enviaría correos electrónicos. Haría exactamente lo que había hecho esta noche: soltar la insinuación en una cena, en una conferencia, en una conversación privada con alguien que la llevaría más lejos, y la historia se propagaría por el sector como se propagan todas las historias sobre mujeres poderosas: de forma invisible, penetrante, imparable, hasta que se convirtiera en la única historia que la gente contara sobre Lina Reyes.

Premisa dos: Lina no podría sobrevivir a esa historia. No porque fuera débil. Lina era la persona más fuerte que Amanda había conocido jamás, la mujer que entró en el despacho de una CEO y le dijo que se equivocaba, que desafió a salas de juntas sin pestañear, que había construido una carrera sobre un talento tan obvio que no podía ser ignorado. Sino porque la historia haría que el talento fuera irrelevante. Sustituiría el trabajo por la relación. Cada presentación, cada métrica, cada noche que Lina había pasado construyendo algo extraordinario sería reescrita como el producto de una mujer a la que se le habían dado oportunidades que no se había ganado, y esa versión seguiría a Lina por el resto de su carrera.

Aparcó en el garaje. Se quedó sentada en el coche con el motor apagado, el salpicadero a oscuras y el silencio asfixiante de una mujer que toma una decisión que sabe que es errónea y que va a tomar de todos modos porque la alternativa —dejar que la carrera de Lina se convirtiera en un daño colateral en una guerra en la que Amanda llevaba luchando desde antes de que Lina estuviera en el instituto— era algo que Amanda no podría soportar.

Entró en casa. La vivienda estaba oscura, fresca y vacía. Se detuvo ante la ventana de la cocina y miró al Pacífico: aguas negras, luz de luna blanca, la línea distante del horizonte que era invisible pero estaba allí presente, del mismo modo que el océano siempre estaba presente, indiferente a las mujeres que se asoman a sus ventanas e intentan pensar con claridad sobre cosas en las que la claridad no sirve de nada.

Iba a terminar con ello.

La decisión fue nítida. Clínica. Construida con los mismos materiales que Amanda había utilizado para construir todo lo demás en su vida: lógica, pruebas, la exclusión cuidadosa de variables que no podían cuantificarse. Iba a terminar su relación con Lina Reyes porque la carrera de Lina era más importante que la felicidad de Amanda, y porque la felicidad de Amanda siempre había sido lo primero que estaba dispuesta a sacrificar, y porque la mujer que había construido un imperio sobre el principio de que la emoción era un lastre no iba a permitir que la emoción destruyera la carrera de la única persona que la había hecho sentir algo en más de una década.

Se dijo a sí misma que esto era amor. Se dijo que terminarlo era lo más cariñoso, lo más responsable, lo más maduro; lo que una mujer que había sobrevivido a la traición de Catherine y se había reconstruido a sí misma desde los escombros reconocería como la acción correcta en un escenario donde alguien a quien quería estaba en peligro.

No durmió. Yació en su cama en la casa a oscuras con el océano audible a través de la ventana y las sábanas frías en el lado de Lina y la decisión pesando sobre su pecho como una losa que ella misma se hubiera colocado. Se quedó mirando al techo. Escuchó las olas. Presionó la palma de la mano contra el espacio vacío a su lado y sintió la ausencia de calor y no lloró, porque llorar significaría que la decisión era errónea, y la decisión no podía ser errónea, porque si la decisión era errónea, entonces Amanda era simplemente una mujer hiriendo a alguien a quien amaba sin motivo alguno, y eso era algo que Amanda Sterline no podía ser.

El techo era blanco. El océano estaba oscuro. La noche duró una eternidad.

Amanda no durmió. Permaneció despierta y construyó las palabras que usaría para poner fin a lo único que la había hecho feliz en quince años, y cada palabra era precisa y cada palabra era una cuchilla y cada palabra la cortaba a ella antes de cortar a Lina. Ensayó. Refinó. Construyó las frases con el cuidado de una mujer que fabrica un ataúd, y por la mañana las usaría.

Llegó la mañana. La noche terminó. La decisión se mantuvo firme.

Amanda se levantó de la cama, fue al espejo y miró a la mujer que había allí: ojos grises, pómulos afilados, el rostro de una CEO, el rostro de la Reina de Hielo, el rostro que había aparecido en portadas de revistas, en presentaciones de juntas y en cenas del sector donde hombres como Richard Aldiss apuntaban con armas a la gente que ella quería. La mujer del espejo le devolvió la mirada con una expresión que era resuelta, dolida y completamente, perfectamente controlada.

Se vistió. Condujo hasta el trabajo. No tarareó.

17

LINA

La alarma sonó a las cuatro y media y Lina ya estaba despierta.

Llevaba despierta desde las tres, tumbada en la oscuridad de su apartamento de Silver Lake con el techo sobre ella, el limonero arañando la ventana y el brillo de su teléfono en la mesita de noche sin mostrar mensajes nuevos, lo cual era un mensaje en sí mismo. Había dormido cuatro horas. Su cuerpo funcionaba a base de restos de cafeína, adrenalina y esa energía inquieta que surge al construir algo extraordinario y saber, con una certeza grabada a fuego que ignoraba el agotamiento, que el trabajo era bueno.

La Fase 3 se lanzaba hoy.

Se duchó. El agua estaba caliente y se quedó bajo el chorro más tiempo del necesario, dejando que el calor calara en sus hombros, que el vapor llenara sus pulmones y que el sonido del agua reemplazara el silencio del apartamento. Se vistió: americana azul marino, blusa blanca; el conjunto que había elegido hacía dos días porque era impecable sin resultar pretencioso y la hacía parecer lo que era: una mujer que había construido algo que merecía la pena ver. Comprobó su reflejo. La mujer del espejo tenía ojeras bajo sus ojos castaños y esa sutil tensión en la mandíbula que surge tras semanas de contener un sentimiento, pero su postura era firme, su

americana estaba derecha y parecía alguien que estaba lista. Preparó café en la cocina, de pie ante la encimera con los pies descalzos mientras fuera aún estaba oscuro y el apartamento conservaba el silencio profundo de un edificio donde todos los demás duermen; se bebió el café demasiado rápido, sintiendo cómo le quemaba el fondo de la garganta, y no le importó porque hoy era el día en que el trabajo se hacía visible.

La expansión de marca de la Fase 3 era lo mejor que Lina había construido jamás. Lo sabía sin arrogancia, como el carpintero que sabe cuándo una junta es perfecta, no porque ella hubiera decidido que fuera buena, sino porque la evidencia era estructural. La estrategia era hermética. El posicionamiento de marca era original. La investigación de consumidores era profunda y detallada, respaldada por datos que había recopilado a lo largo de tres meses de noches en vela y madrugones, y por la intensidad feroz que aportaba al trabajo que le importaba. El equipo —Priya, Marcus, Danielle, los seis estrategas júnior que habían estado con ella desde la Fase 1— se había volcado en esto, y el resultado era algo de lo que Lina se sentía orgullosa de una forma que sentía en el pecho y que la hacía caminar más erguida.

Condujo hasta la oficina en la oscuridad. La autopista estaba vacía a las cinco de la mañana, con los faros cortando el gris del amanecer y la ciudad aún durmiendo a ambos lados. Aparcó en el garaje subterráneo, cogió el ascensor hasta la planta treinta y siete y caminó por los pasillos vacíos hasta la sala de guerra, donde abrió su ordenador portátil y revisó la presentación de lanzamiento por última vez. Cada diapositiva. Cada métrica. Cada argumento, activo de marca y mapa del recorrido del consumidor. Comprobó la alineación de los gráficos, la coherencia de las fuentes y la legibilidad del resumen ejecutivo; luego cerró el portátil, se sentó en la sala en silencio, respiró y se dijo a sí misma que hoy sería un buen día.

El equipo llegó a las siete. Primero Priya, cargando con dos cafés y una caja de bollería que había comprado en la pastelería de Sunset. Marcus a las siete y cuarto, ya al teléfono con el equipo de análisis de datos, con voz baja y precisa. Danielle a las siete y media, sonriendo, con el carmín rojo que llamaba su «pintura de

guerra» e irradiando la energía contenida de una mujer que había estado esperando este momento y pensaba disfrutar cada segundo.

Se reunieron en la sala de guerra. Lina los guio por la lista de comprobación final: canales de medios, activos de marca, comunicaciones con socios, el despliegue coordinado que pondría a Élévation frente a doce millones de consumidores al final del día. En la sala reinaba la concentración y el entusiasmo, vibrando con la energía colectiva de un equipo que había construido algo juntos y estaba a punto de verlo cobrar vida. Lina miró sus rostros —la silenciosa concentración de Priya, la intensidad analítica de Marcus, la sonrisa feroz de Danielle— y los quiso, simplemente, por ser las personas que habían creído en el trabajo cuando este no era más que un boceto en una pizarra blanca y un semicírculo de sillas.

Su teléfono vibró a las ocho y cuarenta y cinco.

A MI DESPACHO. 9:00. - A. STERLINE

El mensaje era formal. Sin nombre de pila. Sin calidez. La firma *A. Sterline*, que Amanda nunca había usado en un mensaje para Lina, ni una sola vez, ni siquiera durante las dos semanas de distancia profesional, era una declaración. Amanda no escribía como Amanda. Escribía como la directora ejecutiva.

Lina se quedó mirando el teléfono. La sala de guerra resplandecía a su alrededor, llena de movimiento, voces y la energía cinética de un lanzamiento a punto de comenzar, y las seis palabras en su pantalla eran frías, estáticas y portaban un peso que reconoció del enfrentamiento en la sala de juntas, de los sábados cancelados, de cada distanciamiento gradual que Amanda había ejecutado durante el último mes.

Era esto. Lo supo de la misma forma en que se sabe que se avecina una tormenta, no por las nubes sino por el silencio que las precede, por la quietud en el aire que te indica que algo está a punto de cambiar.

Se metió el teléfono en el bolsillo. Se giró hacia el equipo. — Necesito treinta minutos. Danielle, tú te encargas hasta que vuelva.

Danielle la miró. Su sonrisa se desvaneció. La expresión de Danielle cambió. No fue comprensión exactamente, sino reconocimiento. El reconocimiento de una mujer que conocía a Lina

desde hacía siete años y sabía leer la geografía de su rostro igual que Lina leía las métricas de marca.

—Tómate tu tiempo —dijo Danielle.



El despacho de Amanda estaba en la esquina noreste de la planta treinta y siete. La puerta estaba cerrada. Las persianas de las paredes de cristal que daban al pasillo estaban bajadas, algo que Amanda apenas hacía. La transparencia era deliberada, una elección de diseño que Amanda había tomado cuando se construyó la planta; las paredes de cristal comunicaban apertura y responsabilidad a una empresa que observaba a su jefa en busca de señales, como una tripulación observa a su capitán para predecir el tiempo.

Las persianas bajadas también eran una señal. Decían: *Lo que ocurra en esta sala no será observado.*

Lina llamó. La voz de Amanda dijo «Adelante» desde el otro lado, y era su voz de junta directiva: nivelada, modulada, con la temperatura de una sala mantenida fría a propósito.

Lina abrió la puerta. Amanda estaba de pie tras su escritorio. No sentada. De pie. Tenía las manos a los lados, la postura rígida, su traje marengo impecable y el pelo recogido con la severidad que reservaba para los días en que la armadura debía ser completa. Parecía una fotografía de sí misma. Afilada, serena, intocable. La Reina de Hielo con sus mejores galas. Y por un momento, un breve y cruel momento que el cuerpo de Lina produjo antes de que su mente pudiera intervenir, Lina recordó a esta mujer de otra forma: descalza en una cocina, riéndose de su propio chiste sobre el informe de Marcus, presionando sus labios contra la sien de Lina al final de una velada tranquila como si el beso fuera un signo de puntuación. El recuerdo brotó y Lina lo aplastó con fuerza, porque esta sala no era aquella habitación, esta Amanda no era aquella Amanda y la distancia entre ambas era la clave de todo.

Sus ojos grises se encontraron con los de Lina durante dos segundos. Luego se desplazaron a algún punto tras el hombro

izquierdo de Lina —la ventana, la pared, la ciudad más allá— y se quedaron allí.

—Cierre la puerta —dijo Amanda.

Lina cerró la puerta. Se quedó en el centro del despacho de Amanda, frente al escritorio tras el cual Amanda había construido su imperio, y esperó. El despacho estaba en silencio. El edificio no. Lina podía oír el zumbido ambiental de un día de lanzamiento, la energía amortiguada de una planta preparándose para ejecutar. Pero el despacho de Amanda existía en una burbuja de silencio, aislada por las paredes de cristal, las persianas bajadas y la pesada quietud que rodeaba a Amanda cuando estaba a punto de hacer algo irreversible.

—Esta relación tiene que terminar. Por completo —la voz de Amanda era precisa, controlada; cada palabra estaba colocada con el cuidado estructural de quien pone ladrillos. Miraba a la ventana. No a Lina—. Lo he meditado mucho y la conclusión es clara. Nuestras posiciones profesionales hacen que una relación personal sea insostenible. El riesgo para la empresa, para nuestras dos carreras, es inaceptable.

Las palabras cayeron en la sala como piedras en el agua. Lina permaneció allí, las recibió y sintió cómo cada una de ellas impactaba en su pecho —*insostenible, inaceptable, riesgo*—, y comprendió que Amanda lo había ensayado. Había construido estas frases de antemano, probado su peso, asegurándose de que fueran lo bastante sólidas para sostener la decisión que había tomado. No eran palabras espontáneas. Eran arquitectura.

—He valorado... —a Amanda se le entrecortó la voz. Una pequeña fractura, microscópica, el tipo de quiebro que solo alguien que llevara meses escuchando esa voz notaría. Lo corrigió al instante, como un músico que corrige una nota en falso—. He valorado nuestra conexión. Pero el camino responsable es restaurar los límites profesionales y mantenerlos de ahora en adelante.

Lina miró a Amanda. Amanda seguía mirando a la ventana. Tenía la mandíbula tensa. Sus manos, a los lados, eran puños; los nudillos blancos, los tendones visibles, y los puños eran la única parte honesta de ella, porque los puños decían lo que la voz de ejecutiva no diría: *Esto me está costando. Esto me está costando todo.*

—Mírame —dijo Lina.

Los ojos de Amanda se desplazaron al rostro de Lina. Se mantuvieron durante tres segundos, grises, ardientes, cargando una angustia tan profunda que era casi invisible tras su compostura, y luego volvieron a desviarse.

—Amanda —la voz de Lina era pausada. Firme. Esa firmeza le estaba costando todo lo que tenía, pero la mantuvo porque comprendía que este momento requería precisión, no emoción; porque la emoción era de lo que Amanda huía y la precisión era lo que Amanda entendía—. Sé lo que estás haciendo.

—Estoy tomando una decisión profesional...

—Estás tomando una decisión basada en el miedo, y la llamas profesional porque ese es el lenguaje que usas cuando tienes miedo. Llevas un mes alejándote. Has estado construyendo esta conversación en tu cabeza, probando las palabras, asegurándote de que suenen a estrategia en lugar de a pánico. Y sé, lo sé porque he pasado meses aprendiendo la diferencia entre Amanda Sterline y Amanda, que esto no tiene que ver con la empresa.

Amanda no dijo nada.

El silencio fue enorme. Llenó el despacho, presionando contra las paredes de cristal, las persianas bajadas y el escritorio que había sostenido proyecciones del cuarto trimestre e informes trimestrales y, semanas atrás, las manos de Amanda mientras Lina la besaba a la luz del flexo. El silencio era la respuesta. El silencio de Amanda era siempre la respuesta; la ausencia de negación era más ruidosa que cualquier confirmación, y su negativa a discutir confirmaba que no había nada sobre lo que discutir porque Lina tenía razón.

—Esto va de que tienes miedo a algo que no puedes controlar —continuó Lina. Le ardían los ojos. Tenía la garganta apretada. Podía sentir las lágrimas acumulándose, la presión tras su entereza, el peso de amar a alguien que estaba a punto de elegir los muros antes que a ella por última vez, pero las contuvo porque no le daría a Amanda la excusa de pensar que Lina era demasiado emocional para ver con claridad—. Esto va de Catherine. Esto va de la junta. Esto va de que has decidido que destruir algo bueno es más seguro que arriesgarse a algo malo, y entiendo ese razonamiento, Amanda.

Entiendo de dónde viene, lo que te costó y por qué te lo crees. Pero que lo entienda no significa que lo acepte.

Amanda apretó los puños. Serró la mandíbula. Sus ojos grises buscaron de nuevo el rostro de Lina, cuatro segundos esta vez, lo máximo que había logrado, y la expresión en ellos era lo más desolador que Lina había visto jamás en el rostro de otra persona. No era ira. No era frialdad. Era duelo. El duelo profundo y estructural de una mujer que estaba destruyendo algo que amaba, que sabía que lo estaba destruyendo y no podía parar.

Amanda no dijo nada.

Lina esperó. Le dio a Amanda diez segundos. Veinte. Le otorgó la paciencia plena y generosa de una mujer que había pasado meses abriendo puertas para alguien que no podía abrirlas por sí misma, y Amanda se quedó allí, tras su escritorio con los puños a los costados y la mandíbula tensa, y no dijo nada.

—De acuerdo —dijo Lina. La palabra fue un susurro. Final. Era la misma palabra que había usado en la habitación del hotel en Malibú, la misma palabra que había usado tras cada muro que Amanda había levantado, y conllevaba el mismo significado: *No voy a luchar contra ti. No voy a suplicar. No voy a hacer que esto sea más fácil enfadándome, porque la ira te daría algo contra lo que arremeter, y tú llevas arremetiendo contra cosas toda tu vida. No voy a ser otra cosa contra la que arremetas. Me voy a marchar, y esa marcha nos dolerá a las dos, y tendrás que vivir sabiendo que tú elegiste esto.*

Lina se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta. Puso la mano en el pomo y se quedó allí un momento, una respiración, dos, dándole a Amanda un último segundo para decir algo real, algo honesto, algo que viniera de la mujer y no de la directora ejecutiva.

Amanda no dijo nada.

Lina salió del despacho. Caminó por el pasillo con las paredes de cristal reflejando la luz de la mañana, la planta vibrando con la energía del lanzamiento y sus zapatos resonando sobre el hormigón pulido. Pasó por delante de la sala de guerra donde su equipo ejecutaba el mejor trabajo de sus carreras. Pasó por delante de Danielle, que levantó la vista de su portátil e hizo amago de decir algo, pero cerró la boca al ver el rostro de Lina.

Lina caminó hasta el despacho de Shane. Shane estaba al teléfono. La vio en el umbral, leyó su expresión con la agudeza entrenada de un hombre que llevaba ocho años leyendo expresiones en aquel edificio y terminó su llamada con tres palabras.

—¿Qué ha pasado?

Lina se sentó en la silla frente a su escritorio. Entrelazó las manos en su regazo. Le dolía el pecho. Le dolía la mandíbula. Tenía los ojos secos y ardientes, y podía sentir las lágrimas que no se había permitido en el despacho de Amanda presionando con una fuerza que le hacía doler el cráneo.

—Tengo que presentar mi dimisión —dijo.

Shane la miró. Sus ojos oscuros estaban fijos, tristes. Sabía exactamente lo que había pasado y no podía decirlo.

—¿En qué fecha se hace efectiva?

—En dos semanas.

—Lina...

—Dos semanas, Shane. Me quedaré para el lanzamiento de la Fase 3. Haré el traspaso de todo a Priya. El equipo no perderá el ritmo.

Shane asintió. Abrió el cajón de su escritorio y sacó un formulario, papel físico impreso, el tipo de documento que requería una firma, una fecha y la contundente finalidad de la tinta sobre una página. Lina lo firmó. Su pulso era firme. El bolígrafo se movió por el papel con la misma firmeza concentrada que aplicaba a todo lo que hacía, y lo último que firmó en Sterline Technologies fue el documento que ponía fin a su etapa allí.

Se levantó. Sus piernas estaban firmes. Sus manos estaban firmes. Todo en Lina Reyes era firme, porque la entereza era lo que su madre le había enseñado, no con instrucciones sino con el ejemplo, a través de los años viendo a Elena Reyes volver a casa de trabajos donde le pagaban poco y la explotaban para sentarse a la mesa de la cocina y ayudar a Lina con sus deberes de matemáticas sin permitir que su voz temblara ni una sola vez. La entereza se heredaba. La entereza era una armadura. Y en ese momento, saliendo del despacho de Shane con una dimisión firmada a sus

espaldas y el lanzamiento de la Fase 3 por delante, la entereza era lo único que mantenía a Lina en pie.

Regresó a la sala de guerra. Se sentó ante su portátil, abrió el panel de control del lanzamiento y puso la cara que su equipo necesitaba ver: concentrada, segura, la estratega que había construido esta campaña y que se aseguraría de que aterrizara a la perfección. Y entregó al trabajo todo lo que le quedaba.

La Fase 3 se lanzó a las diez de la mañana. Las cifras fueron inmediatas y extraordinarias. Lina las vio subir en el panel, dirigió al equipo, ajustó la asignación de medios en tiempo real, respondió a preguntas de tres publicaciones especializadas y lo hizo todo con la claridad punzante y ardiente de una mujer que se marcha y tiene la intención de dejar el trabajo en el mejor estado posible; porque el trabajo era suyo y siempre lo había sido, y nadie —ni la junta, ni la industria, ni Amanda Sterline— podría quitárselo.

Trabajó hasta las nueve de la noche. Danielle se fue a las siete con una mirada larga y un apretón en el hombro de Lina que decía todo lo que Danielle callaba, y Priya se fue a las ocho con una impresión de las métricas del día anotadas con su caligrafía cuidada y un suave «Gran trabajo, jefa» que hizo que a Lina se le cerrara la garganta. A las nueve, era la última persona en la planta. Se quedó en la sala de guerra vacía y miró la pizarra blanca donde todo había empezado: el semicírculo de sillas, los rotuladores de borrado en seco, la estrategia de marca que se había convertido en un giro radical, en una noticia nacional, en el mejor trabajo de su carrera; y presionó las palmas de las manos contra la superficie de la pizarra y respiró.

Luego cogió su bolso, salió del edificio por penúltima vez y condujo a casa a través de una ciudad que apenas podía ver por las lágrimas que finalmente se permitió derramar.

18

AMANDA

Las métricas de la Fase 3 llegaron como una sentencia, y Amanda las recibió a solas.

Se sentó en su despacho con la puerta cerrada y las persianas abiertas. Había vuelto a abrirlas el día después de terminar la relación, porque las persianas cerradas le habían parecido una confesión y Amanda no estaba dispuesta a confesar nada. Observó cómo el panel de control de su ordenador portátil se llenaba de números que deberían haberla hecho sentir victoriosa. El compromiso con la marca había subido un sesenta y tres por ciento en las primeras cuarenta y ocho horas. Las impresiones en los medios superaban el objetivo por un factor de cuatro. Tres importantes socios minoristas solicitaban reuniones. Una consulta de un grupo de lujo europeo sobre la concesión de licencias del marco de la marca a nivel internacional, lo que significaba que Élévation no solo se había recuperado, sino que se había convertido en un caso de estudio.

Las cifras eran extraordinarias. Eran el tipo de números que llegaban una vez en la carrera profesional, del tipo que hacía que los analistas del sector utilizaran palabras como *paradigma* e *inflexión* y otros términos que Amanda solía considerar pruebas de un

vocabulario insuficiente. Estos números justificaban cada decisión que había tomado sobre Élévation: cada recurso asignado, cada plazo ampliado, cada riesgo asumido.

Todos los riesgos excepto el que ella había cortado por lo sano.

El nombre de Lina figuraba en el documento de estrategia. Las iniciales de Lina estaban en los diagramas de arquitectura de marca, en los informes de investigación de consumidores y en el modelo de asignación de medios que estaba produciendo estas cifras. El trabajo de Lina estaba en todas partes en el panel de control, presente en cada métrica, incrustado en cada punto de datos como una firma en las pinceladas de un cuadro. Amanda se desplazó por los resultados y vio la mente de Lina en cada porcentaje, en cada línea de tendencia y en cada respuesta de los consumidores, y ver eso era una forma de castigo que no había previsto. La obra sobreviviendo a la mujer; los números contando una historia que el despacho ya no podía contener.

Lina todavía estaba en el edificio. Sus dos semanas de preaviso habían comenzado y las estaba pasando exactamente como había prometido: traspasando la campaña a Priya, documentando el marco de la estrategia, asegurándose de que cada pieza de la operación que había construido pudiera funcionar sin ella. Llegaba a las siete y se iba a las ocho; no buscaba a Amanda, y Amanda no la buscaba a ella.

Amanda desvió su agenda. Había dado instrucciones a su asistente para asegurarse de que ella y Lina no coincidieran en la misma reunión, en el mismo pasillo o en el mismo rellano de los ascensores al mismo tiempo. El itinerario era preciso. Amanda era precisa en todo, y la precisión de esa evasión era una clase de brutalidad en sí misma, el equivalente arquitectónico a levantar un muro en una habitación que dos personas solían compartir.

Veía destellos. Un fugaz cabello oscuro en el pasillo. El sonido de la risa de Lina proveniente de la sala de reuniones, cálida, genuina, dirigida a algo que Marcus había dicho; el sonido atravesaba las paredes de cristal y llegaba al despacho de Amanda como algo transportado por el viento, presente por un momento y luego desvanecido. Una vez, cruzando el vestíbulo a las seis de la tarde,

Amanda vio a Lina en el mostrador de seguridad, firmando la salida, y verla allí, con su americana azul marino, el bolso al hombro, ese cansancio en la postura que significaba que estaba agotada pero aguantaba el tipo, hizo que el pecho de Amanda se oprimiera con una fuerza que no esperaba y para la que no podía prepararse, porque uno no puede prepararse para ver a la persona que ama alejándose de un edificio de su propiedad.

Amanda desvió la mirada. Pulsó el botón del ascensor. Subió treinta y siete pisos en la cabina de paredes de latón con su reflejo devolviéndole la mirada, y la mujer del reflejo llevaba un traje de color marengo y una expresión compuesta, controlada y totalmente vacía. Amanda reconoció la expresión porque la había llevado durante quince años y había olvidado, hasta Lina, qué aspecto tenía el vacío cuando no era estratégico, sino real.

La empresa continuaba. De esto era de lo que Amanda había estado segura: de que la empresa sobreviviría, de que el trabajo continuaría, de que la institución que había construido era más grande que cualquier persona individual, incluida ella misma. Esa certeza se confirmaba a diario. Los ingresos subían. Las asociaciones se materializaban. La junta directiva enviaba correos electrónicos de felicitación por el giro radical de Élévation. David Park llamó para decir que las métricas de expansión eran «francamente asombrosas». Vera Montague envió una nota que utilizaba la palabra «visionaria».

Amanda recibió las felicitaciones y no sintió nada. Archivó los correos. Aceptó las llamadas. Sonrió en una reunión con dos socios potenciales de Seúl y oyó su propia voz hablando de sinergias de mercado y alineación de marca, y pensó, en algún lugar tras la actuación, que la voz sonaba como una grabación de sí misma más que como la de la mujer que la producía. Dirigió reuniones con la competencia que la sala esperaba y tomó decisiones con la autoridad que la junta requería, y se sentó en su despacho a las siete de la tarde a mirar las luces de la ciudad a sus pies y sintió el inmenso vacío de una mujer que lo estaba ganando todo y ya había perdido lo único que importaba.

Aquel vacío era diferente de la soledad con la que había vivido durante años. La antigua soledad había sido arquitectónica, integrada en la estructura de su vida, de carga, tan familiar que había dejado de notarla igual que se deja de notar el zumbido de un aire acondicionado. Este vacío era activo. Era el eco dentro de una habitación que solía estar llena. Era el espacio donde había estado la voz de Lina, y el calor de Lina, y la risa de Lina, y esa calidad cálida de atención que Lina aportaba a cada estancia que ocupaba. El vacío tenía forma de persona, y esa persona todavía estaba en el edificio, y Amanda no podía ir a buscarla.

Trabajaba jornadas de catorce horas. Llegaba antes de que abrieran la planta y se quedaba después de que el equipo de limpieza se marchara; almorzaba en su mesa ensaladas que no saboreaba, barritas de proteínas que masticaba mecánicamente, el combustible eficiente de un cuerpo que estaba siendo mantenido en lugar de nutrido. Siempre había trabajado muchas horas, pero estas eran diferentes. Las horas de antes habían sido productivas, impulsadas por la energía cinética de una mente que prosperaba con la complejidad y el desafío. Estas horas eran consuntivas. Trabajaba para llenar el espacio. Trabajaba para evitar el silencio. Trabajaba porque la alternativa era estar sentada en la casa de Malibú con el océano fuera, el sofá vacío y la encimera de la cocina donde Lina se había sentado con una camiseta de Amanda, bebiendo café y llamando «crimen de guerra» a su cafetera de prensa francesa. El recuerdo era físico, punzante, alojado en el cuerpo de Amanda como metralla que no lograba localizar.

Los trayectos a casa eran lo peor. Siempre había trabajado en el coche: llamadas, correos, dictados, el uso eficiente del tiempo de tránsito que un director ejecutivo requería y que Amanda había dominado pronto y mantenido durante años. Ahora los trayectos eran silenciosos. Se sentaba en la parte de atrás del coche con el teléfono en el regazo y el maletín a su lado, con la PCH desenrollándose tras la ventanilla, el océano oscuro a su izquierda, y no trabajaba. No llamaba a nadie. Se sentaba en el asiento de cuero y observaba el mar mientras el silencio llenaba el coche como el agua llena una habitación, subiendo, presionando contra los

cristales, y Amanda permanecía en él sin ahogarse, pero sin respirar con facilidad.

El chófer lo notó. Hacía años que conducía para Amanda, un hombre tranquilo llamado Peter que comprendía que el silencio de su jefa no era una invitación y que recorría la carretera de la costa con la competencia fluida y pausada de alguien que llevaba el tiempo suficiente haciéndolo como para anticipar cada curva. Peter notó el cambio. No hizo comentarios. Ajustó la temperatura del coche, el volumen del motor y la ruta que tomaba por las colinas; aquellos ajustes eran su versión de la amabilidad, y Amanda se los agradecía de una forma que no podía expresar y que no intentaría.

En casa, la vivienda estaba en silencio. Siempre lo había estado. Amanda vivía sola, llevaba años viviendo sola, había diseñado la casa bajo la premisa de que el silencio era un recurso en lugar de una ausencia. Pero el silencio había cambiado. Ahora tenía peso. Tenía textura. Era el silencio de una casa que había albergado a dos personas y ahora albergaba a una, y la diferencia entre uno y dos no era matemática, sino física. Cambiaba la acústica, la temperatura, la forma en que las habitaciones retenían la luz.

Amanda se quedaba de pie en la cocina y bebía un vino que no saboreaba. Se quedaba frente al ventanal y miraba el Pacífico. Se sentaba en el sofá —el sofá—, abría un libro y leía tres páginas sin absorber ni una sola palabra, lo cerraba y presionaba la palma de la mano contra el cojín donde Lina se había sentado; el cojín estaba frío, y el frío era la temperatura de la ausencia.

No estaba bien.

Se había estado diciendo a sí misma que estaba bien con la misma disciplina que aplicaba a todo, la afirmación metódica y sostenida de una conclusión a la que había llegado, respaldada por pruebas que ella misma había seleccionado (la empresa va bien, las métricas son sólidas, el protocolo de evasión funciona, Lina se marchará y su carrera estará intacta), y la conclusión se había mantenido durante nueve días. En el décimo día, de pie en su despacho a las ocho de la tarde con la ciudad a oscuras bajo ella, el panel de control de la Fase 3 todavía subiendo y el nombre de Lina

aún en cada documento, Amanda sintió que la conclusión se resquebrajaba.

Había tomado una decisión que era técnicamente correcta y completamente errónea.

La comprensión llegó sin fanfarrias. No se estrelló. No explotó. Se asentó, de la forma en que el sedimento se asienta en el agua: lento, silencioso, irrefutable. La decisión de terminar la relación había sido correcta según cualquier medida que Amanda supiera aplicar: evaluación de riesgos, análisis de reputación, ética profesional, el cálculo legal e institucional de la relación de una directora ejecutiva con una empleada. La decisión era defendible. La decisión era racional. La decisión era la que cualquier persona razonable en la posición de Amanda habría tomado.

Y la decisión era errónea.

Era errónea porque Lina Reyes no le había pedido a Amanda que la protegiera. Era errónea porque la protección que Amanda ofrecía no era protección. Era control. Era errónea porque Amanda había tomado una decisión unilateral sobre la carrera de otra persona, sobre la tolerancia al riesgo de otra persona, sobre la vida de otra persona, y lo había llamado amor. Y era errónea porque la mujer que había sobrevivido a la traición de Catherine construyendo una arquitectura de aislamiento acababa de usar esa misma arquitectura para destruir lo único genuino que había construido en quince años.

La distinción entre técnicamente correcto y completamente erróneo era nueva para Amanda. Había pasado su carrera en un mundo donde lo correcto era suficiente, donde la decisión acertada, ejecutada adecuadamente, era la forma más alta de competencia. Nunca se había encontrado en una situación en la que la decisión correcta fuera también la equivocada, en la que la lógica fuera impecable y la conclusión catastrófica, en la que hacer lo correcto fuera indistinguible de la mayor crueldad.

La distinción era inoportuna. Amanda se sentó con ella en su despacho a oscuras y sintió cómo remodelaba el paisaje de todo aquello de lo que había estado segura, y la remodelación fue lenta y minuciosa y no dejó nada sin examinar.

~

Shane vino a la casa un martes por la tarde.

Llegó a las ocho con una botella de vino que costaba demasiado y una expresión que decía que había estado esperando para tener esta conversación y que había decidido que esta era la noche. Amanda lo dejó entrar. No preguntó por qué estaba allí. Sabía por qué estaba allí como sabía todo sobre Shane, a través de años de observación, los datos acumulados de una amistad que había sobrevivido a sus peores temporadas y a las más ajetreadas de él.

Se sentaron en la terraza. El océano estaba oscuro. El cielo estaba despejado, se veían las estrellas, algo raro en la costa, y la botella de vino estaba abierta entre ellos mientras el Pacífico hacía lo que siempre hacía: existir, indiferente, proporcionando el telón de fondo sobre el que se desarrollaban las tragedias personales de Amanda sin afectar al horario de las mareas.

—Estoy bien —dijo Amanda. Lo dijo antes de que Shane preguntara, porque adelantarse a la pregunta era más fácil que responderla y porque la palabra *bien* se había convertido en un acto reflejo, un sonido que emitía —como la cafetera espresso emitía vapor— sin calor ni significado.

Shane la miró. Sostenía la copa de vino sin apretar, con sus largas piernas estiradas en la terraza, con sus ojos oscuros fijos y cálidos, portando la tristeza silenciosa de un hombre que quería a su amiga y la estaba viendo hacer algo que no podía detener.

—Sé lo que piensas —dijo él.

Amanda esperó.

—Crees que hiciste lo correcto. Crees que la protegiste. Crees que este es el aspecto que tiene una persona responsable gestionando una situación insostenible. —Shane dio un sorbo a su vino. El océano murmuraba bajo ellos, olas sobre la arena, la repetición eterna, el sonido que Amanda había estado escuchando cada noche durante años y que nunca le había parecido tan vacío como ahora—. Y crees que si dices «estoy bien» las suficientes veces, la frase empezará a ser verdad.

Amanda miró al mar. Las estrellas brillaban sobre el agua. Un barco pasaba a lo lejos, un carguero de contenedores, iluminado como una pequeña ciudad, moviéndose lentamente por el horizonte de sur a norte.

—Ha dimitido —dijo Shane. Las palabras no eran una noticia. No pretendían serlo. Era Shane poniendo el hecho sobre la mesa entre ellos como quien coloca una radiografía en un negatoscopio, no para sorprender, sino para hacer visible el daño—. El viernes es su último día.

—Lo sé.

—¿Sabes que rechazó tres ofertas de la competencia para quedarse en Sterline durante la transición de la Fase 3? Podría haberse marchado el día que presentó la dimisión. Se quedó porque el trabajo le importaba más que la herida.

A Amanda se le cerró la garganta. Presionó los dedos contra el tallo de su copa y sintió el cristal frío, el aire de la noche y el peso de las palabras de Shane, cada una precisa, cada una colocada con el cuidado de un hombre que comprendía que Amanda procesaba mejor la información que las emociones y estaba entregando su argumento en el idioma que ella hablaba.

—Lo sé —dijo Amanda. Su voz era baja. Áspera. Cargada de una crudeza que la sala de juntas jamás había oído y que Shane oía rara vez, normalmente en esta casa, normalmente en esta terraza, normalmente con el océano dando cobijo a los sonidos que la compostura de Amanda no podía contener—. Sé que se quedó. Sé lo que le costó.

—¿Sabes lo que te está costando a ti?

Amanda no respondió. Miró al Pacífico, a las estrellas y al barco que pasaba por el horizonte, y Shane se sentó a su lado en el silencio y esperó, porque Shane comprendía —siempre lo había hecho— que los silencios de Amanda no eran negativas sino procesos, la maquinaria interna de una mujer que necesitaba tiempo para llegar a palabras que aún no había construido.

Shane terminó su vino. Se levantó. Puso la mano en el hombro de Amanda, brevemente, con firmeza; el contacto de un hombre que

había sido su amigo durante ocho años y lo sería durante ocho más, y que elegía, en este momento, no decir aquello que ambos sabían.

—Buenas noches, Amanda.

—Buenas noches, Shane.

Él se marchó. La puerta principal se cerró. Su coche arrancó en la entrada y se alejó; los faros barrieron la fachada de la casa y luego desaparecieron, y Amanda se quedó sola en la terraza con el mar, el vino y todo el peso de una mujer a la que la única persona en la que confiaba le había dicho la verdad y que no estaba lista para actuar en consecuencia.

Shane no le había dicho qué debía hacer. Nunca lo hacía. En ocho años de amistad, Shane jamás le había dicho a Amanda qué hacer. Le daba información, le daba perspectiva, le daba la presencia constante de un hombre que comprendía que Amanda tomaba sus propias decisiones y que lo mejor que un amigo podía hacer era asegurarse de que tuviera los datos correctos antes de tomarlas. Le había dado los datos esa noche: Lina se quedó. Lina rechazó ofertas de la competencia. Lina eligió el trabajo por encima de la herida.

Y Amanda le había dado a Shane la única cosa honesta que había dicho en dos semanas: *Sé lo que le costó.* La confesión flotó en el aire nocturno como el humo, visible por un momento y luego disuelta.

Se quedó sentada en la terraza hasta medianoche. El vino se quedó sin probar. El océano siguió su curso. Las estrellas eran brillantes y frías y no ofrecían consejo alguno, y Amanda se sentó bajo ellas y sintió que la decisión que había tomado —la decisión técnicamente correcta y completamente errónea— le oprimía el pecho con un peso que no iba a desaparecer.

Entró en la casa. No durmió. Se quedó tendida en la oscuridad, mirando al techo y comprendiendo, con la brutal claridad de las tres de la mañana, que había cometido el peor error de su vida y lo había llamado «la mejor decisión».

El techo era blanco. La cama estaba hoy vacía. El viernes estaba a tres días de distancia.

Amanda permaneció despierta y empezó, por primera vez, a pensar en qué haría cuando la mujer que amaba saliera de su

edificio por última vez. Pensó en puertas. Había construido una vida sin ellas. Había tenido tanto miedo de lo que pudiera cruzar una puerta que las había sellado todas, y al sellarlas se había encerrado dentro de una habitación que era segura y sin aire y que se hacía más pequeña cada año; y ahora la única persona que alguna vez había encontrado la puerta se marchaba, y esa marcha era obra de Amanda, y lo hecho no podía deshacerse solo pensando.

Pero Amanda tenía que empezar por algún sitio. Y pensar, para una mujer que había pasado su carrera transformando el pensamiento en acción, era el primer paso.

El techo era blanco. La cama estaba vacía. El primer paso estaba dado.

19

LINA

LR Creative se puso en marcha en enero desde el segundo dormitorio del apartamento de Lina en Silver Lake.

El segundo dormitorio medía poco más de dos metros por tres. Contenía un escritorio que Lina había comprado en un almacén de muebles en Glendale, una silla que costó más que el escritorio porque la madre de Lina le había enseñado que se podía escatimar en todo excepto en las cosas que sostienen el cuerpo, y una pizarra blanca colgada en la pared sobre el escritorio que era idéntica a la de la sala de crisis de Sterline Technologies, salvo por el tamaño y por el hecho de que esta le pertenecía a Lina.

Registró la empresa un lunes por la mañana en enero, con una taza de café al lado de su portátil, el sol de invierno pálido a través de la ventana y el silencio de respiración contenida de una mujer que empieza algo nuevo. Presentó el papeleo, abrió la cuenta bancaria y creó la página web en una plataforma que había aprendido a usar por su cuenta durante las vacaciones de Navidad; dos semanas de tutoriales y pruebas de plantillas mientras Danielle le enviaba mensajes de texto cada vez más impacientes preguntándole cuándo iba a dejar de perfeccionar su página de «Sobre nosotros» y empezaría a llamar a clientes. Para el martes por

la noche, LR Creative ya tenía un logotipo (diseñado por Priya, que le había escrito por mensaje: *vas a estar increíble, no me lleves la contraria* y se negó a cobrar), presencia en LinkedIn y una identidad de marca que parecía, según Danielle, algo construido por alguien con diez años de experiencia.

Lina tenía cuatro meses de experiencia. Tenía cuatro meses de experiencia y la confianza ganada a pulso que surge de haber levantado de la nada el relanzamiento de una marca con perfil nacional, y esa confianza fue suficiente para coger el teléfono.

Llamó a doce clientes potenciales en la primera semana. Tres le devolvieron la llamada. Uno se convirtió en un contrato: una marca de belleza de tamaño medio en West Hollywood que perdía cuota de mercado a raudales y necesitaba a una estratega que entendiera de reposicionamiento. El trabajo no era glamuroso. No era Élévation. Era una empresa de doce personas con un fundador que hablaba demasiado y un presupuesto de marketing que habría sido un error de redondeo en Sterline Technologies; y a Lina le encantaba, le encantaba su pequeñez, la franqueza, el hecho de que sus recomendaciones pasaran directamente de su portátil al escritorio del fundador sin tener que atravesar siete capas de aprobación institucional.

El segundo cliente llegó en febrero, una firma de moda sostenible en Venice que necesitaba posicionamiento de marca para una expansión comercial. El tercero fue una startup de tecnología alimentaria en Santa Mónica. El cuarto fue una recomendación del fundador de la marca de belleza, que le dijo a un amigo que Lina Reyes había hecho más en tres semanas de lo que su agencia anterior había hecho en tres años, y el amigo llamó esa misma tarde.

El trabajo era bueno. El trabajo era mejor que bueno. Era la clase de trabajo que le recordaba a Lina por qué se había dedicado a la estrategia en primer lugar: el rompecabezas que suponía, la traducción de datos en una narrativa, la satisfacción de ver cómo una marca pasaba del desconcierto a la claridad porque alguien se había parado a escuchar con la atención suficiente para oír lo que intentaba decir. Trabajaba largas horas en el escritorio de su

segundo dormitorio, con la pizarra llenándose de esquemas y el apartamento llenándose de recipientes de comida a domicilio y la energía emprendedora de una mujer que construye algo que es enteramente suyo.

Para marzo, ya tenía cuatro clientes. También había rechazado a dos.

El primer rechazo fue una startup tecnológica cuyo fundador había llamado a Lina «cielo» durante la llamada inicial y le explicó que buscaba a alguien para «poner bonita» su marca. Lina había dicho: —Creo que no encajamos bien —dijo con la misma calidez profesional que empleaba en las salas de juntas; colgó y no sintió nada excepto la limpia satisfacción de una mujer que ha construido algo que ella controla y puede elegir quién lo ocupa.

El segundo rechazo fue más difícil. Un conglomerado de lujo con sede en Nueva York se había puesto en contacto; un contrato grande, el tipo de trabajo que habría puesto a LR Creative en el mapa. Pero durante la segunda reunión, el vicepresidente de marketing había dicho, como de pasada: —Nos interesamos por usted debido a su trabajo en Sterline. Su conexión con Amanda Sterline fue lo que nos hizo fijarnos en usted—. Y Lina había sentido que las palabras aterrizaban en su pecho como un puñetazo, no porque fueran crueles, sino porque eran ciertas, y la verdad era que el trabajo que había hecho en Sterline Technologies siempre estaría ligado a Amanda, y algunos clientes siempre verían a Lina como una extensión de una mujer con la que ya no se hablaba.

Declinó el contrato. Le dijo al vicepresidente que su carga actual de clientes estaba completa, lo cual no era del todo cierto, y se fue a casa, se sentó en el borde de la cama, apretó las palmas de las manos contra las rodillas y respiró lentamente; esas respiraciones profundas que utilizaba cuando los sentimientos eran demasiado grandes y necesitaban hacerse pequeños.

Luego abrió el portátil y envió tres correos electrónicos de prospección más, porque Lina Reyes no se quedaba sentada en el borde de las camas. Lina Reyes trabajaba. Lo había aprendido de su madre: el antídoto para el dolor no era el descanso sino el

movimiento, el avance sostenido de una mujer que ha decidido que su historia no terminará con la herida.

Elena llamaba todos los domingos. No preguntaba por Amanda. Lina solo le había dicho a su madre que había dejado un trabajo y montado una empresa, y Elena había recibido ambos hechos con la aceptación silenciosa de una mujer que confía en el criterio de su hija y no requiere explicaciones. Pero a veces, durante las llamadas de los domingos, Elena decía algo que golpeaba con una precisión asombrosa: —Pareces cansada, mija. No es ese cansancio de haber trabajado—. Y Lina cambiaba de tema, y Elena la dejaba, y ese permiso era su propia forma de amor.



No pensaba en Amanda todos los días.

Aquello era un progreso. Lo monitorizaba como monitorizaba todo, no con una hoja de cálculo o un calendario, sino con los propios datos del cuerpo: el inventario diario de despertarse, moverse, trabajar, comer y dormir que le decía, día tras día, si la herida estaba sanando o simplemente se estaba ocultando.

En enero, Amanda había estado en todas partes. En el café de la mañana que Lina preparaba, recordando a Amanda moliendo granos con un enfoque quirúrgico. En la pizarra blanca sobre el escritorio, recordando la sala de crisis. En la PCH, por la que Lina condujo para una reunión en Malibú y tuvo que pararse a un lado porque la vista del océano a través de la ventanilla del coche la golpeó con un recuerdo tan vivo y físico —la boca de Amanda en su cuello, la habitación de hotel, la luz de la luna— que las manos le temblaron sobre el volante y se quedó sentada en el coche durante cinco minutos respirando hasta que se le pasó.

En febrero, la frecuencia disminuyó. Lina podía beber café sin que le supiera a la cocina de Amanda. Podía conducir por la PCH sin detenerse. Podía oír a alguien decir el nombre de *Amanda* en una reunión y sentir solo una pequeña y manejable opresión en el pecho en lugar de la compresión de cuerpo completo que había

caracterizado a enero. La curación no era lineal. Había días malos, días en los que se despertaba a las tres de la mañana buscando entre las sábanas un cuerpo que no estaba allí, días en los que se quedaba bajo la ducha y el agua caliente se sentía como un abrazo y la sensación le provocaba lágrimas que no esperaba, pero la trayectoria era ascendente, y Lina confiaba en las trayectorias.

En marzo, podía pasar tres días sin pensar en Amanda Sterline. Contaba los días como alguien en rehabilitación cuenta los días de sobriedad: no para celebrar, sino para verificar. Tres días era bueno. Tres días significaba que las vías neuronales se estaban reescribiendo, las asociaciones se debilitaban, y la terca constelación de recuerdo y deseo que Amanda ocupaba en la mente de Lina empezaba a pasar de activa a latente.

Al cuarto día, el pensamiento solía regresar. Entraba por la puerta lateral, no por la entrada principal de un recuerdo evocado deliberadamente, sino por la llegada silenciosa de una asociación que no había previsto. Una canción en la radio que había sonado en la cocina de Malibú. La palabra *sinergia* en un documento de un cliente, que le hacía pensar en Marcus, que le hacía pensar en la sala de crisis, que le hacía pensar en Amanda de pie en el umbral con un discurso impreso y el roce de sus dedos durante la entrega. Las asociaciones eran cadenas, cada eslabón conectado al siguiente, y Lina podía romper cualquier cadena individual pero no podía evitar que se formaran otras nuevas, porque Amanda estaba incrustada en su vocabulario profesional, en sus esquemas estratégicos, en su comprensión de lo que era la excelencia y de lo que costaba.

Algunos días seguía pensando en ella. Algunos días, sentada a su escritorio a las nueve de la noche con el apartamento en silencio y el trabajo extendido ante ella, Lina se sorprendía recordando cómo se veían los ojos grises de Amanda bajo la luz de la lámpara, y el recuerdo no era afilado sino cálido, y la calidez era peor que la agudeza porque la calidez significaba que aún la amaba, y amar a alguien desde la distancia, sin resolución ni cierre, era la forma de amor más solitaria que Lina había experimentado jamás.

~

Encontró las entrevistas un domingo.

Estaba investigando un análisis del panorama competitivo para un cliente e introdujo el nombre de Amanda en un buscador; la búsqueda era profesional, necesitaba datos sobre el posicionamiento de mercado de Sterline Technologies, nada más, pero los resultados incluyeron dos entrevistas recientes en vídeo, y Lina las vio ambas.

La primera era una mesa redonda del sector de febrero. Amanda estaba sentada en un escenario con otros tres consejeros delegados y discutía la integración de la IA en la estrategia de marca con la autoridad precisa y serena que la sala esperaba. Llevaba un traje azul marino. Tenía el pelo recogido. Se veía exactamente como siempre se había visto: aguda, controlada, la mujer a la que la industria llamaba la Reina del Hielo, y Lina observó con el desapego analítico de una estratega que evalúa a un competidor y no sintió casi nada. Casi. Hubo un momento, a los treinta segundos, en que Amanda giró la cabeza para responder a una pregunta del moderador y la luz del escenario captó el ángulo de su mandíbula, y el cuerpo de Lina produjo una respuesta que su mente no había autorizado: una rápida y no deseada opresión en el pecho, el dolor fantasma de la memoria muscular. Respiró profundamente. Se pasó.

La segunda entrevista fue diferente.

Era una conversación individual, filmada en el despacho de Amanda; la entrevistadora era una periodista a la que Lina reconoció de una publicación tecnológica. La entrevista cubría el éxito de Élévation, los planes de expansión de la compañía y la próxima Cumbre de Liderazgo de Mujeres en los Negocios donde Amanda daría el discurso de apertura. Amanda manejó cada pregunta con su economía habitual: breve, precisa, cada respuesta diseñada para comunicar exactamente lo que quería comunicar y nada más.

Entonces, la periodista le preguntó sobre el riesgo.

—Se la conoce por tomar decisiones controladas —dijo la periodista—. Pero Élévation fue un riesgo mayúsculo: invertir

fuertemente en una marca que fracasaba, nombrar un liderazgo poco convencional. ¿Qué significa el riesgo para usted ahora?

Amanda hizo una pausa.

Lina se inclinó hacia delante. Observó la pausa con la atención concentrada de una mujer que había pasado meses aprendiendo a leer los silencios de Amanda. La pausa duró cuatro segundos, más que cualquier otra pausa en la entrevista, más de lo que Amanda solía permitir entre pregunta y respuesta, lo suficiente como para que la periodista se removiera ligeramente en su asiento. En esos cuatro segundos, la expresión de Amanda no cambió. Su postura no cambió. Nada visible cambió. Pero Lina, mirando desde un portátil en Silver Lake siete meses después de dejar Sterline Technologies, vio algo en esos cuatro segundos que nadie más que viera la entrevista vería. La fracción de una fractura. Una grieta finísima en su compostura, visible solo para alguien que supiera por dónde pasaban las fisuras.

—El riesgo significa actuar con información incompleta —dijo Amanda. Su voz era firme. Significa aceptar que la certeza es un lujo que el mercado rara vez proporciona. He aprendido...— Otra pausa, más corta, casi imperceptible. —He aprendido que las decisiones que tomas sobre el riesgo te definen más que los resultados.

La entrevista terminó. Lina cerró su portátil. Se sentó en la silla de su escritorio en el apartamento silencioso, con la luz del atardecer entrando por la ventana y el limonero del vecino proyectando sombras en la pared, y respiró.

Las decisiones que tomas sobre el riesgo te definen más que los resultados.

Amanda hablaba de la empresa. Amanda siempre hablaba de la empresa. Pero la pausa, la pausa de cuatro segundos y una finísima fractura, no era sobre la empresa.

Lina cerró los ojos. No necesitaba que Amanda lo dijera.

Cerró el portátil. No volvió a ver las entrevistas.

~

La mujer se llamaba Rachel. Tenía treinta y un años, era arquitecta, de mirada amable y voz cálida, y estaba interesada en Lina de la manera sencilla y directa de alguien que ve lo que le gusta y lo dice. Danielle las había presentado en la inauguración de la galería de un amigo en febrero, y Rachel le había pedido el número a Lina con una sonrisa segura sin ser agresiva; Lina se lo dio porque darlo era lo normal y Lina deseaba, desesperadamente, hacer cosas normales.

Cenaron un par de veces. La primera fue en un restaurante en Los Feliz: ladrillo visto, luz de velas, la atmósfera cuidada de un lugar diseñado para facilitar la intimidad entre personas que querían que se la facilitaran. Rachel pidió vino, preguntó por LR Creative y escuchó con la inclinación atenta de alguien genuinamente interesado. La conversación fue buena, fácil, cálida; el ritmo cómodo de dos mujeres que descubren que comparten opiniones sobre arquitectura, comida y lo absurdo del mercado inmobiliario de Los Ángeles. Rachel era inteligente, divertida, genuinamente curiosa por el trabajo de Lina. Hizo preguntas, escuchó las respuestas, se rio de los chistes de Lina y le tocó el brazo sobre la mesa con una calidez que resultaba acogedora y sin ambigüedades.

Lina no sintió nada.

No exactamente nada. No estaba entumecida, ni rota, no era la versión vacía de sí misma que había sido en enero.

Había aprecio, respeto, la conciencia general de que Rachel era atractiva y amable y exactamente el tipo de persona que Lina debería haber querido. Pero el querer estaba ausente. La electricidad estaba ausente. La carga viva y desestabilizadora que producía la proximidad de Amanda —el pulso acelerado, la mayor agudeza sensorial, el reconocimiento de todo el cuerpo de que la persona al otro lado de la mesa estaba cambiando la temperatura de la habitación—, nada de eso estaba ahí.

La segunda cena fue dos semanas después. Rachel llevaba un vestido verde. Estaba contando una historia sobre una sesión de diseño que había salido espectacularmente mal, y la historia era

divertida y estaba bien narrada, y a Rachel se le formaban arruguitas en los ojos al reír; Lina se sentó frente a ella y pensó en unos ojos grises.

Puso fin a aquello después de la segunda cena, acompañando a Rachel a su coche en la cálida noche de marzo, con las farolas proyectando largas sombras ambarinas en la acera y el dulce calor del jazmín en el aire. Jazmín, el mismo aroma que usaba Amanda, y la crueldad de la coincidencia era tan precisa que habría resultado graciosa si no hubiera hecho que a Lina se le cerrara la garganta. Fue amable al respecto. Lina siempre era amable, la habían educado para valorar la amabilidad como una práctica más que como una actuación, y Rachel lo aceptó con elegancia y una pequeña sonrisa de complicidad que sugería que ya se lo imaginaba.

—Hay otra persona —dijo Rachel. No fue una acusación, sino una observación.

—No exactamente—.

—¿Más bien un fantasma?—

Lina la miró. Rachel estaba apoyada en su coche, con las manos en los bolsillos del abrigo, la luz de la farola resaltando los reflejos cobrizos de su pelo, y se veía como alguien que merecía algo más que a una mujer sentada frente a ella pensando en otra persona. Los ojos marrones de Rachel eran cálidos, comprensivos, totalmente libres de juicio.

—Más bien un fantasma —asintió Lina—. De esos que no puedes exorcizar porque no estás segura de querer hacerlo—.

Rachel sonrió. Fue una sonrisa amable, cálida, el reconocimiento de la pérdida por parte de alguien que había vivido la suya propia. —Por lo que valga, sea quien sea, tiene suerte—.

—Ella no estaría de acuerdo contigo—.

—Entonces tiene suerte y es una insensata, que es una combinación que ya he visto antes—. Rachel le apretó la mano a Lina, un gesto breve, cálido, generoso. —Buena suerte, Lina—.

Se alejó con el coche. Lina se quedó en la acera en la cálida tarde de marzo y vio cómo desaparecían las luces traseras mientras respiraba el aire con olor a jazmín; sintió, con una claridad dolorosa,

la forma exacta de lo que estaba reteniendo y de lo que estaba dejando ir.

Llamó a Danielle desde el coche.

—¿Qué tal la cena?—

—Ha sido esclarecedora—.

—Eso es clave para decir que ha ido mal—.

—Es clave para decir que ahora sé algo que necesitaba confirmar. Rachel es maravillosa. Rachel es exactamente el tipo de persona de la que debería estar enamorándome. Y me he sentado frente a ella durante dos horas y lo único que he sentido ha sido la ausencia de otra persona—. Lina se incorporó a la autopista. Las luces de la ciudad pasaban borrosas por las ventanillas. —Ha sido el tipo de experiencia esclarecedora que te dice dónde estás mostrándote dónde no estás—.

Danielle se quedó callada. Luego preguntó: —Entonces, ¿dónde estás?—.

Lina condujo a través de la ciudad con el manos libres y las ventanillas bajadas un poco, sintiendo el aire fresco de la noche contra su cara, y no respondió a la pregunta, porque la respuesta era una casa en Malibú y un sofá y una mujer que preparaba café con un temporizador y que no podía estarse quieta y que tenía el humor más seco que Lina hubiera conocido jamás; y esa respuesta no iba a cambiar, y Lina empezaba a aceptar que no hacía falta que lo hiciera.

Hay cosas que uno carga. Hay cosas que cargan con uno. Y hay cosas que son, simplemente, el lugar donde vives, aunque la dirección ya no sea la tuya.

20

AMANDA

El discurso principal tenía doce páginas y Amanda odiaba cada una de sus palabras.

Estaba sentada ante su escritorio un jueves a las nueve de la noche con el borrador impreso y extendido frente a ella, bolígrafo rojo en mano y gafas de leer puestas; leía el discurso como lo leía todo: a fondo, con toda su atención, marcando los márgenes con anotaciones que a veces eran analíticas y a veces solo la palabra *no* en firmes mayúsculas. El discurso trataba sobre el liderazgo en mercados inciertos. Estaba bien elaborado. La estructura era limpia. Los argumentos estaban respaldados por datos. La retórica estaba controlada, cada frase soportaba su propio peso, cada párrafo avanzaba hacia una conclusión con ese impulso contenido por el que era famosa la oratoria de Amanda.

El discurso era preciso. El discurso era impecable. El discurso era el tipo de alocución que se ganaría una ovación en pie de mil doscientos ejecutivos en la Cumbre de Mujeres en el Liderazgo Empresarial, generaría tres días de cobertura en la prensa especializada y sería citado en publicaciones de LinkedIn durante un mes.

El discurso estaba completamente vacío.

Amanda soltó el bolígrafo rojo. Se quitó las gafas de leer, se frotó los ojos y miró la ciudad tras los ventanales, la vista familiar desde un piso treinta y siete: las luces de Los Ángeles extendidas abajo como una placa de circuito impreso que alguien se hubiera dejado encendida toda la noche. Había escrito docenas de discursos inaugurales. Se había subido a escenarios frente a miles de personas y había pronunciado palabras que había construido con el mismo rigor que aplicaba a las proyecciones trimestrales y a la estrategia de la junta directiva, y las palabras siempre habían sido sinceras. No personales. Amanda no hacía cosas personales en público. Pero sí sinceras. Sinceras con los principios sobre los que había cimentado su carrera. Sinceras con la arquitectura de una mujer que había convertido el control en un imperio.

Este discurso también era sincero. Era sincero como lo son los currículos, enumerando logros con exactitud sin mencionar a la persona que los ha alcanzado.

Llevaba dos semanas trabajando en él. Lo había escrito por las noches, después de que la oficina se vaciara y la planta se quedara en silencio, sentada ante el escritorio que había sostenido las proyecciones del cuarto trimestre, las propuestas de presupuesto y, meses atrás, las palmas de las manos de Amanda presionadas con fuerza mientras le decía a Lina Reyes que tenía miedo de que la vieran. Había escrito el discurso como lo escribía todo: metódicamente, con esquemas y mapas estructurales y una tesis que había contrastado con tres análisis de audiencia diferentes.

El discurso era técnicamente superior a cualquier otro que hubiera pronunciado en los últimos cinco años. También era el primer discurso escrito por Amanda que no era capaz de ensayar, porque ensayarlo significaba escucharlo en voz alta, y escucharlo en voz alta significaba enfrentarse al hecho de que el discurso sonaba como una mujer a la que ya no reconocía.

Cogió el borrador. Leyó el párrafo inicial una vez más.

En quince años al frente de Sterline Technologies, he aprendido que el activo más valioso que posee un líder no es

el capital, ni la tecnología, ni la posición en el mercado, sino la claridad. La claridad para ver lo que el mercado requiere y la disciplina para ofrecerlo.

Las palabras eran correctas. Las palabras eran el tipo de cosas que Amanda Sterline decía en público; la audiencia asentiría, la prensa citaría la frase y nadie se daría cuenta de que la palabra *claridad* estaba haciendo el trabajo de una palabra que Amanda no se atrevía a usar, que era *control*. Porque el discurso trataba sobre el control. Cada intervención pública que Amanda había hecho en su vida trataba sobre el control: su disciplina, su necesidad, la virtud de construir una vida, una empresa y una reputación sobre el fundamento de no dejar nunca que nadie viera qué había debajo.

Debajo había una mujer sentada sola en un despacho de un ático a las nueve de la noche, leyendo un discurso que parecía escrito por un extraño.

Amanda apartó el borrador a un lado. Se levantó, caminó hacia la ventana, apoyó la frente contra el cristal frío y miró hacia la calle, treinta y siete pisos más abajo, donde el tráfico era escaso, los peatones estaban dispersos y la ciudad hacía lo que siempre hacía a las nueve de un jueves: seguir adelante, indiferente, sin ofrecer comentario alguno sobre las mujeres que, en sus despachos, se preguntaban en qué momento las métricas que habían pasado la vida optimizando habían dejado de medir lo que importaba.

Había estado midiendo el éxito con una métrica que eligió cuando no podía permitirse desear lo auténtico.

El pensamiento surgió de un lugar profundo, el mismo de donde venía el tarareo, el mismo donde el sonido del nombre de Lina producía una respuesta que la mente de Amanda no podía anular. Era el lugar bajo la arquitectura, el cimiento bajo el cimiento, la parte de Amanda que no era la directora ejecutiva ni la reputación ni la Reina de Hielo, sino simplemente una mujer que había pasado más de una década teniendo razón en todo excepto en lo único que importaba.

La comprensión llegó con la silenciosa precisión de algo que había sido cierto durante mucho tiempo y que solo ahora se decía en voz alta en el teatro de la mente de Amanda. Había elegido el control como métrica porque el control era lo que le quedaba después de Catherine. Lo había elegido porque era medible, defendible, autónomo. Porque el control no requería confianza, no requería vulnerabilidad, no requería el valor aterrador de abrir una puerta y dejar que alguien pasara sin saber si se quedaría o si robaría.

Llevaba más de una década midiendo el éxito mediante el control y, bajo esa métrica, había triunfado más allá de cualquier expectativa razonable. La empresa prosperaba. La reputación estaba intacta. La arquitectura era impecable.

Y Amanda estaba allí, en una oficina vacía a las nueve de la noche, sola, leyendo un discurso sobre liderazgo que no tenía nada de honesto, mientras la mujer a la que amaba estaba en algún lugar de esta ciudad construyendo su propia empresa y probablemente sin pensar en Amanda, que era lo que Amanda había querido, lo que era el resultado correcto, lo que ella misma había orquestado con la misma lógica fría que aplicaba a todo y que ahora, en la quietud de la oficina vacía con la ciudad a oscuras tras el cristal, le parecía el error más caro que había cometido jamás.

Se sentó. Abrió su ordenador portátil. Se quedó mirando la pantalla sin escribir nada durante siete minutos. Contó, porque contar era lo que hacía Amanda cuando intentaba mantener el control y el control fallaba. Luego cerró el portátil, apoyó las palmas sobre el escritorio y respiró.

La respiración era irregular. La oficina estaba demasiado silenciosa. Amanda se levantó y se puso a caminar, tres pasos hacia la ventana, tres pasos de vuelta, el mismo patrón que había desgastado en la alfombra durante la crisis de Catherine hacía más de una década, cuando pasear de un lado a otro era la única expresión física de pánico que su cuerpo se permitía. Caminaba y pensaba en Lina, y pensaba en el discurso, y pensaba en los mil doscientos ejecutivos que se sentarían en un salón de actos en seis días a escuchar a Amanda Sterline hablar sobre liderazgo, claridad y

disciplina; y cada uno de ellos escucharía un discurso pulido, persuasivo y completamente fraudulento, porque Amanda Sterline ya no creía en la claridad. Amanda Sterline creía en una mujer de ojos marrones y risa cálida que tuvo el valor de decir —No voy a fingir que lo de anoche no pasó— en el vestíbulo de un hotel un sábado por la mañana.

Dejó de caminar. Apoyó las palmas contra el cristal de la ventana. El cristal estaba frío. La ciudad estaba cálida. En algún lugar de esa ciudad, en Silver Lake, en un segundo dormitorio convertido en oficina, tras un escritorio con una pizarra blanca encima, Lina Reyes estaba construyendo algo real. Algo honesto. Algo que no necesitaba un discurso de doce páginas para justificar su existencia.



El despacho de Shane estaba tres puertas más allá. Su luz seguía encendida. Solía estarlo; Shane se quedaba hasta tarde, no porque Amanda se lo exigiera, sino porque Shane era el tipo de hombre que se quedaba cuando las personas que le importaban se quedaban, y Amanda llevaba meses quedándose hasta las diez o las once cada noche.

Llamó a la puerta. Shane levantó la vista de su pantalla. Llevaba el abrigo puesto, a punto de irse, y la expresión de su rostro al ver a Amanda en el umbral decía que había estado esperando esta conversación y que acababa de decidir que iba a ocurrir ahora mismo.

—Siéntate —dijo Shane.

Amanda se sentó. El despacho de Shane era más pequeño que el de ella, más vivido: libros en cada superficie, una planta en el alféizar que él sí regaba, fotos de su familia en el escritorio. La oficina olía al té que Shane tomaba en lugar de café, algo de hierbas que Amanda nunca se había molestado en identificar.

Shane la miró. Se quitó el abrigo. Se sentó frente a ella, entrelazó las manos y le dedicó la atención constante, cálida e inquebrantable que le había estado dedicando durante ocho años; la

atención de un hombre que quería a su amiga, que estaba cansado de verla sufrir y que había decidido, esta noche, decírselo.

—Has tenido más éxito y menos felicidad de la que te he visto en ocho años —dijo Shane.

Las palabras no eran una acusación. No eran una observación. Eran un diagnóstico, emitido con la precisión clínica de un hombre que había pasado ocho años leyendo los silencios de Amanda y había aprendido que el silencio más peligroso era el que Amanda no sabía que estaba produciendo.

—La empresa está rindiendo... —empezó Amanda.

—No estoy hablando de la empresa. —La voz de Shane era suave, firme, cargada con el peso cuidadoso de una verdad que llevaba guardando semanas—. La empresa está funcionando de maravilla. La junta está satisfecha. La prensa es elogiosa. Las cifras son de las mejores en la historia de la compañía, y cada una de ellas lleva las huellas dactilares de Lina Reyes; tú lo sabes, y saberlo es parte de lo que te está consumiendo viva.

Amanda tensó la mandíbula. En su regazo, sus manos se apretaron la una contra la otra.

—Me dijiste que no había nada que gestionar —continuó Shane —. Te creí, porque quería hacerlo, y porque pensé que, si había algo, lo gestionarías como lo gestionas todo: con discreción, en privado, con el mínimo daño colateral. Pero no lo gestionaste, Amanda. Lo hiciste saltar por los aires. Y el daño colateral eres tú.

El despacho estaba en silencio. El edificio estaba en silencio. Fuera, la ciudad zumbaba con la frecuencia baja y continua de un millón de personas viviendo sus vidas, y Amanda, sentada en el despacho de Shane, escuchó la verdad y sintió cómo se asentaba en sus huesos con el peso lento de algo que sabía desde hacía meses y que había tenido demasiado miedo de pronunciar.

—Se ha ido —dijo Amanda. Su voz era baja, despojada del tono de sala de juntas, cargada con el sonido crudo de una mujer que se ha quedado sin formas de evitar la conversación—. Se ha ido, la empresa está bien y yo... —Se detuvo. Le temblaban las manos. Las apretó contra sus rodillas y miró a Shane con ojos que ardían y estaban secos—. No estoy bien, Shane. Sé que dije que estaba bien

y sé que dejaste que lo dijera, y ambos sabemos que *bien* ha sido la palabra más cara de mi vocabulario durante más de una década.

Shane la miró. Sus ojos oscuros eran constantes, cálidos, llenos de ese afecto curtido que existe entre dos personas que han pasado por lo suficiente juntas como para dejar de fingir.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó.

La pregunta era sencilla. Directa. La pregunta de un hombre que confiaba en que Amanda llegaría a la respuesta correcta si se le daba el tiempo suficiente y la verdad suficiente, y él acababa de darle ambas cosas.

Amanda se miró las manos. Estaban cruzadas en su regazo, con los nudillos blancos, los dedos entrelazados con la tensión de alguien que se esfuerza por no desmoronarse. Se miró las manos y pensó en lo que habían construido: una empresa, una reputación, una arquitectura de invulnerabilidad que la había mantenido a salvo durante quince años; y pensó en lo que habían sostenido: el rostro de Lina, a la luz de la lámpara, en el despacho del ático, mientras Amanda la besaba por primera vez como una decisión y no como una rendición. Pensó en lo que sus manos habían soltado: ese mismo rostro, esa misma mujer, apartada con la misma deliberación que Amanda aplicaba a todo.

Sus manos habían levantado los muros. Sus manos habían dejado marchar a Lina. Sus manos tendrían que ser las que abrieran la puerta.

Amanda no respondió a la pregunta de Shane. Todavía no. No con palabras. Pero algo en su expresión debió de cambiar, porque la mirada fija de Shane se suavizó, y ese gesto fue el de un hombre que llevaba meses viendo a su amiga caminar hacia un precipicio y acababa de verla detenerse.

Se puso en pie. Le dio las gracias a Shane, algo que rara vez hacía. Amanda expresaba gratitud como lo expresaba todo: con moderación, con precisión, con la implicación de que su escasez la hacía valer más. Él la recibió con el asentimiento silencioso de un hombre que comprendía que la gratitud de Amanda siempre era auténtica y siempre discreta. Caminó hacia el ascensor. El pasillo estaba vacío, los despachos acristalados a oscuras a ambos lados, y

los tacones de Amanda sobre el hormigón pulido eran el único sonido; el ritmo familiar, el paso medido, el clic-clic-clic que había sido la firma ambiental de su presencia en este edificio durante quince años. Pero esta noche el ritmo sonaba distinto. Esta noche los pasos sonaban como los de alguien que camina hacia algo en lugar de huir de ello. Bajó treinta y siete pisos hasta el vestíbulo. Condujo hasta casa.

La casa de Malibú estaba a oscuras. Se oía el océano, las olas sobre la arena, el ritmo eterno; el sonido que había sido la banda sonora de la soledad de Amanda durante años y que ahora escuchaba de otra manera, porque la soledad ya no era una condición. Era una elección. Y era una elección que podía deshacer.

Se quedó de pie frente a la encimera de la cocina. El mármol estaba frío bajo sus palmas, la misma encimera donde Lina se había sentado con la camiseta de Amanda bebiendo café y diciendo que la prensa francesa era un crimen de guerra. El recuerdo era vívido. No doloroso, aún no, pero vívido como lo son las cosas que has estado intentando no recordar y dejas de hacerlo, y al dejarlo te inundan con todo a la vez.

Amanda abrió un cajón. Sacó un cuaderno, encuadernado en cuero, caro, del tipo que usaba para las notas de reuniones y nunca para nada personal. Lo abrió por una página en blanco. Destapó una pluma.

Escribió una frase. Su pulso era firme. La pluma se deslizó por la página con la presión deliberada de alguien que escribe algo importante, y el sonido de la pluma sobre el papel resultó fuerte en la silenciosa cocina: el rasgar del plumín contra el grano, la pequeña fricción del pensamiento convirtiéndose en tinta.

HE ESTADO MIDIENDO LO QUE NO ERA

Miró la frase. Seis palabras. Limpias, directas, sólidas; el tipo de frase que Amanda construía, el tipo que podía aguantar el peso de todo lo que estaba a punto de apilar encima. Miró la frase y sintió algo cambiar en su interior. No una rotura, no una grieta, sino un giro, como cuando una llave gira en una cerradura, el mecanismo encaja y la puerta empieza a abrirse.

Se quedó sentada sobre la encimera hasta medianoche. Escribió. No el discurso inaugural. Escribiría el discurso más tarde, uno diferente, uno que contuviera algo que el borrador de doce páginas de su escritorio no tenía: verdad. Escribió notas. Escribió fragmentos. Escribió la arquitectura de un discurso que diría lo que Amanda Sterline nunca había dicho en público, aquello que quince años de control, compostura y construcción de reputación habían hecho imposible decir; lo que Lina Reyes había estado esperando que Amanda dijera desde la mañana en que salió de un vestíbulo de hotel en Malibú con un café en la mano, una bolsa de viaje al hombro y la serena dignidad de una mujer que no participaría en una mentira.

Amanda escribió hasta que se le acalambró la mano. El cuaderno se iba llenando, página tras página con la caligrafía firme y precisa de Amanda, con letras pequeñas y regulares; cada línea contenía un

pensamiento que nunca se había permitido tener en público y que ahora estaba transformando en un discurso que pronunciaría ante mil doscientas personas y en una transmisión en directo que no podría controlar. El discurso era aterrador. El discurso era lo más honesto que Amanda había escrito desde la lista de las cinco razones que había tecleado en su teléfono en un banco frente al mar en Malibú y, a diferencia de la lista, este discurso no se sentía hueco.

Dejó la pluma. Miró el Pacífico a través de la ventana de la cocina: agua oscura, luz de luna plateada, la línea blanca de las olas. Pensó en las puertas.

Construiste una vida sin puertas. La construiste porque una puerta es como ella entró. Pero la mujer que no soportaba tener una puerta está ahora en una habitación de la que no puede salir.

Amanda cogió la pluma. Siguió escribiendo.

Fuera, el Pacífico seguía su curso. Dentro, por primera vez en siete meses, Amanda Sterline estaba construyendo algo nuevo. No muros. No arquitectura. No la estructura controlada y defendida que había mantenido desde Catherine.

Una puerta. Y al otro lado, si era lo bastante valiente, si era lo bastante honesta, si era capaz de encontrar las palabras para decir lo que los muros habían sido levantados para impedir. Lina.

21

LINA

Danielle llevaba tres semanas utilizando la palabra *visibilidad*, y Lina llevaba utilizando la palabra *no* exactamente el mismo tiempo; Danielle iba ganando porque Danielle siempre ganaba las discusiones que involucraban la carrera de Lina y su negativa a salir del apartamento.

—El Silicon Beach Summit —dijo Danielle, sentada en el sofá de Lina en Silver Lake con una copa de vino en una mano y el programa de la cumbre abierto en el móvil en la otra—. Mil doscientos asistentes. Fundadores, inversores de capital riesgo, directores de marca. Al menos cuarenta de ellos necesitan lo que tú haces, y la mitad aún no lo sabe. Te presentas allí, das la mano, repartes tarjetas y para el lunes tienes tres clientes potenciales nuevos.

—Tengo cuatro clientes.

—Tienes cuatro clientes que pagan bien, te mantienen ocupada y no te servirán para crear una agencia. Tienes un negocio que funciona. Yo intento ayudarte a crear un negocio que escale. —Danielle dejó el vino en la mesa. Miró a Lina con la atención concentrada de una mujer que la conocía desde la orientación de primer año de carrera y la quería lo suficiente como para ser

implacable—. Silicon Beach es una jugada de visibilidad. Tienes que estar en las salas donde la gente toma decisiones, no en tu segundo dormitorio haciendo presentaciones para marcas de cosmética boutique.

—Me gustan las marcas de cosmética boutique.

—Lo sé. Y la próxima marca de cosmética boutique que te llame puede ser tu quinto cliente, después de que consigas dos contactos de grandes empresas en la cumbre.

Lina miró a su mejor amiga. Danielle tenía la expresión que ponía cuando ya había ganado una discusión y simplemente estaba esperando a que la otra persona se diera cuenta. Era la expresión que había convencido a Lina para aceptar la entrevista en Sterline Technologies, para presentar la propuesta de estrategia de la Fase 1, para entrar en una sala de juntas llena de altos ejecutivos y decir lo que nadie más se atrevía a decir. El rostro de Danielle fue, en un sentido muy real, el catalizador de todo lo ocurrido en el último año y medio, lo cual decía mucho o bien del poder de la amistad o bien de la necesidad de Lina de establecer mejores límites.

Lina miró su café. Estaba frío; llevaba veinte minutos sosteniéndolo mientras Danielle exponía sus argumentos, lo cual era señal de una mala gestión del tiempo o de que los argumentos de Danielle eran más estimulantes que la cafeína. Miró el café frío y pensó en salas. En entrar en salas que no había elegido y encontrar cosas que no esperaba y aprender, por las malas, que las salas que evitabas solían ser las que te cambiaban.

Pensó en una sala de juntas en la planta treinta y siete y en una mujer con un traje gris marengo, y reprimió el pensamiento con la misma presión constante que llevaba aplicando siete meses; el pensamiento se hundió y ella se bebió el café frío.

—Está bien —dijo Lina—. Iré.

—Irás, harás contactos y no te pasarás todo el congreso escondida en el baño mirando el móvil.

—Nunca me he escondido en un baño.

—Te escondiste en un baño en los Adweek Awards en febrero.

—Aquello fue diferente. Había una mujer en la barra que trabajaba en Sterline y yo...

—Te escondiste en un baño. —Danielle cogió su vino y miró a Lina por encima del borde con esa exasperación cariñosa que reservaba para los momentos en los que estaba simultáneamente molesta y orgullosa—. Sábado. El registro abre a las ocho. Ponte la americana azul marino. Y desayuna antes, que te pones rara cuando haces *networking* con el estómago vacío.

—No me pongo rara.

—En el último evento le dijiste a un inversor de capital riesgo que su estrategia de marca tenía la integridad estructural de una servilleta mojada.

—Era una descripción precisa.

—Era precisa y rara. Desayuna.

Lina sonrió. La sonrisa surgió con facilidad, de la forma en que surgían las sonrisas con Danielle: reflexiva, genuina, producto de siete años de amistad que habían sobrevivido a la universidad, a las carreras profesionales y a la tensión sostenida de querer a alguien durante un desamor que no podía solucionar. Danielle era la persona que le había sujetado el móvil mientras lloraba en enero, la que le traía sopa cuando a Lina se le olvidaba comer y la que enviaba exactamente tres mensajes al día que decían cosas como: *eres increíble y me pelearé con cualquiera que diga lo contrario, incluida tú*. Danielle era la razón por la que Lina había sobrevivido a los últimos siete meses, y la razón por la que Lina iba a ponerse una americana azul marino y entrar en una sala llena de mil doscientas personas desconocidas para fingir que era una mujer que lo tenía todo bajo control.



La cumbre se celebraba en el Centro de Convenciones de Santa Mónica, un espacio vasto y luminoso con ventanales de suelo a techo que mostraban el océano, el muelle y esa calidad dorada de una mañana de California a finales de abril. El edificio olía a café recién hecho, a limpiador de moquetas y a la tenue brisa salada que

entraba por las puertas cada vez que alguien entraba o salía, trayendo consigo la playa.

Lina llegó a las ocho y cuarto. Llevaba la americana azul marino. Se la puso porque Danielle se lo había dicho, porque era su mejor americana y porque había aprendido, en los meses transcurridos desde que dejó Sterline Technologies, que vestir bien no era vanidad sino comunicación, una forma de decir *estoy aquí, voy en serio, he construido esto yo misma* antes de abrir la boca.

Recogió su acreditación, se la enganchó a la americana y entró en la sala de exposiciones principal con un fajo de tarjetas de visita en el bolsillo y la compostura profesional de una mujer que había aprendido, durante los últimos meses, a entrar sola en las salas. Esa soledad no era aislamiento. Era capacidad. Era la postura ganada a pulso de una mujer que había sobrevivido a la pérdida de una carrera y una relación en la misma semana y había salido al otro lado con una empresa que funcionaba y una vida que, si no estaba completa, al menos era enteramente suya.

La sala era grande, luminosa y vibraba con la energía ambiental de mil doscientas personas que creían que iban a cambiar el mundo o, al menos, sus previsiones trimestrales. Lina se movía entre la multitud con la atención concentrada que ponía en todo, analizando el ambiente, identificando los grupos de conversación que sugerían una conexión genuina en lugar de un *networking* postureado, buscando el lenguaje corporal de los responsables de la toma de decisiones que buscaban algo y aún no lo habían encontrado.

Consiguió dos contactos antes de las nueve y media.

El primero fue una marca de bienestar de venta directa al consumidor cuya directora de marketing, una mujer de unos cuarenta años con anillos de plata en cada dedo y la energía inquieta de alguien que llevaba bebiendo café de congreso desde las siete de la mañana, acorraló a Lina cerca de la zona de cafetería y pasó doce minutos describiendo un problema de posicionamiento de mercado que Lina podría haber resuelto en una servilleta. La marca tenía un buen encaje producto-mercado, pero un mensaje al consumidor débil, y la directora de marketing estaba quemando el presupuesto en captación pagada cuando debería haber invertido en

una historia de marca orgánica. Lina escuchó. Hizo tres preguntas, dirigidas, específicas, el tipo de preguntas que revelaban el problema estructural bajo los síntomas, y las cejas de la directora de marketing subieron con cada una. Para la cuarta pregunta, la mujer se inclinaba hacia delante con la atención aguda de alguien que acababa de darse cuenta de que estaba hablando con una experta.

—¿Cómo puede ver la arquitectura de marca con tanta claridad tras una conversación de doce minutos? —preguntó la directora de marketing.

—Práctica —dijo Lina. Le entregó una tarjeta con la confianza tranquila de una mujer que sabía que su trabajo era bueno y ya no necesitaba que nadie más se lo dijera.

El segundo contacto fue una recomendación. La directora de marketing le presentó a una fundadora de tecnología sostenible que necesitaba arquitectura de marca para una ronda de financiación de Serie B. La fundadora era perspicaz, directa y quedó impresionada por la capacidad de Lina para resumir un marco de marca en noventa segundos; intercambiaron tarjetas con el reconocimiento mutuo de dos personas que harían negocios en menos de un mes. La fundadora mencionó que había leído el perfil en *Adweek* sobre Élévation, y Lina aceptó la referencia sin inmutarse, sin desviar el tema, sin la opresión en el pecho que la mención de Sterline Technologies le había producido durante meses. El trabajo era suyo. El perfil era suyo. La mujer que había hecho el trabajo seguía siendo Lina Reyes, independientemente de quién la hubiera contratado en aquel momento.

Lina se quedó cerca de la entrada de la sala de exposiciones con un café reciente y la cálida y expansiva satisfacción de una mañana que iba bien. El café era decente. Los contactos eran sólidos. El océano se veía a través de los ventanales, azul y brillante bajo el sol de la mañana, y por primera vez en semanas Lina sintió la ligereza que producía el movimiento hacia delante, la sensación de una vida que se estaba construyendo, apretón de manos a apretón de manos y conversación a conversación, a partir de la materia prima del talento y la determinación, y la obstinada negativa a dejar que un corazón roto dictara los términos de una carrera profesional.

Se alegraba de haber venido. Se lo diría a Danielle, lo cual sería un acto de generosidad que Danielle aprovecharía durante los próximos seis meses, y valía la pena porque la mañana era buena, los contactos eran reales y Lina estaba en una sala llena de mil doscientas personas sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, como si estuviera en su lugar.

Danielle apareció a su lado con un café nuevo y la sonrisa de quien ha estado observando desde el otro lado de la sala. —Dos contactos antes de las diez. No voy a decirte que te lo dije.

—Acabas de decirlo.

—He dicho que no iba a decirlo. Son frases diferentes. —Danielle le tendió el café—. La conferencia principal de las nueve y media va a empezar. Escenario principal. Deberíamos coger sitio. Las ponencias matinales en este tipo de cosas suelen ser las únicas sesiones que merecen la pena.

El escenario principal estaba en el extremo opuesto de la sala de exposiciones, una plataforma elevada con iluminación profesional, un atril y una pantalla que mostraba el logotipo de la cumbre en azul y blanco. Lina había echado un vistazo al programa al llegar: la ponencia de las nueve y media figuraba como «Liderazgo en la Era de la Disrupción», a cargo de un ponente cuyo nombre no había leído porque había estado concentrada en el contacto que perseguía, en el café que sostenía y en la multitarea enfocada de una mujer que estaba trabajando más que asistiendo.

El ambiente cambió. La conversación ambiental disminuyó. Las luces se ajustaron, la sala de exposiciones se oscureció, el escenario se iluminó y mil doscientas personas empezaron a dirigirse a sus asientos con el movimiento colectivo de una audiencia que se prepara para recibir.

Lina levantó la vista del mostrador de registro donde estaba revisando el horario de las mesas redondas de la tarde.

Amanda Sterline salió al escenario principal.

Siete meses de distancia se colapsaron de golpe.

El impacto fue físico: una compresión en todo el cuerpo, el pecho apretado, el aliento detenido y las manos aferradas al borde del mostrador de registro con una fuerza que le puso blancos los

nudillos. Lina se quedó al fondo de la sala de exposiciones y vio a Amanda cruzar el escenario con un traje gris marengo y una blusa color crema, el pelo recogido, la postura erguida y sus ojos grises recorriendo la sala con la autoridad serena que mil doscientas personas esperaban y que Lina había visto por última vez a través de una mesa de juntas mientras se le rompía el corazón.

Amanda parecía la misma. Amanda siempre parecía la misma: el exterior controlado, las líneas afiladas, la belleza severa de una mujer hecha para la permanencia más que para el adorno. Pero Lina veía cosas que el público no podía ver, porque Lina había pasado meses aprendiendo la geografía de ese rostro y sabía dónde buscar la verdad bajo la arquitectura. Las sombras bajo los ojos de Amanda eran más profundas que hace siete meses. La tensión de su mandíbula era más fuerte. La compostura estaba intacta, pero la compostura estaba trabajando más duro. Lina podía ver el esfuerzo, la actuación sostenida de una mujer que mantiene el exterior mientras el interior está bajo tensión.

Amanda se acercó al atril con ese paso medido que usaba para todo lo importante: deliberado, sin prisas, cada paso cargando con todo el peso de una mujer que entendía que la forma en que entrabas en una habitación determinaba lo que podías decir una vez que estabas en ella.

A Lina le temblaban las manos. Podía sentir el temblor recorriendo desde los dedos hasta las muñecas y los músculos profundos de sus antebrazos, y el temblor no era nerviosismo. Era reconocimiento, el reconocimiento profundo y descontrolado del cuerpo hacia una persona a la que había memorizado y no podía olvidar. Apretó las manos contra el mostrador. Respiró. Se obligó a respirar. Respirar resultaba difícil, con siete meses de distancia colapsando en un único momento de proximidad; y la proximidad era visual más que física, pero su cuerpo no distinguía. Su cuerpo recordaba. Su cuerpo había estado cargando con el recuerdo de las manos de Amanda y la boca de Amanda y la voz de Amanda diciendo *esto no puede volver a pasar* en la penumbra de un despacho en el ático, y el recuerdo respondía a la visión de Amanda

en un escenario como una herida bajo presión: de forma inmediata, completa, con un dolor que creía haber guardado bajo llave.

Amanda llegó al atril. Colocó una pila de folios impresos sobre la superficie, la ponencia, preparada, doce páginas, el mismo tipo de discurso minucioso y arquitectónico que Amanda siempre había pronunciado. Ajustó el micrófono con una mano. Miró al público.

A los ocho minutos de la ponencia, Amanda se detuvo.

El discurso había transcurrido con normalidad: marcos de liderazgo, disrupción del mercado, el tipo de retórica corporativa pulida que Lina había oído pronunciar a Amanda decenas de veces. Amanda habló de claridad. Habló de disciplina. Habló de las decisiones que definían el legado de un líder, y las palabras eran pulidas y la entrega era impecable; y Lina, sentada en su silla al fondo de la sala, oía cada palabra y comprendía, con el oído entrenado de una mujer que había escuchado la voz de Amanda en salas de juntas y dormitorios y en la oscuridad de habitaciones de hotel, que Amanda estaba leyendo un guion en el que no creía. Amanda hablaba con su aplomo habitual, su voz llegaba a toda la sala con la claridad y autoridad de una mujer que llevaba quince años dirigiéndose a auditorios como aquel. El público estaba atento, receptivo, produciendo ese silencio de aliento contenido que indicaba que el orador dominaba la sala.

Entonces Amanda hizo una pausa. Miró las páginas en el atril. Miró al público. Y dejó a un lado el discurso preparado.

La sala se quedó inmóvil.

Era el tipo de quietud que ocurre cuando mil doscientas personas reconocen simultáneamente que está sucediendo algo fuera de guion: la toma colectiva de aire, el cambio de postura, el ajuste de la atención de la recepción pasiva al testimonio activo. Amanda estaba ante el atril con las manos a los lados y su discurso preparado boca abajo sobre la superficie, y el silencio de la sala presionando contra ella desde todas direcciones; y Lina se aferró a su silla —se había movido a una silla sin darse cuenta, se había sentado al fondo de la sala porque sus piernas habían dejado de ser fiables— y se olvidó de respirar.

Los ojos grises de Amanda se movieron por la sala. Mil doscientos rostros. Líderes de la industria, periodistas, competidores, cámaras, transmisión en directo, el peso colectivo de una reputación profesional que Amanda se había pasado quince años construyendo. Todo aquello observando. Todo registrando. Todo esperando.

Lina podía ver las manos de Amanda. Estaban a los lados, no sobre el atril, y estaban firmes, la firmeza que Amanda producía a través de la voluntad más que de la calma, la firmeza que le costaba más de lo que nadie que estuviera mirando sabría jamás.

La boca de Amanda se abrió. Se cerró. Se abrió de nuevo. Y cuando habló, su voz era diferente. No era la voz de la ponencia, no era el registro pulido de sala de juntas que había usado durante ocho minutos y durante quince años. Esta voz era más baja, más cruda, despojada de la arquitectura que Amanda llevaba en público como una segunda piel. Esta voz era la voz que Lina había escuchado en la casa de Malibú y en el despacho del ático y en la oscuridad de una habitación de hotel en Malibú, la voz que vivía debajo, aquella que los muros habían sido construidos para ocultar.

Amanda empezó a hablar. No el discurso preparado. Algo completamente distinto. Algo que venía del lugar donde las palabras ensayadas no llegaban.

Lina apretó los reposabrazos de su silla. Tenía el pecho oprimido. Le ardían los ojos. No podía apartar la mirada del escenario. No podía dejar de mirar a Amanda, de pie frente a mil doscientas personas con su discurso apartado y su compostura empezando a fracturarse por líneas que solo Lina podía ver; y Lina presionó las palmas contra los reposabrazos, no respiró, no apartó la vista y sintió, con la claridad total y devastadora de una mujer que había pasado siete meses recomponiéndose, cómo cada pieza volvía a desmoronarse.

No apartó la vista.

No iba a apartar la vista. Se había ido del despacho de Amanda. Había salido del edificio de Amanda. Había conducido hasta casa a través de una ciudad oscura, había llorado en su apartamento y se había reconstruido de la nada, y se había ganado el derecho a

sentarse en esta silla y escuchar cualquier cosa que Amanda Sterline estuviera a punto de decir a mil doscientas personas.

Fuera lo que fuera, Lina iba a escucharlo. Iba a escuchar cada palabra. E iba a decidir, por primera vez en esta historia, lo que las palabras significaban para ella.

No para Amanda. Para Lina.

Se aferró a los reposabrazos. Respiró. La sala estaba en silencio a su alrededor, mil doscientas personas conteniendo el aliento, esperando; y Lina contuvo el aliento con ellos y no apartó la mirada.

22

AMANDA

Amanda dejó las notas preparadas boca abajo sobre el atril, miró a las mil doscientas personas y a una transmisión en directo que no podía controlar, y pensó: *Ahora.*

La sala estaba en silencio. Las luces le daban calor en la cara, esa iluminación profesional de escenario que desdibuja al público y convierte todo lo que hay más allá de las tres primeras filas en una masa oscura e indiferenciada de cuerpos y atención. Podía ver la primera fila con claridad: líderes del sector, periodistas, la organizadora de la Cumbre con su carpeta y la expresión de una mujer que ve cómo el ponente principal se desvía del programa y trata de decidir si debe intervenir. Más allá de la primera fila, el público era una presencia más que un conjunto de individuos; mil doscientas personas que habían venido a escuchar a Amanda Sterline hablar sobre liderazgo y estaban a punto de escuchar algo muy distinto.

Amanda tenía las manos a los costados. Estaban firmes. Esa firmeza no era calma. Era una decisión. La decisión que había tomado en la encimera de su cocina hacía tres días, con una pluma en la mano y siete palabras en una página en blanco: *He estado midiendo la cosa equivocada.* La decisión que había arrastrado

durante tres noches sin dormir, dos borradores de discurso y el terror gélido de una mujer que se había pasado más de una década asegurándose de que nadie viera qué había tras su compostura, y que estaba a punto de despojarse de ella ante mil doscientas personas y una cámara.

Respiró. La inspiración fue audible; no un jadeo, no un suspiro, sino la inhalación deliberada de una mujer que estaba a punto de lanzarse por un acantilado que ella misma había construido y que llevaba tres días estudiando desde el borde. El cuaderno en casa estaba lleno. La encimera de la cocina tenía cercos de tazas de café que se había olvidado de quitar. El discurso que había escrito entre la medianoche y las cuatro de la madrugada no estaba en sus manos. Estaba en su cuerpo, cada palabra grabada en la memoria porque leer de unos folios habría sido una actuación, y Amanda ya había terminado de actuar.

Miró al público. Empezó a hablar.

—Tenía preparado un discurso —su voz era más grave que el registro habitual de una conferencia. Más suave. El micrófono la captó y la llevó por toda la sala con la nitidez de un sistema de sonido diseñado para ese espacio, y la intimidad de esa voz baja, amplificada, resultaba más imponente de lo que hubiera sido cualquier volumen—. Tenía doce páginas. Trataba sobre el liderazgo, la claridad y las decisiones que definen la trayectoria de una empresa. Estaba bien redactado. Contenía datos excelentes.

Hizo una pausa. La pausa duró lo que dos latidos.

—También estaba completamente vacío. Y he terminado de dar discursos vacíos.

El público se removió. Amanda pudo sentir el cambio, un ajuste colectivo, cuerpos inclinándose hacia delante, esa atención punzante que surge cuando la gente intuye que está a punto de presenciar algo improvisado y posiblemente peligroso. Esta no era la Amanda Sterline que habían venido a ver. No era la conferencia pulida, la retórica controlada, la reputación de quince años interpretando sus grandes éxitos. Esto era algo nuevo, y esa novedad hacía que cada persona en la sala prestara el tipo de atención que se presta cuando

te das cuenta de que se han abandonado el guion y de que cualquier cosa puede pasar.

—Construí Sterline Technologies sobre un principio que llamé claridad —dijo Amanda—. Utilicé esa palabra, claridad, porque sonaba a sabiduría. Sonaba al producto de la experiencia, la inteligencia y el tipo de pensamiento disciplinado que el mercado recompensa. La usé en conferencias, en presentaciones ante la junta directiva y en entrevistas, y cada vez que la usaba, estaba mintiendo. No a vosotros. A mí misma.

Podía sentir el pulso en la garganta. El pulso iba rápido, más rápido que en las reuniones de la junta, más rápido que la mañana en que encontró los archivos de Catherine, más rápido que la noche en que le dijo a Lina *esto no puede volver a suceder* en un despacho que todavía olía a ambas. Sus manos seguían firmes. Su compostura seguía intacta. La compostura de Amanda era estructural, construida para resistir una presión que hundiría a la mayoría, pero ahora era más fina, extendida sobre la verdad como una tela tensada al máximo, y lo que había debajo empezaba a transparentarse. Amanda sentía que se notaba. Dejó que así fuera.

—La palabra que debería haber estado usando era control. Construí mi carrera sobre el control. Controlaba la empresa, la marca, la reputación. Controlaba quién tenía acceso y quién no. Controlaba la distancia entre mí y todos los que me rodeaban, y a esa distancia la llamé profesionalidad, sabiduría y fortaleza; y el sector estuvo de acuerdo conmigo porque yo tenía éxito, y el éxito en este sector lo perdona todo excepto la apariencia de vulnerabilidad.

La sala estaba en absoluto silencio. Amanda podía oír el aire acondicionado. Podía oír su propia voz devuelta por los altavoces, con una fracción de segundo de retraso; el ligero eco creaba la sensación de escucharse hablar desde la distancia. Podía oír el suave clic de las cámaras y el zumbido electrónico de los equipos de grabación y, por debajo de todo aquello, el denso silencio que producen mil doscientas personas cuando contienen el aliento.

—Hace siete meses, tomé una decisión que era técnicamente correcta y completamente errónea. La tomé basándome en los

principios que acabo de describiros: el control, la distancia, el cálculo de la gestión de riesgos. La tomé con datos y pruebas y con cada herramienta que he utilizado para construir esta empresa. Y la tomé con la absoluta certeza de que estaba haciendo lo correcto.

Amanda tensó la mandíbula. Sentía cómo se acumulaban las palabras, las que había escrito en la encimera de su cocina, las que había revisado y ensayado y temido y decidido, final e irrevocablemente, pronunciar en voz alta ante mil doscientas personas porque decirlas en privado no sería suficiente. Lina merecía más que el ámbito privado. Lina merecía el mismo escenario público que Amanda había utilizado durante quince años para interpretar una versión de sí misma que ya no encajaba con la verdad.

—Dejé que alguien se marchara. Alguien que cambió la trayectoria de mi empresa, mi forma de pensar y... —Amanda se detuvo. Su voz, por primera vez en quince años de oratoria, no fue firme. La quiebra fue pequeña: un tropiezo, un aliento contenido, la fracción de segundo en la que la compostura se adelgazó lo suficiente como para que el público viera a la mujer que había detrás —. Y a mí. Ella me cambió. Y dejé que se marchara porque tenía miedo, y maquillé el miedo de estrategia, y la estrategia me costó a la persona más importante que he conocido jamás.

La palabra *ella* recorrió la sala como una corriente. Amanda lo sintió: el murmullo, el reajuste, mil doscientas personas procesando simultáneamente el pronombre y todo lo que implicaba. Alguien en la cuarta fila hizo un ruido. Un periodista en la primera fila dejó de escribir y levantó la vista. La carpeta de la organizadora de la Cumbre bajó a su costado. Amanda lo sintió todo, la recalibración, la rápida revisión de todo lo que aquel público creía saber sobre Amanda Sterline, y no flaqueó. No apartó la mirada. Permaneció en el escenario y dejó que la palabra existiera en la sala y sintió, por primera vez en su carrera, el alivio de estar frente a un público y decir la verdad. La verdad era más sencilla que la arquitectura que había construido para ocultarla. La verdad solo era un pronombre y la mujer a la que señalaba.

—Su nombre es Lina Reyes.

Amanda pronunció el nombre con claridad. Lo dijo con toda su voz, deliberadamente, a conciencia, con todo el peso de su atención respaldándolo. El nombre llenó la sala; dos palabras, cuatro sílabas, el nombre que Amanda no había pronunciado en voz alta desde la mañana en que terminó con todo en una sala de juntas treinta y siete pisos por encima de esta ciudad. Había pensado el nombre. Había escrito el nombre. Se había quedado tumbada en la cama a las tres de la madrugada, apretando la cara contra la almohada, sintiendo el nombre moverse por su cuerpo con una fuerza que no podía desviar. Pero no lo había dicho en voz alta, ni una sola vez en siete meses, porque decirlo habría significado admitir que la mujer que lo portaba seguía siendo el centro de gravedad alrededor del cual orbitaba la vida de Amanda.

Lo dijo ahora. Dijo el nombre de Lina ante mil doscientas personas y una transmisión en directo y las cámaras y los periodistas y el sector que la había llamado la Reina del Hielo durante quince años, y el acto de decirlo fue lo más valiente que Amanda había hecho desde la mañana en que entró en una reunión de la junta y recuperó su empresa de las manos de quienes habían intentado robársela.

—Lina Reyes construyó la estrategia de marca de Élévation. Convirtió una división en declive en la marca de mayor crecimiento de mi cartera. Lo hizo con inteligencia, con creatividad y con el tipo de competencia feroz que este sector afirma valorar pero que le cuesta reconocer en una mujer de veintisiete años que no se parece a la gente a la que se suele dar ese tipo de autoridad —la voz de Amanda era fuerte ahora; no era la voz de conferencia, ni el registro de la junta directiva, sino algo más crudo, más duro, que portaba la fuerza de la protección, la única que le quedaba por ofrecer—. Y terminé nuestra relación porque decidí que proteger su carrera era más importante que preguntarle qué quería ella. Tomé esa decisión por ella, sin su consentimiento, y lo llamé amor.

El público estalló. No fueron aplausos. Fue ruido. El sonido caótico de mil doscientas personas reaccionando simultáneamente a algo que no esperaban. Murmullos, movimientos, el rápido gesto de móviles alzándose, el fragor sordo de una sala procesando una

confesión pública de una mujer que nunca había confesado nada en público.

Amanda vio a su directora de relaciones públicas avanzar hacia el escenario desde los laterales. Claire, que había gestionado las comunicaciones públicas de Amanda durante seis años y que en ese momento tenía la expresión de una mujer que observa una demolición controlada desde más cerca de lo aconsejable. Claire tenía la boca abierta, la mano levantada, y su lenguaje corporal telegrafiaba la señal universal de RR. PP. para *deja de hablar inmediatamente.*

Amanda negó con la cabeza. Una vez. Sin mirar.

Claire se detuvo.

—No os cuento esto para dar lástima —dijo Amanda. La sala se silenció. Su voz se impuso; la autoridad, la claridad, los quince años dominando salas con la fuerza de su presencia, y la sala respondió a esa autoridad incluso mientras procesaba la vulnerabilidad que la estaba produciendo—. Os cuento esto porque estuve en escenarios como este durante años hablando de liderazgo, y omití la parte que importa. La parte en la que el liderazgo requiere que te equivoques. Que admitas que te equivocaste. Que te pongas delante de gente que espera que tengas las respuestas y digas: No las tenía. Tenía los datos y tenía la lógica y tenía la certeza, y me equivoqué.

Amanda miró al público. No podía ver rostros individuales más allá de la tercera fila, pero buscó de todos modos, sus ojos grises recorriendo la masa oscura de cuerpos, buscando un rostro, un par de ojos castaños, una mujer con una americana azul marino que podría estar o no en esta sala y a la que Amanda se estaba dirigiendo estuviera presente o no.

—No sé si ella está aquí —dijo Amanda. Su voz era baja. El micrófono la transmitía con fidelidad, y esa quietud, amplificada, llenó la sala con la intimidad de una mujer hablando a una sola persona a través de mil doscientas—. No sé si escuchará esto. Pero si lo hace, quiero que sepa: me equivoqué. Me equivoqué y lo siento, y estoy diciendo esto en público porque ella merecía la verdad en público, no tras puertas cerradas donde yo pudiera

controlar la narrativa. Se merecía algo mejor que mi control. Se merecía que le preguntaran.

Amanda se detuvo. Permaneció en el atril con las manos a los lados y la compostura resquebrajada, y las mil doscientas personas del público en absoluto silencio; y respiró, y la respiración fue visible: la elevación de su pecho, la expansión de sus costillas, la evidencia física de una mujer que acababa de decir la cosa más honesta que había dicho en su vida y que permanecía allí, bajo sus efectos.

El aplauso comenzó lentamente. Una persona. Luego cinco. Luego cincuenta. Después la sala entera se puso en pie, mil doscientas personas levantándose y aplaudiendo con la energía atónita de un público que había venido a escuchar una ponencia y había presenciado una confesión; y el sonido era enorme, llenaba la sala, rebotaba en el techo, rodeando a Amanda en el escenario como un muro de sonido que, por primera vez en su carrera, no trataba sobre la empresa.

Amanda bajó del escenario. Sus piernas la llevaron. Agradeció tener piernas, la memoria muscular de caminar, el cuerpo que seguía funcionando mientras la mente aún permanecía en el atril tras lo más honesto que jamás había producido. Caminó hacia el vestíbulo principal, el espacio amplio y lleno de luz con el océano visible a través de los ventanales, los puestos de café, los estands de exposición y las mil doscientas personas que ya estaban hablando, ya estaban murmurando, ya estaban procesando lo que acababan de ver.

La gente intentó detenerla. Un periodista dio un paso al frente con una grabadora. Una mujer con una americana roja alargó la mano hacia su brazo. Alguien dijo su nombre: —Señora Sterline— y el nombre sonaba como si perteneciera a alguien que Amanda había sido hacía una hora y que ya no era. Caminó entre la multitud sin verla, con los ojos alerta, buscando a una persona entre mil doscientas, el corazón golpeándole el pecho con una fuerza que no había sentido desde lo de Catherine, porque esto tenía la misma magnitud de exposición: total, irreversible, de las que no se pueden deshacer, solo que esta vez la exposición era su elección, la

vulnerabilidad era deliberada y la mujer a la que buscaba no era una enemiga.

Estaba buscando a Lina.

Y Lina ya se movía hacia ella.

Amanda la vio venir entre la multitud. Pelo oscuro, americana azul marino, ojos castaños que estaban muy abiertos, húmedos y ardientes con algo que Amanda reconoció porque lo había visto en su propio reflejo a las tres de la mañana en una encimera de Malibú. Lina se movía hacia ella con la intensidad concentrada que ponía en todo; directa, sin vacilar, abriéndose paso entre la multitud de mil doscientas personas que se apartaban ante ella como lo hacían ante Amanda, solo que Lina no los apartaba con autoridad. Los apartaba con urgencia.

Se encontraron en mitad del vestíbulo. A tres metros de distancia. Luego a metro y medio. Luego lo suficientemente cerca para que Amanda pudiera ver la marca del rímel que le había resbalado por la mejilla izquierda, la forma en que su labio inferior estaba apretado entre sus dientes y el subir y bajar de su pecho bajo la americana azul marino, respirando con dificultad, como alguien que acababa de cruzar una habitación que se tardaba siete meses en recorrer.

La multitud estaba a su alrededor, murmurando, observando, con los móviles en alto; todo el congreso pivotando para presenciar lo que fuera que estuviera a punto de suceder entre esas dos mujeres de pie a un metro de distancia en medio de un pabellón de exposiciones, con el Pacífico brillando a través de los ventanales tras ellas. A Amanda no le importaba la multitud. No le importaban las cámaras. No le importaba la directora de RR. PP., ni la junta, ni la reputación de quince años que estaba siendo reescrita en tiempo real en mil doscientos teléfonos.

Solo le importaba la mujer que tenía delante, con lágrimas en las mejillas, con su americana azul marino y la expresión de alguien que acababa de escuchar cada palabra y estaba decidiendo qué hacer con ellas.

—No te lo pediré dos veces —dijo Amanda. Su voz era áspera, despojada de cualquier registro excepto el de la honestidad—. Te

pido otra oportunidad. Te la pido sabiendo que no la merezco y sabiendo que las razones no han cambiado: la junta, la prensa, la diferencia de edad, el desequilibrio de poder... cada elemento de una lista que escribí en un banco en Malibú que era lógica y correcta y totalmente irrelevante. Te lo pido porque te quiero, y debería haberlo dicho hace siete meses, y he terminado de tener razón técnicamente en todo excepto en lo que importa.

Lina la miró. La multitud era ruido. El vestíbulo era ruido. Todo era ruido excepto el rostro de Lina, que estaba inmóvil, húmedo y portaba una expresión que Amanda nunca había visto antes. No era enfado, ni perdón, no era ninguna de las respuestas para las que Amanda se había preparado durante tres noches de insomnio. La expresión era de consideración. La consideración cuidadosa y profunda de una mujer a la que le habían dicho que merecía elegir y a la que, por primera vez en esta historia, le estaban dando la opción.

—Aquí no —dijo Lina. Su voz era baja. Firme. Portaba la autoridad serena de una mujer a la que le acababan de ofrecer todo lo que quería y que iba a recibirlo bajo sus propias condiciones. —Tenemos que hablar. Pero aquí no.

Amanda asintió. El gesto fue instantáneo, sin vacilación, sin deliberación, sin pasar la decisión por la matriz de evaluación de riesgos que había aplicado a cada elección significativa durante quince años. Lina dijo *aquí no* y Amanda asintió porque Lina tenía razón, porque Lina siempre había tenido razón sobre las cosas que Amanda estaba demasiado acorazada para ver, y porque Amanda se había pasado siete meses tomando decisiones sobre Lina sin contar con Lina y ya había terminado con eso. La seguiría. La escucharía. Dejaría que Lina pusiera las condiciones porque las condiciones deberían haber sido de Lina desde el principio.

Tenía el pecho oprimido. Le ardían los ojos. Siguió a Lina a través de la multitud, mil doscientas personas, cámaras, murmullos; toda la industria observando a Amanda Sterline seguir a una mujer por un centro de convenciones con la expresión de alguien que acaba de prender fuego a un edificio y camina hacia él en lugar de huir.

Encontraron una sala de conferencias vacía al final de un pasillo. El pasillo estaba tranquilo; el sonido del pabellón de exposiciones se desvanecía tras ellas con cada paso, el ruido disminuía hasta que solo quedó el zumbido de las luces fluorescentes, el ritmo amortiguado de la ventilación del edificio y el sonido de sus pasos, los tacones de Amanda y los zapatos planos de Lina, caminando con una sincronicidad que no era deliberada pero que, según notó Amanda, estaba perfectamente acompasada. Siempre se habían movido bien juntas. Incluso ahora, incluso después de siete meses, sus cuerpos recordaban el ritmo.

Lina abrió la puerta. Amanda la siguió al interior. La puerta se cerró tras ellas, cortando el último eco del vestíbulo, y se quedaron solas en una habitación silenciosa con una mesa alargada, doce sillas vacías y un ventanal que mostraba el océano, el mismo océano que Amanda observaba desde su cocina, desde su terraza, desde el dormitorio donde había permanecido despierta durante meses; y el silencio era total, completo, cargado con el peso de dos mujeres que tenían mucho que decir y aún no habían encontrado las palabras.

Amanda esperó. Había preguntado. Había dicho que no lo pediría dos veces. Y ahora permanecía en una sala de conferencias vacía con la mujer a la que amaba y esperaba, más expuesta de lo que había estado desde la mañana en que descubrió la traición de Catherine, más vulnerable de lo que había sido desde la noche en que apoyó las palmas de las manos contra un escritorio y le dijo a Lina que tenía miedo de que la vieran.

Lina la estaba mirando. No a la directora ejecutiva, no a la Reina del Hielo, no a la mujer del escenario. A Amanda. La de verdad. La que hacía el café con cronómetro y no podía quedarse quieta y discutía con los libros y tarareaba los lunes por la mañana cuando era feliz. La que había sujetado el rostro de Lina con ambas manos en un despacho de un ático y la había besado como si fuera una decisión. La que había terminado la relación con voz de sala de juntas y acababa de deshacer ese final ante mil doscientas personas.

Lina miraba a esa mujer, y Amanda dejó que mirara, y ese consentimiento fue lo más difícil que Amanda había hecho nunca; más difícil que el discurso, más difícil que la confesión, más difícil

que decir el nombre de Lina ante una sala llena de desconocidos. El discurso lo había interpretado. Esto no era una actuación. Esto era quedarse quieta en una habitación silenciosa, sin público, sin micrófono, sin atril al que agarrarse y sin nada entre Amanda y la mujer a la que amaba excepto la verdad: que Amanda tenía miedo, que el miedo no se iba a marchar, y que ella elegía permanecer en él en lugar de construir otro muro.

Esperó. No volvió a levantar los muros. Permaneció al descubierto y dejó que Lina la mirara y confió, por primera vez en más de una década, en que ser vista no era lo mismo que ser destruida.

23

LINA

La sala de conferencias estaba en silencio. El océano se vislumbraba a través del ventanal: azul, brillante, indiferente a las dos mujeres que permanecían de pie a un par de metros de distancia, en lados opuestos de una mesa en la que ninguna se había sentado. La mesa era larga, de madera oscura, rodeada por doce sillas con reposabrazos cromados, y Lina lo registró todo con la conciencia periférica de una mujer cuya atención central estaba consumida por completo por la persona que tenía enfrente.

Amanda estaba de pie con las manos a los lados. Su compostura estaba agrietada, no rota ni derrumbada, sino agrietada, de la misma forma en que se agrieta la piedra tras una presión sostenida; las líneas de fractura eran visibles si se sabía dónde mirar. Lina sabía dónde mirar. Había pasado meses aprendiendo el mapa del rostro de Amanda, y ese mapa era distinto ahora. La mandíbula estaba tensa pero no apretada. Los ojos grises estaban brillantes pero no a la defensiva. Los hombros estaban hacia atrás pero no rígidos. Amanda se mostraba a pecho descubierto, tal como había estado en el escenario: expuesta, deliberada, manteniendo esa vulnerabilidad por pura voluntad más que por comodidad. Verla así, tan cerca, tras

siete meses de distancia, le provocaba algo en el pecho a Lina que no podía controlar y que ni siquiera intentaba frenar.

Lina respiró. Su respiración era inestable. Sus manos temblaban, seguían temblando, como lo habían hecho desde que Amanda subió al escenario, dejó a un lado su discurso preparado, abrió la boca y lo cambió todo. El temblor no era de miedo. Era la respuesta del cuerpo a una magnitud de sentimiento que no podía contener solo con la quietud, y Lina dejó que sus manos temblaran, no las escondió ni se las metió en los bolsillos.

Había venido aquí a hablar. Iba a hablar.

—Dime la verdadera razón —dijo Lina.

Su voz sonó firme. Esa firmeza la sorprendió. Había esperado que se le quebrara la voz, se había preparado para ello, había aceptado que estar en una habitación con Amanda Sterline por primera vez en siete meses produciría sonidos que no podía guionizar. Pero su voz fue firme porque siempre había sido la parte de ella en la que podía confiar. Su voz le había dicho —*No voy a fingir que lo de anoche no pasó*— en el vestíbulo de un hotel. Su voz había dicho —*Cuando decidas si soy una elección o un riesgo*— en un despacho que olía a jazmín y café. Su voz era el instrumento de una mujer que había aprendido, pronto y a conciencia, a decir lo que pensaba.

—Le has dicho a mil doscientas personas que tenías miedo. Dime de qué tenías miedo.

Los ojos grises de Amanda sostuvieron los suyos. Aquella mirada era distinta a la forma en que Amanda la había mirado en la sala de juntas: sin distancia, sin altanería, sin fingimientos. Esta era Amanda desnuda hasta los cimientos, sin arquitectura, la mujer que había debajo, de pie en una sala de conferencias en Santa Mónica con el aire salino entrando por la ventilación y el zumbido amortiguado de una sala de exposiciones llena de gente que en ese momento estaba subiendo su confesión a todas las plataformas de internet.

—Catherine —dijo Amanda. Su voz era baja. Cruda. La voz que Lina había oído en Malibú, en el ático y en la oscuridad; la voz que habitaba en su interior—. El precedente. Ella me enseñó que las personas más cercanas son las que más daño pueden hacer, y

aprendí la lección tan a fondo que se la apliqué a todo el mundo. Incluida tú.

—Yo no soy Catherine.

—Lo sé. —Amanda mantenía las manos a los lados. Sus dedos estaban quietos—. Lo sabía entonces. Sabía que no eras Catherine igual que sé mi propio nombre: con certeza, con pruebas, con cada dato que había recopilado durante meses viéndote trabajar, viéndote pensar y viéndote decirle a una sala llena de altos ejecutivos que su estrategia de marca era errónea y diciéndolo de verdad. Sabía que no eras Catherine, y te traté como si lo fueras porque la alternativa era volver a confiar en alguien, y confiar era la parte que no era capaz de hacer.

Lina escuchaba. Permanecía en su lado de la mesa y escuchaba con todo su cuerpo: sus oídos, su pecho, sus manos aferradas al respaldo de la silla que tenía delante, sus pies plantados en la alfombra; oía lo que Amanda decía y oía lo que Amanda callaba, y el espacio entre ambas cosas era donde residía la verdad.

—Decidiste por mí —dijo Lina—. Decidiste que yo no podría lidiar con la junta, la prensa y el ruido, y tomaste esa decisión sin preguntarme, y dejaste que me marchara de tu edificio pensando que yo era un riesgo que estabas gestionando en lugar de una persona a la que amabas.

—Sí.

La palabra fue simple. Amanda no la matizó. No dio explicaciones. No la envolvió en el lenguaje de la estrategia, la gestión de riesgos o la retórica profesional que había usado hace siete meses. Dijo —*sí*— y la palabra fue una confesión, y la confesión fue total.

—Merecía elegir —dijo Lina. Su voz era más dura ahora, no con ira ni con acritud, sino cargando con el peso de siete meses de soledad y reconstrucción, y con el agotamiento profundo, visceral, de una mujer que se había recompuesto sin la persona que la había desarmado—. Merecía que me dijeras que la junta estaba haciendo preguntas, que la prensa podría darse cuenta y que la diferencia de edad generaría comentarios. Merecía oír todo eso y decidir por mí

misma si podía soportarlo. Esa decisión me correspondía a mí. No a ti.

—Lo sé. —A Amanda se le quebró la voz. No fue el pequeño quiebro del escenario. Este fue más profundo, más ronco, el sonido de una mujer que había pasado siete meses cargando con el saber que le había robado la capacidad de elección a alguien y lo había llamado protección—. Lo sé, Lina. Lo sé. Me equivoqué y lo siento, y sé que un "lo siento" no basta, pero es real y es todo lo que tengo.

La sala estaba en silencio. El océano brillaba tras el ventanal. Lina podía oír el murmullo lejano de la sala de exposiciones, mil doscientas personas, aún asimilando, aún hablando, aún subiendo contenido, y la distancia hacía que el murmullo resultara inofensivo, un ruido de fondo para una conversación que solo estaba ocurriendo en esta sala entre estas dos mujeres.

Lina miró a Amanda. Miró esa compostura agrietada, los brillantes ojos grises y las manos a los costados que ya no estaban firmes. Temblaban, muy levemente, un temblor que Lina nunca había visto en las manos de Amanda porque las manos de Amanda no temblaban; las manos de Amanda firmaban contratos, sostenían copas de vino, se aferraban a atriles y habían sostenido el rostro de Lina bajo la luz de la lámpara con una firmeza que transmitía seguridad. El temblor era nuevo. El temblor era la prueba física de una mujer que había derribado todos los muros y estaba a la intemperie, sin protección.

Lina rodeó la mesa. Recorrió toda su longitud, doce sillas, madera oscura, reposabrazos cromados, con el acercamiento pausado de una mujer que no tenía prisa porque este momento le pertenecía y pensaba habitarlo al ritmo que ella eligiera. Caminó hasta quedar frente a Amanda, lo bastante cerca para olerla. Jazmín, el jazmín que había perseguido las tardes de marzo y las mañanas de febrero y cada frasco de perfume con el que Lina se había topado en siete meses intentando no recordar; y lo bastante cerca para ver las finas líneas alrededor de los ojos de Amanda que Lina había besado en la oscuridad, y la ligera asimetría de su labio inferior que Lina había trazado con su lengua, y la expresión cruda y vulnerable

de una mujer que no ocultaba nada y esperaba que le dijeran si ese "no ocultar nada" era suficiente.

Lina tomó el rostro de Amanda entre sus manos.

Sus palmas contra la mandíbula de Amanda. Sus dedos siguiendo la línea afilada de sus pómulos. El toque fue deliberado. El contacto de Lina con Amanda siempre era deliberado porque Amanda requería deliberación, Amanda respondía a la intención, Amanda necesitaba saber que cada punto de contacto era una elección. Lina sostuvo el rostro de Amanda y sintió el calor de su piel bajo las palmas, el leve temblor que recorría su mandíbula y la humedad que resbalaba desde los ojos grises de Amanda hasta los dedos de Lina.

Amanda estaba llorando. En silencio, sin ruido, sin dramatismo; las lágrimas descendían por su rostro con la inevitabilidad silenciosa del agua buscando su cauce, y aquel llanto era lo más honesto que Lina le había visto hacer jamás.

—Tú —dijo Lina— das muchísimo trabajo, de verdad.

Amanda exhaló. La exhalación no llegó a ser una risa. Fue algo más tosco, más húmedo: siete meses de respiración contenida liberados en un solo sonido—. —Me lo han dicho.

—¿Quién?

—Todo el mundo. Pero solo me importa si lo dices tú.

Lina la miró. Miró el rostro de Amanda entre sus manos, el rostro que había memorizado y echado de menos y visto en entrevistas que ponía en su apartamento de Silver Lake a las nueve de la noche, cuando el trabajo había terminado y la soledad gritaba. Miró a Amanda y pensó en las elecciones. En merecer elegir. En el hecho de que estaba en una sala de conferencias en Santa Mónica con las manos en el rostro de la mujer a la que amaba desde hacía más de un año y a la que había pasado siete meses intentando no amar, fracasando por completo, de forma absoluta; el fracaso más rotundo y hermoso de la vida de Lina.

Besó a Amanda.

El beso no fue suave. No fue cuidadoso. No fue el contacto tentativo de dos mujeres tanteando el terreno entre ellas. Fue el beso de una mujer que había tomado su decisión, que se había mostrado vulnerable y había escuchado la disculpa y sopesado el

riesgo y decidido, con toda su mente, todo su corazón y todo su cuerpo, que la mujer que tenía delante valía el riesgo, el ruido, la junta, la prensa y cada punto de la lista que Amanda había escrito en un banco de Malibú.

Las manos de Amanda buscaron la cintura de Lina. El agarre fue inmediato, instintivo, la memoria muscular de un cuerpo que recordaba exactamente por dónde sujetar, con qué fuerza y cómo encajaba el cuerpo de Lina contra el suyo. Amanda tiró de ella para acercarla y Lina cedió. Cedió como lo había hecho la primera vez, en el despacho del ático, con el compromiso total de una mujer que no hacía las cosas a medias. Su cuerpo se presionó contra el de Amanda y el contacto fue como volver a casa, el reconocimiento físico de un paisaje que su cuerpo había echado de menos durante siete meses: la diferencia de altura, cómo los huesos de la cadera de Amanda presionaban el vientre de Lina, el calor de las manos de Amanda apretándose en su cintura.

El beso se hizo más profundo. La mano de Amanda se desplazó de la cintura de Lina a la nuca, hundiendo los dedos en su pelo, atrayéndola con una fuerza que no era suave ni pretendía serlo. Lina emitió un sonido contra la boca de Amanda, un sonido que no había hecho en siete meses, la vocalización involuntaria de un cuerpo siendo tocado por la única persona que alguna vez había provocado esa respuesta, esa entrega total y devastadora de cada nervio, de cada célula y de cada ápice de su atención.

Amanda la hizo retroceder. La parte posterior de los muslos de Lina chocó contra la mesa de conferencias; jadeó y Amanda aprovechó ese jadeo, aprovechó los labios entreabiertos, la cabeza inclinada y la garganta expuesta, y la besó bajando por la mandíbula hasta la curva del cuello con esa atención concentrada y minuciosa que Amanda dedicaba a todo lo que consideraba importante. Las manos de Lina se aferraron a los hombros de Amanda. El traje marengo se sentía suave bajo sus dedos, una tela cara, una armadura vestida para el trabajo y usada ahora como superficie a la que Lina podía asirse mientras la boca de Amanda recorría su cuello con una precisión que no era clínica sino experimentada, el

conocimiento íntimo de exactamente por dónde pasaba el pulso de Lina y cuánta presión ejercer.

—La puerta —dijo Lina. Su voz era ronca. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, las manos apretadas en la tela de la chaqueta del traje de Amanda—. Amanda. La puerta.

Amanda se detuvo. Se apartó lo justo para mirar a Lina, con los ojos grises oscurecidos y las pupilas dilatadas; su compostura ya no estaba agrietada, sino que había desaparecido por completo, reemplazada por algo que Lina solo había visto en la oscuridad, solo en privado, solo en los espacios donde Amanda se permitía desear sin sopesar el coste. Amanda la miró, cruzó la sala en cuatro zancadas, echó la llave a la puerta y regresó; la vuelta fue urgente, sin vacilaciones: siete meses comprimidos en cuatro zancadas y cero dudas.

Su boca buscó de nuevo la de Lina. Sus manos buscaron los botones de la americana de Lina. Las manos de Lina interceptaron las de Amanda, deteniéndolas, y Amanda se quedó helada, una pausa de cuerpo entero, cada músculo quieto; la respuesta entrenada de una mujer que oía un —*detente*— incluso cuando no se pronunciaba. Lina la miró.

—Despacio —dijo Lina—. Tenemos tiempo.

La palabra —*tiempo*— provocó un cambio en la expresión de Amanda. Los ojos grises se suavizaron. La urgencia no desapareció, pero cambió: pasó de la desesperación a la intención, de la recuperación frenética de algo perdido a la exploración lenta y deliberada de algo encontrado. Amanda asintió. Sus manos en los botones estaban firmes ahora. Desabrochó la americana con cuidado, cada botón era una elección, cada centímetro de piel expuesta una decisión, y Lina permaneció con la espalda apoyada en la mesa y observó las manos de Amanda, sintiendo cómo los botones se soltaban uno a uno y el aire de la sala se enfriaba contra su clavícula mientras el calor se extendía al ser desvestida por alguien que se estaba tomando su tiempo.

La boca de Amanda siguió a sus manos. Bajó por la americana abierta, por la clavícula de Lina, recorriendo la línea del hueso, presionando besos lentos y deliberados sobre la piel con una

reverencia que no tenía nada que ver con la adoración y mucho con el reaprendizaje, de la misma forma en que se reaprende un idioma que una vez se habló con fluidez: palabra por palabra, sílaba por sílaba, los sonidos familiares pero diferentes en una boca que ha estado callada demasiado tiempo.

Lina deslizó la chaqueta de Amanda fuera de sus hombros. El traje cayó al suelo y a Lina no le importó que probablemente fueran ocho mil dólares de lana marengo amontonados en la alfombra de una sala de conferencias del Centro de Convenciones de Santa Mónica. No le importaba la puerta, ni la sala de exposiciones, ni las mil doscientas personas al otro lado. Le importaba la mujer que tenía enfrente, de pie con una blusa crema, con las mangas remangadas hasta los codos, el pelo soltándose de las horquillas y los ojos grises haciendo una pregunta que Lina respondió atrayéndola hacia la mesa.

La mesa estaba dura, fría y era lo bastante ancha; la sala de conferencias estaba vacía, la puerta cerrada con llave y la ventana mostraba el océano, pero Lina no pensaba en ninguna de esas cosas. Pensaba en la boca de Amanda en su vientre. Pensaba en los dedos de Amanda enganchándose en la cintura de sus pantalones con una urgencia controlada que hizo que las caderas de Lina se elevaran antes de que ella decidiera permitirlo. Pensaba en la mano de Amanda deslizándose entre sus muslos y en el sonido que Amanda emitió, bajo, suave, el sonido de una mujer que llevaba siete meses hambrienta y acababa de saborear lo que le faltaba. Y entonces Lina dejó de pensar por completo.

Amanda la desarmó sobre la mesa de conferencias con esa atención concentrada e implacable que dedicaba a todo lo que consideraba importante. Usó su boca y sus manos y los quince años de disciplina y enfoque que el mundo empresarial admiraba, aplicados ahora a un propósito que el mundo empresarial acababa de descubrir. El enfoque fue devastador: sabía exactamente dónde presionar, con qué intensidad, exactamente cuándo frenar y cuándo acelerar. La espalda de Lina se arqueó sobre la mesa. La profundidad de los dedos de Amanda y la presión contra sus pliegues húmedos alcanzaron el punto álgido mientras sus piernas temblaban. Su mano

buscó el pelo de Amanda, agarrándolo, tirando, y Amanda respondió al tirón con un sonido que no era de la directora ejecutiva ni de la Reina de Hielo, sino de la mujer que habitaba bajo ambas facetas, la que vivía en la oscuridad, la que deseaba. Besó a Amanda profundamente, entrelazando sus lenguas mientras se deshacía. Todo su cuerpo vibraba bajo el de ella.

Lina se desmoronó con el nombre de Amanda en los labios, el nombre completo, las tres sílabas, pronunciado con la honestidad total y desprotegida de una mujer que había pasado siete meses intentando no decirlo y que ya no iba a intentarlo más. El sonido de su propia voz diciendo el nombre de Amanda llenó la sala de conferencias, rebotando en las paredes, en el ventanal y en las doce sillas vacías, y Amanda la sostuvo durante todo el proceso, con las manos firmes en las caderas de Lina, la boca presionada contra su vientre y los ojos grises cerrados.

Después, Lina atrajo a Amanda hacia sí, besándola mientras la hacía girar contra la mesa. Sus manos recorrieron su cuerpo, deslizándose lentamente entre sus muslos. La humedad empapó sus dedos mientras anhelaba sentirla profundamente.

—Te necesito —susurró.

Amanda mantuvo el contacto visual mientras sentía la mano de Lina moverse hacia su centro ardiente. Su desesperación por ser tocada era absoluta. Lina se deslizó en su interior, flexionando los dedos profundamente mientras la respiración de Amanda se aceleraba. Amanda no dijo nada. Tomó el control, sus dedos buscaron su clítoris mientras Lina la penetraba con fuerza.

Lina observaba maravillada. Le encantaba todo de aquel momento. La confianza, el control, la sensación de Amanda estrechándose a su alrededor. El mundo se detuvo mientras veía a Amanda acariciarse al ritmo de sus embestidas en su interior.

—¿Quieres que me corra para ti? —susurró Amanda.

—Sí, más que nada.

Lina aumentó el ritmo mientras veía cómo sus dedos se movían como si lanzaran un hechizo.

Amanda se apretó en torno a ella, pulsando con más fuerza a medida que el orgasmo la invadía. Lina empujó profundamente

antes de retirarse despacio.

Lina apoyó su frente contra la de Amanda. Miró su rostro: los ojos grises, la mandíbula marcada, el labio inferior hinchado y ligeramente mordido por donde Amanda lo había presionado entre sus dientes mientras los dedos de Lina estaban dentro de ella. Vio el rostro completo, desarmado, seguro y totalmente presente, sin muros, sin arquitectura ni fingimientos. Solo Amanda, devolviéndole la mirada con una expresión abierta, cruda, que cargaba con la sencillez total y devastadora de una mujer que ha dejado de esconderse.

—Te quiero —dijo Lina.

Lo dijo en voz baja. Lo dijo con su frente contra la de Amanda, su aliento cálido sobre los labios de Amanda, su mano descansando en el pecho de Amanda donde podía sentir el latido del corazón, rápido, ralentizándose gradualmente, el ritmo de una mujer que desciende de algo enorme.

Amanda cerró los ojos. Su garganta se movió. Cuando abrió los ojos, estaban brillantes, no por las lágrimas, no con el brillo controlado de una mujer que finge emoción, sino con el brillo crudo y desprotegido de alguien que escucha las palabras que necesitaba oír y se las cree.

—Te quiero —dijo Amanda. Su voz era ronca, baja y enteramente suya; no era la voz de los discursos, ni el tono de la sala de juntas, sino la voz que vivía debajo, la que había estado esperando permiso para decir esas palabras desde la noche en el sofá de Malibú en la que Amanda había sentido que algo empezaba y había tenido demasiado miedo para ponerle nombre—. Te quiero, y debí haberlo dicho hace siete meses, y pasaré cada día que se me conceda asegurándome de que lo sepas.

Lina la besó. El beso fue lento, suave, con sabor a sal y a Amanda y a la dulzura dolorosa de dos mujeres que habían sobrevivido a siete meses de la peor clase de ausencia, la que es elegida, no impuesta, y que habían llegado hasta aquí, al suelo de una sala de conferencias en Santa Mónica, con el océano visible tras el ventanal, el mundo fuera de la puerta y la certeza, mantenida

entre ambas como un aliento compartido, de que lo peor había pasado y el resto era suyo.

Se quedaron tumbadas en el suelo de la sala de conferencias con el Pacífico brillando a través de la ventana, el latido del corazón de Amanda bajo la palma de Lina y la quietud de una habitación que acababa de contenerlo todo: la conversación, la disculpa, la elección, el ajuste de cuentas, el amor; Lina se acurrucó más cerca, respiró, pensó en lo que vendría después y no tuvo miedo.

Por primera vez en siete meses, no tenía miedo.

EPÍLOGO

Siete meses más tarde, Amanda Sterline firmó el acuerdo de asociación con una pluma que costaba cuatrocientos dólares y un pulso totalmente firme.

El documento tenía doce páginas. Había sido redactado por ambos equipos jurídicos, la asesoría interna de Sterline Technologies y el bufete externo que LR Creative había contratado para la operación, y era, bajo cualquier criterio objetivo, una pieza impecable de derecho corporativo. Limpio. Imparcial. El tipo de acuerdo que sobreviviría al escrutinio de una auditoría, a la revisión de los reguladores y a la atención sostenida de los periodistas del sector que llevaban esperando, desde la Cumbre, pruebas de que la relación de Amanda Sterline con Lina Reyes estaba influyendo en sus decisiones empresariales.

El acuerdo no aportaba tales pruebas. El acuerdo era profesional porque la relación era profesional; la vertiente comercial, la laboral, la parte que existía en las salas de juntas y en los documentos legales y en el límite precisamente trazado entre lo que Amanda y Lina eran la una para la otra en privado y lo que representaban en el mercado. La asociación otorgaba a LR Creative una posición de proveedor preferente para la cartera de marcas emergentes de Sterline Technologies. Las condiciones eran las estándar. Las tarifas

eran competitivas. El alcance del trabajo se definió con una minuciosidad que ambos equipos jurídicos consideraron ejemplar y que Amanda consideró apropiada, porque la mujer a la que amaba era también la estratega de marca con más talento con la que jamás había trabajado, y Amanda no iba a insultar ninguna de las dos realidades fingiendo que una comprometía a la otra.

Lina firmó en segundo lugar. Estaba sentada al otro lado de la mesa de conferencias en la sala de juntas de la planta treinta y siete; el mismo despacho, la misma mesa, la misma vista de Los Ángeles desplegada a sus pies como un mapa de todo lo que habían sobrevivido, y firmó con una pluma de su propio bolsillo. La pluma no era cara. La firma sí lo era.

—Enhorabuena —dijo Shane desde su sitio al extremo de la mesa, con una voz que transmitía la satisfacción cálida y contenida de un hombre que ha visto a su amiga caminar hacia este desenlace durante siete meses y está orgulloso de cada paso. Shane había gestionado personalmente las negociaciones de la asociación. Había insistido, alegando protocolos de conflicto de intereses que requerían una barrera entre Amanda y cualquier acuerdo que implicara a LR Creative, y Amanda había aceptado porque Shane tenía razón y porque ella estaba aprendiendo, poco a poco, la diferencia entre control y confianza.

David Park sonreía. Sonreía con la aprobación plena y sin complicaciones de un miembro del consejo que ha visto cómo la evolución personal de una consejera delegada produce una mejora empresarial cuantificable, ya que las cifras desde el regreso de Amanda a lo que David llamaba «plena dedicación» habían sido extraordinarias. Élévation se había expandido a dos nuevos mercados. La cartera de marcas de Sterline Technologies había crecido un once por ciento. El precio de las acciones no había respondido al discurso de Amanda en la Cumbre con la caída catastrófica para la que el equipo de relaciones públicas se había preparado, sino con una subida sostenida que los analistas atribuían a algo que llamaban «prima de autenticidad»: el reconocimiento por parte del mercado de que una líder dispuesta a mostrarse vulnerable en público era una líder en la que el mercado podía confiar.

Amanda había leído el análisis. Le había parecido tan halagador como ligeramente absurdo. No se había subido a aquel escenario por el precio de las acciones.

La sala de juntas se despejó. Los equipos jurídicos guardaron sus carpetas. David estrechó la mano de Lina con la calidez firme de un hombre que ha leído el dosier de LR Creative y ha quedado impresionado por cada página. Shane sujetó la puerta. Amanda se quedó en su silla y observó cómo se vaciaba la sala, sintiendo cómo el silencio se instalaba a su alrededor, el silencio familiar de la planta treinta y siete, el zumbido de la ventilación, el sonido lejano de la ciudad abajo, y miró a la mujer sentada frente a ella y se permitió el lujo privado de admirar las vistas.

Lina estaba recogiendo sus papeles. Llevaba una americana azul marino, «la» americana azul marino, la misma que se había puesto para la Cumbre, la misma que llevaba la primera vez que entró en esta sala de juntas y dijo a los altos ejecutivos de Amanda que su estrategia de marca era errónea. La americana era ya una seña de identidad. Aparecía en el pequeño pero creciente número de perfiles en la prensa especializada que habían seguido la trayectoria de Lina, de consultora de Sterline Technologies a fundadora de una de las agencias de estrategia de marca con más crecimiento de Los Ángeles. Los perfiles mencionaban a Amanda. Mencionaban la Cumbre. Mencionaban la relación. Pero mencionaban el trabajo de Lina en primer lugar, porque el trabajo de Lina era el tema de los perfiles, y el trabajo, como Amanda siempre supo que pasaría, hablaba totalmente por sí mismo.

—Me estás mirando —dijo Lina sin levantar la vista de sus papeles.

—Estoy apreciando.

—Me estás mirando y lo llamas apreciar. Llevo contigo el tiempo suficiente para conocer la diferencia. —Lina levantó la vista. Sus ojos castaños eran cálidos y transmitían la confianza natural de una mujer que ha creado su propia empresa, ha firmado sus propios acuerdos y está en una sala de juntas a la que una vez entró como consultora júnior y en la que ahora entraba como socia. La confianza era distinta de la determinación feroz que Amanda había visto por

primera vez en esta sala hacía más de dos años. Era más serena. Más profunda. La confianza de una mujer que ya no necesita demostrar que pertenece al lugar porque la prueba está en su cartera de clientes, en la lista de asociados y en el acuerdo de doce páginas que acaba de firmar con una pluma de su propio bolsillo.

—Te estoy mirando —admitió Amanda—. Fíjate en que lo hago abiertamente, en una sala de juntas y en horario laboral, lo cual creo que califica como crecimiento personal.

Lina sonrió. La sonrisa era esa cálida y ligeramente torcida que Amanda vio por primera vez en el vestíbulo de un hotel en Malibú y que llevaba coleccionando desde entonces, catalogando las variaciones, las sutiles diferencias entre la sonrisa profesional y la privada, la sonrisa divertida y la tierna, la sonrisa que significaba *«me pareces ridícula»* y la sonrisa que significaba *«me pareces ridícula y te quiero por ello».* Esta era de las últimas.

—Un crecimiento significativo —asintió Lina—. Casi impresionante.

~

El revuelo duró poco.

Amanda había esperado que durara meses: el ciclo de prensa, las conversaciones con el consejo, los comentarios del sector que seguirían a una consejera delegada declarando públicamente su amor por una antigua empleada en una cumbre de liderazgo ante mil doscientas personas y una transmisión en directo. Se había preparado para el ruido como se preparaba para todo: metódicamente, con planes de contingencia, estrategias de relaciones públicas y una aplicación sostenida de fuerza de voluntad.

El ruido duró tres semanas. El discurso de la Cumbre generó cobertura informativa. Por supuesto que lo hizo; que una CEO saliera públicamente del armario y confesara una relación en el lugar de trabajo no era algo que la prensa especializada pudiera ignorar, pero la cobertura, para sorpresa genuina de Amanda, fue mayoritariamente positiva. La narrativa predominante no fue el

escándalo, sino la valentía. Las publicaciones del sector publicaron perfiles con titulares sobre la vulnerabilidad y el liderazgo auténtico. Una destacada revista de negocios puso a Amanda en su portada con el titular «El fin de la Reina del Hielo»; Amanda miró la portada, pensó en la mujer que se había ganado ese título y en la mujer que lo había entregado, y concluyó que la rendición valía el precio de la revista.

El consejo tenía inquietudes. Por supuesto que las tenía. La función del consejo es tener inquietudes, y la declaración romántica pública de una directora ejecutiva entraba de lleno en el ámbito de las cosas por las que se paga a los consejos para que se preocupen. Vera Montague programó una sesión especial. David Park asistió por videoconferencia desde Nueva York. Richard Nakamura preparó un memorándum.

Amanda asistió a la sesión especial y respondió a cada pregunta con la transparencia que había prometido en la Cumbre. Sí, la relación era real. Sí, había comenzado durante el tiempo que Lina estuvo en la empresa. No, no había influido en el nombramiento de Lina ni en la estrategia de Élévation. El cronograma estaba claro: Lina fue contratada por sus méritos, ascendida por su rendimiento y dimitió por voluntad propia meses antes de la Cumbre. El consejo revisó los plazos, los datos de rendimiento, la evaluación jurídica que Shane había preparado con su minuciosidad habitual, y la sesión especial concluyó con Vera Montague diciendo, de forma oficial, que la posición del consejo era de apoyo cauteloso, que era la forma que tenía Vera de decir: *«nos parece bien, no hagas que nos arrepintamos».*

Amanda no tenía intención de hacerles arrepentirse.

El sector se adaptó. El sector siempre se adapta. Había resultado ser, según aprendió Amanda, más resistente y menos juicioso de lo que ella le había atribuido, lo cual era o bien una señal de progreso cultural o bien una prueba de que la tolerancia del mercado ante las revelaciones personales es directamente proporcional a la calidad de los resultados trimestrales. Amanda prefirió creer lo primero. Las pruebas respaldaban lo segundo. Aceptó ambas interpretaciones y siguió adelante.

La carrera de Lina quedó intacta. No intacta. Reforzada. La Cumbre había dado a LR Creative más visibilidad de la que cualquier campaña de marketing habría podido comprar, y esa visibilidad se tradujo en clientes. El teléfono de Lina no había dejado de sonar desde abril. Para junio ya había contratado a dos asociados. En septiembre, LR Creative se había mudado del segundo dormitorio en Silver Lake a una oficina de verdad en West Hollywood, un espacio limpio y luminoso con una pizarra en cada pared, una mesa de juntas que la propia Lina había elegido y un letrero en la puerta que decía LR CREATIVE con unas letras que, según notó Amanda, tenían exactamente la misma fuente que Lina había usado en sus primeras tarjetas de visita.

El trabajo era bueno. El trabajo era de Lina. Y la mujer que hacía el trabajo seguía siendo Lina Reyes, y el sector lo sabía, y ese reconocimiento era el resultado que Amanda temió no ver nunca cuando se subió a un escenario en Santa Mónica y decidió que la verdad valía más que la arquitectura.

~

Amanda pensaba en la persona que era hace dos años. Pensaba en ello un viernes por la tarde de noviembre, conduciendo por la PCH desde la oficina hacia Malibú con Peter al volante, el Pacífico oscuro tras la ventanilla y el coche cálido con el cuero calefactado y la conversación tranquila por teléfono; Lina, llamando desde el supermercado, discutiendo por la cena.

—Chalotas —dijo Lina—. La receta dice chalotas.

—La receta dice chalotas porque quien escribió la receta nunca ha probado lo que pasa cuando las sustituyes por una cebolla amarilla finamente picada y ajustas el tiempo de cocción.

—Amanda. La receta dice chalotas. La receta la escribió una mujer que tiene un programa de televisión y tres nominaciones a los premios James Beard. Ella dijo chalotas.

—Dijo chalotas porque las chalotas suenan más sofisticadas en una receta. La diferencia de sabor entre una chalota bien cocinada y

una cebolla amarilla bien cocinada en un guiso es insignificante. Lo he comprobado.

—¿Qué lo has comprobado?

—Tengo una cocina. Tengo opiniones. No son hechos no relacionados.

Lina se quedó callada un momento. Luego: —Voy a comprar las chalotas.

—Vas a comprar las chalotas porque te gusta más tener razón que dejarte convencer.

—Compro las chalotas porque la receta dice chalotas y creo en seguir el consejo de los expertos cuando está disponible, que es un principio que podrías considerar aplicar a otros ámbitos más allá de la estrategia corporativa.

Amanda sonrió. La sonrisa era la privada, la que no fingía, la que aparecía sin permiso arquitectónico, la que Lina provocó por primera vez un sábado por la mañana en el vestíbulo de un hotel en Malibú y que Amanda ahora producía a diario, de forma instintiva, como respiraba. La sonrisa era fácil. Amanda había aprendido que las cosas fáciles no eran las peligrosas. La naturalidad no era vulnerabilidad, sino la prueba de ella, el signo visible de que los muros habían caído y la mujer que había detrás vivía a la luz del día.

Hace dos años no habría tenido esta conversación. Hace dos años habría estado recorriendo esta carretera sola, en silencio, con el teléfono apagado, la casa vacía y la fría satisfacción de un viernes por la tarde pasado totalmente dentro de su propia arquitectura. Hace dos años habría llamado a la soledad disciplina, al silencio fortaleza y a la casa vacía prueba de una vida correctamente gestionada.

Hace dos años se habría equivocado. Y no lo habría sabido, porque el error era estructural, estaba en los cimientos, era invisible desde dentro, detectable solo por alguien que se situara fuera de la arquitectura y la mirara con claridad. Alguien con ojos castaños, voz cálida y el valor obstinado de decir *«no voy a fingir»* en el vestíbulo de un hotel a una mujer que llevaba quince años fingiendo.

—Estaré en casa en veinte minutos —dijo Amanda. Dijo *casa* sin pensarlo, lo dijo como decía todo lo que era verdad ahora, con

naturalidad, sin la deliberación que había caracterizado su lenguaje durante quince años. La casa de Malibú era su hogar. Había sido su hogar antes de Lina en el sentido estructural: su dirección, su hipoteca, sus vistas al Pacífico. Pero ahora era su hogar en el otro sentido, aquel en el que Amanda no había creído durante más de una década: el sentido de un lugar que contiene a la persona a la que quieres regresar.

Lina estaba en la encimera cuando Amanda llegó. Estaba picando chalotas. Había comprado las chalotas, y la compra era una victoria que estaba conmemorando con la precisión concentrada y ligeramente teatral de una mujer que quería que Amanda observara que las chalotas se estaban utilizando. La cocina olía a aceite de oliva y ajo, y al calor asentado de unos fogones que llevaban encendidos el tiempo suficiente para caldear la estancia; el olor era el olor de un viernes por la tarde en una casa que ya no estaba vacía.

Amanda dejó su maletín. Se quitó el abrigo. Sirvió dos copas de vino, del bueno, del que estaba en el estante y que había dejado de reservar para ocasiones especiales porque Lina le había señalado, con razón, que los viernes por la tarde eran ocasiones especiales, y puso la copa de Lina sobre la encimera y se quedó a su lado observando las chalotas.

—Parecen cebollas —observó Amanda.

—No son cebollas. Son chalotas, que son un miembro de la familia de las allium con un perfil de sabor distinto que ha sido reconocido por los profesionales de la cocina durante siglos y, te lo juro, Amanda, si dices la palabra «cebolla» una vez más, voy a soltar este cuchillo y vamos a tener una conversación sobre el respeto.

Amanda bebió un sorbo de vino. —Tienen un aspecto estupendo.

—Gracias.

Cocinaron juntas. Amanda se encargó de la proteína. Se le daba mejor el fuego, la calibración precisa de la temperatura y el tiempo que convertía los ingredientes crudos en algo terminado, y Lina se encargó de las verduras, la salsa y el pan, que troceó con las manos porque Lina creía que el pan de molde en una cena casera era un fallo moral. Se movían la una alrededor de la otra en la cocina con la

soltura de dos personas que llevaban meses haciendo esto: la coreografía fácil, la conciencia instintiva de dónde estaba la otra persona y hacia qué estaba alargando la mano, las pequeñas adaptaciones que constituían la gramática diaria de una vida compartida.

Comieron en la encimera. No en la mesa del comedor. En la encimera, donde Lina se había sentado con la camiseta de Amanda un sábado por la mañana y había calificado su cafetera de prensa francesa como un crimen de guerra. La encimera era su lugar. Había sido su lugar desde aquella mañana, y Amanda no las trasladó a la mesa del comedor porque en la encimera era donde se sentaba Lina, y donde se sentaba Lina era donde Amanda quería estar.

Comieron en un silencio cómodo. El pie de Lina estaba enganchado al tobillo de Amanda bajo la encimera; un contacto pequeño y constante, la prueba física de una mujer que tocaba con naturalidad y frecuencia, sin la deliberación que Amanda aplicaba antaño a cada punto de contacto físico. Amanda había aprendido a recibir esos toques. Había aprendido que un pie alrededor de un tobillo no era una reclamación, sino una conexión, y la conexión no requería análisis ni evaluación ni el sopesado cuidadoso de riesgos y beneficios. La conexión era solo un pie y un tobillo y dos mujeres cenando un viernes por la tarde en una casa junto al mar.

Amanda miró a Lina. Lina comía pan mientras leía algo en su teléfono, un correo de un cliente, probablemente, porque Lina trabajaba como trabajaba Amanda, o sea, siempre; su pelo oscuro estaba recogido tras la oreja, la luz de la cocina resaltaba la línea de su mandíbula y estaba hermosa de esa forma ordinaria en la que la gente guapa lo está cuando no está actuando: con naturalidad, completamente, con todo el peso de un rostro que se había vuelto más interesante tras un año construyendo algo real.

Amanda conservaba el conocimiento de lo que casi había perdido. Lo sostenía como sostenía su copa de vino, con ligereza, con suavidad, consciente de su peso, su fragilidad y su valor. Casi se había protegido a sí misma hasta el punto de perder esto. Casi había dejado que la arquitectura ganara: los muros, el control, la fortaleza de quince años que había construido contra la posibilidad de ser

vista. Casi había cambiado a esta mujer, esta cocina y este viernes por la tarde por la seguridad de una casa vacía, una cama vacía y la victoria hueca y agotadora de tener técnicamente razón en todo.

No lo hizo. Y el no hacerlo, el elegir, el hablar, el subirse a un escenario ante mil doscientas personas y decir la verdad, fue la mejor decisión que Amanda Sterline había tomado jamás. Mejor que fundar la empresa. Mejor que recuperársela a Catherine. Mejor que cada proyección trimestral, estrategia del consejo y análisis de mercado que había producido en quince años de construcción de un imperio sobre los restos de una traición.

La mejor decisión fue la que no tuvo nada que ver con la empresa. La mejor decisión fue una mujer con ojos castaños y chalotas y un pie enganchado a su tobillo, comiendo pan en una encimera en una casa junto al mar un viernes por la tarde de noviembre.

Amanda bebió un sorbo de vino. El vino era bueno. Las chalotas estaban buenas. El silencio era bueno, de ese tipo de silencio que existe entre dos personas que lo han dicho todo y que ahora viven en el espacio que las palabras crearon.

No echaba de menos a la mujer que había sido hace dos años. No echaba de menos el control ni la compostura ni la arquitectura. No echaba de menos a la Reina del Hielo.

Sentía calor. Estaba en casa. Era vista.

Y el ser vista, resultó, no era lo que te destruía. El ser vista era lo que te salvaba, si eras lo bastante valiente para quedarte quieta y dejar que ocurriera.

Amanda terminó su vino. Lina levantó la vista de su teléfono y sonrió; la sonrisa privada, la cálida, la que Amanda se había ganado al subirse a un escenario y decir la verdad. Amanda le devolvió la sonrisa, y sonreír fue fácil, y la facilidad no era una amenaza sino un regalo, y el regalo era el resto de su vida.

¡MUCHÍSIMAS GRACIAS!

Muchas gracias por leer *Kissing the Ice Queen.*

¡Este es el primer libro de mi nueva serie L.A Ice Queen! Espero que lo hayáis disfrutado.

¿Queréis seguir leyendo? El siguiente volumen de la serie aparece en el enlace de abajo.

📖 Seguid leyendo: https://mybook.to/LAIQ02

¿Os gustaría ser los primeros en enteraros de cuándo sale un nuevo libro?

¡Sigue mis redes sociales o suscríbete a mi boletín de noticias!

- TikTok: @graceparkesauthor
- Instagram: @graceparkesauthor
- Facebook: Grace Parkes Author
- X (Twitter): @graceparkesfic
- Boletín de noticias: https://mailchi.mp/2a09276da35f/graceparkeswrites

¡Gracias por compartir conmigo este mundo sáfico de pasión, afecto y amor!

Nos vemos pronto —en la próxima historia.

Con amor,

Grace